



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

FACULTAD DE HUMANIDADES

LA REPRESENTACIÓN DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA EN
LAS CRÓNICAS DE ALBERTO SALCEDO RAMOS

TESIS QUE PARA OBTENER EL GRADO DE

MAESTRO EN HUMANIDADES: **ESTUDIOS LATINOAMERICANOS**

PRESENTA:

ENRIQUE RICARDO GARRIDO JIMÉNEZ

DR. MARCO ANTONIO URDAPILLETA MUÑOZ

DIRECTOR DE TESIS

MTRO. MIGUEL ÁNGEL ARTEAGA MEDINA

CO-DIRECTOR DE TESIS



JUNIO 2021

Índice

Introducción	4
Capítulo I.....	10
Crónica y discurso	10
1.1 Aproximaciones al origen de la crónica	10
1.2 La crónica: un género que <i>informa</i>	17
1.2.1 Breve repaso de la importancia del periodismo.....	19
1.2.2 La crónica como género periodístico.....	23
1.3 El cronista y su labor	31
1.4 Hacia la hibridación de la crónica	36
Capítulo II	44
Una aproximación a la violencia	44
2.1 Hacia una definición de la violencia.....	44
2.2 Johan Galtung.....	51
2.2.1 Conflictología.....	56
2.2.2 La violencia según Galtung	60
<i>Violencia directa</i>	63
<i>Violencia simbólica o cultural</i>	67
<i>Triángulo de Galtung</i>	68
Capítulo III	72
Colombia: un retrato de la violencia.....	72
3.1 La formación de Colombia y la violencia colonial	73
3.2 La Colombia del siglo XIX: nuevas y heredadas formas de violencia	77
3.3 El nuevo siglo y la violencia renovada	80
3.4 La violencia contemporánea.....	89
3.5 Guerrillas y paramilitarismo: la otra guerra.....	90
3.6 Impacto del narcotráfico en Colombia	94
3.7 La evolución de la violencia en Colombia: un breve panorama hasta nuestros días	95
3.7.1 Circunstancias de la violencia	97
3.7.2 Violencia sociopolítica	102
Capítulo IV	105
Un retrato de la violencia contemporánea en Colombia: las crónicas de Alberto Salcedo Ramos.....	105
4.1 Poética de la crónica de Alberto Salcedo Ramos	105
4.1.1 La crónica con un rostro humano	106
4.1.2 Sobre el rigor periodístico	108
4.3.1 Manejo de la crónica y sus componentes	114
a) Criterios para seleccionar y construir la historia	114
b) La crónica por escenas	119
<i>Tiempo</i>	121

<i>Acciones</i>	123
<i>Lugar</i>	124
c) Sobre el protagonista: del tratamiento del conflicto y el manejo de su testimonio.....	127
<i>Creación del personaje</i>	132
4.2 Análisis de las crónicas	134
4.2 1 La violencia en primera persona: un análisis de “La víctima del paseo”.....	134
<i>El terror en primera persona</i>	136
<i>Los dos Salcedos: aprendizaje a partir de la experiencia</i>	140
<i>Teatralización del miedo</i>	145
4.2 2 Masacre de El Salado: un análisis de “El pueblo que sobrevivió a la masacre con gaitas”	150
<i>Contexto de la tragedia</i>	151
<i>Sobre la crónica “El pueblo que sobrevivió a la masacre con gaitas”</i>	152
<i>Contar la masacre</i>	157
<i>Las voces del dolor</i>	163
<i>La violencia que nunca se fue</i>	167
4.2.3 Miradas de la violencia: Un análisis de “Un país de mutilados”	169
<i>La mirada del cronista</i>	171
<i>¿Cómo abordar estas historias?</i>	173
<i>La mirada social: sociedad y estado</i>	176
<i>¿Cómo ver a un mutilado?</i>	177
<i>Abandono de las autoridades</i>	179
<i>La mirada del mutilado</i>	180
4.2.4 Un camino para la educación: un análisis de “La travesía de Wikdi”	187
<i>Los obstáculos para el progreso</i>	189
<i>Las marcas de identidad</i>	192
<i>El final de la travesía: la educación de Wikdi</i>	195
4.2.5 El regreso de un campeón: análisis de “El campeón que se volvió paramilitar”	198
<i>Las realidades alternas del Campeón</i>	200
<i>Un campeón en las Autodefensas Unidas de Colombia</i>	203
Conclusiones	207
Bibliografía.....	214

Introducción

La violencia, entendida como una afrenta a las necesidades básicas de cualquier ser humano, es un fenómeno universal que afecta a todos en mayor o menor medida. Dicho fenómeno se presenta en prácticamente la totalidad de los países del mundo, y sus consecuencias varían de acuerdo con cada contexto. Asimismo, se produce de manera constante, y en muchos casos permanente; esto por la dinámica que implica, pues la violencia también se ejerce y padece de forma no visible. Lo anterior bajo el entendido de que no es únicamente un acontecimiento fugaz, lo que se conoce como violencia directa.

En este sentido, resulta necesario resaltar que América Latina ha sido una región muy afectada por este fenómeno, con casos como los de México, Colombia y El Salvador, por citar algunos, que resultan alarmantes. A lo largo de los siglos XIX y XX, e incluso el actual, varias regiones latinoamericanas se han visto perjudicadas por acontecimientos y periodos de gran violencia, como dictaduras, revoluciones, guerrillas, paramilitares, con la consiguiente pérdida del Estado de derecho y la presencia de un Estado falible, incapaz de combatir las desigualdades económicas, sociales y culturales endémicas. Son síntomas de sociedades que no han logrado el desarrollo suficiente para que sus miembros desplieguen su potencial humano y cubran todas sus necesidades básicas.

Frente a este hecho, las maneras en que se asume y se interpreta esta realidad son diversas. Es así que surge una incógnita de investigación sobre la forma en la que se entiende y se asimila la violencia. De ahí que nos encontremos con discursos como el de las instituciones, las cuales buscan minimizar la situación con el propósito de no ver afectada su imagen; las cifras, los censos y las estadísticas ofrecen un panorama frío e impersonal, pues las víctimas no son más que números que componen una gráfica. Esos mecanismos para conocer las realidades que enfrentan muchos habitantes de los países latinoamericanos son sumamente inhumanos, dado que nunca se conocen los nombres, las historias y las circunstancias de los agraviados.

Por otro lado, se estructura un discurso como el académico al que, a pesar de establecer un análisis profundo y sustancial de estos acontecimientos, su naturaleza le exige un desapego para alcanzar una aproximación más objetiva. Estos estudios comprenden perspectivas

sociales, culturales, entre otras, y si bien son necesarios, cabe señalar que generalmente se enfocan en fenómenos o dinámicas de una población, sin profundizar en los protagonistas de las historias, o bien, si se trata de un estudio de caso, este se realiza desde un punto de vista distante.

En este sentido, se presenta un vacío discursivo en cuanto a la violencia, pues desde los diferentes enfoques desde los cuales se analiza este fenómeno, no se presenta el factor “humanizante” de las víctimas. Es decir, muchas veces se condena a los afectados a un anonimato que no dignifica su condición humana, sino que los coloca en una posición de objetos de análisis, o más aún, los revictimiza.

En este orden de ideas, ante el panorama descrito existen discursos de denuncia de la violencia. El periodístico es uno de ellos, pues buena parte de las veces su aproximación a los hechos es más humana, aunque esto depende en gran medida del género al que se haga referencia. Sin duda el periodismo construye el presente; no obstante, también, por su naturaleza informativa, hay géneros como la nota informativa o el editorial que no permiten advertir con claridad el factor humano de los hechos.

Bajo estas formas de interpretar la realidad, cabe hacer la pregunta siguiente: ¿existe algún discurso que sirva como denuncia social de la violencia, pero que, al mismo tiempo, dé la categoría de humano a las víctimas de la violencia?¹ Bajo esa premisa, la crónica periodística, en particular la narrativa, adquiere un valor fundamental, pues su naturaleza híbrida permite esta asociación de enfoques que informan y, a la vez, profundizan en las historias que cuentan. Si bien el abordaje de la realidad depende del cronista en cuestión, este género cuenta con los elementos necesarios para cumplir ambos aspectos.

Es de este modo que surge la hipótesis de que la crónica puede ser ese discurso que enlace la denuncia y la representación de las realidades violentas, a la vez que contenga este factor “humanizante” de las víctimas. Al hablar de la crónica sobre temas violentos encontramos que en América Latina existe una tradición de cronistas que han asumido un fuerte

¹ La literatura no entraría en este terreno, ya que, si bien puede profundizar en el aspecto humano, su elemento ficcional o metafórico la aleja de la realidad descrita, pues a pesar de que, por ejemplo, una novela puede estar basada en hechos reales, los escritores de literatura pueden tomarse licencias poéticas acerca de lo ocurrido.

compromiso con las historias: Juan Villoro y Carlos Monsiváis, de México; Leila Guerrero, Martín Caparrós y Rodolfo Walsh, de Argentina; Juan José Hoyos, Pedro Lemebel, e incluso el mismo Gabriel García Márquez, de Colombia, por mencionar algunos. De este último país es de donde hemos elegido la obra de Alberto Salcedo Ramos (Barranquilla, 1963) para analizar cómo representa la violencia, pues uno de los ejes rectores del quehacer cronístico consiste en ahondar en la realidad humana de la violencia, en las historias que están detrás de las cifras y los datos que genera ese fenómeno. Reconocido con el Premio Internacional de Periodismo Rey de España (1998) y el Premio Ortega y Gasset de Periodismo (2013), entre otros reconocimientos, Alberto Salcedo Ramos se afincó como una de las voces más respetadas en cuanto a crónica se refiere; con el afán de promover la lectura y escritura de este género ha impartido cursos en la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), la cual fue fundada por Gabriel García Márquez el 24 de junio de 1994.

Las crónicas propuestas para estudiar la manera en que el cronista colombiano comprende y representa la violencia son: “La víctima del paseo” (2005), “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas” (2009), “Un país de mutilados” (2009), “La travesía de Wikdi” (2012) y “El campeón que se volvió paramilitar” (2013).

Estos textos constituyen una muestra considerada representativa de su trabajo cronístico, pues denota la hibridación de géneros discursivos como la narrativa, aunada al periodismo en varias de sus vertientes, es el caso de la nota informativa, el reportaje y el artículo. De acuerdo con el *Manual de periodismo* de Leñero y Marín, la crónica “Se ocupa fundamentalmente de narrar cómo sucedió determinado hecho; recrea la atmósfera en la que se producen los sucesos públicos” (Leñero y Marín, 1986, pág. 155). Es en el verbo “narrar” donde se abren muchas posibilidades sobre su desarrollo, así como en el abanico de recursos que se pueden utilizar, tanto narrativos como periodísticos. El periodo que comprenden las mencionadas crónicas es de 2005 a 2012, lapso que comprende desde que sucedieron los hechos hasta la publicación de los textos en diferentes medios.

La estructura que presenta este trabajo de investigación se compone de cuatro capítulos, los cuales abordan diversas temáticas y teorías que abonan a la profundización del análisis. Lo que se busca es profundizar en el estudio, así como en las características, de la crónica, particularmente la de América Latina. Una vez expuestos estos puntos, se explora el

fenómeno de la violencia a través de una perspectiva sociológica; posteriormente se establece el contexto de la violencia, desde sus orígenes, para finalmente establecer una poética del autor, señalar sus características en cuanto a su estilo cronístico, a la manera en que cuenta las historias, dando preponderancia al factor humanos de las mismas, así como llevar a cabo el análisis de tres textos representativos de su obra.

El primer capítulo propone el establecimiento de una conceptualización compleja de la crónica, la cual puede albergar múltiples matices discursivos, mismos que enriquecen este género del discurso. Se trata de un repaso por múltiples puntos de vista acerca del concepto *crónica*, desde el enfoque periodístico hasta las variantes que lo acercan a los ámbitos literario y ensayístico, todo ello englobado en el concepto referido. Asimismo, se explora la figura del cronista, quien cumple con distintas características que le otorgan una perspectiva especial sobre el relato que se construye mediante su intervención.

En el segundo capítulo se explora el fenómeno de la violencia desde la universalidad de su concepto, los diferentes acercamientos al mismo y su funcionamiento; de igual forma, se habla de cómo este fenómeno se establece en una sociedad y cuáles son las consecuencias de su presencia. Se examina en forma minuciosa el proceso de la violencia, sus motivaciones y sus relaciones, de acuerdo con la teoría de los conflictos de Galtung, una línea de investigación que tiene como principal motivación la búsqueda de paz. De este modo será posible entender lo que sucede al respecto en varias regiones de América Latina, y a partir de ello configurar una propuesta para erradicarla.

A su vez, también desde la consideración de la teoría de Galtung, el tercer capítulo proporciona un amplio contexto a la preocupación expresada por Salcedo Ramos en sus crónicas, partiendo de los orígenes de la violencia precolombina en Colombia, pasando por el periodo de la Independencia y diversos procesos históricos, hasta llegar a un diagnóstico contemporáneo. Esto a partir del postulado de Galtung de que la violencia es un proceso permanente que sigue una línea histórica. Desde esta perspectiva se presenta un entramado de la violencia presente en ese país, entendido como una región significativa de América Latina y como país. Se presenta un sucinto repaso de la historia de la nación sudamericana, el cual permite rastrear cómo la violencia la ha permeado a través del tiempo, para tener así los elementos que permitan entender mejor la obra de Salcedo Ramos. La intención de este

capítulo es mostrar el contexto en el que surgen las crónicas del periodista colombiano que tienen como tema principal la violencia en su país.

Finalmente, en el cuarto capítulo se establecen algunas de las características del trabajo cronístico de Salcedo Ramos, así como la manera en que representa la violencia contemporánea en Colombia. Para el autor, la finalidad de sus crónicas consiste en ofrecer un rostro humano de las historias, esto es, ir más allá de las cifras y los datos, registrando las vivencias subjetivas de los actores. Dicha cualidad, quizá la más relevante en su obra, es también una vía adecuada para tratar un tema tan complicado como la violencia, pues al otorgarle una mirada más humana a los hechos violentos, pretende que el impacto producido en el lector sea no solo informativo, sino además empático.

Desde esta perspectiva, resulta conveniente partir del análisis de la poética de la crónica que sustenta Salcedo Ramos. Destaca su rigor informativo como base de su quehacer cronístico, pues en cuanto género periodístico la crónica debe contar con datos, fechas e información verificables; asimismo, resalta la importancia de su trabajo en campo para recoger las experiencias de las personas de manera directa, un aspecto fundamental para la creación y la escritura de sus crónicas. Es a raíz de esta labor que el autor adquiere los elementos con los que construye sus historias. Sin embargo, a Alberto Salcedo Ramos no le basta el rigor periodístico, también tiene criterios para seleccionar y construir una historia persuasiva, en busca de la empatía inmediata del lector. Este efecto lo consigue a través de un relato que privilegia la escena, al conferir una vívida plasticidad y concreción a los acontecimientos y a los personajes, otorgando, en la medida de lo posible, lo que él denomina “rostro humano” a las historias. Todos estos elementos convergen para realizar el análisis de cinco textos representativos de la obra del cronista, que ya hemos mencionado: “La víctima del paseo”, “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”, “Un país de mutilados”, “La travesía de Wikdi” y “El campeón que se volvió paramilitar”; en los cuales destaca el hecho de que no se presenta una sola forma de violencia, sino sistemas complejos que generan fenómenos violentos. Asimismo, se expone cómo las crónicas funcionan en cuanto discursos de denuncia de circunstancias sociales, culturales y económicas, presentando temas como la delincuencia, el analfabetismo o el paramilitarismo. Dentro de sus textos convergen distintas formas de agravio social, las cuales, en su carácter representativo, se tornan en un

retrato de la Colombia contemporánea. De esta forma, se invita al lector a tomar postura frente a las situaciones que escenifica Salcedo Ramos, ya que su descripción de la violencia implica una profundización en los contextos de las historias contadas.

Por último, diremos que en América Latina, particularmente, el fenómeno de la violencia exige ser abordado de distintas maneras, y la crónica es una de ellas. Quizás el impacto en términos materiales sea escaso, pero este género periodístico apela a la empatía del lector, a la concientización de circunstancias y a un análisis mucho más humanista de los hechos presentados.

Capítulo I

Crónica y discurso

En el presente capítulo se propone el establecimiento de una conceptualización compleja de la crónica, la cual puede albergar múltiples matices discursivos, mismos que enriquecen este género del discurso. Se trata de llevar a cabo un repaso por múltiples puntos de vista acerca del concepto *crónica*, desde el enfoque periodístico hasta las variantes que lo acercan a los ámbitos literario y ensayístico, las cuales engloba el concepto. Asimismo se explora la figura del cronista, quien cumple con distintas características que le otorgan una perspectiva sobre el relato que se construye mediante su intervención.

1.1 Aproximaciones al origen de la crónica

La crónica es un género fronterizo. Se roza, en mayor o menor medida, con la literatura, pero tiene consigo una eminente hegemonía del periodismo. Mikael Bajtín señalaba que los géneros discursivos son las diversas esferas de la actividad humana relacionadas con el uso de la lengua²; es decir, el uso de los componentes de sentido de cada oración, o la orientación de los mismos, que de este modo son agrupados y separados de otros. Partiendo de lo anterior, la crónica se enraíza mejor en el periodismo, pues busca informar una realidad distinta de la del lector, quizá cercana a esta en tiempo y espacio, pero distante en cuanto a que se trata de una interpretación del acontecimiento descrito.

De esta manera, la labor de la crónica, en esencia, fue, es y será la de informar; un verbo que implica un diálogo con el emisor, una transferencia de información, una recreación de la

² Mikael Bajtín señala al respecto: “El uso de la lengua se lleva a cabo en forma de enunciados (orales y escritos) concretos y singulares que pertenecen a los participantes de una u otra esfera de la praxis humana. Estos enunciados reflejan las condiciones específicas y el objeto de cada una de las esferas no sólo por su contenido (temático) y por su estilo verbal, o sea por la selección de los recursos léxicos, fraseológicos y gramaticales de la lengua, sino, ante todo, por su composición o estructuración. Los tres momentos mencionados —el contenido temático, el estilo y la composición— están vinculados indisolublemente en la totalidad del enunciado y se determinan, de un modo semejante, por la especificidad de una esfera dada de comunicación. Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos relativamente estables de enunciados, a los que denominamos géneros discursivos” (Bajtín, 1998, pág. 248). También apunta que el uso que se le da a la lengua, en cuanto a agrupaciones semánticas, es importante para determinar el género discursivo de cualquier enunciado, lo cual implica un análisis del contenido.

realidad. No obstante, la crónica se encuentra fuertemente ligada a la literatura por su uso del lenguaje, la construcción de imágenes y los recursos retóricos a los cuales recurre para el desarrollo de la trama. Así, este género discursivo transita entre los otros dos que se han mencionado, y depende del cronista en qué medida se inserta en uno u otro.

La crónica implica contemplar el entorno, la circunstancia, y extraer una parte simbólica que será llevada a la concreción mediante el lenguaje. Mario Correa y Lina Mondragón dicen sobre esto:

Los cronistas con estirpe tienen claro que su reto es presentar una imagen de su época y por eso buscan plasmar los acontecimientos y los actores de sus historias sin coartar ninguno de los recursos que la escritura creativa les pueda ofrecer (Correa Soto y Mondragón, 2015, pág. 187).

Como se ha dicho, en esta labor intervienen dos aspectos del uso de la lengua, es decir, el género literario y el periodístico. Ahora bien, las características establecidas por Mondragón y Correa son una constante de la crónica desde sus orígenes, ya que los primeros cronistas fabulaban sobre su presente con un fin informativo.

En sus inicios, la crónica buscó comunicar lo que no se puede ver, lo que se encuentra en otro lugar: sus maravillas, sus tristezas, una realidad distante. Posteriormente, en el siglo XX, su naturaleza mutaría por las exigencias de los medios de comunicación masiva, aunque no su función, y se volvería más próxima al lector en los acontecimientos que narra, gracias a la globalidad de la información. A la vez, resignificaría un contexto, con plena conciencia por parte del cronista, además de apoyarse en elementos estéticos, imágenes evocadoras, para buscar una empatía, un efecto en el lector.

Resulta complicado marcar los límites de la crónica, visto que su naturaleza es ecléctica. Se nutre de distintos discursos (como el periodístico, el literario, el social, entre otros), pero conserva una esencia que la hace única. Con referentes diversos desde su origen, ha encontrado alojamiento en el periodismo, del cual, como se mencionó, se nutre abundantemente; no obstante, su estrecho lazo con la literatura complejiza su categorización en cualquiera de ambos rubros. Así, dentro de su forma, la única constante es el tiempo, el Cronos.

Vinculado con la narración de sucesos en orden cronológico que caracteriza a la crónica, el tiempo es uno de sus recursos más relevantes, pues forma parte sustancial de su estructura. La cronología de los acontecimientos contados es fundamental para transmitir al lector esa sensación de estar allí. Desde sus primeras apariciones en el espectro de la escritura, este ha sido un elemento indisoluble de la crónica, al grado de que se encuentra integrado en su nombre.

La etimología de la palabra *crónica*, de acuerdo con la Real Academia Española, remite al tiempo: “Del lat. *chronicus*, y este del gr. χρονικός *chronikós*; la forma f., del lat. *chronica*, y este del gr. χρονικά [βιβλία] *chroniká* [biblía] '[libros] que siguen el orden del tiempo'” (RAE, 2001, pág. 687). Lo que implica su vínculo con la noción de tiempo dentro de la narración y con el orden en que se presentan los sucesos descritos. Desde su origen, este término alude a una sucesión de hechos en un orden histórico y secuencial, lo que de entrada le otorga una de sus características importantes a este género discursivo híbrido; no obstante, las diversas formas de estilo, los recursos literarios de los que se nutre, permiten tomar ciertas licencias en el desarrollo de su escritura.

De acuerdo con Joan Corominas, autor del *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, el cual se concentra en el origen etimológico de las palabras de nuestro idioma, así como en su uso, el origen del término que nos ocupa pudo ser el siguiente:

Por otra parte, estuvo muy extendida la variante *corónicas* (1° Crón. Gral. 320.11, Alex.2269d, Canc. De Baena, Nebr, etc.) favorecido por la etimología popular, pues las crónicas solían tratar de los hechos de personajes coronados, pero su punto de arranque pudo ser fonético, en castellano mismo, y más probablemente en el dialecto mozárabe, donde la anaptixis en esta posición era la ley: téngase en cuenta la abundancia de crónicas y cronicones mozárabes y la grafía *q̄iruniqa* del código canónico del Escorial. (10:49 Simonet, s. v.); por lo demás también se halla *queronique* y *coronique* en el francés de los SS. XIII-XV y hoy significa “almanaque” en Valonia (Saintonge *cornique*): FEW II, 657a (Corominas, 1984, págs. 250-251).

En esta cita Joan Corominas destaca la propensión de la crónica, en su época inicial, a ocuparse de la descripción de personajes “coronados”, es decir, reyes, ya que con el tiempo la crónica contemporánea también se ocupará de relatar, describir y presentar a personajes

particulares, o cuya historia resulta relevante o ilustrativa de un contexto determinado³. La relación de este género discursivo con la monarquía o los reinos resultó fundamental, pues fue en esos ámbitos donde más se desarrolló, además de ser el origen de las primeras crónicas de las cuales se tiene registro.

Mención aparte, resalta su vinculación con el término “almanaque” en Francia. El almanaque, como se sabe, es uno de los recursos que consideran e integran el tiempo en días, meses y años, así como se ocupan de la preservación de datos relevantes en dicho periodo. Básicamente representa un registro del tiempo, una forma de conservarlo por medio del lenguaje. Lo mismo que el almanaque, la crónica también aspira, en mayor o menor medida, a volverse un referente temporal, una permanencia escrita que describa determinado *tiempo* y *espacio*.

Tal es el caso de la historia de América Latina. Germán Arciniegas, en el “Estudio preliminar” de *Historiadores de indias*, una antología sobre los textos y testimonios de primera mano acerca de la Conquista, expresa lo siguiente:

En los días en que Cristóbal Colón, a bordo de la “Santa María”, iba redactando el diario de su primer viaje, de las líneas que trazaba su mano mareante iba surgiendo, simultáneamente con la revelación de un mundo desconocido, una literatura nueva: la literatura hispanoamericana (Arciniegas, Estudio preliminar, 1976, pág. IX).

Quizá esta afirmación puede lucir intrépida, incluso arriesgada, pero debe considerarse que la lengua castellana, la cual provenía de los conquistadores, fue el medio por el que se transmitieron las novedades del Nuevo Mundo y al mismo tiempo hizo posible que se fuera configurando la literatura de América Latina. El mismo Arciniegas apunta en su texto *Nuestra América es un ensayo*:

Colón discutía el problema del paraíso terrenal y su ubicación en las tierras que tenía a la vista, sacando a debate textos de la *Biblia*, de los Santos Padres, de los geógrafos más antiguos. Vespucci provocaba un alegato con los humanistas de Florencia acerca del color de los hombres en relación con los climas, y la posibilidad de que las tierras por debajo de

³ Baste recordar crónicas como *Un fin de semana con Pablo Escobar* de Juan José Hoyos, donde el periodista colombiano narra su experiencia con un hombre tan poderoso como lo fue Escobar, un personaje importante para la historia contemporánea de Colombia; político y zar de las drogas. Sin duda, con ejercicios como este se produce una reactualización de los retratos de hombres de poder. Esta tarea de presentarlos es una de las características de la crónica, aunque no hegemónica, pues con el paso del tiempo se convirtió en un género con muchas posibilidades.

la línea equinoccial fueran habitadas por seres humanos. Fueron estos los primeros ensayos de nuestra literatura (Arciniegas, 1979, pág. 6).

Ahora bien, cabe señalar que en esta última cita se presenta un nexo entre la crónica de Indias y el ensayo. Esa relación no es gratuita, ya que el ensayo y la crónica comparten algunos elementos: representación de una realidad específica, intencionalidad de diálogo, además de tratarse de textos que, si bien tienen elementos estéticos propios de la creación, su función va más allá de la mera inventiva, para insertarse en la recreación. En páginas posteriores se establecerá la relación estrecha que existe entre ambos géneros, cuando se hable de la hibridez que caracteriza a la crónica; baste por el momento hacer hincapié en la historia de este género desde sus inicios, sobre todo en América Latina.

Estas primeras muestras de la literatura hispanoamericana, que relatan los acontecimientos de la Conquista y la Colonia, sientan las bases de las crónicas como se conocen hoy en día en América Latina. A la postre se nutrirán de otros discursos y mutarán en cuanto a su forma, pero mantendrán características de este periodo.

Al retomar a Joan Corominas y su historiografía del concepto de crónica, uno de los casos más representativos de esta etapa es la correspondencia de los navegantes con la realeza. Se trata de los textos que escribían quienes partían en búsqueda de nuevas tierras, los cuales eran enviados a los reyes con la finalidad de que tuvieran noticias de cómo eran los lugares conquistados, y remotos, que su reino abarcaba. Ya sean diarios de navegación (como los de Colón), cartas de relación o informes, su estructura se corresponde, en gran medida, a la del género que en la actualidad se conoce como crónica. Para Walter Mignolo:

La organización de la prosa narrativa del periodo colonial, en las letras hispanoamericanas, presenta un problema tipológico que puede dividirse en dos instancias: la una, que corresponde a lo que aquí denominaremos *formación textual*, pone de relieve lo tipológico en el carácter «literario» o «no literario» de los escritos sobre el descubrimiento y la conquista; la otra, que corresponde a lo que aquí llamaremos *tipos discursivos* presenta un nivel clasificativo interno en el cual debe considerarse a qué *tipo* pertenecen los discursos actualmente —y en su generalidad— considerados como «crónicas» (Mignolo, 1982, pág. 57)⁴.

Desde lo propuesto por Mignolo, destaca la pugna entre lo “literario” y lo “no literario”, que él resuelve a partir de su propuesta teórica. El autor se centra en el texto cronístico, en sus

⁴ En cursivas en el original.

características y su objetivo, para con ello establecer una tipología. Se abre entonces una brecha que no es fácil cerrar: ¿de qué lado de la balanza se encuentra un género como la crónica? Se espera encontrar la respuesta, o al menos reflexionar sobre este punto, en los párrafos siguientes.

Con ese propósito, se retomarán las diferencias propuestas por Mignolo; para este autor es de suma importancia considerar la intención de los textos, pues un Diario de navegación (al cual denomina “texto inaugural”) ofrece “[...] la evidencia de una realidad y el comienzo de una trayectoria en la que, poco a poco, se va modificando el concepto de la estructura y la habilidad del orbe” (Mignolo, 1982, pág. 60). Por otro lado, señala que este tipo de texto es un complemento de otros discursos, como el mapa, ya que es “[...] información verbal en la que se *describe* la posición de las nuevas tierras” (Mignolo, 1982, pág. 60). Lo aquí citado muestra que, a pesar de que el diario de navegación y el mapa son textos con categorías diferentes, la intención de *informar* ya se encuentra latente. Más tarde vendrán otras derivaciones, como las cartas de relación, las cuales también presentan el germen de lo que es la crónica en la actualidad, particularmente en el caso de América Latina.

En el caso de la Nueva España, en referencia a las *Cartas de relación* de Hernán Cortés, la *Historia verdadera de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo, así como los escritos de otros cronistas de la época, entre ellos Motolinía, Sahagún y Mendieta, Carlos Monsiváis señala que “[...] ejercen una o varias funciones de la crónica: anticipación de la historia, elocuencia contra el olvido, herencia testimonial, proselitismo religioso, tributo funeral (más bien mezquino) a los vencidos” (Monsiváis, 2006, págs. 15-16). Sin duda, gran parte del acervo histórico novohispano que prevalece hasta hoy se debe en gran medida a este tipo de documentos, donde ya se exploraban las posibilidades de la crónica como un género con la notable capacidad de reconstruir el pasado a partir de palabras.

Lo anterior no quiere decir que la función de estos textos fuera la de preservar esa realidad, más bien esto es consecuencia de cómo dieron testimonio de la misma. Dichos testimonios tenían la finalidad de informar sobre los nuevos horizontes descubiertos, y gracias a su permanencia como documento histórico es que actualmente se puede reconstruir ese relevante periodo. En el caso de los textos de la Nueva España, los cronistas de ese entonces celebraban las maravillas del Nuevo Mundo, tanto como lo hacía la Corona española. Sin

pensarlo, pero con una firme intención de comunicar lo encontrado en estos nuevos espacios geográficos, los cronistas estaban haciendo historia. Monsiváis lo refiere de la manera siguiente:

Ni los soldados ni frailes se proponían hacer historia o hacer literatura. En su idea de la palabra escrita, *cronicar* es capturar las sensaciones del instante, apoderarse de la esencia de Cronos (el tiempo narrativo), defenderse de las versiones de los enemigos, celebrar de modo implícito y explícito su propia grandeza, salvar almas en contra su voluntad, anunciar el Reino de los Cielos (Monsiváis, 2006, pág. 18)⁵.

Si bien es cierto que el factor religioso, igual que su implicación en el proceso de evangelización, es importante para entender la historia de América Latina, resalta aquí, respecto de esos frailes interesados (lo mismo que los soldados) en dar cuenta de lo que presenciaban, el término *cronicar* propuesto por Monsiváis. Este verbo representa gran parte del quehacer del cronista, pues “capturar las sensaciones del instante” resume muchas de las implicaciones que tiene este género discursivo.

Ahora bien, pensar que las Crónicas de Indias son el antecedente directo de la crónica resulta un tanto limitante para este género, a la vez que injusto para las diversas variantes que puede tener: “[...] lo cierto es que esos híbridos de los libros de viaje a lugares maravillosos, las crónicas de las cruzadas y los textos del humanismo italiano, fueron escritos por sujetos imperiales que relataban la conquista y la colonia con la voluntad de justificar sus intereses y atropellos” (Carrión, Mejor que ficción. Crónicas ejemplares, 2012, págs. 20-21). Esto citado con la intención de apuntar que la crónica presenta características de distintos ámbitos geográficos y que su hibridez va más allá del periodismo y la literatura. Sus implicaciones son variadas, lo mismo que sus campos de expresión y su capacidad de profundidad.

El mismo Carrión señala que “[...] son crónicas [las de Indias] porque utilizan el lenguaje literario para describir el presente conflicto⁶, pero todavía están más cerca de la historia antigua que del futuro periodismo” (Carrión, Mejor que ficción. Crónicas ejemplares, 2012, pág. 21). Lo cual es cierto: la crónica como género sufriría cambios en su forma, en su estilo de narrar los acontecimientos. Aunque sin duda estos antecedentes muestran ya gran parte de las características que desarrollará en el transcurso de los siglos: su afán de informar, de

⁵ Las cursivas son nuestras.

⁶ Refiriéndose al conflicto presente en su época, bajo las circunstancias de su contexto.

encapsular su tiempo, así como el de condensar en lenguaje todo el paisaje, transmitir en palabras lo que los ojos de los lectores (en este caso los reyes y la gente de la realeza) no podían ver.

Una vez llegados a este punto en la discusión sobre qué es la crónica, se acotará que faltaría abordar muchos factores que han nutrido a este género: discursos⁷, géneros literarios y periodísticos⁸, diarios de viajes⁹, algunos ejercicios narrativos¹⁰, entre otros. Para establecer una historia completa sería necesario un estudio sumamente extenso, si no prácticamente irrealizable.

En este sentido, habría que considerar lo siguiente: “Los géneros no avanzan o retroceden por caminos diferenciados, sino que se solapan los mismos caminos estratificados” (Carrión, Mejor que ficción. Crónicas ejemplares, 2012, pág. 21). Sirva este breve apartado para apuntalar que la crónica tiene como origen algunos textos históricos, los cuales la han nutrido de distintas características; del mismo modo, establecer que su génesis en América Latina data de la Conquista y la Colonia, las cuales, como señala Arciniegas, son parte fundamental para la historia del continente, ya que lo dotaron de buena parte de su identidad. En suma, esos textos iniciales representaron un importante paso para lo que futuros escritores desarrollarían bajo el apelativo de *crónica*.

1.2 La crónica: un género que *informa*

*¿Qué hace el periodismo?
Interpretar la realidad para que la gente
pueda adaptarse a ella y modificarla.
Lorenzo Gomis, Teoría del periodismo*

Como se ha visto, uno de los rasgos fundamentales de la crónica es informar. La definición de dicho verbo remite a “enterar o dar noticias de algo” (RAE, 2001, pág. 635). Lo anterior

⁷ Por ejemplo el discurso periodístico en general, el cual se encuentra vinculado a lo social.

⁸ Hibridación de géneros y recursos, narrativos y periodísticos.

⁹ Entre ellos los escritos por algunos navegantes que llegaron a las Indias.

¹⁰ Como los realizados por Montaigne o Thomas Dequincy. Además de *Relato de un naufrago* de Gabriel García Márquez, donde una historia conocida fue reinterpretada por el nobel de Literatura. Asimismo, las novelas de este mismo autor *Cien años de soledad* y *Crónica de una muerte anunciada* se mueven entre ambos registros (periodístico y literario), en cuanto una muestra de las posibilidades estilísticas y narrativas que se producen cuando se cruzan las fronteras de los géneros.

parece simple, pero en la práctica es complejo. La corroboración de los acontecimientos, la validación de los datos o testimonios, así como en ocasiones la reputación que el cronista debe tener, son elementos fundamentales para que una crónica sea relevante.

No obstante, el hecho de que la crónica se encuentre más vinculada al periodismo (al acto de informar) que a la literatura se considera en ocasiones una limitante, un descenso, un retroceso. ¿Realmente lo es? Como se mencionó, hacer una crónica implica un trabajo muy complejo, pues su fuente es la realidad, la cual no debe ser falseada o modificada en sus datos duros¹¹. De este modo, la importancia del periodismo como eje creador de la crónica no debe pasarse por alto; al contrario, se debe considerar como un grado más de complejidad que se agrega al oficio del cronista.

De acuerdo con el escritor y cronista mexicano Juan Villoro, “El prejuicio que veía al escritor como artista y al periodista como artesano resulta obsoleto. Una crónica lograda es literatura bajo presión” (Villoro, en Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 578). Esta afirmación del escritor mexicano deriva de la mención de algunos nombres relevantes en este género, a saber: Egor Erwin Kish, Bruce Chatwin, Álvaro Cunqueiro, Ryszard Kapuściński, Josep Pla y Carlos Monsiváis, entre otros. Ahora bien, con su frase “literatura bajo presión”, Villoro se refiere a su carácter noticioso, o informativo, a la necesidad de contar un acontecimiento reciente y relevante.

En apariencia, esa característica de inmediatez apunta a que se trata de una especie de “literatura menor”, lo cual ha llevado a que muchos cronistas traten de deslindarse del periodismo para mantener su libertad creativa; más adelante se profundizará al respecto. Sin embargo, para entender la matriz de este género, el cual con el paso del tiempo adquirió matices de hibridez, es necesario retomar su función periodística.

¹¹ En 1981, la periodista estadounidense Janet Cooke publicó el reportaje “Jimmy's World” en el prestigioso diario *The Washington Post*, donde contaba la historia de un niño de ocho años adicto a la heroína. El texto causó tal revuelo que fue reconocido con el famoso premio Pulitzer; pero meses más tarde una revisión de los datos demostró que la historia no era real. Como consecuencia, el diario tuvo que reconocer su error, admitir la falsedad de lo contado y deslindarse de la periodista. A este grado llega la importancia de la corroboración de datos, que luce como algo sencillo, pero cuyo impacto en la carrera y credibilidad del periodista es puesta a prueba en cada historia que cuenta.

1.2.1 Breve repaso de la importancia del periodismo

Como se ha señalado, la crónica busca crear imágenes del tiempo, para lo cual lo fragmenta en pequeñas porciones, mismas que son presentadas al lector como un acercamiento a una realidad que le es ajena, o muy cercana, pero nunca indiferente. Este género discursivo evita caer en la economía de una noticia, pues también es un texto con elementos estéticos, conservando ese contrato de verdad, que lo vuelve indisoluble del periodismo, a la vez que dota a la crónica de un matiz único.

De acuerdo con Lorenzo Gomis, el periodismo tiene como finalidad la de crear el presente tomando como referente a los medios, pues abarca distintas formas de comunicación, como los noticieros televisivos y radiofónicos, y su labor no se limita a las formas impresas: tal es el caso de los formatos digitales. Los medios, en su función de mediadores entre la realidad y la audiencia, construyen aquella al convertirla en palabras, en imágenes que fungen como un testimonio, el cual presenta un lugar, un tiempo y un espacio a la audiencia.

Es entonces cuando se forma una relación simbiótica entre los medios y el receptor, misma que le concede gran importancia a la audiencia en el proceso de información:

Los medios favorecen la participación de su audiencia, como espectadores, y a veces incluso como actores, presentando como acciones no terminadas en tiempo presente, lo que ocurrió un día o más antes. Forman sincrónicamente un periodo con hechos pasados que no nos habían comunicado, más otros que pueden estar sucediendo ahora y otros que se espera que ocurran en un futuro próximo. Ese período funciona como un presente difuso (Gomis, 1991, pág. 190).

Este tipo de dialéctica permite que el periodismo funcione. Puede advertirse que transita entre el pasado, el presente y el futuro; asimismo proyecta los hechos para que puedan ser interpretados por el público, a la vez que estructura el tiempo para el espectador-receptor de la información a partir de la interpretación de la realidad social.

El fenómeno de la interpretación de la realidad presentada por los medios alude a un carácter necesario, por la amplitud de esta: “La interpretación de la realidad como un conglomerado de noticias responde a una expectativa pública y a necesidades técnicas” (Gomis, 1991, pág.

190). Dichas “necesidades técnicas” corresponden al requisito del usuario de la información de tener un control de la misma, pues asir la realidad social en toda su extensión es prácticamente imposible: “La realidad social verdadera, en directo, se diluye a lo largo del día y la noche, y parecería lenta, difusa y aburrida” (Gomis, 1991, pág. 190). Buscar seguir la realidad es una aporía por sí misma. Representa una misión que sólo cabe en la fabulación fantástica. Borges escribió un cuento llamado “Del rigor de la ciencia”¹² donde, en un imperio, el Colegio de Cartógrafos hace un mapa tan perfecto que ocupa la ciudad misma. Así, seguir la realidad hora a hora sería una tarea que no permitiría analizarla.

De este modo, el periodismo se torna necesario para la sociedad, pues selecciona, sintetiza y asimila la realidad; en palabras de Gomis: “Las noticias equivalen a la realidad social presentada como acción y concentrada en píldoras” (Gomis, 1991, pág. 190). Esta afirmación va más allá de la imagen poética utilizada por el autor, pues este también habla de una profesionalización de la realidad, del mensaje y el lenguaje:

Corresponde por eso a la actividad profesional llamada periodismo dar de la realidad social presente una versión concentrada, dramatizadora, sugestiva, que escoja lo más interesante de todo lo que se sepa que ha ocurrido y hasta lo retoque para ajustarlo a las necesidades del tiempo y el espacio (Gomis, 1991, pág. 190).

Estos elementos añadidos a la “versión concentrada” tienen una relación con la subjetividad de quien emite el mensaje. Además, como se verá más adelante, permiten las variantes relacionadas con el estilo que se despliegan en la crónica.

Para que se pueda entender mejor la relación de la crónica con el periodismo, citaremos algunas características que Gomis señala sobre este quehacer que nutre día a día a la sociedad con un referente de la realidad. Resulta importante apuntar que el periodismo es un método para interpretar esa compleja realidad social; no se habla de una fórmula establecida, sino de una forma de asimilar la realidad, una mirada que debe prevalecer para destacar los aspectos

¹² La historia fue publicada por primera vez en la edición de marzo de 1946 de *Los Anales de Buenos Aires*, año 1, núm. 3, como parte de una pieza llamada “Museo”, bajo el nombre B. Lynch Davis, un seudónimo usado en conjunto entre Borges y Adolfo Bioy Casares; dicha pieza fue citada como la obra de “Suarez Miranda”. Fue compilada después, en el mismo año, en la segunda edición de 1946 de *Historia universal de la infamia* del autor argentino. Ya no se incluye en las ediciones posteriores de esta última obra, pues forma parte de *El hacedor* desde 1961.

más relevantes de lo que está ocurriendo, aquellos que son necesarios o dignos de contar. Como método, el periodismo debe seguir ciertas pautas:

1. La realidad puede fragmentarse en periodos. El único periodo que trata de interpretar es el actual, y ese es precisamente el que no había sido interpretado todavía por el medio. Al unificar un periodo, el medio define el presente social.
2. La realidad puede fragmentarse en unidades completas e independientes (hechos), capaces de interpretarse en forma de textos breves y autónomos (noticias).
3. La realidad interpretada debe poder asimilarse en tiempos variables por un público heterogéneo.
4. La realidad interpretada debe encajar en un espacio (periódico) o tiempo (programación de radio y televisión) dados.
5. Para que el público capte la realidad y tome parte en ella los medios se valen de una gama de filtros o formas convencionales (géneros periodísticos), que van de una información pura al comentario polémico¹³.

Como se puede notar, varias de estas características son esenciales en la crónica, de allí que en este estudio se abogue por no separarla del rubro periodístico. Del mismo modo, al reflexionar al respecto desde esta perspectiva, se infiere que el periodismo nutre a la crónica de complejidad, más allá de lo que algunos críticos piensen. No se trata de un recurso menor, pues implica todo un proceso, y si a eso se le suman los recursos estilísticos, se habla de un género discursivo muy completo.

De vuelta a la importancia del periodismo, se hace necesario resaltar su labor informativa, donde entra en juego uno de los aspectos relevantes: los géneros periodísticos, que marcan el grado en que el receptor quiere acercarse a la realidad que presentan. La dimensión valorativa de un acontecimiento se da a partir de la noción de comentario. Frente a los hechos, limitarse solo a informar se enclavaría en la noticia breve, pero cuando el periodista profundiza, emite juicios, es donde aparece el comentario.

¹³ Cfr. *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*, de Lorenzo Gomis. Paidós Ibérica, Barcelona, 1991.

Resulta entonces que la crónica cumple una función informativa particular. Para Gomis: “Los géneros periodísticos nacen como herederos de los géneros literarios, pero la necesidad de los géneros es en el periodismo más inmediata y urgente que en la literatura” (Gomis, 1991, pág. 44). Esa necesidad responde a la manera en la que el receptor busca estar informado, ya que no todos los mensajes periodísticos tienen el mismo objetivo:

En el periodismo como método de interpretación sucesiva de la realidad social corresponde a los géneros periodísticos cumplir distintas funciones para responder también a diversas necesidades sociales y satisfacerlas. La información y el comentario son dos necesidades sociales distintas. Necesitamos estar informados para saber qué pasa y qué significa cada uno de los hechos en el conjunto de los acontecimientos actuales. Necesitamos formarnos una opinión de las cosas y comentarlas para saber en qué van a afectarnos y qué podemos hacer para sacar provecho de ellas o hacerles frente eficazmente y evitar el mal que podría producirnos (Gomis, 1991, págs. 44-45).

Como puede verse, existen dos motivaciones para estar informados: saber y generar una opinión. Es en la segunda donde se inserta la crónica, pues implica una profundización del acontecimiento descrito.

Así, establecer una diferencia entre los géneros periodísticos es de especial importancia, tanto para el trabajo del periodista como para la recepción del texto:

Los géneros representan la sedimentación de la experiencia del trabajo colectivo en diversos medios de información, el dominio técnico que distingue al profesional de quien no lo es, la posibilidad de hacer llegar al receptor el mensaje, con relativa rapidez y seguridad. Los géneros son formas asimiladas por el hábito, formas que pueden enseñarse y aprenderse (Gomis, 1991, pág. 44).

Estos géneros se han consagrado, en su diferencia, con el paso del tiempo; dicha distinción les permite mantener un margen de maniobra y marca una distancia entre ellos. No obstante, en sus diversas líneas se mezclan y entrecruzan: “Lejos de constituir compartimentos estancos, los géneros periodísticos se entremezclan y aun llegan a enriquecerse con elementos formales de otras disciplinas (cuento, ensayo, novela). Sin embargo, siempre es posible determinar el género que predomina en cada texto periodístico” (Leñero y Marín, 1986, pág. 39). Se habla de que exista una base para mantener una línea discursiva; de lo contrario, el periodismo podría caer en textos sumamente experimentales, y más relacionados con vanguardias literarias, que pudieran provocar una recepción incompleta o errónea por parte del lector.

Una vez expuesta la esencia de los géneros periodísticos, así como su función, se tiene que delimitar a la crónica dentro de este marco, para después establecer una separación que los propios cronistas, en su mayoría, sostienen. De esta manera, la crónica se desarrolla en un contexto donde la información, interpretación y recepción de la misma presenta una fuerte necesidad de establecer modelos de comunicación eficientes y, por qué no decirlo, con recursos textuales que impresionen al lector.

En suma, este repaso por la teoría del periodismo ha servido para establecer a la crónica dentro de este significativo ámbito, al reiterar que gran parte de su naturaleza se sustenta en el acto de *informar*. Desde este punto de vista, vale la pena profundizar en la crónica como un género periodístico, tomando como referencia lo anterior. Sin duda, se trata de un género que presenta distintos matices, pero su naturaleza y finalidad dentro de los medios requiere un apartado más amplio.

1.2.2 La crónica como género periodístico

La conveniencia de considerar a la crónica desde una perspectiva periodística es innegable. Esto se hace manifiesto en su modelo de comunicación, estructura y normatividad, en la importancia de la veracidad, en su construcción a partir de los principios del periodismo, así como en su delimitación frente a otros géneros del mismo sector.

Para Vicente Leñero y Carlos Marín: “La crónica es el antecedente directo del periodismo actual. Es el relato pormenorizado, secuencial y oportuno de los acontecimientos de interés colectivo” (Leñero y Marín, 1986, pág. 155). De este modo se presenta como un género relacionado con el quehacer periodístico; no obstante, tampoco se puede limitar a ese rubro, pues “La crónica es la más literaria de las expresiones periodísticas: Describe los personajes desde muy distintos ángulos y emplea recursos dramáticos para ‘prender’ al lector” (Leñero y Marín, 1986). Dichos recursos provienen de la manera en la que son presentados los actores y hechos narrados.

Sin duda, la noción de recursos dramáticos antes expuesta tiene como referente inmediato el teatro. Tom Wolfe, periodista muy importante para el *Nuevo periodismo*¹⁴, señala qué

¹⁴ Movimiento periodístico surgido en Estados Unidos en la década de los sesenta del siglo pasado.

elementos del teatro son fundamentales en la construcción de la crónica. A continuación se hablará de algunas técnicas dramáticas utilizadas en la crónica y expuestas por Wolfe, esto con el afán de ilustrar la aseveración expresada por Leñero y Marín. Para Wolfe la principal técnica “[...] era la *construcción escena por escena*, que consistía en relatar la historia a base de escenas sucesivas —cada una compuesta sobre todo por descripciones y diálogos— y reduciendo al mínimo posible el uso de *sumarios* narrativos” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 17). Así, se nota un compromiso con la realidad, pero al introducir la noción de “escena”, la cual es fundamental en la crónica, se pretende un equilibrio en el desarrollo de este género, el cual vaga entre lo literario y lo periodístico.

Wolfe señala también una separación entre un periodismo convencional frente al teatro, mostrando la diferencia que se produce al incluir elementos propios de este último, como el diálogo:

La segunda técnica, estrechamente relacionada con la anterior, consistía en registrar totalmente el diálogo, recurso que permitía caracterizar a personajes y situaciones de forma inmediata, plástica y elocuente. Este procedimiento sustituía la simple cita de declaraciones usada en el periodismo convencional por una recreación fehaciente de diálogos enteros en la que importaba tanto lo que se decía como la manera de hablar de los interlocutores (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18).

Puede advertirse que mediante el uso de estos recursos dramáticos se logra conservar la esencia de lo dicho por los entrevistados o interlocutores, al tiempo que se consigue “prender al lector”.

La tercera estrategia propuesta por Tom Wolfe se encuentra fuertemente relacionada con la distancia que debe mantener un periodista frente a su objeto de investigación:

La tercera técnica era el llamado punto de vista en tercera persona: cada escena era presentada al lector a través de los ojos de un personaje concreto. [...] Al delegar la facultad de relatar en los personajes, este recurso permitía abandonar el recurso único al punto de vista omnisciente [...] o al punto de vista en primera persona (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 19).

Destaca aquí la noción de personaje, propia del teatro, además de renunciar a la perspectiva omnisciente, es decir, al protagonismo que el autor tenía dentro de la crónica. Este recurso será usado por varios cronistas de manera posterior.

La cuarta técnica del periodista estadounidense está muy ligada a la literatura; no obstante, más que desmarcarse del periodismo, muestra el vínculo indisoluble de ambos registros:

La cuarta técnica que los nuevos periodistas tomaron de la novela realista es el retrato global y detallado de personajes, situaciones y ambientes. [...] La descripción pormenorizada y exhaustiva permitía a los nuevos periodistas elaborar cuadros vivos en tres dimensiones, esto es, proporcionar a los reportajes una capacidad de sugestión y de evocación inéditas (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18).

La relación entre la novela realista y la crónica es indudable. Si bien es cierto que esta última tiende más al periodismo, resulta importante señalar estos aspectos para poder dimensionarla en toda su magnitud. Por ahora se dejará de lado este profundo nexo, el cual será retomado en páginas posteriores. Baste aclarar que la cita expuesta refuerza la propuesta de Leñero y Marín sobre la naturaleza literaria de la crónica, así como de sus amplias y variadas posibilidades.

Ahora bien, los elementos teatrales y literarios propuestos por Wolfe —escena, diálogo, punto de vista y descripción— no se contraponen a los principios de periodismo propuestos por Gomis y señalados en el apartado 1.2.1 de la presente investigación, además de no estar exentos de ser un medio de interpretación de la realidad. De este modo, la noción de género periodístico referida a la crónica permanece intacta.

Al retomar la perspectiva propuesta para el presente estudio, es decir, la crónica como un género periodístico, resulta preciso apuntar que se trata de un registro que también puede ser documental, pues su objeto de trabajo es la realidad, su contexto; no obstante, tampoco intenta simplemente imitarla o describirla:

Porque una crónica (un documental) debe ser mejor que la realidad. Su orden o su aparente caos, su estructura, su técnica, sus citas, la presencia del autor tienen que comunicar el sosiego que la realidad no sabe transmitir: lo he entendido por ti, lector, que ahora, a tu vez, lo entiendes. Te paso el testigo (Carrión, 2012, pág. 15).

Este género híbrido se ocupa fundamentalmente de narrar *cómo* sucedió determinado hecho, lo que lo emparenta con la literatura, particularmente la narrativa. La crónica recrea la atmósfera en que se producen los sucesos públicos; luego entonces, necesita ser empática, pues “Una obra documental no puede existir sin una corriente de empatía. Es imposible ponerse en el lugar del otro: pero sí hay que acercarse lo más posible” (Carrión, 2012,

pág.16). Como puede advertirse, aquí Carrión destaca una característica importante para la crónica: la empatía. Narrar desde la perspectiva del otro, lo cual es imposible lograr totalmente. Para ello se necesitaría ser protagonista de la historia. Sin embargo, eso también es posible en la crónica, como se verá en el texto *La víctima del paseo*, de Alberto Salcedo Ramos, el autor que se analiza en el presente estudio, donde Salcedo cuenta la forma en que fue víctima de un secuestro. Sirva esto de entrada para proponer una gama de posibilidades de la crónica, pero con un enfoque periodístico, a partir de las características expuestas por Leñero y Marín.

De acuerdo con estos autores, la crónica tiene características que la hacen única frente a otros géneros periodísticos. Líneas antes se había hablado de la separación entre estos y la importancia que posee cada uno. A continuación se buscará establecer las particularidades de la crónica frente a otros registros. Para Leñero y Marín las características de este género discursivo pueden desglosarse de la manera siguiente:

- a) *Relato*: Se pretende hacer la historia de un suceso. Por “hacer historia” en términos periodísticos entiéndase la exposición en *orden cronológico* de cada uno de los momentos y elementos que hacen importante un acontecimiento.
Para que tenga valor periodístico es necesario que la crónica aborde un hecho real. La historia del hecho debe ser lo más completa posible, no debe faltar en ella ningún dato que merezca ser consignado.
- b) *Público*: Por ser destinado al público en general, la crónica debe escribirse con lenguaje claro y sencillo, comprensible para el común de los lectores.
- c) *Oportuno*: El relato debe ofrecerse en el momento preciso, cuando acaba de ocurrir si se trata, como sucede generalmente, de un hecho de actualidad.
Si se trata de un suceso pretérito —que se justifica sólo por la efeméride— debe procurarse que coincida con la fecha en que aconteció, y sólo cuando la crónica aporte un elemento novedoso, un ángulo distinto de los publicados hasta entonces.
- d) *Cómo sucedió*: El desarrollo de la crónica responde a las interrogantes periodísticas (*qué, quién, cómo, cuándo, dónde, por qué*) pero, a diferencia de la noticia, cuya

función primordial es responder qué pasó, la crónica se sustenta particularmente en el *cómo*¹⁵.

De lo anterior expuesto cabe considerar algunas observaciones. La noción de relato, junto con “hacer historia”, es de suma importancia. Como se vio con Wolfe, la crónica se nutre de elementos discursivos propios de la literatura para generar dicho efecto. Ciertos elementos de las novelas realistas (señalados por este autor estadounidense) son necesarios para contar de manera efectiva el acontecimiento narrado. El orden cronológico ha sido mencionado a detalle líneas arriba. Por otra parte, el concepto de *público* habla de una intencionalidad de ser leído. A diferencia de algunos escritores que señalan que el lector no debe importar, quizás por esnobismo, aquí resalta el hecho de que la crónica es un texto cuya función expresa consiste en comunicar e informar de manera *oportuna*; precisamente esta característica hermana a la crónica con el periodismo. Si bien es cierto que muchas crónicas trascienden a su tiempo, resulta necesario estipular que, como sucedía con las crónicas del pasado, su intención fundamental es la de informar. Luego entonces, la característica de contar *cómo* sucedió, y hacerlo de forma novedosa, abre la brecha de posibilidades a la libertad de estilo que el género ostenta.

Por otra parte, por el empleo de juicios a cargo del cronista, se distinguen tres clases de crónica:

- a) *Crónica informativa*: Que se limita a informar del suceso, sin emitir juicios de valor.
- b) *Crónica opinativa*: Que intercala comentarios y acotaciones del cronista.
- c) *Crónica interpretativa*: Que hace interpretaciones y emite juicios acerca del hecho en general o de sus elementos sustanciales.

Visto así, la crónica informativa sería la más sencilla en términos de profundidad, ya que trata la información cronológica y pormenorizada de un acontecimiento, sin que en el escrito intervengan las opiniones y los juicios del periodista. Sin embargo, se corre el riesgo de que este tipo de crónica se confunda con la noticia, por lo que resulta importante establecer

¹⁵ Cfr. Vicente Leñero y Carlos Marín. *Manual de periodismo*, Grijalbo, México, 1999.

algunas semejanzas y diferencias entre ambos géneros. Entre las semejanzas se encuentran las siguientes:

1. Noticia y crónica informativa abordan hechos reales de actualidad.
2. Ambas se redactan en estilo objetivo. No caben en estas los juicios del reportero, aunque en ciertos casos la crónica informativa acepta algunas expresiones valorativas para matizar, realzar o darle viveza al relato.
3. Las dos tienen por objetivo informar (Leñero y Marín, 1999, pág.156).

A continuación se presentan algunas diferencias entre estos géneros, según Leñero y Marín:

1. La noticia se escribe para un receptor presuroso, que no puede dedicar todo su tiempo disponible a un solo asunto. Por ello, el periodista no puede detenerse en detalles secundarios ni en descripciones minuciosas. La crónica informativa, en cambio, está dirigida a un lector vivamente interesado en el asunto y dispuesto a dedicar a la lectura del escrito el tiempo necesario. Desea sentirse trasladado al lugar; le importan los detalles secundarios y gusta de las descripciones minuciosas.
2. De lo que se desprende que, normalmente, la crónica informativa es más extensa que la noticia.
3. En la entrada de la noticia se recoge lo más sobresaliente del hecho, de tal modo que solo con leer el primero y cuando mucho el segundo párrafo el lector queda suficientemente enterado. En la crónica informativa, por el contrario, se comienza *cronológicamente*, con lo que ocurrió primero, aunque ello no sea lo más importante ni lo más significativo.
4. En una noticia puede hacerse uso de diferentes formas de desarrollo. En la crónica informativa el desarrollo siempre es cronológico; al redactar se sigue el mismo orden del acontecimiento.

A partir de considerar que las crónicas informativas se realizan sobre acontecimientos casi siempre previsibles (asambleas, sesiones de congreso, entre otros), Leñero y Marín establecen algunos elementos que el cronista debe considerar durante el reporte, la cobertura que hace del suceso base de la crónica:

1. *Antecedente del acontecimiento.* Conocer las causas que originan un congreso, saber los motivos de una manifestación, los objetivos de un mitin; estar al tanto de la hora y las circunstancias en que llegaron los protagonistas, qué dijeron; informarse de acontecimientos similares anteriores, etcétera.
2. *Localización.* Registrar adecuadamente el lugar en que ha de celebrarse el suceso:
 - a) Cupo de la sala o la plaza donde se efectúa.
 - b) Amueblado, características de la tribuna, forma y dimensiones del escenario.

En segundo plano se encuentra la crónica opinativa, la cual se entiende como el relato de un suceso presenciado o reconstruido por el reportero. Los elementos “objetivo” y “subjetivo” encuentran en este tipo de crónica su equilibrio. Se informa y se comenta, simultáneamente, el asunto que se aborda. De lo anterior se deduce que el cronista no puede ser un reportero común, sino alguien muy avezado en los acontecimientos que narra.

Cualquiera de los hechos mencionados en la crónica informativa como tema de interés periodístico puede ser abordado en la opinativa. Pero valdría la pena establecer algunas características de este último tipo de crónica (Leñero y Marín, 1999, pág. 156):

- a) Contiene una mayor carga opinativa; no se propone únicamente informar y opinar a la vez.
- b) Aborda los acontecimientos previstos o reconstruye los que al mismo tiempo está dando a conocer, aunque sean imprevistos.
- c) Como la informativa, la crónica opinativa tiene el propósito central de dar a conocer, de informar. El público necesita saber, ante todo, qué ocurrió y cómo. Además de la información (que se obtendría de una crónica informativa) los lectores quieren saber la opinión del cronista. Con el tiempo, los lectores llegan a familiarizarse con determinados cronistas y, en consecuencia, con determinadas publicaciones.
- d) La información que involucra la crónica opinativa es una de las diferencias que tiene con el artículo. El artículo enjuicia o comenta un hecho dado a conocer por medio de la noticia. La crónica opinativa narra e interpreta los sucesos.
- e) Excepcionalmente, cuando el cronista escribe por ejemplo para un semanario, puede suponerse que los lectores ya conocen el acontecimiento a través de los periódicos o

noticiarios. Este hecho, sin embargo, no elimina el elemento informativo; puede disminuir su dosis, pero la información está presente en toda crónica.

- f) Los eventos deportivos y taurinos son acontecimientos característicos en los que se ejercita la crónica opinativa, pero esta se ocupa también de los temas políticos y sociales.
- g) A diferencia de la crónica informativa, que se ciñe a la narración cronológica, la opinativa puede variar en cuanto al orden en el que se desarrollan los sucesos, si el cronista considera que con esto logra una mejor exposición de lo acontecido. No obstante, las alteraciones al orden cronológico deben considerarse “licencias” excepcionales.
- h) El cronista opinativo es libre de desarrollar un estilo literario propio; puede permitirse giros sintácticos, metáforas o cualquier otro recurso lírico, siempre y cuando los hechos que se narran se presten para ello.

Finalmente, se abordará la crónica interpretativa, la cual, es, en esencia, un relato subjetivo más que informativo. En esta variante, el cronista toma la realidad como un punto de referencia para interpretar los fenómenos sociales. Muchos de sus juicios podrían aplicarse no únicamente al hecho en que se apoya, sino a todos los sucesos de carácter similar al abordado. Como ocurre en la crónica opinativa, cualquiera de los acontecimientos enunciados en la informativa puede ser abordados en la interpretativa, la cual se caracteriza por lo siguiente (Leñero y Marín, 1999, pág. 172):

1. Más que informar y opinar, la crónica interpretativa *enjuicia* hechos que, simultáneamente, van siendo descritos en sus partes esenciales.
2. Aborda acontecimientos previstos, pero encuentra su mejor elemento en los imprevistos.
3. La crónica interpretativa no tiene el propósito de *informar* sino el de *orientar* al público, mediante la interpretación y el enjuiciamiento de la realidad.
4. Como la opinativa, la crónica interpretativa permite al autor desarrollar un estilo literario propio.

Como puede verse, los tipos de crónica propuestos por Leñero y Marín se encuentran estrechamente vinculados. Por otra parte, se apuntará que esta no es la única categorización propuesta en este sentido. Para Gomis, la crónica se divide en dos tipos: la local y la temática, ambas sustentadas en el grado de acercamiento del cronista:

La crónica tiene una función de relato de lo que pasa a lo largo del tiempo por un lugar o un tema. La distinción primera es la que separa la crónica local de la temática. El corresponsal de un medio de la ciudad es el cronista de lo que pasa en ella y en el país del que es capital. El cronista o corresponsal es un especialista del lugar cuya vida cuenta y por eso firma sus crónicas. La crónica temática es también el producto de un entendimiento, pero en vez de contarnos lo que pasa en un lugar nos cuenta lo que pasa en un ámbito temático. De la crónica literaria a la judicial, de la taurina a la de fútbol, de baloncesto o de golf, de la crónica de la sociedad a la crónica política, el cronista cuanta los hechos que presencia o de los que oye hablar y nos da su impresión para que nos hagamos mejor cargo de ellos. El cronista es un entendido encargado de enterarnos de las cosas (Gomis, 1991, pág. 46).

En las palabras de este autor se nota también el alto grado de involucramiento que tiene la crónica con el periodismo. Desde la teoría, la crónica cumple con la fragmentación de la realidad y la interpretación de los hechos, pero a la vez se permite el comentario, la profundización de las ideas. Los tipos propuestos por Leñero y Marín, así como la categorización de Gomis, se fundamentan en el punto de vista del cronista, desde donde, también, se producen sus variantes, e incluso su distintiva hibridez.

1. 3 El cronista y su labor

Me imagino a los cronistas como a seres dotados de una antena integrada y con un sistema de emisión de datos: humanos capaces de sintonizar con la música de su presente, leerla y transcribirla para que también los demás podamos leerla.

Jorge Carrión, *Mejor que real*

Sin duda, frente a la estructura compleja que presenta la crónica, la labor del cronista resulta fundamental. Como se mencionó, este género discursivo se mueve entre dos registros: el periodismo y la literatura. Dicha dualidad presenta un manejo particular del lenguaje, la información, los personajes y las historias. Así, escribir una crónica no es una tarea que resulte simple, ya que su exigencia pide a los autores un compromiso serio frente al texto.

El cronista cree en la belleza de la realidad, por consiguiente no necesita de la invención, sino de la reinención de la misma. Un cronista se juega su reputación en cada texto, pues, de encontrarse una alteración al hecho narrado, pierde toda su credibilidad, su reputación y, en ocasiones, su carrera¹⁶. Aquí radica uno de los rasgos fundamentales de la crónica: la veracidad de lo narrado, la correspondencia de lo acontecido. Es en esa delgada línea donde la crónica se inclina al periodismo.

Frente a la sobreabundancia de información, sumada a la difícil posibilidad de análisis y de profundidad que esto acarrea, la labor del cronista tiene una particular función. Juan Villoro, en su ensayo *La crónica, ornotorinco de la prosa*, señala que:

La crónica es la restitución de esa palabra perdida. Debe hablar precisamente porque no puede hablar del todo. ¿En qué medida comprende lo que comprueba? La voz del cronista es una voz delegada, producto de una "desobjetivación": alguien perdió el habla o alguien la presta para que él diga en forma vicaria. Si reconoce esta limitación, su trabajo no sólo es posible sino necesario (Villoro, en Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 580).

En efecto, una tarea fundamental del cronista es la de prestar voz a quien no la tiene. Gran parte de su trabajo consiste en servir de intermediario entre los actores de la historia, de la anécdota. Dicho proceso implica una despersonalización por parte del autor. Quizá este sea un aspecto sumamente exigente, pues, ante el culto a la personalidad, el cronista se mueve entre las sombras, funge más como un medio de transmisión. En este sentido, el mismo Villoro complementa:

El cronista trabaja con préstamos; por más que se sumerja en el entorno, practica un artificio: transmite una verdad ajena. La ética de la indagación se basa en reconocer la dificultad de ejercerla: "Quien asume la carga de testimoniar por ellos sabe que tiene que dar testimonio de la imposibilidad de testimoniar", escribe Agamben (Villoro, en Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 580).

He aquí el problema que trae consigo el testimonio: ¿cómo transmitir una experiencia que es ajena? Villoro habla del préstamo, mediante el cual el cronista pide prestada la voz, y con

¹⁶ Vale la pena recordar el caso del reputado cronista norteamericano Gay Talese, quien en los años ochenta del siglo XX recibió una carta de un hombre que se dedicaba a espiar a la gente que se alojaba en su motel. La historia era increíble, y Talese la transcribió de manera literal como la escuchó. Pero en un *fact checking* (verificación de hechos) posterior se demostró que algunas fechas presentadas en su libro no coincidían con los registros del hotel, lo cual generó una ola de críticas y puso en duda la credibilidad de sus otras obras, a la vez que de su carrera periodística; en suma, su legado estaba en juego. Finalmente el autor pudo demostrar que la mayoría de los acontecimientos contados eran reales y que esa errata era superficial. Todo esto se relata en *El motel del voyeur* de Talese (2017).

ella la historia, el contexto. No se apropia de la historia, no la hace suya porque no es el protagonista; surge entonces la cuestión de la distancia. Jorge Carrión, gran estudioso de la crónica, apunta al respecto:

[...] el observador debe mantener en todo momento cierta distancia respecto al otro. La identificación, que siempre es parcial, debe ser *conscientemente parcial*. En la obra documental¹⁷ que resulta de los acercamientos y entrevistas es donde se podrá observar el grado de empatía o de distancia que acercaba o separaba al narrador de sus entrevistados (Carrión, Prólogo: Mejor que real, 2012, pág. 18).

Cabe destacar la mención que hace el autor del cronista como “observador”. Indudablemente, gran parte de la tarea del cronista se apoya en la observación. Muestra al lector lo que no puede ver por la distancia geográfica o temporal. Lo anterior se realiza a partir de elementos retóricos y recursos persuasivos, pero, de manera más importante, partiendo de la forma en la que el cronista se acerca a la realidad contada. De este modo, el cronista no debe ser un simple observador y transcriptor de la realidad, pues su crónica carecería de profundidad y empatía. Por ese motivo, Carrión apunta:

El observador tiene que realizar un gran esfuerzo intelectual para comprender la psicología, las motivaciones, los miedos y los deseos de quien está entrevistando, de su guía por ese contexto ajeno y, por tanto, en gran parte incomprensible si no es gracias a su intermediación (Carrión, Prólogo: Mejor que real, 2012, pág. 16).

Con esto el autor se refiere a que el cronista debe prestar su voz a los protagonistas de sus historias, así como también hace alusión a la manera en que se debe acercar al acontecimiento que busca narrar. Parece indicar que el cronista debe mirar el mundo de forma diferente.

Ahora bien, todo lo anterior señalado tiene una finalidad dentro de la construcción de la crónica. Se trata de recursos para que una historia tenga un efecto en el lector:

Para que la palabra sea precisa y justa, debe sintonizar con los personajes y con el espacio. Es decir, las voces y los lugares que convergen en las páginas de una crónica tienen que ser transmitidos según la forma que mejor se adecue a sus particularidades (Carrión, Prólogo: Mejor que real, 2012, pág. 18).

¹⁷ Refiriéndose a la crónica como género documental.

En consonancia con el objetivo del presente capítulo, se ha presentado un acercamiento a la compleja labor del cronista: sus matices, sus formas, incluso su mirada y aproximación a la realidad.

Al respecto, el cronista estadounidense Mark Kramer propone ocho “Reglas quebrantables para los periodistas literarios” en el prólogo de *Literary Journalism*:

1. “Los periodistas literarios se internan en el mundo de sus personajes y en la investigación sobre su contexto” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18).
2. Kramer destaca la importancia de la investigación previa. No hay crónica aceptable sin un contexto bien delimitado, bien descrito. Así, el cronista tendrá la función de un analista de la realidad, de un narrador informado de las estructuras sociales y culturales, de los hechos y de los personajes.
3. “Los periodistas literarios desarrollan compromisos implícitos de fidelidad y franqueza con sus lectores y sus fuentes” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). En este punto destaca la relación entre el cronista y el lector. Existe un contrato de verdad entre el cronista y la realidad que describe. Ese es su compromiso. Si falla, el cronista pierde toda la credibilidad, la cual lo separa de un fabulador.
4. “Los periodistas literarios escriben principalmente sobre hechos comunes y corrientes” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). Para Kramer, el cronista hace una pintura de la realidad, para lo cual la mejor forma es ir a lo común, lo que le es familiar al lector.
5. “Los periodistas literarios escriben con una «voz intimista», que resulta informal, franca, humana e irónica” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). Una de las formas en la que el cronista se acerca al lector promedio, ese que lee el periódico, es hablarle como su igual, sin denotar una superioridad intelectual que lo haría lejano, no solo al lector, sino al contexto que narra, a los personajes que describe y, tal vez, a sí mismo.
6. “El estilo cuenta muchísimo, y tiende a ser sencillo y libre” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). Puede advertirse que este punto es muy parecido al anterior. El cronista pretende entablar un diálogo con el lector, describirle su realidad, pero de forma diferente; es decir, el cronista le redescubre su realidad al lector.

7. “Los periodistas literarios escriben desde una posición móvil, desde la cual pueden relatar historias y dirigirse a los lectores” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). El cronista funge como mediador entre la realidad y el lector, de modo que tiene que moverse, estar presente, y así narrarlo.
8. “La estructura cuenta, como una mezcla de narración primaria con historias y digresiones que amplifican y encuadran los sucesos” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). El estilo es la forma en la que el cronista describe la realidad: no se trata de falsearla para hacerla más atractiva, al contrario, debe buscar cómo mediar entre el estilo personal (lo que le da valía y diferencia a un texto) y los hechos contados.
9. “Los periodistas literarios desarrollan el significado al construir sobre las reacciones del lector” (Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 18). El cronista busca lograr un impacto en el lector, provocar algo en su interior; así se construye la crónica.

En este acercamiento a la labor del cronista que realizamos, advertimos que si bien es cierto que los cronistas gozan de una libertad ganada con el tiempo –presentar la realidad desde sus puntos de vista— también existen procesos que no pueden dejar de lado. De esta manera, la labor del cronista se encuentra cargada de complejidad.

La función del cronista no es simplemente informar. Esta característica es la que lo separa de otros géneros periodísticos, aunque, paradójicamente, también lo vincula. Para Carrión “El cronista trabaja contra la versión oficial, contra el comunicado de prensa, contra la simplicidad de cualquier marca. Genera complejidad porque sabe que, aunque la realidad es múltiple, sus crónicas oficiales pretenden que parezca sencilla” (Carrión, Prólogo: Mejor que real, 2012, pág. 19). La función social hace que el cronista sea relevante en una sociedad como la actual, pues presenta otro punto de vista, distinto del ofrecido por los propios medios, e incluso por el Estado. Por la forma en que se estructura y desarrolla, aunada a cómo el cronista aborda la anécdota o el acontecimiento, quizás la crónica sea lo más próximo a la realidad por ser un género donde convergen los hechos y la belleza lograda mediante la reconstrucción de estos y el uso especial del lenguaje, que el cronista muestra desde su punto de vista.

En suma, la crónica y el cronista cumplen un pacto que va más allá de lo burocrático, lo jurídico, un pacto de honor. Continúa Carrión:

Toda crónica es un contrato con la realidad y con la historia. Un doble pacto: un compromiso doble. Con el otro (el testigo, el entrevistado, el retratado y sus contextos, el lector) y con el texto que tras un complejo proceso de escritura (y montaje) lo representa en su multiplicidad, utópicamente irreductible (Carrión, Prólogo: Mejor que real, 2012, pág. 20).

De esta forma el autor plantea las vicisitudes del cronista: la complejidad de llevar al lenguaje una realidad actualizada, de mostrar a partir de palabras un contexto ajeno, pero la vez cercano, porque se trata de un retrato de esa realidad que compartimos todos.

1.4 Hacia la hibridación de la crónica

Situada frente al periodismo, ¿se puede enclavar la crónica únicamente dentro de ese rubro? La verdad es que están estrechamente ligados, pero no del todo. Lo anterior se hace patente en la libertad del creador. Como se ha visto en el apartado 1.2.3, el cronista cree en la belleza de la realidad, no necesita de la invención de esta, sino de su reinención sin alterarla, en apego a uno de los rasgos fundamentales de la crónica: la veracidad de lo narrado. Es en esa delgada línea donde la crónica se inclina al periodismo.

No obstante, la crónica tiene un sinnúmero de posibilidades, según el tratamiento que el cronista le dé, todas ellas tomadas de otros registros. De acuerdo con Juan Villoro:

Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la "voz de proscenio", como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser (Villoro, en Jaramillo Agudelo, 2012, págs. 578-579).

Aunque la relación de la crónica con el periodismo es clara, también guarda una distancia respecto de este. Su esencia es híbrida y se mueve en distintos registros. Ante el periodismo, sobre todo en el caso de la nota inmediata, mantiene una distancia de análisis, de reflexión, de estilo. Esto provoca una reflexión sobre la interpretación de lo que sucede, frente a la necesidad de estar informados a partir de los textos periodísticos.

Sin duda, la abundancia de noticias ha mermado al periodismo de antaño, donde se gestó gran parte de la crónica contemporánea, pues se privilegiaba la inmediatez frente al pensamiento. Julio Villanueva Chang, en su ensayo *El que enciende la luz. ¿Qué significa escribir crónica hoy en día?*, señala que:

Del paradigma vertical de la prensa que antes nos hablaba como una autoridad, saltamos al de la horizontalidad de los ciudadanos de las redes sociales donde todos nos hablan a la vez. Parecen malas noticias para la prensa oficial: la novedad sigue siendo la ilusión que producen las nuevas tecnologías y la intromisión en la intimidad, pero no una nueva visión de mundo (Villanueva Chang, 2012, pág. 584).

El autor pone en perspectiva la función informativa del periodismo, con énfasis en la necesidad, casi obsesión, de comunicar el aquí y el ahora. Resulta casi imposible establecer una reflexión frente a la apabullante cantidad de información que hoy en día circula por los medios informativos.

Los periódicos tuvieron que adaptarse a esta dinámica, so pena de desaparecer. Del mismo modo, los receptores de información también se encuentran en una encrucijada, pues estar fuera de esta mecánica significa casi un exilio social. Villanueva Chang remata diciendo: “Un cronista trabaja con información que se sabe y que se ignora, pero en ambos casos no se entiende. ¿Qué entendemos luego de leer un periódico o un *tweet* por internet? ¿Cómo se construye el olvido de un acontecimiento?” (Villanueva Chang, 2012, pág. 585). Es aquí donde radica la trascendencia de la crónica, pues ante el contexto actual encuentra su bastión en la búsqueda de una permanencia sostenida en el análisis, el estilo, la forma. Aspira a una estabilidad propia de una obra ficcional.

Frente a esta situación, J. M. Servín plantea que la distinción de géneros periodísticos es una discusión interminable, dados los constantes vínculos entre la literatura, el periodismo, y sus diversos géneros:

Las interminables discusiones para definir los géneros (crónica, reportaje) se han puesto de acuerdo en las afinidades más que en las diferencias. Hay un punto en común que evita las perogrulladas: la Crónica es la literatura de la realidad (y en el mejor de los casos, abundaría yo, de la realidad del cronista), un registro de géneros literarios y disciplinas sociales debidamente fusionadas en una narración que apuesta por la atemporalidad. No hay distancias imposibles ni asunto menor para quienes escriben crónicas (Servín, 2010, pág. 14).

Es importante resaltar que ni para una crónica ni para el cronista existe un tema menor. Cabe destacar que se puede hablar de una universalidad de los temas cuyo único requisito consiste en que sea real, lo que lo afianza al periodismo de manera innegable. La crónica va escribiendo la realidad y la vuelve atemporal, para el desarrollo de una especie de discurso histórico que se escribe constantemente.

Dicha cualidad la vincula a otro discurso: la Historia. Como señala Jorge Carrión, “toda crónica es un contrato con la realidad y con la historia” (2012, pág. 20). De ahí que los compromisos propuestos son nucleares para el cronista. Tiene un deber con la realidad y lo que ello implica, a saber: el acontecimiento descrito, los protagonistas de la historia, el contexto histórico, y evidentemente el lector, este último quien deposita su confianza en que lo relatado realmente sucedió. Por otro lado está el proceso de la escritura. Si el cronista aspira a trascender los obstáculos antes descritos deberá trazar un texto que sea permanente, atemporal, que refleje un contexto, y al mismo tiempo sea tan universal como para ser leído en otro tiempo. En suma, encapsular el tiempo a través del discurso.

Lo anterior sería imposible sin la visión subjetiva del cronista, pues es en el estilo donde radica mucha de su valía. Una crónica escrita de modo impersonal difícilmente trascendería, ya que no habría un rostro, un diálogo con el lector. Este es el punto que más atacan los críticos de la relación que tienen la crónica y el periodismo, debido a que este último debe ser imparcial, objetivo. Martín Caparrós apunta al respecto:

El lenguaje periodístico habitual está anclado en la simulación de esa famosa “objetividad” que algunos, ahora, para ser menos brutos, empiezan a llamar neutralidad. La prosa informativa (despojada, distante, impersonal) es un intento de eliminar cualquier presencia de la prosa, de crear la ilusión de una mirada sin intermediación: una forma de simular que aquí no hay nadie que te cuenta, que “ésta es la realidad”. El truco ha sido equiparar objetividad con honestidad y subjetividad con manejo, con trampa. Pero la subjetividad es ineludible, siempre está. Es casi obvio: todo texto (aunque no lo muestre) está en primera persona (Caparrós, en Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 22).

El tema de la “objetividad” en el periodismo es cuestionable. Como lo señala Caparrós, no se tiene una neutralidad en un medio, pues la “línea editorial” marca rumbo. Ante este panorama, los medios deben comprometer su perspectiva frente a intereses externos, los cuales son ocultados con una máscara de anonimato. Es imposible decir que los medios son culpables de este tipo de dinámica, pues responde a elementos externos y es parcialmente aceptada; sin embargo, se trata de manifestar la necesidad de presentar un rostro, el del cronista, que pueda responder a lo que se expresa, y dar confianza al lector. Prosigue Caparrós:

Los diarios impusieron esa escritura «transparente» para que no se viera la escritura: para que no se viera su subjetividad y sus subjetividades en esa escritura: para disimular que detrás de la máquina hay decisiones y personas. La máquina necesita convencer a sus lectores de que lo que cuenta es la verdad y no una de las infinitas miradas posibles. Reponer una escritura entre lo relatado y el lector es (en ese contexto) casi una obligación moral: la forma de decir aquí hay, señoras y señores, señoras y señores: sujetos que te cuentan, una mirada y una mente y una mano (Caparrós, en Jaramillo Agudelo, 2012, pág. 22).

Así, se plantea la importancia de la subjetividad, pues frente al anonimato de las verdades posibles, debe persistir la obligación moral del cronista ante lo que escribe. Es de este modo que la crónica empieza a nutrirse de otros discursos, característica que la vuelve un género fronterizo con la literatura.

Respecto de la calidad polifacética de la crónica, como se había señalado en el apartado 1.2.4, el escritor mexicano Juan Villoro, aludiendo a la imagen propuesta por Alfonso Reyes para el ensayo, la denomina *el ornitorrinco de la prosa*, donde confluyen diversos géneros literarios y periodísticos (novela, cuento, teatro grecolatino, ensayo, autobiografía, entrevista, reportaje), sin que por ello pierda su sello distintivo.

Lo anterior se ha dicho con la intención de mostrar la capacidad de profundidad que la crónica puede llegar a tener, así como la multiplicidad de facetas que aborda, en términos literarios. Por esta razón resulta complicado encasillarla en un solo género, ya sea el literario o el periodístico; sin embargo, tampoco se puede aislar, segregar o fragmentar, puesto que responde a ciertas formas que permiten anclarla para su análisis.

En este sentido, resulta conveniente apuntar que existe un binomio en cuanto a la naturaleza de los relatos: la ficción y la no ficción. Esa dicotomía luce fácil de resolver; no obstante, sus matices son tenues, como expresa Muñoz:

Entender la crónica como una forma y no sólo un género es relevante porque, por una parte, permite poner en perspectiva el cuestionamiento de los asépticos postulados de la llamada objetividad periodística —factualidad, uniformidad en la redacción y el estilo, impersonalidad— relativizando simultáneamente la división de géneros —informativos y de opinión— sobre la cual descansa la profesionalización del periodismo. Esto incluso puede poner en crisis el estatuto tranquilizador de no-ficción con el cual se aspira a insertarla dentro de la genealogía del periodismo industrial de Occidente, tan aficionado a presentar la objetividad como verdad (Muñoz, 2003, pág. 6).

En efecto, dicho binomio es puesto en duda en distintos momentos. Dadas sus características, no se puede afirmar que la crónica se inscriba tajantemente en alguna de esas categorías, ya que, con los recursos retóricos y las imágenes poéticas de las que hace uso, entre otros artilugios narrativos, la realidad se ve trastocada; por otra parte, no es posible afirmar que por tener la libertad de realizar este tipo de juegos literarios la crónica está en condiciones de falsear la verdad, pues no se puede negar su componente periodístico.

De entrada, existe un prejuicio afincado al ejercicio de la no ficción, particularmente en la crónica, por su estrecha relación con el periodismo, el cual es denostado por su premura y vigencia. Al respecto, Alberto Salcedo Ramos plantea: “Los escritores de ficción no son más importantes, *per se*, que los de no ficción sólo porque imaginan sus argumentos en lugar de apegarse a los hechos y personajes de la vida real” (Salcedo Ramos, *Del periodismo narrativo*, 2012, pág. 632). Luego entonces, el limbo entre narrar ficción y no ficción es un tema que tiene muchas aristas, el cual no se puede reducir a una cuestión maniquea ni mucho menos determinar la calidad bajo este criterio. Por otro lado, va más allá de establecer que el origen de la historia afecte las cualidades de determinado texto.

Para J.M. Servín, la dicotomía entre la ficción y la no ficción es un tema resuelto. Este autor alude a la influencia que ambas vertientes han tenido lo largo del tiempo, creando una relación simbiótica que puede entenderse como una amalgama de discursos, mediante la cual se nutren mutuamente:

[...] la mejor ficción debe incluir la Crónica como única posibilidad de que el mejor periodismo puede ser comparado con la ficción. No es casualidad que muchas de las novelas

canónicas desde el siglo XIX hasta nuestros días hayan utilizado en su construcción herramientas formales y de estilo extraídas del periodismo (Servín, 2010, pág. 13).

Es aquí donde empieza la comparación entre los géneros, tanto literarios como periodísticos, donde la diferencia establecida por la crónica podría radicar en la calidad del texto, en el estilo del autor, entre otros aspectos.

Se ha señalado en líneas anteriores que la crónica es un género, al igual que el ensayo, difícil de asir. Sus posibilidades son muchas y su desarrollo requiere un acercamiento minucioso al acontecimiento. Sin embargo, una característica suya es clara: se encuentra fuertemente vinculada al periodismo. Es allí donde encontró su germen, así como su evolución y difusión; es en ese ámbito donde se han desarrollado su estilo y forma.

Para Susana Rotker, la crónica se encuentra situada entre estos dos discursos. Rotker marca una distancia del texto noticioso, plantea la experimentación del lenguaje, muy relacionada con el estilo del cronista, en el que radica gran parte de su esencia:

La crónica, género híbrido donde se encuentra el discurso literario y el discurso periodístico, es el espacio de la escritura que mejor registra los cambios sociales, las interrupciones, las experimentaciones del lenguaje y de la escritura. Más elaborada que los textos noticiosos, pero con un dinamismo y un sentido de urgencia que no tienen otras prácticas escriturarias de coacción mucho más lenta (como la novela, por ejemplo), la crónica ha sido un espacio privilegiado y marginal en la cultura latinoamericana desde hace un siglo, especialmente en los centros urbanos (Rotker, 2005, pág. 165).

En este sentido, la autora destaca la diferencia entre la crónica y ciertos géneros literarios — tal es el caso de la novela—, vinculada más bien a su proceso de escritura y la urgencia que exige su redacción. En su hibridación, la crónica busca su espacio aparte; sin embargo, resulta ineludible su fuerte lazo con el periodismo.

Para concluir, se puntualizará que este recorrido por la crónica realizado a lo largo del capítulo lleva a plantear su naturaleza fronteriza, marcada por una ambigüedad entre el género periodístico y el literario. En este orden de ideas, la crónica sería un género híbrido, y el apego a cierto tipo de discurso entre la amplia gama posible dependerá, en gran medida, de la intencionalidad del cronista. Aunque se debe considerar que una crónica tampoco puede tender a un sentido maniqueo; es decir, no se puede hablar de un lado de la balanza, ya que si tiende a lo ficcional o a lo puramente real será un texto distinto. Si se decanta por la

narración casi exacta de los acontecimientos, su naturaleza se encontrará más próxima a la noticia, pero si se vincula más a la fabulación, rozará con el cuento o la novela, y perderá toda su finalidad.

Al ser un género textual tan voluble, que permite una aparente libertad, su delimitación se rastrea en sus orígenes. Lo anterior se debe a su necesidad primaria de informar, la cual se encuentra en su naturaleza, ya que, en sus orígenes, su función era la de transmitir información, datos y realidades distantes. Así se puede ver en ejemplos como los Diarios de viaje, las Crónicas de Indias, entre otros textos que en su momento buscaban transmitir las maravillas de un nuevo mundo.

Por consiguiente, se puede hablar de una fuerte relación de la crónica con el periodismo; esto se debe a la función que tiene este de presentar una imagen del presente. Fragmenta la realidad para presentar una parte significativa que representa, en cierta medida, el tiempo presente. Misma labor que se lleva a cabo en un tiempo que está en curso, lo que impide una profundización de la realidad en forma plena; sin embargo, esto no obsta para que exista una reinterpretación del presente, de los actos y de los acontecimientos, los cuales son presentados de determinada manera y en determinado orden.

Ahora bien, si se tiene en cuenta que la crónica es una narración de hechos en orden cronológico, entonces el margen de maniobra en el uso del tiempo se halla estrechamente ligado al acontecimiento. De este modo, el periodismo es el discurso de donde más se nutre. Lo anterior no quiere decir que sea un género cerrado en su estructura: al contrario, se habla de un género (dentro de los periodísticos) que en mayor medida puede tener un desarrollo más detallado, y usar algunos recursos retóricos que contribuyan a la creación de la trama.

De esta forma, se puede abonar que su naturaleza híbrida le da una característica que nutre al género: la intertextualidad. La intertextualidad entendida como “un mecanismo semiótico que constituye un área híbrida entre la semiótica y la pragmática. Mientras más fuerte es el vínculo intertextual, más se activa el conocimiento del texto mismo y los sistemas de creencias” (Marinkovich, 1998, pág. 735). De allí que la crónica parte del periodismo, no obstante, se renueva a partir de elementos de la literatura, del teatro (como se verá más adelante con Salcedo Ramos y su concepto de “escenificación”), entre otros.

Así, dicha cualidad nutre al discurso por su capacidad de renovar a través de otros textos. Ahora bien, la crónica no sólo se nutre de elementos de la literatura, sino de otros discursos, esto porque: “

[...] intertextualidad en un marco semiótico-social no se limita a referencias explícitas a otros textos, ni solo a textos literarios, ni a la imitación, y puede encontrarse en varios niveles (palabras, estructura textual, registros, géneros, contenidos y contextos) y en distintas combinaciones (registros con géneros, géneros con contenidos, contenidos con situaciones sociales, etc.) (Marinkovich, 1998, pág. 735)

De esta forma, agentes como el testimonio, los recorridos que realiza el cronista en los lugares donde se llevaron al cabo, los reportes oficiales, la bibliografía sobre el tema, y la investigación previa, también configuran a la crónica.

De esta forma, cada crónica puede variar, ya que no representan los mismos contextos, y sus historias no parten de la misma estructura, sino de características en común, las cuales confluyen, junto con el estilo del cronista, las cuales están determinadas por las historias, los protagonistas, los contextos, testimonios.

Respecto de lo antes mencionado, dentro de la naturaleza de la crónica se encuentra un germen relacionado con la creación literaria. No hay que confundirla con una fabulación basada en la realidad, como serían una novela o un cuento realista, sino que la crónica hace uso de diversos recursos literarios para presentar un acontecimiento real. Así es como estos dos discursos confluyen de forma imbricada. Se nutren uno al otro de una manera relacionada con la intencionalidad del autor.

Capítulo II

Una aproximación a la violencia

En este segundo capítulo se explorará el fenómeno de la violencia desde la universalidad de su concepto, los diferentes acercamientos al mismo y su funcionamiento; asimismo, se hablará de cómo este fenómeno se establece en una sociedad y cuáles son las consecuencias de su presencia. Se examinará en forma minuciosa el proceso de la violencia, sus motivaciones y sus relaciones, según la teoría de los conflictos de Galtung, una línea de investigación que tiene como principal motivación la búsqueda de paz. De este modo será posible entender lo que sucede al respecto en varias regiones de América Latina, y a partir de ello configurar una propuesta para erradicarla.

La intención de este capítulo es mostrar el contexto en el que surgen las crónicas de Alberto Salcedo Ramos que tienen como tema principal la violencia colombiana.

2.1 Hacia una definición de la violencia

*En verdad, la violencia es tan vieja como la humanidad misma.
Tan vieja que el inicio del duro caminar del hombre aquí en la Tierra,
lo fija la Biblia en un hecho violento: su expulsión del Paraíso.
Adolfo Sánchez Vázquez*

En diciembre de 1999 un helicóptero sobrevolaba la población colombiana de El Salado. Mientras planeaba encima de la comunidad, dejaba caer unos volantes en los que se leía: “Cómense las gallinas y los carneros y gocen todo lo que puedan este año porque no van a disfrutar más” (Ruiz, 2020)¹⁸. Dos meses después, en febrero del año 2000, los grupos denominados “Bloque Norte” y “Bloque Héroe de los Montes de María”, de las Autodefensas Unidas de Colombia (en lo sucesivo AUC), cometían, contra un grupo indefenso de campesinos, torturas, degollamientos, violaciones y decapitaciones, entre otras

¹⁸ Ruiz, M. (16 de febrero de 2020). “Fiesta de sangre: así fue la masacre de El Salado”. Obtenido de <https://www.semana.com/nacion/articulo/masacre-de-el-salado-como-la-planearon-y-ejecutaron-los-paramilitares/557580>

atrocidades. Se habló de más de cien víctimas, algunas arrojadas a fosas comunes que ellas mismas habían cavado.

Años más tarde, el cronista colombiano Alberto Salcedo Ramos escribiría sobre ese acontecimiento en su texto “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas”, donde, a partir de los testimonios de algunos habitantes de El Salado que se quedaron a vivir en el lugar, recrea esos fatídicos días de violencia, de sadismo, de muerte. Más adelante se analizará la forma en la que el escritor representa la violencia; por el momento es preciso preguntarse algunas cuestiones: ¿cómo entender un acto de esta naturaleza?, ¿cómo racionalizar el nivel de sadismo de un ser humano frente a otro?, ¿cómo entender la violencia que se puede ejercer hacia una persona, contra el instinto de conservación de la especie y en oposición a la empatía?

La palabra violencia viene del latín *violentia*, que alude a la cualidad de violento (RAE, 2001, pág. 2304). De acuerdo con el *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* de Joan Corominas, *violento* se deriva del sustantivo *vis*, el cual significa “fuerza”, “poder” (Corominas, 1984, pág. 823) y de *-olentos*, que según el *Diccionario etimológico español en línea* (2020, párr. 1) alude a la “abundancia”; es decir, “el que actúa con mucha fuerza, o mucho poder”. Sin duda, ante esta definición del origen etimológico del término surgen cualidades que se pueden relacionar con el acontecimiento antes descrito; sin embargo, no lo definen o explican a plenitud. Faltaría un desarrollo más complejo de este concepto tan universal.

Definir la violencia es una tarea complicada. Pretender un estudio de sus implicaciones, formas y modos sería materia de un estudio independiente. Varios factores la desencadenan, y sus causas son diversas. El escritor mexicano Salvador Elizondo, en su ensayo “De la violencia”, menciona: “El levísimo acontecer que desordena una estructura o una continuidad se produce siempre con carácter súbito” (Elizondo, 1988, pág. 59). Como se puede advertir, se trata de una exposición generalizante, que, no obstante plantea algunas características de su naturaleza, como el “acontecer” y el carácter “súbito”.

Así, la violencia sería la ruptura de una armonía, de un orden establecido. En ese sentido, desde un nacimiento hasta un debate de ideas serían ejemplos de exposiciones violentas en determinados contextos, aunque no describirían acontecimientos como los sucedidos en El

Salado. De este modo, la violencia se manifestaría en distintos momentos de la vida, en diversos niveles, y no en todas las ocasiones con connotaciones perjudiciales; por lo que resulta necesario delimitar el tipo de violencia a la que se alude en el presente capítulo.

Aun cuando la definición de Salvador Elizondo luce muy genérica, no obstante sirve de punto orientador inicial. Por consiguiente, para hablar de violencia se tiene que acotar su concepto, pues, como menciona Edisson Cuervo Montoya:

En el intento por definir un concepto como violencia, son muchos los autores que han buscado el camino de diferenciación conceptual de un término de tal envergadura y complejidad, y nos encontramos con variadas acotaciones, planteadas desde diversas disciplinas: sociología, antropología, derecho, filosofía, ciencias políticas, psicología y psicoanálisis, entre otras (Cuervo Montoya, 2016, pág. 78).

Es entonces que se perciben varias interpretaciones del fenómeno desde un enfoque disciplinario particular, lo que plantea un reto en su estructuración y posterior análisis. En este sentido se considerará que la violencia, tal cual se ha manifestado en regiones de México y Colombia, se encuentra relacionada más con la agresión directa, ya sea de grupos criminales contra una población, o de manera individual, como en ataques directos entre personas.

La violencia relacionada con la agresión, directa o individual, alude a una manifestación que permea gran parte de la actualidad, sobre todo en el contexto latinoamericano, por lo que su estudio y análisis son imprescindibles para interpretar una realidad que excede la razón. Preguntas acerca de cuándo comienza, cuándo termina y, sobre todo, qué la detona, han sido objeto de reflexión de múltiples pensadores desde distintos enfoques. Respecto de la violencia vinculada a América Latina, una diversidad de imágenes es frecuente, donde generalmente existe una dialéctica entre un agresor y una víctima, donde los ejemplos son múltiples y estremecedores.

En el caso de América Latina, la industria del crimen es uno de los mayores actores cuando de violencia se trata, ya que sustenta su proceder con la retribución monetaria que pueda obtener. Así lo plantea Esteban González Manrique en “La violencia en América Latina”, artículo publicado en *Letras Libres*:

En 1997, un estudio del Banco Mundial sobre la criminalidad en América Latina mostró que los delincuentes basan sus decisiones en una especie de análisis de costo-beneficio: calculan los potenciales beneficios de un delito en relación a los costes y riesgos de cometerlo y la probabilidad y severidad del castigo (González Manrique, 2005, párr. 1).

Posteriormente, el autor ejemplifica este argumento con los secuestros: “Si la industria del secuestro en países como Colombia, México o Argentina es un indicativo fiable de esa teoría, entonces las bandas han concluido que el crimen es hoy extremadamente lucrativo y las consecuencias penales poco probables” (González Manrique, 2005, párr. 2). Esta aseveración ejemplifica solo una de las tantas formas de violencia padecidas en la región.

Otro modelo de violencia cuyo mayor vértice se encuentra en México son los feminicidios. Como señala Sergio González Rodríguez en su obra *Huesos en el desierto*, se trata de un fenómeno social bastante preocupante en la región, sobre todo al norte del país:

Las víctimas de homicidio de extrema violencia en Ciudad Juárez padecen crímenes contra la humanidad. Además de racismo, la prepotencia social y el odio de género contra muchas de las asesinadas, sufrieron también violación, un delito equiparable a la tortura de acuerdo con el estatuto de la Corte Penal Internacional (González Rodríguez, 2005, pág. IV).

González Rodríguez perfila un grado de sadismo sufrido por la víctima, el cual muchas veces pasa inadvertido por lo monstruoso del acto. Sin embargo, pese a que este tipo de descripciones causen un espanto natural ante acciones de esa naturaleza, no hay que perder de vista que detrás de esos ultrajes se encuentran diversas motivaciones.

La violencia es un tema central del debate público en América Latina tanto por su constante aparición y su normalización en ciertos espectros sociales como por las cifras e intensidad con que se presenta. Sin duda para la zona es indispensable pensarla y repensarla, pues se trata de una realidad que acaece incluso más que en otras regiones del mundo.

Lo anterior dicho es reforzado por Pierre Salama, quien señala que la violencia en América Latina es mucho mayor en conjunto que la de Europa. Su afirmación podría estremecer a los habitantes de esta área; no obstante, se encuentra plenamente justificada:

Se deben subrayar cuatro puntos relacionados con la violencia en América Latina: la intensidad de la violencia —mayor que en Europa—, las disparidades regionales, su evolución y, por último, el impacto de los homicidios en la esperanza de vida, especialmente en los hombres jóvenes (Salama, 2008, pág. 81).

Lo que obliga a pensar que el tipo de violencia, así como sus causas, son propias del contexto donde se produce. Para lo anterior se debe establecer una delimitación de este concepto, ya que, tal se puede advertir, su naturaleza es heterogénea.

Al mismo tiempo, como se verá más adelante, conocer este fenómeno puede ayudar a buscar formas de erradicarlo. Para tal fin resulta importante precisarlo, ya que de este modo se puede profundizar en su esencia, en su dinámica, en sus motivaciones, procurando suprimir, o por lo menos disminuir, sus funestas consecuencias.

De vuelta a la universalidad del término, que impone una ponderación para el entendimiento de esta manifestación social, la cual provoca consecuencias negativas en cualquier comunidad, además de influir en la forma en la que se desenvuelven sus habitantes, en las dinámicas de las propias comunidades, e incluso en el desarrollo de las mismas, habría que retomar lo que al respecto señala Agustín Martínez Pacheco considerando la universalidad del término y sus múltiples matices:

Pese a que efectivamente no existe una definición de violencia ampliamente aceptada por los estudiosos, podemos encontrar algunas que han ofrecido un cierto consenso. Particularmente se encuentra en esta línea aquella que destaca el uso de la fuerza para causar daño a alguien (Martínez Pacheco, 2016, pág. 9).

Así surge la noción del “uso de la fuerza” y de “daño”. Estos términos se encuentran inevitablemente ligados a la percepción que permea sobre el concepto *violencia*. La noción de “daño” es la que incide en la mente de los latinoamericanos, ya que sus pobladores han sorteado toda suerte de afectaciones físicas y emocionales a causa de la violencia, y asimismo la modificación de su estilo de vida.

Ahora bien, como se mencionó, la violencia surge en distintos contextos y bajo variadas dinámicas; no obstante, la más relacionada con el entorno de América Latina y con la perspectiva de este estudio es la violencia social. Ante la pregunta ¿cómo se vuelve la violencia un fenómeno social?, Martínez Pacheco apunta:

Así, consideramos que la violencia no es una sustancia o un hecho aislado, totalmente terminado y asible en sí mismo, sino que se trata de relaciones sociales o, mejor dicho, del tinte que asumen ciertas relaciones sociales. Desde esta perspectiva, la violencia puede ser vista como un adjetivo que califica determinadas formas de relación (Martínez Pacheco, 2016, pág. 15).

Cuando se habla de violencia en un contexto social, de inmediato vienen a la mente imágenes de guerras, protestas, crímenes, rebeliones o insurrecciones, entre otras manifestaciones. Todos ellas insertadas en distintos contextos sociales, o bien que involucran determinado

componente social, desde un tipo de violencia doméstica o laboral; en todos los casos la noción de sociedad influye sobre estos acontecimientos.

La violencia se presenta de distintas formas, pues dentro de su naturaleza se encuentra la característica de ser espectacular, cruenta y repentina; por lo menos es la percepción general que se tiene de dicho fenómeno. Lo cierto es que la violencia se produce en un contexto social; es decir, como interacción entre individuos, y tiene sus motivaciones en situaciones y formas que con frecuencia pasan inadvertidas, o en las que se profundiza poco.

Como se pudo advertir en la parte inicial del presente capítulo, este fenómeno es un problema serio en algunas regiones del mundo, particularmente en América Latina. Más allá de romanticismos populares hacia ciertos personajes que la ejercen (resulta curioso el culto a personalidades del crimen organizado como Joaquín Guzmán Loera o Pablo Escobar, en gran medida alimentado por el mito artificial creado por sus leyendas o las caricaturizaciones que de ellos hacen en las series y novelas al respecto), o de que represente un estatus de poder, este tipo de comportamiento deviene en una ruptura social, en un secuestro de las poblaciones y de sus habitantes, los cuales muchas veces tienen que modificar sus estilos de vida debido a la enorme presencia que la violencia llega a tener, sobre todo en poblaciones donde el Estado se encuentra ausente.

Por otro lado, en un ejercicio separatista, se busca enclavar a los perpetradores de la violencia en una escala de la naturaleza inferior, en un tipo especial de categoría social o cultural. Por consiguiente, al aislarlos como se hacía con los locos o los enfermos¹⁹ se cree que no influyen más en la sociedad y que existe una seguridad al mantener a este tipo de personalidades alejados, considerándolos monstruos o enfermos. Sin embargo, al profundizar en este sentido, se vislumbra que estos personajes se encuentran enclavados en la sociedad, y que sus motivaciones son producto de una interacción social, de funcionamientos que afectan a toda una comunidad, así como de ideologías que justifican y normalizan este tipo de acciones.

¹⁹ Véase *Historia de la locura en la época clásica o Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión* de Michel Foucault, donde el filósofo e historiador francés profundiza en la idea de aislamiento, de separación y segregación de los locos, los enfermos o los criminales. A juicio de Foucault, dicha dinámica generaba cierto bienestar y un mantenimiento de la normalidad representada por el *statu quo*.

Ya en 1964 la filósofa alemana de origen judío Hannah Arendt propuso un término para replantear las consideraciones y las aseveraciones que las sociedades tienen respecto de estos individuos. La “banalidad del mal” es un concepto que propone a los sujetos violentos como seres con motivaciones netamente humanas, incluso sociales. Al examinar el caso del juicio a Adolf Eichmann, miembro del Partido Nacional Socialista Obrero Alemán (Partido Nazi) y perpetrador de genocidios contra la comunidad judía en los campos de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, donde se esperaban las confesiones de un monstruo, un ser inhumano que no tuviera un ápice de empatía, un nacionalista fanático que justificara sus fechorías con alguna ideología extremista, sus enjuiciadores se encontraron con un individuo que presentaba rasgos de servilismo, sin capacidad de discernir por sí mismo y con una fuerte tendencia a seguir órdenes para destacar o cumplir con la tarea encomendada. Al respecto, Arendt señala:

Únicamente la pura y simple irreflexión— que de modo alguno podemos comparar con la estupidez — fue lo que le predispuso a convertirse en uno de los mayores criminales de su tiempo. Y si bien esto merece ser clasificado como «banalidad», e incluso puede parecer cómico, y ni siquiera con la mejor voluntad cabe atribuir a Eichmann diabólica profundidad, tampoco podemos decir que sea algo normal (Arendt, 2015, pág. 136).

¿Qué enseñanza deja un caso como el de Eichmann? De inicio, que los criminales no son seres aislados, sino que viven en comunidad; asimismo se encuentran insertos en relaciones sociales, y muchas veces son producto de un contexto determinado.

De este modo, la violencia es un tema intrincado de conceptualizar y de entender, ya que solo se toman en cuenta sus efectos inmediatos, los cuales se reflejan en actos de índole física; no obstante, habría que profundizar para conocer qué genera este comportamiento. Es entonces cuando una figura como la de Johan Galtung se torna relevante. Sus estudios para la paz, así como sus esquemas y reflexiones en torno a la violencia ayudan a entender que la denominada por este autor *violencia directa*, como la mostrada en manifestaciones, riñas deportivas o abuso policial, y también en asaltos, secuestros o violaciones, es la cara más evidente de la violencia, siendo resultado de un proceso de degradación social y cultural.

2.2 Johan Galtung

*La mente es su propia morada y por sí sola
puede hacer del cielo un infierno y del infierno un cielo.*
John Milton, *Paraíso perdido*

Frente a un panorama histórico plagados de eventos violentos: guerras, genocidios, masacres, hambruna —refiriendo los de carácter masivo—, o crimen, violaciones, asesinatos, robos —en un plano más cerrado y próximo—, una duda irruye cualquier mente crítica: ¿qué lleva a una persona a cometer un acto que atente contra su conservación como especie?, ¿cómo funciona una sociedad que permite consumir un hecho de tal ignominia?

Durante mucho tiempo se ha pensado acerca de la violencia presente en cierto contexto social, y las conclusiones no siempre eran alentadoras. Desde el escepticismo de Maquiavelo, el evolucionismo de Darwin o el determinismo de Hobbes se apelaba a la naturaleza intrínseca del hombre como impulsora de actitudes que arremeten contra un instinto de preservación visto también en otras especies.

Quizá uno de los pocos optimistas al respecto fue Rousseau, quien en 1762 señaló que el hombre es bueno por naturaleza y es la sociedad la que lo corrompe. Visto así, el destacado pensador francés ya propone una forma de afrontar este mal: cambiar a la sociedad. Lo cual resulta una aporía, pues el concepto de sociedad, del mismo modo que su estructura, se encuentra compuesto por varias y diversas partes. Entonces, ¿qué se debería cambiar de la sociedad?

Ante este problema de delimitación surge una figura importante para los estudios de la violencia con miras a establecer la paz como una actitud constante y permanente. El sociólogo noruego Johan Galtung indagó en los aspectos y las causas de los actos violentos, particularmente de la forma directa de la violencia, esa que es su más clara manifestación y aparece en los diarios y noticieros.

Este tipo de violencia es considerada por el grueso de la población como la única forma de violencia social; no obstante, es sólo una fase, la última, más espectacular, más visible, pero no su raíz. El autor noruego esquematizó las relaciones entre agresores y víctimas, y luego indagó sobre las causas y las consecuencias de los conflictos.

Descendiente de la aristocracia noruega, Galtung vio marchar a los soldados alemanes en su natal Oslo durante la Segunda Guerra Mundial (Martínez Pérez, 2017, pág. 23)²⁰. De esta manera, al contemplar el auge del nazismo, el poderío y la violencia desmedida con que se desarrollaban los conflictos bélicos, nace en él una necesidad de entender la naturaleza de la violencia para así buscar su erradicación. (Martínez Pérez, 2017, págs. 23-24)²¹. Más tarde fundaría la Transcend Peace University, donde realiza gran parte de su labor académica relacionada con los estudios para la paz, además de fungir como rector de la misma.

Galtung define la violencia como: “[...] afrentas evitables a las necesidades humanas básicas, y más globalmente contra la vida, que rebajan el nivel real de la satisfacción de las necesidades por debajo de lo que es potencialmente posible” (Galtung, 2003, pág. 9). Resulta importante remarcar la palabra “evitables”. Dicha noción lo hace diferente de muchos otros pensadores.

Para el autor noruego, el hombre es dueño de sus acciones y puede, si así lo desea, evitar un conflicto. Simultáneamente apunta el ataque que la violencia implica a las necesidades básicas de supervivencia: comida, techo, salud, entre otras. Este aspecto es importante, ya que es la base para sustentar una parte, tal vez la más innovadora, de su teoría: existe un tipo de violencia que si bien no es invisible del todo, tampoco es tan notoria.

Las “afrentas a las necesidades básicas” no precisamente tienen que ser físicas (como ocurre en el caso de un secuestro o de la esclavitud), sino que su procedencia y dinámica serían diferentes, ya sea que se trate de un trabajo mal remunerado o de la pobreza, por ejemplo. Lo que Galtung señala es que la violencia no solo se presenta en forma de ataque directo, sino que también se da en dinámicas sociales o aspectos culturales, los cuales repercuten en actitudes posteriores que desembocan en un agravio de ese tipo.

De este modo, la violencia se presenta en distintas formas y escalas. Esto amplía el panorama de análisis de Galtung sin salir de su objeto de estudio. Lo anterior se puede notar cuando escribe:

La violencia estalla; ya sea en la forma colectiva de la Guerra con la participación de dos o más gobiernos, o en el interior de la familia o en las calles. El daño visible, tanto material como

²⁰ Cfr. con el original.

²¹ Cfr. con el original.

somático, se acumula y es deplorado por los involucrados y por las personas ajenas al conflicto (Galtung, “El triángulo de la Violencia”, 2019, párr. 1).

Como se observa en esta cita, a partir de ese enfoque se pueden establecer magnitudes en los actos, por ejemplo una guerra o un asalto, dentro del mismo funcionamiento en la dinámica de la violencia; de igual modo, Galtung señala otros aspectos del conflicto a partir de concebir la violencia como un acto, o acción, de distintas magnitudes, mismo que posteriormente es deplorado por los individuos que tienen conocimiento de ese hecho y por los involucrados en el mismo. Esto último resulta esencial, pues es allí donde radica su defensa de la paz.

La paz, según la plantea Galtung, es la contraparte de la violencia, su reflejo. Lo anterior se percibe cuando refiere a una “cultura de la paz”; del mismo modo cuando alude a una “paz cultural”, contraparte de la “violencia cultural”, que son actitudes e ideas que justifican la violencia en determinados contextos:

Si lo contrario de la violencia es la paz, la materia de estudio de la investigación y ciencias de la paz, entonces lo contrario de la violencia cultural sería la paz cultural, es decir, aquellos aspectos de una cultura que sirven para justificar y legitimar la paz directa y la paz estructural. Si hallamos muchos y diversos aspectos de ese tipo en una cultura, podemos referirnos a ella como una cultura de paz (Galtung, 2003, págs. 7-8).

Es así que Galtung propone uno de los puntos más polémicos dentro de su pensamiento: el hombre no está predispuesto a la violencia; es decir, las conductas violentas son comportamientos aprendidos en una sociedad. Se trata de construcciones sociales que se han ido desarrollando y que al mismo tiempo fueron normalizadas y aceptadas.

Al tener el mismo desarrollo que otras construcciones sociales, aquellas relacionadas con la violencia funcionarían en forma similar dentro de la sociedad, así como en los individuos. Lo antes mencionado rompe con un paradigma establecido, donde el hombre no puede resistirse a ejercer la violencia cuando tiene oportunidad. En otras palabras, el ser humano se encuentra predispuesto para la paz tanto como lo está para la violencia:

Es necesario rechazar el malentendido popular que asegura que «la violencia es propia de la naturaleza humana». El potencial para la violencia, así como para el amor, son propios de la naturaleza humana; pero las circunstancias condicionan la realización de dicho potencial. La violencia no es como la alimentación o el sexo, comunes en todo el mundo con pequeñas variaciones (Galtung, “El triángulo de la Violencia”, 2019, párr. 5).

Bajo este supuesto, el hombre sería capaz de evitar los conflictos y así mantener la paz de la comunidad. Al negar que sea una necesidad básica para la preservación y evolución humanas, Galtung rompe con paradigmas que vienen desde Darwin y su teoría de la evolución.

El doctor Percy Calderón Concha, un estudioso de la teoría de Galtung y seguidor de sus estudios sobre la paz, hizo una síntesis de las diferentes teorías a las que contradice, o cuestiona, el pensador noruego. Como puede verse en el cuadro que aparece a continuación (Calderón Concha, 2009, pág. 70):

Teoría de la evolución	Critica de Galtung	Teoría de evolución de Galtung
Diseño inteligente. Ideología de carácter dogmático que sostiene que la vida y el destino del hombre es resultado de acciones racionales emprendidas en forma deliberada por uno o más agentes inteligentes superiores.	«Demasiado determinista»	«El hombre es un ser con capacidad de paz» (capacidad de sentido). Incluye conceptos: - Paz negativa, paz positiva - Paz con el entorno y con uno mismo (Imanishi).
Darwinismo[a], que tiene en la selección natural, la diversificación y el transformismo los motores de la evolución humana.	«Demasiado pesimista»	- Paz que gestiona los conflictos (Darwin).
Kropotkim [b], que sostiene que la evolución favorece a quienes entran en mutua ayuda sin violencia.	«Demasiado optimista»	- Paz como ayuda mutua para el desarrollo (Kropotkim). - Paz con una perspectiva y contenido antropocéntrico (diseño inteligente).
Imanishi [c], que sostiene que la naturaleza es más armoniosa que competitiva (todo ecológico) y que todos los individuos cambian cuando llega el momento de cambiar.	«Demasiado ligado a una tradición cultural y religiosa» (Budismo japonés)	

Entonces, al negar que la violencia sea un fenómeno intrínseco a la naturaleza humana, el sociólogo noruego sugiere que sus motivaciones son de índole social, o constructos formados a lo largo del desarrollo social.

De este modo es como surgen los conflictos. Los conflictos son situaciones de disputa en las que hay contraposición de intereses, necesidades y valores. Son la raíz de muchos actos de violencia al no contar con herramientas de negociación, tal es el caso del diálogo, además de carecer de elementos como la empatía. Para Galtung:

La raíz del conflicto está siempre en una contradicción, es decir, objetivos que son incompatibles. Pero un conflicto suele tener también componentes de actitud y comportamiento. Y estas actitudes están generalmente condicionadas por el subconsciente colectivo, la cultura profunda, la cosmología de esa nación, género, clase, etc. Y el

comportamiento está condicionado por pautas adquiridas en situación de conflicto (Galtung, 2003, pág. 4).

Como puede advertirse en la cita anterior, los elementos que Galtung engloba en lo que denomina “cultura profunda” son construcciones sociales, a saber: nación, género y clase. El autor señala que no debemos confundir el término “cultura profunda” con “cultura” en su sentido más amplio, pues aquella es solo una parte de esta última. Apunta: “La cultura profunda es un almacén de suposiciones, también sobre los conflictos. Los damos por hecho, es normal y natural, los conflictos son así, sin cuestionarlos” (Galtung, 2003, pág. 4). A partir de esta premisa plantea que la condición violenta del hombre es una construcción cultural o social, y no instintiva. Al tomar consciencia de esto se puede instaurar una dinámica de paz tal como ha permanecido una cultura basada en la violencia. De esta manera el autor ha mantenido su lucha para configurar una cultura de paz, además de manifestar abiertamente que la paz es posible.

Ahora bien, Galtung no es ingenuo. Así como manifiesta su creencia en la posibilidad de paz, no dice que sea sencillo alcanzarla. La paz normalizada requiere un cambio de mentalidad. Como se mencionó antes, y contrario a la creencia popular, la paz no es una ausencia de violencia; al contrario, cuando no hay conflicto es necesario poner más atención a los fenómenos sociales y a las actitudes que sustentan dicha condición:

La palabra «paz» es empleada tanto por los ingenuos como por aquellos que confunden la ausencia de violencia con la paz y no comprenden que el trabajo para construirla no está sino a punto de comenzar, y por aquellos menos ingenuos que saben todo eso y no quieren que el trabajo se inicie. De ese modo, la palabra «paz» logra convertirse en un eficaz obstáculo para lograr la paz (Galtung, “El triángulo de la Violencia, 2019, párr. 2).

Dicha paradoja —la paz como obstáculo para sí misma— detiene los intentos de mantenerla. En este sentido, el lenguaje resulta una parte fundamental, ya que la connotación afinada del concepto *paz* puede repercutir en obtenerla. Lo anterior llama la atención, sobre todo en discursos políticos donde el tema principal es la paz, aunque en una lectura más profunda se vería que no del todo. Es así que Galtung apunta que es de suma importancia entender el conflicto y la violencia para lograr lo que él denomina “una paz duradera”.

Puede advertirse entonces que toda su teoría de los conflictos se encuentra sustentada y motivada en la búsqueda de paz, como señala el propio autor:

Nuestro propósito es contribuir al esfuerzo mundial para desbloquear dicho proceso y lograr así una paz que dure más allá del alto al fuego, de modo que el «después de la violencia» no se convierta tan fácilmente en un «antes de la violencia». La primera tarea después de la violencia es analizar su formación, para poder comprender mejor cómo el meta-conflicto desarrolló su curso diabólico causando estragos dentro y entre los seres humanos, grupos y sociedades; produciendo desgarros por la guerra en los pueblos, sociedades y en el mundo. La Guerra es un desastre producido por el hombre (Galtung, “El triángulo de la Violencia”, 2019, párr. 3).

Como menciona Galtung en esta cita, entender el mecanismo del conflicto es la mejor vía para detener este proceso que luce permanente y en constante mutación. Se trata de conocer al enemigo para determinar sus debilidades. Así, se centra en el análisis del conflicto o *conflictología*.

2.2.1 Conflictología

Como se mencionó, para Galtung el conflicto es una incompatibilidad de objetivos o un cruce entre ellos. Desde esta perspectiva se logra entender algunos de los sucesos históricos más relevantes. A saber, la Primera y Segunda Guerra Mundial, con incompatibilidades políticas y económicas, o en un plano más próximo, el crimen organizado. Este último, principalmente en el caso de México y Colombia, se debate entre incompatibilidades, tanto con la legalidad como con los grupos rivales, muchas veces por la toma estratégica de espacios territoriales. Al hablar del narcotráfico en México, el escritor Sergio González Rodríguez apunta en su ensayo *Campo de guerra*²² que:

Las regiones del país (México) se han modificado a su vez por el dominio de los grupos criminales, cuyas actividades en torno al trasiego de la droga han reconfigurado el mapa interior del país con sus trayectos, ocupaciones temporales y pugnas con otros en la misma empresa, e incluye el control y gestión del delito común y el resto de las industrias ilegales: secuestro, extorsión, robo, tráfico de personas y de armas y explotación de mujeres, menores y niños, lenocinio, prostitución, cobro de piso y de paso, etcétera (González Rodríguez, 2014, pág. 15).

Lo anterior sirva como ejemplo de los alcances, en términos de acciones violentas, que puede desencadenar un conflicto en determinada región.

Al intentar entender la naturaleza humana, particularmente en el caso de la violencia ejercida contra su semejante, su autodestrucción como especie, y la manera en la que resuelve sus

²² Esta obra ganó el 42 Premio Anagrama de Ensayo en 2014. Se trata de una radiografía de las relaciones entre Estados Unidos y México en el marco del crimen organizado.

conflictos –casi siempre en forma violenta y rígida— surge una muy joven rama de estudios que se conoce como conflictología.

Esta naciente disciplina tiene como finalidad entender el conflicto y buscar una solución a dichos problemas, discusiones o disputas. Para Eduard Vinyamata, sociólogo español y uno de los principales impulsores de esta nueva vertiente del conocimiento, junto con Galtung, la conflictología es:

la ciencia del conflicto, la compilación de conocimientos y habilidades sobre los conflictos y sobre las posibilidades con que la humanidad puede contar para intentar preverlos, reducirlos e incluso encontrarles solución. En sus denominaciones actuales, *conflictología* o resolución de conflictos, como disciplina moderna, se conoce desde hace poco; pero, de hecho, es uno de los oficios más antiguos de la humanidad. Oficio que, con frecuencia, ha renunciado fácilmente a la inteligencia y se ha limitado a ejercitar la simple fuerza bruta con desastrosos resultados (Vinyamata, 2004, pág. 125).

Aquí se plantean algunas de las motivaciones de esta nueva teoría, pues la violencia, el arrebato físico por encima de la razón y la civilidad, entre otras actitudes, son generadores de conflictos; no obstante, las motivaciones de estos últimos se encuentran en un plano mucho profundo de la sociedad que los genera.

De acuerdo con Percy Calderón Concha, el conflicto debe entenderse desde distintos ángulos. En un estudio sobre el teórico noruego dice lo siguiente:

Según Galtung una teoría de conflictos deberá abordar todas estas realidades que constituyen la condición multinivel de la especie humana. Para hablar de una teoría de conflictos como un campo científico interdisciplinar, la primera prueba que se tiene que superar, según nuestro autor, es la unidisciplinaria. Esta significará en primer lugar la definición de un objeto de estudio, en este caso el conflicto (Calderón Concha, 2009, pág. 68).

Destaca la importancia dada a la delimitación de los componentes de la violencia, particularmente el conflicto. Sin duda, para abordar un tema tan complejo es necesario desmontarlo en sus diversas partes y analizarlas de manera particular, para después enfocarse en la interacción de las mismas.

En el caso de la teoría de los conflictos propuesta por Galtung se puede apreciar que la violencia es un fenómeno más complejo de lo que aparenta cuya raíz se halla en pensamientos, ideologías, discursos, actitudes, que forman parte de la ya mencionada “cultura profunda”.

Las ideologías suelen ser peligrosas, por ejemplo el fanatismo religioso o el nacionalismo a ultranza; no obstante, también las pequeñas actitudes (tal es el caso de los micromachismos o los chistes racistas) son parte de los motivadores de la violencia. Esto es lo que llama Galtung cultura profunda:

La cultura profunda es un almacén de suposiciones, también sobre los conflictos. Los damos por hecho, es normal y natural, los conflictos son así, sin cuestionarlos. Las civilizaciones se posicionan sobre cuestiones clave tales como si la historia es básicamente lineal y se dirige de cabeza a una crisis cuyos únicos resultados posibles son el cielo o el infierno, o si es relajada, oscilando suavemente a través del tiempo (Galtung, 2003, pág. 4).

Se trata de ideas que se van normalizando con el paso del tiempo. Un ejemplo muy claro sería el machismo cuyas actitudes se volvieron normales en una sociedad con ideologías particularmente judeo-cristianas. Era tan natural que se considerara a la mujer como un ser inferior al hombre que cuando se radicalizó el feminismo, se produjeron –y se producen aún hoy en día— distintas reacciones menospreciando y minimizando esa lucha. Incluso se caricaturiza a las mujeres que forman parte de este movimiento.

El peligro que radica en este tipo de suposiciones es que se vuelvan dualísticas; es decir, conllevan que se aprecie de manera maniquea un conflicto. Posicionarse en el lugar de los buenos, y que los otros sean los malos, Dios y Satanás; ese tipo de perspectiva genera que los conflictos escalen a la violencia, aunque no sean lo mismo. No se debe confundir conflicto con violencia, puesto que existen conflictos que pueden resolverse sin el uso de esta; sin embargo, no es posible la violencia sin conflictos.

De vuelta con el ejemplo del feminismo radical, también existe en este caso el peligro de caer en el exceso de considerarse del lado correcto de la historia, y convertir al otro en el malo, el adversario. Lo anterior rompe con una idea de diálogo, uno de los principales inhibidores de la violencia. Con ello una lucha se puede convertir en el reflejo de lo que combate, tal como señala Galtung cuando habla de que la paz es la contraparte de la violencia.

La violencia es un fenómeno social aprendido y por tanto también se debería poder desaprender. En consecuencia, no se debe pretender eliminar los conflictos, puesto que estos son positivos en tanto que son oportunidades de transformación; más bien se debe luchar a favor del no uso de la violencia para resolverlos.

Galtung agrega que los conflictos pueden tener un nivel observable o manifiesto, que generalmente se refiere al comportamiento, y otro latente, el cual podría corresponder a las actitudes y contradicciones. Para este autor:

El conflicto moviliza una reserva de energía que puede ser utilizada para fines constructivos, no sólo destructivos. En otras palabras, la violencia en general, y la guerra en particular, no es solo un monumento al fracaso en la transformación del conflicto para evitar la violencia, sino también fracaso de utilizar la energía del conflicto para propósitos más constructivos (Galtung, 1998, p. 14).

Lo anterior se relaciona directamente con el concepto *paz positiva* y la importancia de que ocurra una transformación del conflicto. Los conflictos son inevitables, pues la dinámica de convivencia así lo dictamina, pero el cambio se encuentra en la forma en la cual se aborda dicha discrepancia.

En este sentido es central que la energía que subyace al conflicto sirva para construir la paz. Otra distinción central en relación con el conflicto y su resolución se percibe, según Galtung, a través de formas violentas o no violentas. Tan claro como tomar una posición que busque no enemistar ni mucho menos impulsar otras formas de resolver el conflicto. La misma energía que compone a la violencia es la que puede mantener la paz.

Las formas violentas no constituirían una real solución a los conflictos, sino que serían la perpetuación de un círculo vicioso, donde la práctica de la violencia acarrearía más violencia a futuro, y por lo mismo, no podría ser una forma deseable de resolver los conflictos. Es por ello que el autor noruego considera la paz como la contraparte de la violencia.

De este modo, si existe una violencia directa, estructural y cultural, también existe una paz directa, estructural y cultural. No obstante, aquí radica un peligro, pues esa paz estructural se puede confundir con una imposición, pues se llega a creer que la paz es una obligación y termina por volverse una imposición, lo cual rayaría en una violencia estructural sostenida en la alineación y el condicionamiento. Una aparente paz obligada es una violencia disfrazada. Ahora bien, para establecer estas dinámicas de paz, primero hay que definir los tipos de violencia.

2.2.2 La violencia según Galtung

Resulta necesario entender tanto el conflicto como la violencia para llegar a una paz duradera. Líneas arriba se rebatieron algunos postulados que dan por sentada la naturaleza violenta del hombre y por consiguiente la solución violenta y natural del conflicto. Este es el eje para la conceptualización que Galtung propone acerca de la violencia. Asimismo, se establecieron algunas características de la violencia: la afrenta, el daño, el agresor, entre otros.

Como se mencionó antes, la violencia es un fenómeno difícil de conceptualizar; sin embargo, Galtung propone una definición para sentar las bases de su teoría, la cual se revisó en el apartado 2.1, por lo que solo se recuperarán algunos elementos. De entrada, el autor se refiere a la violencia como: “afrentas evitables a las necesidades humanas básicas”. Aquí el término *afrenta* es importante, pues habla de una acción. En este orden de ideas, se puede entender la violencia como una acción que se ejerce en función de las necesidades humanas básicas, aunque no sea visible. Esas necesidades pueden variar según sea el caso, como la necesidad de seguridad (robo, violaciones, riñas), de comida (hambre y pobreza), o simplemente de una vida digna.

Posteriormente, se menciona que aquellos que no encuentran otra forma de subsistencia dentro del marco de la legalidad se ven en la necesidad de ejercer una violencia directa motivada por la desigualdad; no obstante, también existen otros factores relacionados con esta última que pueden generar ese tipo de violencia, entre ellos, la aspiración a una vida lujosa, inalcanzable por su precaria condición económica, lo cual “[...] rebaja el nivel real de la satisfacción de las necesidades por debajo de lo que es potencialmente posible” (Galtung, 2003, p. 9)²³. Esto influye en la calidad de vida de los habitantes de cualquier comunidad. El hecho de disminuir ese nivel a lo potencialmente posible no es otra cosa que menospreciar la vida del otro, así como su presencia y dignidad. Un Estado que mantenga a sus pobladores en condiciones por debajo de las básicas está ejerciendo la violencia, pero también un patrón que explote a sus empleados manteniéndolos en una posición desfavorable los violenta del mismo modo. Asimismo, un asaltante que robe, mate o viole a sus víctimas, las despoja de su necesidad básica de seguridad e integridad.

²³ Cfr. con el original.

Puede advertirse que la violencia se presenta en contextos diversos. Se trata de diferentes formas de violencia, las cuales también analizó Galtung, combinando la distinción entre violencia directa y violencia estructural con cuatro necesidades primarias, para establecer la tipología que aparece en el cuadro siguiente (Galtung, 2003, p. 9):

Cuadro 1 Una tipología de la violencia

	Necesidades de supervivencia	Necesidades de bienestar	Necesidades identitarias	Necesidad de libertad
Violencia directa	Muerte	Mutilaciones Acoso Sanciones Miseria	Des-socialización Resocialización Ciudadanía de segunda	Represión, Detención Expulsión
Violencia estructural	Explotación A	Explotación B	Adoctrinamiento Ostracismo	Alienación Desintegración

Como se puede notar, la violencia directa presenta casos donde se evidencia su fuerza destructiva; son manifestaciones muy claras y notorias. No obstante, también la violencia estructural resulta familiar en ese sentido, pues son actitudes y situaciones propias de muchos Estados y sectores de poder. Esta violencia se encuentra condicionada según las circunstancias en las que surge, las cuales pueden ser incompatibilidad de intereses, disputas o frustración. A continuación se revisarán.

Se entiende que la incompatibilidad de intereses surge cuando el juicio del individuo queda a merced de un interés de orden secundario, sea personal o económico. A modo de ejemplo podemos pensar en manifestantes que se expresan en contra del Estado. Ejemplos como el Mayo francés o el movimiento estudiantil de 1968 en México son muestras de cómo un sector se torna violento cuando ve vulnerados sus derechos o necesidades básicas frente a un gobierno controlador.

Disputar es el enfrentamiento de dos voluntades particulares, empresariales, e incluso gubernamentales. Como ejemplo están las guerras entre las naciones por recursos de diversos tipos, tal es el caso de las invasiones estadounidenses a países con petróleo, justificando su ataque con elementos de paz. Baste recordar la invasión a Irak en 2003, con la justificación de que el entonces gobernante de ese país Sadam Husein poseía armas nucleares cuya

existencia nunca se evidenció. Esto es una clara muestra de lo que Galtung señalaba como la ambigüedad que puede llegar a tener el discurso de paz.

Ante esto, la frustración se presenta cuando la incompatibilidad de intereses no es solucionable. En todo caso, cuanto más básicos e importantes son estos intereses (por ejemplo la mala distribución de la alimentación básica, agua, petróleo...), más grave puede ser la frustración final si no se solucionan. Estos sentimientos son una de las raíces que generan violencia. Una vez que se produzcan, empieza el proceso de destrucción tanto humana como material.

En consecuencia, la violencia no puede ser considerada natural en el mismo plano de nuestras necesidades primarias (comer, beber, dormir, tener relaciones sexuales...). Por el contrario, es antinatural en su propia existencia.

Para Galtung la violencia tiene un ciclo propio de vida, como cualquier organismo: aparece, crece hasta llegar a su punto de máxima tensión, declina y desaparece. Si este ciclo corresponde a la violencia, de igual manera se refleja en cómo se desarrolla la paz. Galtung expresa esto a manera de espejo, aunque se trate de fundamentos completamente opuestos:

Si lo contrario de la violencia es la paz, la materia de estudio de la investigación y ciencias de la paz, entonces lo contrario de la violencia cultural sería la paz cultural, es decir, aquellos aspectos de una cultura que sirven para justificar y legitimar la paz directa y la paz estructural (Galtung, 2003, pág. 7).

Las grandes variantes de la violencia pueden explicarse fácilmente en función de la cultura y la estructura: violencia cultural y estructural causan violencia directa, y emplean como instrumentos actores violentos que se rebelan contra las estructuras y esgrimen la cultura para legitimar su uso de la violencia. Obviamente, la paz también debe construirse desde la cultura y la estructura, y no solo en la “mente humana”.

Además, este autor distingue diferentes tipos de violencia. La violencia directa, física o verbal, se hace visible a través del comportamiento. Pero la acción humana no surge de la nada: tiene sus raíces. Dos de ellas son indicativas: la cultura de la violencia (heroica, patriótica, patriarcal...), y la estructura violenta en sí misma por ser demasiado represiva, explotadora o alienante; demasiado estricta o permisiva para la comodidad del pueblo.

En suma, se produce una privación de los derechos humanos fundamentales —en términos más genéricos hacia la vida, *eudaimonia*, la búsqueda de la felicidad y prosperidad—, pero también se presenta una disminución del nivel real de satisfacción de las necesidades básicas,

por debajo de lo que es potencialmente posible. Son formas que responden más a situaciones de desigualdad, a la marginalidad que existe en el contexto en que se desarrollan.

Violencia directa

Si podemos reconocer en la situación violenta a un emisor o agresor, entonces estamos ante un caso de *violencia directa* (física o psicológica). Como se dijo, este tipo de violencia resulta muy evidente y generalmente es el resultado de los otros. La acción humana no surge de la nada, tiene sus raíces; se señaló en el apartado anterior que dos de ellas son indicativas para entender el punto en el que nos encontramos, donde la violencia forma parte de nuestra cotidianidad: la cultura de violencia y la estructura violenta en sí misma.

Estos son los tipos que Galtung menciona como una forma de violencia permanente, invisible al no tener una forma clara y suceder sin que se note muchas veces. Se trata de actitudes o estructuras que, dada su naturaleza desigual, generan inconformidad, lo que produce conflicto y desencadena la violencia directa, la manifestación más clara de este fenómeno.

La violencia directa tiene como principal característica distintiva ser una violencia visible en lo que se refiere a muchos de sus efectos, básicamente los materiales. Sin embargo, también es cierto que algunos de esos efectos son más o menos invisibles (odios, traumas psicológicos, sufrimientos, relaciones internacionales injustas, adicción a una cultura violenta, concepciones culturales como la de enemigo...), y aunque sean igual de graves que los materiales, no suelen considerarse tan importantes como estos.

Este tipo de violencia da cuenta de los hechos más evidentes e identificables, refiriendo a toda aquella acción destructiva contra las personas, las colectividades o la naturaleza. También se deben considerar las acciones contra sí mismo dentro de este tipo de violencia, ya que el odio y los traumas generan secuelas físicas, o bien producen conflictos con otros individuos.

Una de las características primordiales de la violencia directa es que siempre tendrá actores claramente implicados, y como tales pueden ser identificados (Galtung, *Violencia cultural*,

2003, pág. 35)²⁴. Esto es central en la categoría que se revisa en el presente apartado, pues no solo la existencia de la acción hace que este tipo de violencia sea más visible, sino también el hecho de que se puede encontrar con facilidad al actor o los actores implicados. En este sentido, la violencia directa también tiende a ser una acción que se produce en un momento y lugar determinados (Galtung, *Violencia cultural*, 2003, pág. 35), diferenciándose de otros tipos de violencia que se manifiestan en forma repetitiva y constante, los cuales son difíciles de identificar en su etapa inicial.

Entonces, existen tres tipos de violencia directa, dependiendo de contra quien atente:

1. Toda aquella acción agresiva o destructiva contra la naturaleza (daños contra la biodiversidad, contaminación de espacios naturales...).
2. Contra las personas (violaciones, asesinatos, robos, violencia de género, violencia en la familia, violencia verbal o psicológica...).
3. Contra la colectividad (daños materiales contra edificios, infraestructuras, guerras...).

Sin duda, esta es la forma más evidente de violencia. Posteriormente se analizarán aquellas más difíciles de identificar.

Violencia estructural

Si no existe un emisor personal identificable de la violencia, esta se cataloga como *indirecta o estructural*. Se alude así al tipo de violencia que se presenta en forma invisible. Con esta denominación Galtung muestra que la violencia puede darse en formas no visibles, sino interpretativas. En este caso en particular se refiere a las estructuras sociales, como la economía, la política, las leyes, la religión y la cultura, que generan o provocan afrentas que impiden el desarrollo completo de las capacidades del individuo, la comunidad o la sociedad. Al mismo tiempo se trata de violencia, ya que induce lesiones de tipo físico, mental o social como consecuencia de sus mecanismos, además de su permanencia. También desencadena una violencia directa en el sentido de que el hecho de encontrarse en desigualdad económica,

²⁴ Cfr. con el original.

incluso en condiciones de pobreza extrema, lleva a hombres y mujeres a buscar en el crimen una forma de subsistencia.

El autor noruego trata de definir cómo las normas sociales benefician a ciertos grupos sociales, generalmente a los que tienen mayores ventajas económicas, mientras que esas mismas normas afectan de modo negativo a grupos en desventaja económica, un pensamiento expuesto en diferentes ideologías, tal es el caso del comunismo y el marxismo. Sin duda, la brecha económica es un fenómeno perenne en el mundo, que se produce y evidencia en distintos niveles, siendo América Latina una de las regiones donde es más evidente la violencia hacia esos sectores.

De igual manera, dichos grupos usualmente se convierten en víctimas del racismo, la discriminación o la exclusión. Todas estas actitudes son producto de las dinámicas sociales, las cuales generan resentimiento en muchos casos. Lo que provoca conflictos diversos.

Por otra parte, la violencia estructural se subdivide en interna y externa (La Parra y Tortosa, 2003, pág. 64)²⁵:

1. La interna emana de la estructura de la personalidad de cada uno. Esta es la que se da en forma individual, como la relación de un patrón, en específico, y un empleado en la misma condición. También se presenta cuando un integrante de un grupo social discrimina al integrante de otro menos favorecido por motivos económicos o sociales. La mayoría de las ocasiones se presenta por prejuicios acuñados desde una situación privilegiada.
2. La externa proviene de la propia estructura social, ya sea entre seres humanos o sociedades. Esta es más amplia, pues se presenta en estructuras sociales, muchas veces representados en pequeños hechos, por ejemplo un patrón que abusa de un empleado escudándose en un contrato colectivo o en leyes laborales. Se trata de un tipo de violencia dada por la estructura imperante y sostenida por un sistema favorable a una de las partes. De acuerdo con Galtung, las dos principales formas de violencia estructural externa, a partir de la política y la economía, son la represión y la explotación.

²⁵ Confróntese

Ambas violencias estructurales, interna y externa, actúan sobre el cuerpo y la mente, y aunque no sea consuelo para las víctimas, no necesariamente son intencionadas, como en el caso de la primera, pues un individuo puede hablar y actuar desde un desconocimiento genuino de la situación del otro.

Asimismo se han descrito otros dos tipos de violencia estructural: la vertical y la horizontal externa (La Parra y Tortosa, 2003, pág. 64)²⁶. Dichas categorías son importantes porque en una estructura las dinámicas se producen en forma horizontal y vertical. Esto vuelve más ilustrativa la idea de desigualdad, ya que se puede hablar de “los de abajo” o “los de arriba”, ideas más familiares para la sociedad en este sentido. A continuación, se refieren las características de estos dos tipos de violencia:

1. Vertical. Alude a las relaciones de poder entre dos sectores, por ejemplo Gobierno-gobernados o patrón-empleado. Se trata de estructuras donde las decisiones son unilaterales y la violencia se ejerce en favor del sector más acomodado. Del mismo modo, también lo hace con políticas que lo mantengan en su situación privilegiada sin importar el bienestar de los demás. Como ejemplos podemos notar la represión política, la explotación económica o la alienación cultural, que violan las necesidades de libertad, bienestar e identidad, respectivamente.
2. Horizontal. Se da cuando se individualiza a un grupo; es decir, se le separa para que no pueda organizarse. En muchos países existe el derecho a la libre asociación: no obstante, existen formas de romper con este anhelo. Sucede lo mismo con la gente que quiere privacidad, pero no la consigue, ya que la desigualdad es tal que no se logra tener un espacio personal, el cual es un derecho fundamental. Esto viola la necesidad de identidad. El fenómeno de la violencia estructural no es fácil de visualizar, debido a que se origina a partir de las normas sociales. Este tipo de violencia difiere de la cultural porque se apoya en una estructura y no en ideas y conceptos preestablecidos.

En suma, la violencia estructural es una de las formas más comunes, y es motivo de violencia directa cuando un sector vulnerado levanta la voz y exige sus derechos y necesidades básicas.

²⁶ Confróntese

Violencia simbólica o cultural

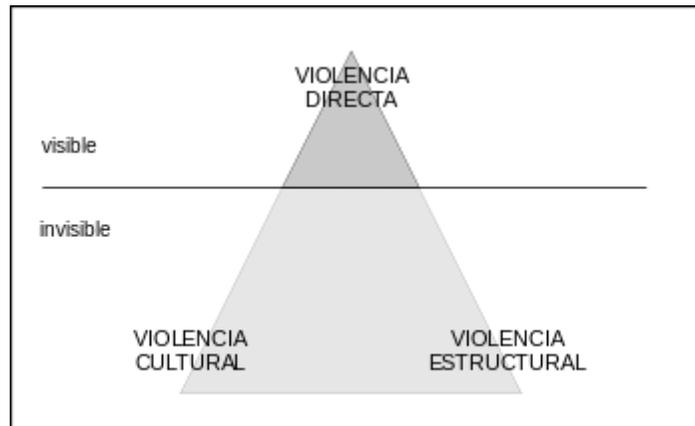
Se trata de formas de daño que se expresan en las mentalidades, las creencias y los valores, los modos de pensar y de dirigir las acciones que suelen convertirse en nefastos “sentidos comunes” que invitan a la violencia directa e intentan legitimar la violencia estructural.

Se diferencia de otros tipos de violencia en el hecho de que la simbólica o cultural fluye a través de las ideas, las normas, los valores, las tradiciones... En otras palabras, se habla de violencia cultural cuando desde la cultura se legitima o promueve la violencia en cualquiera de sus vertientes. Galtung hizo un análisis del concepto dividiendo previamente a la violencia en tres segmentos principales: violencia directa (física, psicológica, verbal), violencia estructural (generada a través de un sistema) y violencia cultural. La que nos ocupa se relaciona íntimamente con las otras dos.

La violencia cultural se identifica porque se pasan por alto o se apoyan prácticas violentas, todo ello desde el mundo de las “ideas”. El racismo, el machismo, la homofobia y el odio religioso son formas de violencia cultural que producen muerte y destruyen el tejido social. Muchas corrientes contemporáneas de la investigación conceden una importancia esencial al lenguaje en la construcción de la cultura, ya que se relaciona con las formas de pensar y de actuar, al tiempo que las induce. Desde esta perspectiva debemos concederle gran importancia tanto a la promoción de una cultura de la paz, plural e integradora, como a la desconstrucción de la violencia cultural. Sin duda alguna, las palabras, las frases, la propia lengua, se convierten en elementos de primer orden en la creación de relaciones pacíficas –o en su caso violentas—. Por lo que debemos ser conscientes de ello y utilizarlas para reconocer a los demás; dulcificarlas, dotarlas de cariño y amor, liberarlas de agresiones, marginaciones o ignorancias. Algunos autores han prestado especial atención a los símbolos como elemento central en la construcción de nuestro lenguaje, conocimiento, actitudes y conductas; en consecuencia, podríamos hablar de una violencia simbólica como la elaboración más abstracta de las discriminaciones y marginaciones entre los seres humanos.

Triángulo de Galtung

Galtung (2019) plantea un *triángulo del conflicto* o *triángulo ABC*, el cual está diseñado para mostrar la relación que mantienen las tres dimensiones de violencia antes mencionadas: directa, cultural y estructural. A continuación se presenta:



Como puede verse, en esta figura se pone de manifiesto lo que ya se dijo: existen dos tipos de violencia, la visible y la invisible. Esta distinción se enmarca entre las grandes aportaciones de Galtung. No obstante, la figura de triángulo no es gratuita, pues lo que se busca mostrar es que todas sus esquinas se encuentran relacionadas entre sí. En la figura siguiente (Galtung, 2019) esto es más claro:



Puede apreciarse que la violencia directa está relacionada con comportamientos o actos. Como se dijo, es la forma más evidente de la violencia, además de la más espectacular, y por

tanto más visible. Por otro lado, la violencia cultural se relaciona con actitudes como el racismo y el fanatismo. Finalmente, la violencia estructural está relacionada con el abuso de poder; es decir, de la estructura de poder.

Estas tres dimensiones de violencia se relacionan, por lo que aquella que se produce en cualquiera de las tres esquinas del triángulo se puede transmitir fácilmente a las otras.

A menudo las causas de la violencia directa están relacionadas con situaciones de violencia estructural y justificadas por la violencia cultural: muchas situaciones violentas son consecuencia de un abuso de poder que recae sobre un grupo oprimido, o de una situación de injusticia social —reparto de recursos insuficiente, gran desigualdad en la renta de las personas, dificultad de acceso a los servicios sociales—, y reciben el respaldo de discursos que las justifican.

Entonces resulta necesario solucionar estos tres problemas para llevar a cabo la construcción de la paz, ya que interactúan con el triángulo ABC y con el de la violencia. Los tres tipos de violencia (directa, estructural y cultural) planteados por Galtung aparecen articulados, construyendo de esta manera una teoría integral y de gran amplitud, lo que consideramos relevante, pues permite incorporar actos más invisibles, que no son necesariamente físicos y que muchas veces están incrustados y sedimentados en el sistema social, político y económico, además de que pueden ser considerados violentos, ya que se daña a las personas poniéndolas en una situación de abierta desventaja social frente a otras, coartando o vulnerando los derechos humanos.

En conclusión, a partir de la universalidad del concepto *violencia* se pueden extraer algunas acepciones. Nociones como “uso de fuerza” o “hacer daño”, entre otras, son rasgos que salen a la luz frente a una dinámica social, donde los individuos interactúan de diversas formas. Lamentablemente, la violencia ha sido una de las dinámicas más socorridas al momento de resolver un conflicto.

Así nace la conflictología, una rama de los estudios para la paz propuesta por Johan Galtung, que busca estudiar los distintos modos en los que se desarrolla un conflicto, y cuya base será importante para establecer soluciones plausibles, las cuales no tiendan a desembocar en

violencia directa. En este sentido, el sociólogo noruego se enfoca en analizar las causas de dichos mecanismos estableciendo tres tipos de violencia: cultural, estructural y directa.

La violencia cultural es aquella relacionada con ideas y conceptos establecidos en una sociedad. Ideas relacionadas con racismo, clasismo, machismo, entre otros conceptos, son elementos que se instruyen en una colectividad. De ahí que Galtung hable de “cultura profunda”, que comprende los conceptos, nociones y prejuicios que se enraízan en un imaginario colectivo y justifican el uso de la violencia.

Por otro lado, la violencia estructural se presenta en las relaciones de poder; es decir, en las dinámicas sociales donde hay jerarquía de posiciones. De este modo, los nexos colectivos como los laborales (patrón y trabajador) o sociales (gobernante y gobernados) son un espacio donde estas diferencias estructurales se presentan. Si para Galtung la violencia radica en la afrenta a las necesidades básicas, entonces la falta de empleo, de comida, de seguridad, derivará en violencia directa como resultado del estrés y resentimiento al que se ven sometidos los integrantes de determinados grupos sociales.

Finalmente se habla de violencia directa, la cual es la más espectacular de todas. Se trata de ataques directos entre individuos o colectividades y, para muchos, es la única que existe. Lo que plantea Galtung es el hecho de que la violencia directa es el resultado de las dinámicas violentas preexistentes; dicho de otra manera, la violencia estructural y cultural son las causantes de una violencia directa. Al visibilizar los otros dos tipos, se infiere que la violencia directa no es un fenómeno espontáneo o instintivo, sino un constructo que se alimenta de otra clase de mecanismos.

Desde esta perspectiva, Galtung hace particular énfasis en una noción que luce polémica: la violencia no es una actitud natural del ser humano, más bien es el producto de múltiples factores, mayoritariamente contruidos por una sociedad. A diferencia del sexo o el hambre, la violencia es evitable. Con un optimismo esperanzador, este autor nos propone un escenario donde la paz es posible, mas no es sencillo conseguirla.

Cuando Galtung habla de una cultura de la violencia, también habla de una cultura de la paz. La paz es el reflejo de la violencia, por lo que para conseguirla es necesario recurrir a los

mismos mecanismos con los que se instaura esta última. Desde esta perspectiva, habría que buscar mecanismos para que exista una paz cultural y estructural, estableciendo métodos e ideas que encuentren cauces en una idea de igualdad y armonía. Solo de esa forma se puede establecer una paz permanente y no aparente (relacionada con la ausencia de violencia directa, pero estando presente la violencia todavía en sus otras dos formas poco visibles).

Mientras se encuentran salidas a la violencia directa, un problema serio en América Latina, sirva este capítulo como preámbulo para entender la situación de Colombia. A partir de lo revisado se pueden entender algunas de las claves que llevaron al país sudamericano a ser una de las regiones latinoamericanas más peligrosas, y cómo el paulatino progreso de los hechos violentos fue normalizándolos, hasta derivar en una cultura de la violencia que aún hoy tiene a los habitantes de ese país sumidos en el miedo; del mismo modo, el análisis que se ha realizado ayudará a entender el contexto en el que se desarrollaron muchas de las crónicas de Alberto Salcedo Ramos.

Capítulo III

Colombia: un retrato de la violencia

El objetivo del presente capítulo es proporcionar un amplio contexto a la preocupación expresada por el escritor colombiano Alberto Salcedo Ramos en sus crónicas. Por supuesto, ese marco es breve en el discurso, pero amplio en los momentos recogidos en el entramado de la violencia presente en Colombia como región significativa de América Latina y como país. Se trata de un sucinto repaso de la historia de esa nación, el cual permite rastrear cómo la violencia la ha permeado desde tiempos ancestrales, y así tener los elementos que permitan entender mejor lo que dice Salcedo en sus textos.

A lo largo de su historia, la violencia ha afectado a Colombia de muchas maneras; procesos históricos, revueltas o ideologías han sido los detonadores de lo que, como se expuso en el capítulo anterior, se conoce como violencia directa. Pensar que la violencia surge de manera espontánea, a modo de liberación o para saciar un instinto natural, es una forma reduccionista de abordar este fenómeno; una visión que, lamentablemente, repercute en que no se logre su erradicación, pues varios Estados se han preocupado solo por mitigar los efectos visibles, la manifestación palpable, la violencia directa. En otros casos, solamente buscan que dichos efectos no sean percibidos por la sociedad, aunque estos sigan ocurriendo de manera constante; es decir, la violencia indirecta (que puede ser cultural o estructural) no es atendida, ya que al no ser espectacular en su naturaleza y en el efecto de su recepción, suele ignorarse. Sin duda, resulta medular revisar el contexto, analizar el origen y establecer las causas, las estructuras y los factores motivantes de actos de esta naturaleza. Para determinar las razones que llevan a un país, una región o una comunidad a la violencia es preciso observar su pasado. Así se pueden entender las raíces de un conflicto, su gestación y desarrollo, y cómo ha permeado o afectado a sus actores y partícipes. Esta revisión conducirá a determinar las motivaciones y el desarrollo que incuban y normalizan las actitudes violentas.

Desde luego, los meros datos, cifras, fechas, nombres, no son suficientes. Fundamentalmente, se trata de seguir procesos que propongan explicaciones de fenómenos tan complejos como la violencia, de localizar los factores que exhiben la manera en la que se estructuraron y petrificaron formas de convivencia, actitudes que permitieron masacres como la de El Salado

y su consiguiente representación a través de las crónicas, tal es el caso de la que escribió Alberto Salcedo Ramos.

Por tanto, para un análisis de la violencia: sus motivos, sus razones, sus consecuencias, resulta importante acercarse a la historia de la comunidad o sociedad donde se desarrolla. A partir de esto es posible determinar muchos de los engranajes en los que radica esa violencia estructural y cultural de la que habla Galtung, y que de una manera u otra se manifiesta como violencia directa y homicida.

3. 1 La formación de Colombia y la violencia colonial

Colombia es un país que hoy en día alberga a 50 millones 583 mil 892 habitantes (Countrymeters, 2020). Sus primeros pobladores eran familias y bandos provenientes del norte de Sudamérica, alrededor del año 14 000 o 12 000 antes de nuestra era (Orlando Melo, 2017, pág. 17). Lo anterior significó los primeros pasos de la historia de una región tan representativa de América Latina. Pasarían muchos años desde la formación de tribus y comunidades primitivas hasta la aparición de asentamientos de personas más establecidos.

En 1499 los reyes de España tuvieron noticias sobre esta tierra, iniciando un proceso de encuentros culturales, no exentos de episodios violentos, en el litoral del Atlántico, aunque el proceso de colonización y conquista se inició realmente en 1509. La Conquista fue un acontecimiento violento en términos culturales, políticos y económico-sociales, pues implicó el sometimiento de las naciones indígenas al poder español, un poder que buscaba subordinar a los indígenas al orden colonial diseñado por la metrópoli ultramarina.

A medida que los españoles avanzaban en el territorio colombiano, dispusieron un nuevo ordenamiento de este, de acuerdo con los intereses de la Corona y de los conquistadores. Ese ordenamiento respondía a los recursos que se podían extraer con el propósito de generar ganancias. Los asentamientos humanos se dispusieron estratégicamente, sin importar la situación de los pueblos que habitaban las distintas zonas. Con estos establecimientos continuaron, en los tres siglos posteriores, una expansión guerrera y colonizadora sostenidas. Además, ante la catástrofe demográfica indígena, los colonos introdujeron esclavos africanos. Se formó una sociedad estamental en la que los privilegios, por supuesto, se les

concedieron a los grupos dominantes, quienes delegaron parte de su poder en los subalternos indígenas (caciques), necesarios para la transmisión y el funcionamiento del poder colonial.

Esta dinámica surgida y ejercida durante la época de la Colonia resulta indispensable para entender la violencia no visible (estructural y cultural) que aqueja a Colombia. Claramente se puede hablar de una segregación cultural y social generadora de violentas desigualdades que aún se observan en la actualidad, mismas que se establecen como base de la estructura social, dando paso a la división de clases que se comienza a definir en esa etapa, para continuar hasta nuestros días. Por otro lado, de la costumbre de someter y de segregar a ciertos grupos de la población quedaron las marcas en las futuras estructuras políticas, y quizá en muchos de los complejos y las actitudes que aún se mantienen en Colombia, y que dificultan el pleno desarrollo de la democracia.

Este sentimiento de inferioridad, tanto racial como de clase, constituye un ejemplo de lo que Galtung refería como los elementos provenientes de la “Cultura Profunda”, donde esta perspectiva puede influir en el resentimiento social de una clase vulnerable frente a una empoderada, o de una persona con rasgos indígenas ante una con fisonomía caucásica, por citar algunos ejemplos.

Verbos como “someter”, “trabajar” o “tributar” indican una conducta que denota una estructura social: la del amo o el patrón hacia el trabajador. Del mismo modo, supeditar un pensamiento, una cosmovisión del mundo, es una forma de violencia, que sienta bases de pensamiento, modos de ver la realidad y establece un sistema de jerarquías, el cual genera descontento, siendo este la causa de muchas revueltas. Lo anterior queda de manifiesto en el inicio de la independencia de Colombia. Lo que parece un acto simple, trae detrás varias consecuencias.

Durante el convulso año de 1810 –luego de la abdicación del rey Fernando a petición de Napoleón Bonaparte en 1808— los vientos de cambio recorrían el extenso territorio que sería la Gran Colombia bolivariana: los actuales Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá. Iniciaba el proceso de independencia, que en forma de guerra se proclamó el 20 de julio de ese año.

Las luchas encarnizadas entre el bando independentista y el realista perseguían, principalmente, el reconocimiento de los derechos de los criollos que comandaban la insurrección. Esos enfrentamientos son el resultado de una dinámica de violencia invisible preexistente ejercida por el Estado y por los grupos privilegiados, la cual se justifica en términos de su cauce, no de sus actos y tampoco moral ni éticamente. Es la violencia propia de la lógica colonial que tiene como respuesta una sublevación en la que hay un componente de resentimiento.

Como apunta Galtung²⁷, a raíz de pensar que determinada persona es más valiosa que otra por su origen étnico o nacional surgen resentimientos sociales que, si no encuentran una forma de expresarse o manifestarse, terminan por desembocar en formas violentas. Así, cuando el autor noruego menciona que este tipo de pensamientos son terreno fértil para la violencia directa, concede elementos para rastrear un poco aquello que la causa.

Sin duda, los criollos, los nativos y los negros fueron maltratados y degradados por el sistema colonial colombiano, que los hacía incapaces de regir sus destinos, como si fueran menores de edad. Cuando el reino de Fernando VII fue derrotado, lo único que le importaba al menguado y acéfalo reino era mantener su poder.

Esta voz sorda, que hace eco también de los agravios acumulados durante el periodo colonial, es el parteaguas de la independencia en Colombia. El supuesto es que en la ideología republicana de los independentistas se apelaba a la igualdad en cuanto a los derechos y la educación, considerados pilares fundamentales para la paz y para terminar con las influencias del régimen colonial. Al no producirse esa igualdad, un hecho tan vacío como el llamado “florero de Llorente” desencadenó una revuelta²⁸. Tal vez se trataba de un acto orquestado y

²⁷ Al respecto, se puede hablar de una violencia cultural, particularmente relacionada con la ideología. Para Galtung, el racismo es una manifestación de la violencia cultural, pues son ideas que se asientan en el imaginario colectivo, donde se piensa que: “se construye así un gradiente, una pendiente, muy inclinada; inflando, incluso exaltando, el valor del Yo; desinflando, incluso degradando, el valor del Otro. En ese punto puede comenzar a operar la violencia estructural. Tenderá a convertirse en una profecía autocumplida: las personas se degradan por la explotación, y son explotadas porque se las ve como degradadas, deshumanizadas. Cuando el Otro no sólo está deshumanizado, sino que se ha logrado convertirle en un Ello, privado de humanidad, está dispuesto el escenario para cualquier tipo de violencia directa, cuya responsabilidad seguidamente se carga sobre la víctima” (Galtung, 2003, pág. 19).

²⁸ Se trata del “florero de Llorente”, donde el acto de que un comerciante español les negara un florero a un grupo de reconocidos criollos remite al sentimiento de inferioridad, al sometimiento, a la pérdida de identidad por parte de los criollos, generando revueltas. Se cree que ese fue el inicio de la independencia de Colombia.

totalmente intencional, pero los protagonistas eran conscientes del resentimiento social derivado de la desigualdad de clases que existía, y sabían que sólo faltaba un motivo para movilizar a las masas de criollos y de peninsulares. Frente a una situación violenta, se obtendría una respuesta de esa misma índole.

Años de sujeción, una violencia indirecta pero presente y una hegemonía racial sustentada en una aparente superioridad por el color de piel o el origen, desarrollaron un trauma colectivo, un complejo que fue llevado al límite por las arengas independentistas, y que se volvió el inicio de una lucha por la libertad. Galtung señala la importancia del trauma dentro de la dinámica de la violencia: el trauma se puede manifestar dentro de una acción concreta, como una violación o una pelea, pero también de manera comunitaria²⁹.

En este sentido, se plantea también una noción de equilibrio, de establecer igualdad de circunstancias. Desde esa perspectiva, la lucha por la independencia de Colombia fue un acto cuya motivación era la búsqueda de instaurar un equilibrio. Ante años de desequilibrio, desigualdad y frustración, los ánimos se exacerbaron y se volcaron en hechos violentos. En su esencia subyace uno de los peores males que ha aquejado a América Latina: el racismo. Después derivarían muchas acepciones, como el clasismo y el prejuicio. Sin duda el racismo en América Latina, no solo en Colombia, se originó desde la Conquista:

Los racismos latinoamericanos son sistemas de dominio étnico-racial cuyas raíces históricas se enclavan en el colonialismo europeo, así como en su legitimación, es decir, en la conquista, la explotación y el genocidio de los pueblos amerindios y la esclavitud de los africanos, idea incluida en el “colonialismo europeo” (Van Dijk, *Racismo y discurso en América Latina*, 2003, pág. 99).

Conviene aclarar que el racismo no fue la única causa de la guerra de independencia en Colombia, además había intereses individuales y búsqueda de poder por parte de ciertos sectores; no obstante, era un sentimiento que permeaba la sociedad y fue explotado por los insurgentes.

²⁹ En su estudio de la violencia relacionada con la guerra Galtung apunta: “existen dos maneras de alcanzar la igualdad en un intercambio violento: cuando uno de los perpetradores sufre un trauma de (aproximadamente) la misma magnitud, y cuando la víctima experimenta una culpa de (aproximadamente) la misma magnitud. En el acto de represalia los dos enfoques se fusionan en uno solo (ambos traumáticos, ambos culpables) y esto sin duda explica por qué las venganzas son tan frecuentes” (Galtung, 2019, párr. 19).

El siglo XIX fue una época de grandes cambios para Colombia: pasó de ser una dependencia del imperio español en sus inicios, a las guerras de independencia y a los experimentos políticos, hasta dar forma a una nación independiente. El movimiento independentista inició el 15 de julio de 1810, cuando los habitantes de Santa Fé de Bogotá depusieron al virrey y liquidaron la Real Audiencia, símbolos del poder español³⁰. La independencia llegaría gracias a la intervención de Simón Bolívar³¹. Antes de esta, reinaba el caos por la falta de planeación y la poca organización del gobierno de la incipiente república.

Como se mencionó, los primeros pasos del movimiento de independencia fueron motivados por el racismo y la desigualdad. Si bien han menguado o se han transformado con el paso del tiempo, siguen vigentes. Posteriormente, el proceso terminaría por gestionar su autonomía de la Corona española. Un ejemplo de los primeros avances, aun dentro de la desorganización existente, se vio en el periodo posterior, denominado “Patria Boba”, una etapa acéfala en la historia de Colombia, al no saber los independentistas cómo conformar ni posicionar un nuevo gobierno.

Así, la década subsecuente se dividió en cuatro etapas: la ya mencionada “Patria Boba”, la Campaña de Nariño en el sur, la Reconquista y por último la Guerra de Independencia, cuando el Ejército Libertador consiguió un triunfo decisivo en julio de 1819. El 7 de agosto de ese mismo año derrotó al Ejército Realista, sellando así la independencia del país.

3.2 La Colombia del siglo XIX: nuevas y heredadas formas de violencia

Durante el resto del siglo, en el periodo subsiguiente a la independencia, el crecimiento poblacional de Colombia fue relativamente lento, lo que incidió en el desarrollo económico del país. Sin embargo, ante una libertad aparente ya se estaba gestando la pugna entre liberales y conservadores, uno de los conflictos más conocidos en la historia de la naciente

³⁰ Para algunos autores el inicio real de la independencia vendría tras el levantamiento del Común en 1781 y de varios episodios que tuvieron como eje la Expedición Botánica iniciada en 1783, así como la publicación de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* hecha por Antonio Nariño en 1793.

³¹ Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar Palacios Ponte y Blanco (Caracas, 24 de julio de 1783-Santa Marta, 17 de diciembre de 1830), mejor conocido como Simón Bolívar, fue un militar y político fundador de las repúblicas de la Gran Colombia y Bolivia. Fue una de las figuras más destacadas de la emancipación hispanoamericana frente al imperio español. Contribuyó a inspirar y concretar de manera decisiva la independencia de los actuales Bolivia, Colombia, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela.

nación colombiana, que reflejaba la persistencia de la llamada “herencia colonial”. Esta última se manifestó mediante la presencia de conflictos que permanecieron sin solución durante décadas, reflejando las tensiones que quedaron de la Colonia: la discriminación y la explotación de los grupos desfavorecidos en ese periodo de la historia.

Las élites, aunque cambiaron —o cambiaron poco—, seguían aprovechándose de los grupos marginales en la Colonia, mismos que pasaron a ser los grupos peligrosos para el orden establecido, ya que se incubó en ellos el rencor ante la desigualdad prevaleciente. El nuevo pacto económico que dejaba fuera a España no significó muchos beneficios para los grupos oprimidos, pues al ser un país agrario, las oligarquías, de cualquier signo político, seguían manteniendo bajo control grandes y productivas extensiones de tierra.

Frente a una amplia gama de posibilidades políticas y sociales dada su calidad de país recién independizado, y con una influencia cultural proveniente de Europa, fue al viejo continente adonde voltearon los colombianos. De este modo, el primer siglo republicano se distinguió por ser turbulento, con la tensión entre una concepción federalista del Estado (de forma similar a la adoptada por Estados Unidos) y una concepción centralista (similar a la de Francia), lo que condujo al país a varias guerras y dio principio al bipartidismo conservador-liberal³².

Si bien es cierto que los conservadores manifestaban una postura religiosa practicante, donde no había una distinción clara entre Iglesia y Estado, situación que los aproximaba a una violencia cultural en términos de religión, lo que acontecía en la dinámica política se relaciona mejor con la postura ideológica de ambos bandos³³. Los dos grupos creían poseer la verdad respecto de la forma de gobierno, rechazaban a los otros y se consideraban los “elegidos” y portadores de la democracia.

Así, al reducirse a solo dos visiones de mundo, la violencia cultural escaló hasta llegar a ser directa, con enfrentamientos entre ambas partes al buscar tener el control del gobierno. Fue

³² Ya Galtung había vaticinado el conflicto que pueden acarrear las ideologías en determinados contextos: “La modernidad rechazaría a Dios y a Satanás, pero podría exigir una distinción entre elegidos y no elegidos; llamémosles el Yo y el Otro. Arquetipo: el nacionalismo, con el Estado como heredero de Dios” (Galtung, 2003, pág. 19).

³³ Ambas formas de violencia comparten mecanismos, por eso Galtung las incluye en la misma categoría cultural.

la Constitución de 1886, liderada por el presidente Rafael Núñez, la que puso fin a más de veinte años de gobiernos liberales y creó un Estado centralista, conservador y católico. No obstante, las ideas y los principios liberales se encontraban lo suficientemente grabadas en la mente de los actores políticos, que no se quedarían con los brazos cruzados.

Existe una concepción donde los conflictos tienen principio y fin. Se trata de una forma reduccionista de ver los problemas. Desde este punto de vista, si ya no hay violencia directa, ya no hay conflicto; no obstante, cuando concluye una disputa entre dos bandos es indispensable seguir el proceso de disminución del conflicto para que no emerjan otros.

Tal es el caso de la disputa entre conservadores y liberales en Colombia. Sin duda, cuando el conflicto se gestó, la ideología en ambos casos se encontraba tan arraigada que tarde o temprano, frente a la victoria de uno, el otro intervendría en el asunto. De este modo se llegó a la Guerra de los Mil Días, un conflicto de índole política que representaría una pérdida para el bando liberal. El Partido Liberal de aquel entonces se encontraba disconforme con el gobierno de Manuel Antonio Sanclemente cuya postura conservadora llevó a concretar la Constitución de 1886, la cual derogaba el federalismo, lo que significaría una hegemonía de carácter derechista.

Como resultado, el 17 de octubre de 1899 se desató la Guerra de los Mil Días, un reflejo de la inconformidad liberal frente al gobierno regenerador, una búsqueda de participación en el gobierno. Este conflicto armado duró de 1899 a 1902, debilitó al Estado y frenó el desarrollo económico; una de sus consecuencias negativas fue la secesión de Panamá tras una fuerte intervención diplomática y militar de Estados Unidos³⁴. Para muchos historiadores, dicho acontecimiento es un parteaguas en el devenir de Colombia. El siglo XIX finalizaba con enfrentamientos derivados de rivalidades ideológicas y políticas:

Por lo general, muchos de los textos históricos escritos acerca de Colombia hacen énfasis en un conflictivo siglo XIX, debido a sus incontables guerras civiles, pugnas entre la Iglesia

³⁴ El 3 de noviembre de 1903, el departamento de Panamá, bajo la dirigencia de rebeldes conservadores y liberales panameños, y con el apoyo de los Estados Unidos, proclama la separación y la fundación de la República de Panamá. Tres días más tarde, se conoce en Bogotá la noticia de la separación del departamento a través del embajador de Colombia en Quito. Finalmente, el 13 de noviembre de ese mismo año, el gobierno de Theodore Roosevelt reconoce la independencia de Panamá, seguido por otras naciones. Paralelamente, el general Rafael Reyes, un candidato independiente, gana las elecciones e introduce reformas económicas que abrirían la vía a la industrialización de Colombia.

católica y el Estado, rivalidades regionales, y un periodo de disminución de las tensiones hacia finales de la década de 1880, con la nueva Constitución de 1886 y la firma de un tratado con la Santa Sede: el Concordato de 1887. El desarrollo económico durante la década de 1880 se funda en la exportación del café, mientras que una gran guerra civil a fin de siglo perdura hasta comienzos del siglo XX: la famosa Guerra de los Mil Días. Los historiadores usan esta guerra y la subsiguiente separación de Panamá, orquestada con el apoyo decisivo de los Estados Unidos, para diferenciar el siglo XIX del siglo XX. Los grandes temas del siglo XX son el desarrollo político, el resurgimiento del poder liberal (después de 1930), el desarrollo económico, la urbanización y la modernización, y la destructiva violencia social y política que se mitiga durante un periodo de veinticinco años (desde aproximadamente 1903 hasta el final de los años veinte) pero que jamás amaina del todo (Larosa y Mejía, 2014, pág. 23).

La Guerra de los Mil Días, como cualquier otro conflicto de la misma índole, repercutió en la esperanzadora economía cafetalera. En 1902 se llevó a cabo la firma del Tratado de Neerlandia, el cual aseguró la rendición de una parte de los rebeldes. Ese mismo año, en noviembre, otro acuerdo marcaría la historia de Colombia: el Tratado de Wisconsin, que puso fin a las actividades bélicas en Panamá.

En síntesis, este cierre del siglo XIX fue convulso y lleno de afrentas y conflictos. Se afincó la rivalidad permanente entre los conservadores y los liberales. Colombia perdió parte de su territorio, lo que menguaría la moral de la población. Se concretaron algunas de las formas de violencia cultural y estructural, pues ante la hegemonía de un gobierno conservador, siempre existe un sector afectado. El nuevo siglo traería consigo una naciente posibilidad de cambio y otros acontecimientos marcarían la historia.

3.3 El nuevo siglo y la violencia renovada

El siglo XX representó una promesa de cambio para el país. Atrás debía quedar la confusión y violencia de la Guerra de Independencia y la de los Mil Días. Si bien el inicio de este periodo representó una pérdida de territorio, en el campo de la democracia se mostraban atisbos de cambio. Uno de ellos llegó con la reforma constitucional de 1910, la cual reducía el periodo presidencial de seis a cuatro años. Del mismo modo, se eliminó la participación de los militares en la vida política de Colombia. Una aparente paz³⁵ entre conservadores y liberales llevó al poder al conservador Carlos Eugenio Restrepo bajo la figura de la Unión

³⁵ Como la aludida por Galtung ante la ausencia de violencia directa.

Republicana, aunque su gobierno fue eminentemente conservador³⁶. Estos augurios de paz y tranquilidad se verían mermados en 1928.

El 28 de noviembre de 1928 estalló una gran huelga en la zona bananera de Ciénaga, una huelga masiva jamás vista en el mundo. Más de 25 mil trabajadores de las plantaciones se negaron a cortar los bananos producidos por la trasnacional United Fruit Company, y asimismo lo hicieron productores nacionales que estaban bajo contrato con la compañía. La United Fruit Company y sus trabajadores no pudieron alcanzar un acuerdo. Ni la presión ni la organización ni el diálogo lograron poner fin a la protesta. La huelga terminó con un baño de sangre: durante la noche del 5 de diciembre, soldados colombianos dispararon sobre una reunión pacífica de miles de huelguistas, matando e hiriendo a muchos.

El fatídico hecho se conoce como la Masacre de las Bananeras, uno de los acontecimientos más oscuros en la historia de Colombia. El número de trabajadores asesinados fue indefinido. Algunos historiadores les atribuyen la responsabilidad a Miguel Abadía Méndez y su administración, ya que decidieron poner fin a las protestas, con apenas un mes de inicio, de manera brutal y despiadada. Los trabajadores solo pedían mejores condiciones de trabajo; sin embargo, el gobierno de Abadía prefirió ceder a la presión de los Estados Unidos, que amenazó con invadir Colombia si el gobierno colombiano no actuaba para proteger los intereses de la United Fruit Company.

Es este un claro ejemplo de cómo la violencia estructural se torna en violencia directa. Las malas condiciones laborales en la compañía bananera eran parte de la estructura de trabajo en Colombia, y cuando se buscó una mejora, la respuesta fue una masacre³⁷. Así se manifestó otro resentimiento social, esta vez por parte de la clase trabajadora. La desigualdad y la falta de derechos eran la constante, y sumadas al miedo establecido, eran la norma instituida. Ni siquiera el hecho de que, por una división en el Partido Conservador, se postularon dos candidatos presidenciales de este organismo político a las elecciones de 1930, propiciando el

³⁶ Le seguirían en el cargo representantes de la hegemonía conservadora: José Vicente Concha (1914), Marco Fidel Suárez (1918), Pedro Nel Ospina (1922) y Miguel Abadía Méndez (1926).

³⁷ Tal es el impacto de dicho acontecimiento que escritores como Gabriel García Márquez —quien nació en Aracataca, Magdalena, un año antes de la huelga, y lo refiere en su famosa novela *Cien años de soledad*— lo abordan en su obra; es también el caso de Álvaro Cepeda Samudio en su novela *La casa grande*, y el dramaturgo Carlos José Reyes, quien en su obra *Soldados* cuenta la historia desde la perspectiva de un militar.

democrático triunfo del Partido Liberal encabezado por Enrique Olaya Herrera, se modificaron en algún sentido las estructuras sociales que perjudicaban a las clases sociales desfavorecidas. Así empezaba la denominada “República liberal”:

Para 1930 Colombia llevaba treinta años de una relativa paz entre los partidos, sin guerras civiles ni grandes enfrentamientos. En los días de las elecciones las pasiones se inflamaban, se oían voces e insultos y las peleas eran mortales, y algunos en algunos conflictos sociales el gobierno o los propietarios echaban mano de la violencia contra manifestantes o colonos invasores.

Había homicidios, a veces escandalosos, y el sistema policial y judicial los enfrentaba con aparente éxito, aunque no faltaban las quejas por la impunidad, sobre todo desde que se suprimió la pena de muerte (Orlando Melo, 2017, pág. 189).

Como afirma Melo, la paz siempre era aparente. Las elecciones, por diferencias ideológicas, eran hervideros de violencia extrema. Después de un periodo donde las fricciones dentro del grupo de los liberales llevaron al distanciamiento del liderazgo con sectores muy importantes de seguidores, en 1946 el Partido Liberal se presentó con dos candidaturas presidenciales: la de Gabriel Turbay y la del carismático abogado Jorge Eliécer Gaitán. A pesar de no haber triunfado, Gaitán adquirió notoriedad y llegó a la dirección del Partido Liberal, el cual obtuvo, en las elecciones parlamentarias de 1947, la mayoría de los escaños.

El político liberal era una esperanza renovada para los trabajadores. Ganó gran notoriedad debido a su origen humilde, así como a su capacidad de superación: era un modelo aspiracional, era claramente una figura ideal. Su origen lo acercaba al sector popular, y su carisma, junto con su historia personal, lo volvieron una figura relevante en la política colombiana³⁸.

Gaitán ocupó cargos políticos importantes en el consejo de Bogotá y fue alcalde de esta ciudad, así como ministro de Educación. Definitivamente, la fama lo rodeaba, y la gente encontraba atractivos muchos de sus discursos. Fue el candidato oficial y casi indiscutible posible ganador de las elecciones para la presidencia de 1950. Su futuro como político era prometedor; no obstante, un acontecimiento cortarían su trayectoria política, y de paso, toda

³⁸ Gaitán poseía una notable facilidad para la retórica y los discursos públicos, además de una cultura adquirida por sus estudios y viajes al extranjero: “El caso de Jorge Eliécer Gaitán ilustra bien este tipo de cambios: hizo el bachillerato en el Colegio Araújo, luego estudió Derecho en la Universidad Nacional y, una vez obtenido el grado, viajó a Roma a especializarse en Derecho Penal. Como él, otros jóvenes de las clases medias tuvieron la oportunidad de realizar un recorrido académico similar, gracias al cual pudieron ascender en la escala social” (Arias, 2017, pág. 49).

la historia de Colombia. En la mañana del 9 de abril de 1948 fue asesinado. La conmoción general se transformó en una turba que mutiló y paseó por las calles el cuerpo del magnicida, Juan Roa Sierra. Se condenó el imperialismo, el elitismo, y la turba arrasó con todo lo que había a su paso. Años de esas rabias reprimidas desde las guerras civiles del siglo XIX salieron a la luz: hijos contra padres, hermanos contra hermanos, ni las más duraderas amistades resistieron la efervescencia y el calor de esos momentos. Ya no se trataba de ideologías ni partidos, ahora prevalecía el fanatismo.

Con el asesinato de Gaitán no solo se asesinaba a un hombre, sino también una idea. Las esperanzas de un futuro próspero, y diferentes formas de esperanza, morían junto con el bogotano. El caos se apoderó de la sociedad colombiana, pues al estallido violento de la ira popular en varias regiones del país le siguió una represión implacable por parte de los gobiernos conservadores, que habían vuelto al poder en 1946.

Asegurar que Eliecer Gaitán cumpliría con las expectativas generadas por su imagen y discurso, sería arriesgado. Lo importante es señalar la manera en la que sus seguidores, conformados por gente de los sectores populares, perdieron los grados de civilidad que se estaban implantando lentamente.

Cuando la violencia directa se presenta, habría que evaluar los factores que la detonaron, los cuales llevan a reaccionar con disturbios. Cuando se supera cierta resistencia, una especie de umbral del dolor, o la capacidad de soportar una situación, el diálogo es inadmisibles, y las palabras no son suficientes, por lo que se desborda la energía negativa.

Se trata de una estructura social donde el líder, moral o social, representa la figura del padre³⁹. Ante la orfandad simbólica, la sociedad regresa a un estado primitivo en busca de venganza, de resarcir el daño⁴⁰, estado que no se detendrá hasta conseguir equilibrar, en su concepción

³⁹ En sus estudios sobre las masas, Sigmund Freud apunta que, en colectividades, la figura del líder adquiere una connotación paterna. Ya sea por la estructura — en el ejército el general— o por la ideología —en la religión el caso de Cristo—, el líder representa al padre, un modelo a seguir al que se le rinde, en ocasiones, una devoción desbordada. Freud señala: **“En 1912, adopté la hipótesis de Ch. Darwin, según la cual, la forma primitiva de la sociedad humana habría sido la horda sometida al dominio absoluto de un poderoso macho. Intenté, por entonces, demostrar que los destinos de dicha horda han dejado huellas imborrables en la historia hereditaria de la humanidad, y sobre todo, que la evolución del totemismo, que engloba los comienzos de la religión, la moral y la diferenciación social, se halla relacionada con la muerte violenta del jefe y con la transformación de la horda paterna en una comunidad fraternal”** (Freud, 2017, pág. 56).

⁴⁰ Como lo señala Galtung cuando habla de guerra.

propia, el orden establecido. En otras palabras, una afrenta como la muerte de un líder moral representa un llamado a la venganza contra el perpetrador físico, tal es el caso del asesino de Gaitán, y posteriormente con la estructura que lo permitió: el Estado de Colombia.

Como se afirmó previamente, la muerte del político bogotano representó la muerte de una idea de bienestar. La frustración llevó al linchamiento de su asesino y a destruir una ciudad. Después de exhibir el cuerpo a modo de castigo, siguieron los actos violentos: disturbios, peleas, masacres. Este día sería recordado como el Bogotazo, el cual da inicio al periodo denominado la Violencia, pues el gobierno de Mariano Ospina Pérez intentó negociar con los manifestantes, pero no hubo respuesta. Ante la negativa se decidió usar al ejército para mitigar el caos. De acuerdo con las diferentes estimaciones, en la capital colombiana murieron entre 500 y 2 500 personas, aunque la muerte y la destrucción se extendieron a muchas otras zonas del país. Estamos entonces ante la denominada “violencia política”, concepto que sería próximo a lo acontecido en Bogotá, aunque la noción de violencia social también se aplica en este caso⁴¹.

El asesinato de Gaitán, aunque en las versiones oficiales se haya negado, tenía una clara connotación política. Después del magnicidio y el consiguiente linchamiento del responsable, los manifestantes intentaron tomar la sede del gobierno. Como esta se encontraba de sobra protegida, optaron por los saqueos y el ataque a edificios públicos e iglesias. Retomando a Moreno Martín, se trató de un grupo organizado, en cierto sentido, con el propósito de subvertir el gobierno, al cual no reconocían como autoridad y benefactor, sino como agresor y principal sospechoso de la muerte de Gaitán. Es aquí donde entra la concepción social, pues también se trató de un hecho con motivaciones sociales, ya que, como se señala, de acuerdo con la percepción de los inconformes hubo una falta al consenso que debe primar entre la sociedad.

De acuerdo con el historiador Ricardo Arias, los actos desarrollados durante el Bogotazo fueron los que justificaron la violencia del Estado, es decir, la violencia oficial (Arias, 1998,

⁴¹ El psicólogo social Florentino Moreno Martín, quien ha desarrollado estudios relacionados con la violencia social y su impacto en la comunidad, apunta: “La violencia ejercida por el Estado sería legítima y la aplicada por los individuos y grupos particulares ilegítima. Bajo esta perspectiva, cuando un grupo organizado no estatal ejerciera la violencia con el propósito de subvertir el poder se hablaría de sedición, traición, subversión, etc. (hoy hablaríamos de violencia política) mientras que el resto de expresiones violentas no orientadas a la toma del poder caerían en lo que entonces se denominaba ‘violencia social’ y asociadas a la idea de ‘desviación’ de la norma o falta de cumplimiento del consenso social” (Moreno Martín, 2009, pág. 22).

págs. 39-40). Indudablemente, ante acontecimientos como disturbios y revueltas, las opciones de un gobierno son limitadas; no obstante, baste recordar que, como en la Masacre de las Bananeras, los regímenes conservadores de Colombia eran capaces de reaccionar en forma visceral. Se trata de un caso donde la violencia estructural, sustentada en un sector con ausencia de representación y que encontró en Gaitán una posible voz de expresión, puede desembocar en violencia directa. También intervienen componentes de violencia cultural, pues el rechazo, el racismo y la ideología son factores que se encuentran en la esencia del conflicto, ya que nunca se llegó a superar la pugna ideológica entre conservadores y liberales, siendo estos últimos quienes resultaron agraviados por el magnicidio.

Sin duda, el asesinato de Gaitán, junto con el Bogotazo, fueron determinantes para el curso de la historia de Colombia. Son un parteaguas en la dinámica social de esa nación y marcaron un rumbo del que aún hoy quedan secuelas. Se trata del antecedente directo de un periodo histórico oscuro, un periodo cuyo nombre lo dice todo: la Violencia.

Esta etapa ominosa abarca desde 1948 (con el asesinato de Gaitán) hasta 1957, con la dictadura del general López Pinilla. Es un sombrío periodo de Colombia protagonizado por los bandos conservador y liberal. Sus secuelas incluso se rastrean hasta nuestros días. Se habla de más de 20 mil muertos durante ese lapso donde no hubo guerra declarada. De su existencia derivaron las guerrillas y el narcotráfico; incluso, uno de los pactos más inéditos, el cual unía, hasta cierto punto, a los liberales y conservadores: el del Frente Nacional.

En lo que se refiere a la Violencia, la historiografía apunta que inició con el asesinato de Eliécer Gaitán; no obstante, como se mencionó, la violencia directa proviene de muchos factores, los cuales se desarrollan y se asientan en una sociedad. Resulta pertinente reflexionar sobre la importancia de considerar estos factores, ya que, si se es consciente de ellos, es posible adentrarse en la esencia de un conflicto, y quizá, si la posición del participante (por ejemplo, el Estado) lo permite, evitarlo.

Valdría la pena meditar acerca del nombre de este periodo. Sin duda, es representativo que un periodo con estas características tenga el nombre de la Violencia. Más allá de que sea producto de una afinidad entre historiadores, dicho apelativo se origina en los testimonios de

las personas, en las voces de quienes vivieron en carne propia esta barbarie, e incluso perdieron a alguien. Ricardo Arias así lo refiere:

La popularización de la expresión no se debió a razones fortuitas, a la simple “casualidad”, a cosas al “azar”. Por el contrario, existían motivos de peso. *La Violencia* es una denominación vaga, abstracta. Frases repetidas por miles de campesinos, como “ ‘la Violencia’ me mató la familia”, “ ‘la Violencia’ me quitó la tierra”, “ ‘la Violencia’ me hizo huir del campo”, no aludían a nadie en concreto, no se referían a personas que pudiesen ser identificadas; remitían, más bien, a una especie de “fatalidad histórica”, similar a un terremoto o cualquier otra calamidad provocada por la naturaleza (Arias, 2017, pág. 133).

Como puede advertirse, el término está muy relacionado con los acontecimientos, los testimonios. En semántica existen dos tipos de significado: denotativo y connotativo. El primero alude a una definición tal cual aparece en un diccionario, un sentido técnico de la palabra. Por su parte, el segundo refiere que el significado se ve influido por el contexto; es decir, que el sentido de una palabra puede cambiar, ampliarse o modificarse por determinadas circunstancias del hablante, de modo que hablamos de un significado que se añade al denotativo, subjetivo y variable según la situación en que se utilice un signo lingüístico determinado. En el caso de la Violencia, el sentido de esta palabra, su concepto, se amplía para exponer las circunstancias y los actos que sucedieron durante esa oscura época.

Al continuar revisando lo expuesto por Arias, encontramos que el concepto de la Violencia es genérico, incluso universal, no específico. Esta denominación puede tener un uso político, pues al denominar ese periodo simplemente como la Violencia, no hay actores reconocidos, no hay lugares visibles, no hay nombres. De este modo, muchos de los partícipes se diluyen en el anonimato que dicha designación otorga:

El conflicto que envolvió al país durante varios años se conoce como la Violencia. No se dio el nombre de “guerra civil” ni de “revolución” como algunos contemporáneos lo llamaban. La denominación *La Violencia* se impuso y pasó a ser de uso común de la cotidianidad (Arias, 2017, pág. 132).

Probablemente tal apelativo menguaba la intensidad de ese momento coyuntural, en términos de participación y culpa en los actos realizados. Quizá era una forma de limpiar la reputación de los partícipes frente a la condena de la memoria. Al menos eso es lo que en apariencia buscaban los involucrados:

Lograr que la sociedad hablara no de la “guerra civil”, sino de la Violencia obedecía, por consiguiente, a los intereses ideológicos de aquellos que, una vez finalizado el conflicto, querían, por una parte, borrar toda huella de su responsabilidad y, en segunda medida,

presentar ese triste paréntesis como una disrupción pasajera de una historia no violenta (Arias, 2017, pág. 133).

Sin embargo, la memoria y los testimonios se mantienen. No se puede borrar un episodio como el que aconteció en Colombia con una denominación, pues basta con acercarse a la historia de ese país para determinar los factores y perpetradores de esa época dominada por el terror.

Finalmente, resulta importante señalar que tal denominación, más que otorgar un anonimato a quienes participaron de manera directa o indirecta, sí representa un sentir de las víctimas. El hecho de nombrar a un periodo como la Violencia resulta estremecedor. Recuerda a esas edades de la prehistoria —la de Piedra o la de los Metales— donde un elemento es absoluto y determina su rumbo. La Violencia es un lapso donde la violencia fue la única norma, la constante y, por tanto, no existía otra circunstancia. Quizá, visto de esa manera, y apelando a la universalidad del término, la reflexión acerca de esa etapa sea más empática por parte de quien investigue o se informe acerca de estos terribles sucesos.

Veamos algunos factores que resultan importantes para entender la dinámica que generó el tiempo violento. Como hemos visto, la violencia es un fenómeno que se nutre de distintas circunstancias, de diversos elementos, ideologías y contextos; esta etapa no es la excepción:

La heterogeneidad de los conflictos hace muy problemático encontrar una unidad en el proceso de la violencia. Guerra entre liberales y conservadores, sin duda, pero también conflicto de clases, persecución religiosa, bandolerismo, violencia oficial, a lo que se suman incontables escenas de barbarie y horror cuya racionalidad parece escapar al análisis del investigador (Arias, 2017, pág. 135).

De modo que las causas y las consecuencias de la Violencia son variadas. Las formas en las que la violencia se mantuvo en Colombia, y en la que se instauró en el desarrollo histórico de una nación, son complejas y sistemáticas. El factor político se encuentra relacionado con los conflictos del bipartidismo por el poder y la consiguiente violencia que adquirió esta falta de respeto a las normas, que reconocen al rival político como un adversario, no como un enemigo al que se debe odiar y destruir. Desde 1946 hasta el golpe de Estado de 1953 transcurrió el periodo más feroz de los enfrentamientos: “De los 200.000 homicidios que aproximadamente ocurrieron durante La Violencia, la mayor parte de ellos tuvieron lugar en esta etapa, sobre todo, en los gobiernos conservadores” (Arias, 2017, pág. 136). Los gobiernos y sus pugnas resultaron determinantes para el estallido de la violencia, pues la

energía contenida, producto de estas disputas políticas, encontró cauce en los fatídicos acontecimientos⁴².

Por otro lado, también se señala que en este continuum histórico la Violencia empezó diez años antes del asesinato de Gaitán, esto es, en 1938. Ese año el candidato liberal Eduardo Santos ganaba las elecciones. Parecía que la democracia imperaría y se implantaría un programa que empoderaría a los trabajadores y campesinos, al tiempo que atemperaría un sistema estructuralmente muy opresor y que no combatía la desigualdad. No obstante, no sucedió así porque:

Poco a poco, el liberalismo le fue dando la espalda a los sectores contestatarios: las restricciones al derecho a huelgas, las condenas abiertas al sindicalismo, las críticas a lo que tildaban como excesivas aspiraciones de los trabajadores, constituyen algunos ejemplos de una política que buscaba limitar, controlar y debilitar a un actor que, en determinado momento, creyó haber alcanzado su autonomía social gracias al liberalismo (Arias, 2017, pág. 128).

Visto así, pareciera que los liberales solo desearon llegar al poder y que su ataque a la estructura de privilegios no sería vehemente. Siguieron presentes, entonces, la violencia estructural y la política. Los aliados de los liberales, principalmente los trabajadores, fueron traicionados al reprimirseles cuando solicitaban mejoras laborales ejerciendo sus derechos. Cual si se tratara de una reminiscencia de la Masacre de las Bananeras, cuando las malas condiciones de trabajo se impusieron, y de este modo los grupos de trabajadores adquirieron conciencia sobre la explotación, lo que los motivó a iniciar acciones para exigir sus derechos laborales.

Así, el sector superior de la sociedad colombiana limitaba o condicionaba las necesidades básicas que permiten a los sectores trabajadores tener una vida digna⁴³. En este sentido, también se puede hablar de violencia cultural relacionada con la ideología, pues los trabajadores que se sentían parte de un proyecto de nación fueron excluidos y prácticamente desechados. De aquí que la dinámica de violencia, en sus dos pilares, empezaba a gestar la violencia directa que se manifestaría unos años después.

⁴² Como se ha insistido, las causas y los elementos que determinan un rumbo violento se exponen desde antes de que los hechos se presenten. La mala lectura por parte del Estado, y otras autoridades y actores, así como su inacción, son determinantes para que se concreten las masacres.

⁴³ En términos de Galtung, se trata de una violencia estructural.

Otro factor por destacar es el relacionado con la pugna religiosa. La rivalidad entre los conservadores y los liberales también se presentaba en el terreno de las creencias. Los conservadores, en ese momento en el poder, se asumían como católicos, mientras los protestantes mostraban cierta empatía con los liberales⁴⁴. Los católicos, protegidos por los conservadores desde el Estado, promovieron una persecución contra los liberales y protestantes, a quienes consideraban los malos, los herejes.

Sin duda se trató de un abuso de poder por parte de los conservadores y de la propia Iglesia católica. Si la situación fuera a la inversa, lo más probable es que se hubieran producido los mismos resultados⁴⁵. Los católicos, al estar empoderados, y con el Estado como una extensión de Dios, pensaban que eran el pueblo elegido, los representantes de Dios en la Tierra, y actuaban en consecuencia de ello⁴⁶. Esto no es más que una muestra del alcance que puede tener la violencia cuando se sustenta en elementos ideológicos intolerantes.

3.4 La violencia contemporánea

Como se dijo en el tercer capítulo de la presente investigación, el periodo denominado la Violencia fue un oscuro pasaje en la historia de Colombia. Las consecuencias fueron numerosas. La idea de su alcance la dan las 200 000 muertes y las secuelas psicológicas que conllevó en la población. Este periodo terminó con el golpe de Estado del general Rojas Pinilla, amparado en un discurso populista y lleno de esperanza para el pueblo colombiano.

⁴⁴ En efecto, “Bajo los conservadores, se desató la persecución contra los protestantes. Los ‘herejes’ eran acusados, naturalmente, de negar la supremacía del catolicismo y de difundir sus mentiras en el seno de una población mayoritariamente católica. A sus pecados religiosos, se agregaban sus errores políticos, que se manifestaban en sus simpatías por el Partido Liberal, el cual, en ocasiones, había mostrado cierto interés por la libertad religiosa” (Arias, 2017, págs. 136-137).

⁴⁵ Lo anterior puede ser entendido siguiendo los conceptos que plantea Galtung en relación con la violencia cultural: “¿A quiénes elige Dios? ¿No sería razonable suponer que escoge a aquellos que son más semejantes a su imagen, dejando que Satanás se lleve a los demás, como refleja el cuadro 2? Quedaría una doble dicotomía con Dios, los elegidos (por Dios), los no elegidos (por Dios, elegidos por Satanás) y Satanás; los elegidos, destinados a la salvación y la cercanía de Dios en el Cielo, los no elegidos, a la condenación y la proximidad a Satanás en el Infierno. Sin embargo, el Cielo y el Infierno pueden reproducirse en la tierra, como un anticipo o muestra de la vida futura. Miseria/lujo pueden verse como preparación para el Infierno/Cielo — y la clase social como el dedo de Dios—” (Galtung, 2003, pág. 16).

⁴⁶ Así, como si se tratara de las Cruzadas o la Inquisición, se perseguía a todos aquellos que profesaran una idea contraria, pues eran vistos como enemigos, una especie de Satanás encarnado en los trabajadores. Cuando un sector torna su pensamiento de forma dicotómica o maniquea, sustentada en el absoluto de la idea de Dios, se origina un caldo de cultivo para el desarrollo de la violencia.

No obstante, como si se tratara de un ciclo permanente, la dictadura de Rojas Pinilla concluyó de la misma forma en la que empezó: con un golpe de Estado, el 10 de mayo de 1957.

Esta etapa sirvió para sentar las bases de muchas de las formas de violencia, pues el general Pinilla fue retirado de su cargo por el pacto entre conservadores y liberales, es decir, entre las clases dominantes: el Frente Nacional. La jerarquía gobernante se vio beneficiada; sin embargo, se dejaba fuera a varios sectores. De este modo, el Frente Nacional reconcilió a los jefes, pero no consideró a las clases menos favorecidas, las cuales serían el germen de las guerrillas liberales y comunistas que durarían hasta entrado el siglo XXI. Asimismo, a partir de los resabios violentos que quedaron de los años cincuenta y algunos movimientos sociales de la década de los sesenta surgen diversos grupos armados, como las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Movimiento 19 de abril (M-19).

3.5 Guerrillas y paramilitarismo: la otra guerra

Sin duda, el Frente Nacional decepcionó a gran parte de la población en Colombia. Como se ha señalado, esta pacificación ideológica únicamente beneficiaba a un sector privilegiado. Esto no pasó desapercibido para los trabajadores, jornaleros y la clase obrera en general, quienes empezaron a cuestionar las condiciones en las que vivían y a desinteresarse de la política bipartidista.

En este sentido, el gobierno dejó de ser una vía para el desarrollo y comenzó a percibirse como el enemigo, el obstáculo para un mejor porvenir. Gran parte de esta percepción se debía a la falta de representación en las esferas gubernamentales, así como a las nulas controversias políticas, las cuales apuntaban a una especie de negociación entre ambos partidos y no a una pugna ideológica, necesaria para el desarrollo de cualquier sociedad:

El debilitamiento del bipartidismo puede explicarse también por la ausencia de grandes debates ideológicos entre los dos partidos: en la medida en que liberales y conservadores tenían asegurada su participación en el Gobierno, independientemente de los resultados electorales, la discusión ideológica pasó a un segundo plano. De ahí que no resulte extraño que el desinterés de muchos colombianos frente al bipartidismo se reflejara en las altas tasas de abstención que caracterizaron las elecciones durante toda la década de los sesenta. El alejamiento de las urnas fue algo más que simple indiferencia del electorado; en el fondo, reflejaba un creciente descontento de la población con respecto al Frente Nacional (Arias, Historia de Colombia contemporánea, 2017, págs. 211-212).

Como en cualquier democracia que no presenta resultados confiables, la apatía en las urnas fue uno de los síntomas de descontento por parte de la sociedad, pero no el único resultado, pues, en un proceso natural, se buscaron otras formas de tener presencia en el espectro colectivo.

Los años sesenta fueron convulsos y revolucionarios en América Latina. De este modo, las radicalizaciones de izquierda empezaron a considerarse como formas de impacto en la sociedad, así como el camino para el cambio. Esto no era más que el modo de expresar el descontento social de las comunidades. En Colombia, este proceso no fue ajeno, y surgieron varios grupos guerrilleros, los cuales hacían apologías de las formas militares de acción. Ricardo Arias señala que: “La aparición de movimientos guerrilleros en casi toda América Latina constituyó la expresión más radical de ese malestar generalizado” (Arias, *Historia de Colombia contemporánea*, 2017, pág. 212). Es decir, se trató de una ideología de la región.

Cabe destacar que en esa década, y a la par de estas muestras ideológicas, también surgió un fuerte cambio en la Iglesia católica, formándose un sector radical de izquierda marxista que incluso apoyó los movimientos revolucionarios violentos. Uno de los representantes de este movimiento fue Camilo Torres⁴⁷, “el cura guerrillero”, quien en 1965 proclamó que “el verdadero Cristo fue revolucionario”.⁴⁸ Sin duda, este fue uno de los motores más importantes para la propagación de esas formas de pensar, así como para la organización de las personas que se adhirieron a ellas. Fue a partir de la Teología de la Liberación⁴⁹ que el pensamiento guerrillero adquirió popularidad. De esta forma comienzan a consolidarse las guerrillas en Colombia. Así, los principales grupos empezaron a tener relevancia y a aparecer en escena. Tal fue el caso de los citados Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia

⁴⁷ Arias señala: “Camilo Torres no tardó en convertirse en un nuevo referente para miles de católicos militantes en toda América Latina: inspirados en su mensaje, muchos de ellos quisieron convertirse en los voceros de los sectores populares” (Arias, *Historia de Colombia contemporánea*, 2017, pág. 209).

⁴⁸ Cfr. Arias, Ricardo, *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*, Ministerio de Cultura/ Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2017.

⁴⁹ “La Teología de la Liberación es una corriente teológica Latinoamericana, que teologiza a partir de la opción preferencial por los pobres y basa su pensamiento en la realidad social e histórica de los pobres; ello no solamente por mediación de la filosofía, como siempre utilizó la teología, sino también mediante las Ciencias Humanísticas y Sociales” (EcuRed, 2020).

(FARC-EP) en 1964, Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1965⁵⁰ y Movimiento 19 de abril (M-19) en 1974.

Como es sabido, fue a partir de la actuación de las autodefensas, el ejército y las guerrillas que surgió gran parte de la violencia contemporánea en Colombia. Dentro de su lucha se encontraban directrices de combate y la defensa de la tierra que, de acuerdo con su percepción, les pertenecía. Ahora bien, estos grupos no surgieron de esta corriente ideológica izquierdista, sino que consolidaron su lucha a lo largo de este periodo, pues ya venían organizándose desde la época de la Violencia.

En el caso de las FARC-EP, su lucha se puede rastrear en las luchas agrarias de los años cuarenta. De origen netamente campesino, este movimiento al inicio no tuvo un impacto serio, sino que consistió en peleas por tierras y con participaciones muy limitadas. Por otro lado, el Ejército de Liberación Nacional tuvo sus inicios en los años veinte, con huelgas y otras formas de protesta, en Santander, cerca de Barrancabermeja, región con una larga tradición contestataria⁵¹. Cabe señalar que estos dos grupos tuvieron diferencias importantes, pues ambos buscaban consolidarse. En lo que respecta al ELN, este grupo sí tuvo mucha influencia de los movimientos en Latinoamérica⁵². Finalmente, el Movimiento 19 de Abril surge en ese periodo a raíz de un fraude electoral por parte del Frente Nacional. Su nombre alude justamente a la fecha del fraude, el 19 de abril de 1970, y fue el grupo guerrillero más popular por el carisma de sus integrantes y la intelectualidad de su discurso⁵³. Fueron estos

⁵⁰ A este grupo se uniría Camilo Torres, en 1965. Moriría posteriormente en combate, en 1966. Cfr. Arias, Ricardo, *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*, Ministerio de Cultura/ Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2017.

⁵¹ Esta región "...en los años veinte fue epicentro de las huelgas de los trabajadores de la Tropical Oil, en los cuarenta conoció la agitación gaitanista y, luego, durante la época de la Violencia, contó con la presencia de guerrillas liberales" (Arias, *Historia de Colombia contemporánea*, 2017, págs. 213-214).

⁵² "Sus dirigentes eran jóvenes ciudadanos de clase media con títulos universitarios, casi todos con un pasado militante: algunos venían de las filas del MRL, la disidencia de López Michelsen; otros eran líderes sindicales del puerto petrolero. Por eso, el objetivo de los jefes del ELN era la toma del poder a escala nacional" (Arias, *Historia de Colombia contemporánea*, 2017, pág. 213).

⁵³ "El Movimiento 19 de abril —en alusión a los hechos ocurridos en las elecciones de esa fecha— reunía a personajes bastante heterogéneos: anapistas, universitarios, guerrilleros de otros movimientos, intelectuales y cristianos con inclinaciones sociales. Sin duda alguna, fue la guerrilla más popular de los años setenta, lo que se explica, entre otros factores, porque su discurso no se acompañaba del dogmatismo comunista de las otras guerrillas, por el carisma de sus dirigentes y por la espectacularidad de sus acciones" (Arias, *Historia de Colombia contemporánea*, 2017, pág. 216).

tres grupos los que causaron estragos en la Colombia de medio siglo, aunque la situación se recrudecería más tarde.

Al principio, estos grupos eran muy reducidos, su impacto era escaso y tenían fuerte problemas económicos⁵⁴. No obstante, comenzaron a llamar la atención del gobierno.

Ricardo Arias apunta al respecto:

El gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966- 1970), sin abandonar la respuesta militar, le dio cierta importancia a la dimensión social del problema guerrillero. Por una parte, autorizó a los civiles a armarse para protegerse de las guerrillas, lo cual legitimó el paramilitarismo, sentando así un precedente nefasto en nuestra historia reciente (Arias, *Historia de Colombia contemporánea*, 2017, pág. 214).

De estos grupos paralelos al gobierno surge parte de la Violencia, además de que son fundamentales para la consolidación del narcotráfico, una pesada sombra de la cual no se ha desprendido Colombia hasta nuestros días. Por otro lado, estos fenómenos sociales no sólo impactaron de manera directa, en términos de Galtung, a la comunidad colombiana, sino que también lo hicieron en la cosmovisión, las dinámicas sociales, las formas de relacionarse y, prácticamente, en todo el desarrollo de la historia moderna de Colombia.

Cabe señalar que en el caso de la guerrillas y grupos paramilitares, que si bien pueden tener expresiones violentas similares al narcotráfico, sus motivaciones no son las mismas. Lo anterior es importante ya que el descontento social que derivó en las acciones violentas que impactaron a los pobladores son producto de un proceso histórico donde permea la desigualdad, el racismo, el clasismo, y el capitalismo rapaz. A partir de lo que menciona Eduardo Galeano en el famoso libro *Las venas abiertas de América Latina*, donde se menciona el proceso cultural e histórico donde a la zona de Latinoamérica fue rezagada en pos de un beneficio al primer mundo. Así, cuando se adquirió consciencia social de la misma, se buscó establecer una demanda igualdad y equidad de condiciones. Así, los procesos revolucionarios fueron relevantes pues, aunque hubo violencia directa, también significó un despertar de las comunidades. A diferencia del narcotráfico, que cuya finalidad es la ganancia monetaria, las guerrillas tienen un trasfondo ideológico relacionado con la violencia

⁵⁴ . Cfr, Arias, Ricardo, *Historia de Colombia contemporánea (1920-2010)*. Ministerio de Cultura/Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2017.

estructural y cultural histórica en la que se vieron afectados los colombianos, y varias comunidades de toda Latinoamérica.

3.6 Impacto del narcotráfico en Colombia

Algunos historiadores señalan que los inicios de este complejo fenómeno se remontan a los tiempos precolombinos, en particular por el cultivo de la hoja de la coca. Sin embargo, resulta evidente que su impacto en la sociedad colombiana es innegable. Cuando se menciona el país cafetalero, los referentes inmediatos son los cárteles y capos famosos de la zona. Se ha posicionado en el imaginario como una actividad inseparable de la región.

De acuerdo con Adolfo León Atehortúa Cruz y Diana Marcela Rojas Rivera, en su estudio *El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos*, el narcotráfico en Colombia y su relación con Estados Unidos derivó de lo siguiente:

La Guerra de Vietnam es, ante todo, un motor–inductor para el consumo y tráfico ilícito de drogas en Estados Unidos. No es causa única ni suficiente. Se convirtió, simplemente, en el fenómeno que propulsó un consumo masivo de heroína y marihuana que requirió de nuevos proveedores para una red de tráfico destinada a ampliarse (Atehortúa Cruz y Rojas Rivera, 2015, pág. 5).

Así fue que ese país volteó a ver a América Latina, en particular a México y Colombia, para establecer una relación de consumo y tráfico de estupefacientes que aún sigue vigente.

Lo anterior es en parte la historia del narcotráfico en Colombia. Como se mencionó, para fines de este estudio se aportarán únicamente algunas nociones sobre la violencia ejercida por este fenómeno. Y es que la ilegalidad de la industria de la droga le imprime un carácter peculiar: el crimen organizado, la violencia y la corrupción son sus componentes naturales.

Dicha violencia parte de los tipos estructural y cultural, como señala Galtung, pues estos intervienen en el desarrollo de la población generando pobreza por el impacto social que tienen, al tiempo que inciden en lo económico, con acciones como la extorsión o coacción. Por otra parte, se creó una imagen del narcotraficante como modelo aspiracional de los jóvenes, lo que los lleva a ingresar a las filas del crimen organizado con la finalidad de volverse capos de la droga. Si duda, estos tipos de violencia permanecen y se consolidan con la mitificación de estos personajes.

3.7 La evolución de la violencia en Colombia: un breve panorama hasta nuestros días

A partir de considerar estos dos fenómenos sociales de gran impacto en la historia colombiana, la guerrilla y el narcotráfico, se puede adquirir una perspectiva más compleja de la situación contemporánea. Ahora bien, la diégesis de la violencia en Colombia ha tenido un revés importante en los últimos años. Lo anterior gracias al proceso de pacificación de la población, particularmente el llevado a cabo en mayo de 2012, cuando se cumplían 48 años del conflicto entre el Estado colombiano y las FARC-EP. El entonces presidente Juan Manuel Santos y los representantes de la guerrilla de las FARC-EP anunciaron, a través de los medios de comunicación, el acuerdo de iniciar un proceso de diálogo con miras a finalizar el conflicto armado (Olave, 2013, pág. 340). Lo anterior quedaría de manifiesto en las cifras de violencia de la región.

El índice de medición para determinar la violencia es el homicidio, el cual representa la mayor muestra de este fenómeno por tratarse del acto cometido con mayor carga de alevosía y agresión, además de ser un rubro medible frente a otras formas de violencia que se presentan en un contexto no demostrable. De acuerdo con el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, con sede en Bogotá, el homicidio, jurídicamente hablando, consta de los factores siguientes: un agresor (y evidentemente la víctima), tipicidad, antijuridicidad y culpabilidad (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 24)⁵⁵. De esto destacan dos características para calificar un homicidio: la culpa⁵⁶ y el dolo⁵⁷. Así, se enfatiza la existencia de una voluntad para realizar dicha acción.

Siguiendo a Galtung, el homicidio entraría en la categoría de la violencia directa, por la visibilidad de su naturaleza; no obstante, las razones y motivaciones son diferentes. De este

⁵⁵ En el informe se lee: “Supresión por conducta del agente (agresor), de una vida humana (tipicidad), sin justificación jurídicamente atendible (antijuridicidad), en forma intencional o dolosa, o con culpa o preterintencional (culpabilidad)” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 24).

⁵⁶ En el mismo documento se señala: “En el Artículo 23 del mismo código la conducta es culposa cuando el resultado típico es producto de la infracción al deber objetivo de cuidado y el agente debió haberlo previsto por ser previsible, o habiéndolo previsto, confió en poder evitarlo” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 24).

⁵⁷ Continúan los autores: “En el Artículo 22 del Código Penal Colombiano el dolo se estructura cuando el agente conoce los hechos constitutivos de la infracción penal (hecho punible) y quiere su realización. También será dolosa la conducta cuando la realización de la infracción penal ha sido prevista como probable y su producción se deja librada al azar” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 24).

modo se exponen distintas causas de la violencia, las cuales son determinantes en su dinámica; ya sean factores culturales o estructurales, todas desembocan en la violencia directa, puesta de manifiesto por el homicidio.

En este orden de ideas, Catalina Ello Montes apunta que son dos los periodos donde hubo un crecimiento de los homicidios en Colombia. El primero abarca de 1948 a 1966, y corresponde al periodo conocido como la Violencia, el cual hemos descrito, donde la impunidad y la magnitud de los casos llegaron a alcanzar la cifra de 180 000 muertes en una población de 13 millones de habitantes. Del mismo modo, también comprende el periodo del Frente Nacional (de 1958 a 1974), ya que fue entonces cuando se consolidaron los grupos paramilitares, posteriormente guerrillas (Bello Montes, 2008, pág. 75). Luego vendría otra alza en los homicidios de 1980 a 1993. Es en este ciclo donde las guerrillas, como las FARC-EP y el ENL, establecieron sus modalidades de la violencia al expandir su presencia en el territorio colombiano. Es en la década de los ochenta cuando las guerrillas, principalmente las FARC-EP, se proponen la conquista, por medios violentos, de varias zonas del territorio colombiano; de la misma manera, se instituyen las primeras relaciones de estos grupos con el narcotráfico (Bello Montes, 2008, pág. 75).

Así, en 1991 alcanza su mayor pico el número de homicidios en esta segunda ola, que, de acuerdo con la Administración Distrital, se debía a la falta de cohesión entre la ley, la moral y la cultura (Bello Montes, 2008, pág. 77). En consecuencia, se iniciaron una serie de proyectos en este sentido a partir de 1995, los cuales culminaron en 2003. De los ocho años de esta nueva etapa sobresalen los programas de una política integral de seguridad y convivencia ciudadana; el fortalecimiento de los órganos de justicia y del cuerpo de policía; programas de prevención del crimen y de la violencia; la atención de grupos vulnerables y, como eje central, un programa de cultura ciudadana que fue aplicado con éxito en la ciudad de Bogotá (Bello Montes, 2008, págs. 77-78). De esta forma, la dinámica de violencia en Colombia ha experimentado una estabilidad en los últimos años.

De acuerdo con el Banco Mundial, de 1990 a 2017 el índice de homicidios por cada 100 000 habitantes bajó de 71 a 24.9 (Banco Mundial, 2020). Cabe destacar que se trata de la medición de homicidios intencionales, es decir, una medición de un organismo internacional frente a las cifras oficiales de la Base de datos de Estadísticas de Homicidios Intencionales de la

Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. Lo anterior luce más claro en la gráfica que la institución emite:



Fuente: Banco Mundial (2020).

El pico de homicidios se produjo en 1991 con 84.1, con un descenso en 1995 a 59.6, y un incremento de nueva cuenta en 2002 a 68.3; para, finalmente, descender a 24.9. Lo cual señala una marcada tendencia a una estabilidad. Ahora bien, cabe apuntar que durante este periodo los rangos más afectados fueron los hombres de entre 20 y 44 años, y las mujeres de entre 19 y 29 años, lo cual muestra la proclividad de las personas dentro del sector más productivo en cuanto a edad (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 30). Sin embargo, el tema de la violencia es más complejo que sólo determinar cuántas personas fallecen, ya que, como se ha mencionado, va más allá de agresiones físicas.

3.7.1 Circunstancias de la violencia

La violencia representa un problema a escala global cuya complejidad ha sido, en gran medida, uno de los elementos que impiden su erradicación. Algunos estudiosos aluden a que se trata de un tema de instinto natural, una especie de tendencia inherente al ser humano; no

obstante, siguiendo a Galtung, este fenómeno responde a una circunstancia, la cual determina incluso la forma en la que se ejerce. Así, establecer la tasa de homicidios es únicamente la entrada a un análisis que contiene muchas aristas al respecto.

Como apunta Bello Montes (2008), el homicidio no se puede considerar un evento único y generalizante. El homicidio viene a ser el epílogo de una narrativa de hechos que culminan con la pérdida de la vida de un ser humano; así, resulta esencial analizar lo que De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez llaman “La teoría del riesgo”. Se trata de “desentrañar”, en la medida de lo posible, los factores que determinan la acción violenta; pues “Para que la conducta o el temperamento violento se manifieste, es preciso que algo lo desencadene” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 27). Con esto se pone énfasis en la causalidad más allá del acto en sí⁵⁸. En este sentido, los autores resaltan los “factores de riesgo de la violencia”, que para ellos, tanto en Colombia como en cualquier parte del mundo, se presentan en lo individual y lo colectivo (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008).

Es así que no se puede reducir la dinámica de la violencia a la ecuación homicidio igual a violencia. Ahora bien, volvamos a la teoría del riesgo desarrollada por De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, donde cabe destacar nuevamente que se trata del informe del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, el organismo oficial en Colombia para el estudio y análisis de las condiciones de violencia en esa región. Acorde con su disección de la sociedad colombiana, los especialistas determinaron los siguientes factores de riesgo de violencia⁵⁹, que, como ellos mismos señalan, se encuentran “[...] presentes en toda acción violenta, sea ésta homicidio, delito sexual, masacres o ejecuciones extrajudiciales” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 27.) Con esta aseveración, los autores establecen que el homicidio no es el único factor resultante de la violencia:

⁵⁸ Aquí cabe señalar dos de los casos más sobresalientes al respecto. El primero de ellos es el de agente del FBI John Douglas, quien, en sus memorias tituladas *Mindhunter. Cazador de mentes*, detalla cómo fue el proceso de establecer el perfil de los asesinos en serie con la intención de que, al conocer sus motivaciones, se pudieran determinar comportamientos anticipatorios para posibles detenciones. Por otro lado, el psicólogo social Philip Zimbardo, en su libro *El efecto Lucifer*, señala que, a partir de un experimento realizado en la Universidad de Stanford, concluyó que la circunstancia determina muchos de los comportamientos violentos. Ambos casos son una muestra de la necesidad de indagar en el antecedente, y no sólo en la espectacularidad, que implica la violencia directa.

⁵⁹ Todos los factores de riesgo son tomados de De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008; se presentan aquí de forma resumida para dar mayor dinamismo a la escritura.

1. Los factores de riesgo idiosincrásicos. Estos se encuentran emparentados con lo que Galtung llamaba violencia cultural o simbólica. Se trata de rasgos de temperamento, carácter o pensamiento. Dichos aspectos pueden ser individuales o colectivos, como tradiciones o creencias. Destaca que son conductas aprendidas desde una trasgresión de una norma social. Pertenecen a una base cultural y se presentan del modo en que los individuos o colectividades deciden enfrentar sus necesidades o diferencias. Un ejemplo sería el machismo, una idea que se ha consolidado a lo largo de generaciones, no sólo en Colombia, y que impacta directamente en las relaciones entre los individuos. Otro ejemplo se encontraría en el consumo de alcohol en eventos sociales específicos, como partidos de fútbol o bodas. Es allí donde, por las reacciones de la ingesta indebida de bebidas embriagantes, se pueden ocasionar estallidos de violencia.
2. Los factores de riesgo relacionados con la violencia intrafamiliar. Se encuentran vinculados en cierto sentido con los idiosincrásicos; son factores surgidos al interior de las familias. Ya sea por un machismo enraizado, o a manera de liberación frente a la situación económica. Los autores advierten que estos factores originan “[...] un círculo vicioso que redundará en la presencia de otras formas de violencia” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 27). Del mismo modo, los autores apuntan que en Colombia existe una estrecha relación entre el maltrato conyugal y el infantil.
3. Los factores conductuales. Se encuentran relacionados con los idiosincráticos, pues son conductas aprendidas; no obstante, la diferencia radica en que éstos se presentan en un contexto individual. Se trata de conductas presentadas en la temprana edad, las cuales no son atendidas a su debido tiempo. Así, los niños y adolescentes que presentan conductas o actitudes violentas tienden a replicarlas en su vida adulta. Son particulares de la forma en la que un individuo se relaciona en su contexto. Entre los ejemplos podemos citar las relaciones sexuales particularmente precoces y el consumo de drogas, entre otros.
4. Los factores covariantes. En esta categoría se produce una combinación de dos circunstancias. Un ejemplo sería la violencia estructural, en términos de Galtung, como la falta de acceso a servicios básicos por la pobreza, donde se combinan la falta de seguridad social y la pobreza de las familias. Otro ejemplo sería la violencia

ejercida, en zonas rurales, por parte de las guerrillas, ya que se suma la violencia de los grupos paramilitares a la falta de seguridad y, por ende, de justicia.

5. Los factores genéticos. Estos factores son los que, de entrada, plantean un dilema respecto de un origen social de la violencia, planteado por Galtung. Son actitudes que se manifiestan de forma predeterminada debido a un factor genético, según una corriente de pensamiento que piensa que la violencia se hereda por medio de la información en los cromosomas. Cabe destacar que, como estos factores son mencionados en el informe oficial del Instituto Nacional de Colombia, la fuente gubernamental, son citados aquí; no obstante, es la causa más cuestionable y la más difícil de demostrar. En ese sentido, Galtung señala que la violencia no es una conducta ni necesidad básica, por lo que se puede lograr establecer un autocontrol frente a una situación en la que la violencia tenga la oportunidad de acaecer. Al respecto, este informe marca una distancia frente a un argumento tan debatible: “[...] los hallazgos realizados por Hamber y Copeland⁶⁰ detectaron que la conducta agresiva y antisocial crecía dramáticamente sólo en los niños con familias disfuncionales y en malos ambientes. Esto demuestra que lo que se hereda no es la mala conducta o la agresión, sino una sensibilidad genética al ambiente” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 28). Así, se habla de una sensibilidad hacia actitudes y conductas violentas; sin embargo, ésta también se podría conseguir mediante el contexto, pues en ambientes marginales se puede presentar. Asimismo, dicha sensibilidad significaría una normalización de la violencia, la cual no necesariamente respondería a un factor genético.
6. Los factores socioambientales⁶¹. Estos factores son fundamentales, pues abarcan gran parte del proceso histórico en el que se ha visto envuelta Colombia. Así los definen los autores: “[...] son el resultado de fenómenos como la segregación espacial, la exclusión (o ausencia de participación), la pobreza y la desigualdad, entre otros; se materializan en índices de condiciones de vida y desarrollo humano demasiado bajos o como líneas de pobreza e indigencia” (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 28). Como se ha visto, la segregación de la vida pública y la falta de

⁶⁰ Hamber y Copeland (1998): “El temperamento y el carácter, sumados, forman la personalidad”.

⁶¹ Mencionados así en el original.

representatividad fue un fenómeno constante para los sectores sociales marginados; del mismo modo lo fueron los procesos políticos, donde los actores buscaban sus intereses y dejaban de lado a la sociedad que decían representar. Fue entonces que la marcada desigualdad generó condiciones de vida precarias, las cuales son hervideros de violencia directa. En palabras de Galtung, la violencia es un proceso constante; así, desde la descripción de este factor ya se advierte una violencia estructural, invisible a los ojos del Estado y de las clases privilegiadas, pero presente.

Destaca que muchos de estos factores se encuentran relacionados con un sector vulnerable de la población. Si bien es cierto que no son ajenos a las clases privilegiadas, sí sobresalen las acciones violentas vinculadas a grupos donde la educación y la riqueza están ausentes. Dicha afirmación no responde a un estereotipo, como podría pensarse, sino que, como se apunta en el mismo reporte, en 2008 este factor fue una constante:

El nivel de escolaridad registra el mismo comportamiento de las categorías observadas y analizadas en años anteriores. Esto es, el 25% de las víctimas (3 515 casos) contaba con educación básica primaria completa; un 20% de las víctimas (2 559 casos) alcanzó la secundaria completa, y 2% se muestra sin ningún nivel educativo. Esto se ha presentado sistemáticamente año tras año y obedece claramente a factores de riesgo socioambientales y covariantes (De la Hoz Bohórquez y Vélez Rodríguez, 2008, pág. 31).

Lo anterior no es gratuito, pues, como se mencionó líneas arriba, si se logró una reducción considerable de la tasa de homicidios fue gracias a un programa relacionado con la cultura; no obstante, éste asentado en la zona de Bogotá, es decir, la ciudad. En este sentido, también es importante considerar el nivel de pobreza, pues, como se menciona en el Índice de Pobreza Multidimensional para Colombia (IPM-Colombia) 1997-2010: “No sólo hay un mayor número de hogares multidimensionalmente pobres, que enfrentan en promedio una mayor proporción de privaciones, sino que además enfrentan privaciones que son más profundas que las de los hogares en la zona urbana” (Angulo Salazar, Díaz Cuervo y Pardo Pinzón, 2011, pág. 126). Es en estas zonas donde el rezago educativo y la pobreza se vuelven factores por considerar para un indicativo de la violencia.

Ahora bien, la forma como se presentan estos factores de riesgo expuestos desde la perspectiva del Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses, órgano oficial de Colombia, ofrece mayor claridad en el análisis de la violencia en territorio colombiano; sin

embargo, cabe señalar que también son generalizantes; es decir, son factores que se presentan en varios países, pero determinados por cada contexto particular.

Es aquí donde el contexto adquiere gran relevancia, pues gracias a él se determinan las variables de cada país o región, esto siguiendo una línea acentuada por Bello Montes, donde señala que cada homicidio –y se puede ampliar a cada acto violento— responde a su contexto (Bello Montes, 2008, pág. 76). Así, vale la pena señalar los contextos en los que se desarrollan los actos violentos.

Para este propósito, resulta enriquecedor recuperar los escenarios avalados en el informe de homicidios, los cuales ofrecen un panorama que delimita muchas de las formas de violencia. El informe los denomina “Circunstancia del hecho”, aludiendo, invariablemente, a las circunstancias del homicidio; no obstante, también sirve de parámetro para revisar las causas de la violencia.

3.7.2 Violencia sociopolítica

Es en este sector donde se ubican diversas representaciones de la violencia directa: bajas de la acción militar, enfrentamiento armado, acción guerrillera; violencia contra grupos descalificados; acción paramilitar; terrorismo; secuestro y asesinato político. Sin embargo, las guerrillas y el paramilitarismo son fenómenos que afectan a varias estructuras de la sociedad.

Como se mencionó, las guerrillas colombianas surgieron a partir del Frente Nacional, al establecerse una disidencia ante la nula representatividad en el gobierno de los sectores marginados, ya que los partidos liberales y conservadores nunca velaron por los intereses de la población. Su proceso fue extenso y complejo, y los nombres de los partícipes son innumerables. Existen diversos estudios al respecto; no obstante, aquí se señalarán algunos de los aspectos más relevantes que les sirvieron para adquirir su nivel de participación e influencia dentro de los procesos históricos de la historia de la región. Con esta aproximación se pretende acceder a ciertas circunstancias, las cuales fungieron como factores que enraizaron su actuar en la sociedad colombiana.

De acuerdo con Erich Saumeth Cadavid, las guerrillas en Colombia tienen su origen en las dinámicas sociales:

La guerrilla, con sus particularidades en cada una de sus organizaciones, tiene raíces muy intensas en las dinámicas sociales de los sectores más populares de la población, razón ésta por la cual los factores externos obraron como elementos más que determinantes en el proceso de gestación del movimiento guerrillero (Saumeth Cadavid, 2016, pág. 1).

Visto de este modo, las guerrillas son producto de un proceso de descomposición social interno, donde los factores externos sólo condicionaron su desarrollo y potencializaron su influjo dentro de la estructura social y el pensamiento cultural de los colombianos.

Retomando a Galtung, podemos decir que las guerrillas son consecuencia de un resentimiento social, en este caso por la falta de representación en el Estado. Al sentir un abandono por parte de las diferentes administraciones que entraban y salían, y sólo requerían de la sociedad colombiana cuando buscaban legitimar su poder, algunos integrantes de esos sectores agraviados decidieron establecer agrupaciones paralelas cuya organización dependió directamente de ellos mismos.

Ahora bien, resulta conveniente apuntar que, a pesar de la violencia directa de la que echan mano los grupos paramilitares, tienen adeptos dentro de la población. En *Violentología, un manual del conflicto colombiano*, María Teresa Ronderos señala:

Esta violencia se perpetúa porque la población ha sido asolada; porque la gente acepta con resignación que exista; porque la fascinación con los fusiles atrae y atrapa a los jóvenes como las moscas a la miel; porque la coca y sus millones financia todo; porque los jefes guerrilleros y paramilitares, cuyo perturbador carisma se retrata aquí, erigen su poder sobre el poder, que también se cimentan en delirios de cambio social, en ilusiones de revolución (Ronderos, citada en García Arenas, 2012, pág. 74).

Lo anterior evidencia que existe un resabio idiosincrático en ciertos sectores sociales de Colombia; es decir, se presenta una tendencia a pensar que se puede alcanzar una realidad aspiracional al unirse a estos grupos, o bien se tiene un pensamiento revolucionario con un sentido de igualdad.

En cuanto a la violencia de este tipo, Galtung señalaba que el peligro de maniobras como las ejercidas por los grupos guerrilleros radica en que que la “violencia estructural horizontal” de esta clase, por la fragmentación geográfica, pueda pasar de una violencia distante, o centrada en un punto, a una diseminación de la misma, lo que provocaría una “violencia

estructural vertical”, generando así represión, explotación y alienación de las minorías dentro de una nación⁶². En otros términos, ante la expansión de la ola de violencia, se puede ver afectado mayor número de regiones por una violencia más severa que la propia del conflicto bélico.

Por tanto, gran parte del poder de estos grupos se sustentaba en la intimidación y el terrorismo, ambas manifestaciones de la violencia más cruel. Su protagonismo público era equivalente al nivel de brutalidad y salvajismo. Sin duda, es una de las maquinarias más grandes en cuanto a violencia efectiva se refiere. Sus tácticas y estrategias eran sofisticadas, lo que mantuvo a las guerrillas y a los grupos paramilitares activos hasta la pacificación. Por otro lado, también le deben su permanencia a otro fenómeno de la historia de Colombia: el narcotráfico. Así, a pesar de que se percibe una reducción en la violencia existente en Colombia, es innegable que muchos de sus rasgos siguen vigentes. Como señala Galtung, a pesar de que la violencia directa no esté presente, eso no significa que se haya abolido. Es en este periodo de aparente calma donde se contextualiza gran parte de las crónicas de Alberto Salcedo Ramos.

⁶² Galtung apunta que: “La fragmentación geográfica puede sustituir a la violencia estructural horizontal del ‘demasiado distante’ por la violencia estructural vertical de la represión, explotación y alineación de las minorías dentro de una nación-estado. Actualmente nos encontramos en una fase de guerras internas de secesión y revolución. Pero es posible que la distancia también conduzca a una nueva fase de guerras externas entre los nuevos estados creados” (2019, pág. 2).

Capítulo IV

Un retrato de la violencia contemporánea en Colombia: las crónicas de Alberto Salcedo Ramos

Este último capítulo tiene como objetivo establecer algunas de las características de estilo del trabajo cronístico de Alberto Salcedo Ramos, así como la manera en que representa la violencia contemporánea en Colombia. Para el escritor colombiano, la finalidad de sus crónicas consiste en ofrecer un rostro humano de las historias, las cifras y los datos. Dicha cualidad, quizá la más relevante en su obra, es una vía adecuada para tratar un tema tan complicado como la violencia, pues al otorgarle una mirada más humana, el impacto en el lector no es solo informativo, sino también empático.

Desde esta perspectiva, resulta conveniente partir de la poética de Alberto Salcedo Ramos, la cual consiste en una serie de características que delimitan su escritura. Destaca su rigor como base de su quehacer cronístico, ya que, como se vio en el primer capítulo, en cuanto género periodístico la crónica debe contar con datos, fechas e información verificables; asimismo, resalta la importancia de su trabajo de campo, fundamental para la creación y la escritura de sus crónicas. A raíz de esta extenuante labor, el autor adquiere los elementos con los que construye sus historias. Sin embargo, a Alberto Salcedo Ramos no le basta el rigor periodístico, también tiene criterios para seleccionar y construir la historia persuasiva, la cual busca una empatía inmediata en el lector. Este efecto lo consigue a través de un relato que privilegia la escena, al conferir una vívida plasticidad y concreción a los acontecimientos y a los personajes, otorgando, en la medida de lo posible, lo que él denomina “rostro humano” a las historias.

4.1 Poética de la crónica de Alberto Salcedo Ramos

Una de las acepciones de la palabra poética es: “Conjunto de principios o de reglas que caracterizan un género literario o artístico, una escuela o a un autor” (RAE, 2001, pág. 1792). Al hablar de la poética de Alberto Salcedo Ramos, se intenta establecer cómo este autor comprende los fenómenos de la realidad y hace crónicas a partir de ellos. Se trata de una herramienta que permite analizar también su obra desde sus propios principios. De este modo,

al delimitar su poética, se tiene una mejor comprensión de la forma en que representa la violencia en sus crónicas.

4.1.1 La crónica con un rostro humano

La crónica es el género periodístico que tiene mayor libertad en el manejo de la información, en particular con los acontecimientos que describe. Esa libertad rebasa la estrechez de la noticia y la profundidad, el análisis y el manejo temático de la columna. De esta manera, muchos cronistas imprimen a sus textos un estilo personal, sin perder de vista el enfoque informativo que rige al género. Es en este intersticio donde un cronista como Alberto Salcedo Ramos ha forjado una sólida carrera dentro del periodismo narrativo.

Como se dijo, su visión de la crónica tiene como objetivo presentar una perspectiva “humana” de las historias. El mismo Salcedo expone que el tema de estas debe estar planteado a partir de generar un “interés humano”. Dentro de sus propuestas para escribir una crónica señala: “Elige un tema que sea de interés humano y que, para bien o para mal, afecte al mayor número posible de personas” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 4). Lo anterior es conseguido por el escritor colombiano a partir del manejo de dos ejes de la crónica: el estilístico, muy relacionado con la persuasión, y el informativo.

En este sentido, la perspectiva humana en la crónica proviene de la combinación entre contar historias reales (requisito fundamental para todo género periodístico) y el manejo estético y retórico a lo largo del texto, el cual se enfoca, predominantemente, en generar emociones en el lector, ya sea mediante la identificación con el personaje, la crudeza de un testimonio o la escenificación de una anécdota. Lo anterior considerando que la anécdota es un hecho curioso o novedoso, y puede ser trasladada a la crónica por medio de la escena, mas no es sinónimo de esta, pues la escena es usada en la crónica para contextualizar el encuentro del cronista con el protagonista, o bien para exponer un testimonio. Esto sin perder de vista el enfoque informativo, pero siempre abordando las historias desde una perspectiva y un estilo muy personales.

De este modo, Salcedo presenta en sus crónicas una serie de características relacionadas con la investigación y comprobación de datos, las cuales nutren su estilo, pues para el periodista

colombiano es de suma importancia conservar el discurso informativo de la crónica, al tiempo que, a través de recursos retóricos, narrativos e incluso dramáticos, presenta personajes entrañables en contextos realistas. Así, su instinto periodístico le ayuda a detectar una historia con un trasfondo que trascienda la mera anécdota y, por otro lado, al abordarla, saber cuál es el enfoque que “enganche” al lector.

Para el autor, desde donde mejor se “engancha” o atrapa al lector es en lo que él denomina la “entrada”⁶³. A partir de esta premisa, Salcedo pone particular énfasis en el inicio de la crónica, ya que considera que es allí donde se atrapa –o se pierde— al lector, además de establecer otros aspectos inherentes a esta parte inicial: “El primer párrafo no sólo debe servir para enganchar al lector sino también para determinar el tono y el ritmo de la historia” (Salcedo Ramos, 2011, págs. 15-16). Aunado a esto, el cronista habla de que el inicio de una buena crónica debe ser breve y al mismo tiempo sugerente: “Aparte de la economía y la contundencia, se recomienda un estilo sugerente que llame la atención” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 16). En suma, el inicio es fundamental en sus crónicas y lo considera un factor determinante en el desarrollo de las mismas.

Por consiguiente, el planteamiento de la crónica se encuentra en el inicio, sin perder de vista el “remate” de la misma, pues este último le da redondez al relato: “El remate es definitivo: debe ser redondo, dejar la sensación de que el tema fue cerrado de la mejor manera posible” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 17). En suma, el escritor colombiano resalta los valores en el enfoque dado, tanto de la historia como en su forma de abordarla, que debe resultar atractivo para el lector, ya que es donde estriba gran parte de la estructura de una buena crónica.

Para Alberto Salcedo Ramos, la importancia de la crónica radica en “[...] la posibilidad de contar historias perdurables que le permitan trascender el mero registro de las cifras” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 1). En esta frase convergen ambos polos de una crónica, ya que las historias se vuelven perdurables en la medida en que se exponen de forma tal que puedan tener vigencia; es decir, que la lectura pueda trascender el momento en el que fueron escritas. Inevitablemente, las historias tienen que enmarcarse en un contexto real, pero al modelarlas

⁶³ Alberto Salcedo señala: “No se trata de meter toda la información en el párrafo de entrada: a veces basta una sola línea, un simple detalle bien puesto. Además, no olvides que tienes la opción de desarrollar la historia a lo largo del texto” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 16).

mediante diversos recursos retóricos y narrativos, el autor de la crónica busca mostrar una perspectiva novedosa.

Resulta conveniente señalar que la función de las historias en el quehacer humano va más allá de lo que, en apariencia, se le otorga en un contexto como el actual, donde predomina la información fragmentada e instantánea. Salcedo refiere la importancia de las historias y del oficio del escritor:

Me sentí especialmente orgulloso de mi oficio el día que leí esta declaración del escritor rumano Mircea Eliade: “En los campos de concentración rusos los prisioneros que contaban con la suerte de contar con un narrador de historias en su barracón han sobrevivido en mayor número. Escuchar historias les ayudó a atravesar el infierno” (Salcedo Ramos, 2012, pág. 635).

Lo anterior exalta la labor del cronista como escritor: un fabulador de historias. No obstante, se rige bajo la estricta perspectiva informativa que subyace a la crónica.

Finalmente, Salcedo apunta que la crónica es la “[...] licencia para sumergirse en el fondo de la realidad y en el alma de la gente” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 1). De esta manera, y sin dejar de lado el aspecto informativo, la crónica, en cuanto género discursivo, ofrece una amplia gama de posibilidades, las cuales dependen de un uso responsable de la información. En este sentido, señala: “No debes reemplazar hechos con retórica” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 17). De ahí que sea en este eje entre la información y los aspectos estilísticos donde Salcedo ha cimentado un estilo propio, que le ha valido un renombre en la escritura periodística. A partir de ese binomio historia-estilo, sustentado en el interés y en el manejo de la información, este autor consigue dar un particular enfoque humano a las historias.

4.1.2 Sobre el rigor periodístico

En toda la obra de Alberto Salcedo Ramos subyace un compromiso con las historias que narra y con los hechos que las sustentan. Sus crónicas denotan una amplia investigación previa, así como una profundización en los personajes, ambientes y contextos que enmarcan sus textos; asimismo, se advierte un “respeto” por las personas a las que entrevista y retrata, pues para él esta actitud es una de las claves para conseguir una información de calidad, testimonios fidedignos y anécdotas novedosas que enriquezcan su quehacer periodístico.

En este punto recuperaremos el concepto *inmersión* — acuñado por Norman Sims, un estudioso del periodismo literario—, el cual alude a sumergirse en las historias, tanto como se pueda, con la finalidad de conocerlas lo mejor posible y poder recrearlas con la mayor fidelidad⁶⁴. Por esa necesidad de inmersión Salcedo le da un lugar primordial a la investigación previa y al trabajo de campo. De la primera destaca su valor fundamental para poder tener un acercamiento mucho más completo a los personajes y contextos que aborda; del segundo, la capacidad de recrear los hechos de forma tal que el lector tenga la sensación de acompañar al cronista o a los personajes en el camino descrito.

En ese orden de ideas, Salcedo apunta que acumular información previa y conocimiento de los hechos “[...] te permite explorar mejor a tus personajes y desenvolverte en el entorno que les tocó en suerte” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 8). De tal suerte que se obtienen los elementos necesarios para construir retratos novedosos de personajes, o enfoques más profundos de los acontecimientos, además de ir más allá de la simple anécdota, al darle un tratamiento narrativo y estético al acontecimiento. Para el periodista colombiano, entre más se conozca acerca de las historias, los personajes y los contextos, mejor será el acercamiento que se logre al momento de la escritura.

Como ejemplo de lo señalado, en la crónica *El árbitro que expulsó a Pelé*, Salcedo explora la personalidad de Guillermo Velázquez, un árbitro de fútbol que pasó a la historia por expulsar al famoso futbolista en un partido amistoso entre su equipo, Santos de Brasil, y la selección de Colombia, el miércoles 17 de julio de 1968. Sin duda, el *Chato*, como era conocido, es célebre por este incidente; no obstante, Salcedo hizo una investigación previa acerca de Velázquez y recuperó algunos episodios de sus actuaciones con otros futbolistas, donde llegó incluso a la violencia directa, al intercambio de golpes. En el retrato que presenta Salcedo, Guillermo Velázquez expone su visión sobre la justicia, tanto en la cancha como en la vida, y justifica algunos de los altercados bajo una moral más cercana a la que existe en los barrios y juegos llaneros, que en las canchas internacionales. Como se advierte en la cita siguiente:

⁶⁴ Cfr. *La crónica: el rostro humano de la noticia*, de Alberto Salcedo Ramos, 2011, Bogotá, Ecoe Ediciones/Universidad de La Sabana, pág. 8.

El Chato guiña un ojo y advierte que la justicia depende más del sentido común de quien la aplica que de simples leyes escritas en un papel. Para ilustrar su teoría, recuerda la vez que Miguel Ángel Converti, atacante de Millonarios, recibió un pase de espaldas al arco, en un clásico contra el Santa Fe. Desde antes de que Converti tomara la pelota, Velásquez había sancionado fuera de lugar. Pero el jugador, que al parecer no escuchó el silbato, llevó el lance hasta sus últimas consecuencias: durmió el balón con el pecho, lo hizo rebotar sobre su muslo izquierdo y luego se suspendió en el aire —cabeza hacia abajo y pies hacia arriba— en una chilena espléndida. El proyectil se clavó en un ángulo imposible de la portería y Converti corrió como loco hacia el banderín de córner, mirando hacia el cielo y zafándose de los compañeros que querían abrazarlo, como si pensara que su virtuosismo lo alejaba de los atletas y lo acercaba a los dioses.

“Si yo hubiera sabido que Converti iba a concluir esa jugada como la concluyó”, dice Velásquez, “no habría pitado el fuera de lugar. Fue la única vez que quise hacerme el equivocado en una cancha y créame que lamento mi acierto como si fuera un error. Es lo que le vengo diciendo: según las normas, yo actué bien, pero no fue justo que yo le robara semejante joya al público. Donde yo valide ese gol, hasta los hinchas del Santa Fe se ponen contentos” (Salcedo Ramos, 2015. pág. 87).

Por otro lado, las crónicas del escritor que nos ocupa no solo cuentan con una profundidad originada en una investigación previa, sino también con una recreación completa de los entornos y retratos descritos, atribuido esto a la sensibilidad con la que se acerca a los protagonistas y contextos. Esta profundización podría parecer obvia para cualquier género periodístico, pero, por ejemplo, la instantaneidad de la noticia no permite un acercamiento completo a la historia con estas características; la crónica, por el contrario, sí puede explorar mejor su objeto de análisis.

Aunadas a la sensibilidad, igualmente la observación y la escucha resultan fundamentales para entender el estilo de Salcedo. De acuerdo con el autor colombiano, ver y observar no son lo mismo: “Todo el que tiene ojos, mira. Pero observar va más allá de las meras pupilas. No es un ejercicio del ojo sino de la inteligencia y de la sensibilidad” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 8). De esta forma, a partir de esos dos elementos, los cuales exigen completa atención por parte del cronista, puede reconstruir los contextos y los testimonios de los protagonistas y testigos; sin embargo, asimismo ejerce la labor del cronista, en particular, y del periodista en general, referida a la corroboración de datos.

En este sentido, puntualiza: “No basta con escuchar al personaje diciendo que va a misa todos los domingos: hay que procurar ir a misa con él, verlo actuar en ese escenario. El testimonio es definitivo, pero hay ir más allá. La realidad no es solo lo que oigo sino también lo que veo” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 9). La corroboración de los testimonios, así como ver actuar

a los protagonistas de las historias dota de un valor agregado a la labor del cronista, ya que, además de respetar las convenciones del género, puede ampliar el retrato de los personajes, al describir cómo interactúan con su entorno.

Quizá uno de los tantos ejemplos de esta característica del estilo de Salcedo se advierta en la crónica *Memorias del último valiente*, donde Salcedo acompaña a Rodrigo Valdés, *Rocky*, un boxeador retirado, en un día normal, mientras este le cuenta cómo fue el sueño de vivir la gloria del boxeo y su victoria sobre el púgil estadounidense Bennie Briscoe, cuando nadie apostaba en favor suyo. En las últimas líneas se lee:

—¿Por qué te pusiste esas iniciales de oro en los dientes?

—Eche, porque gané para ponérmelas. Yo en esa época era campeón.

Ahora, mientras caminas conmigo a través de un angosto corredor bordeado de vendedores ambulantes, destilas un aire de complacencia. Se nota a leguas que te gusta ser quien eres. Se nota a leguas que, aunque insistas en que el pasado “es una vaina vieja”, te encanta evocarlo. No en vano conservas todas esas prendas que prolongan el tiempo ya remoto del esplendor. Al lucirlas, vuelves a noquear a Briscoe, vuelves a ser el que siempre has sido: el amo y señor del coraje. El *champion*, mi vale. El campeón (Salcedo Ramos, 2015, pág. 31).

En este fragmento destaca la manera en que Salcedo acompaña a sus protagonistas en su día a día para presenciar cómo interactúan en su entorno; del mismo modo, en el breve diálogo presentado, el autor demuestra la opulencia del boxeador en su momento de gloria.

Así, dentro de su quehacer como cronista este escritor utiliza la información que va recabando para crear retratos profundos y novedosos, pero sin perder de vista el rigor periodístico, pues, independientemente de los recursos narrativos empleados por él, su exigencia radica en que la historia responda a las preguntas planteadas por el periodismo:

En tu crónica también hay un “qué”, un “dónde”, un “cuándo”, un “cómo” y un “quién”. (A veces, incluso, también hay un “por qué”.) Si investigas y procesas la información de manera correcta, al lector le van a quedar resueltos esos interrogantes, aunque utilices el lenguaje literario que te sea posible (Salcedo Ramos, 2011, pág. 15).

De este modo, la crónica mantiene la integridad de los datos que el periodismo demanda; no obstante, Salcedo no pierde de vista que dicha materia prima es susceptible de un tratamiento estilístico. El fragmento recién citado es parte del material que el autor presenta en los talleres que imparte; sin embargo, asimismo se puede apreciar en otras crónicas de su autoría. Uno de los casos se presenta en su célebre crónica *Los ángeles de Lupe Pintor*, donde el periodista da cuenta de la historia del boxeador mexicano José Guadalupe Pintor Guzmán,

mejor conocido como Lupe Pintor. El texto parte de la pelea que tuvo con el galés Johnny Owen, el 19 de septiembre de 1980 en Los Ángeles, donde, ante una inminente derrota por puntos, Lupe Pintor se abalanzó sobre su rival hasta noquearlo. Derivado de eso, Owen entraría en coma y siete semanas después fallecería. Este hecho marcaría la carrera y la vida de Pintor, quien fue objeto de cuestionamientos y reclamos tanto éticos como morales, lo que a la postre le generaría un conflicto personal.

Salcedo ofrece en su crónica un panorama completo de ese crucial momento, así como del sentir del boxeador desde entonces. Paralelamente, presenta una revisión de la carrera de Pintor y sus campeonatos en peso gallo y supergallo. Con estos elementos el escritor responde a las preguntas planteadas por el carácter periodístico de la crónica al exponer un retrato completo del púgil mexicano, a la vez que su perspectiva del acontecimiento central.

Ahora bien, el nombre de la crónica proviene de una frase dicha por la esposa del célebre boxeador, Viridiana, cuando lo confrontó con las cifras de los boxeadores muertos en el ring: “Tantos muertos —le dijo— evidencian lo peligroso que es el boxeo, así que más bien debería sentirse bendecido por conservar la vida. Él sobrevivió para contar la historia porque fue protegido por los ángeles” (Salcedo Ramos, 2015, pág. 120). De esta manera, *Los ángeles de Lupe Pintor* cumple con la veracidad de los datos, pero al mismo tiempo presenta un enfoque novedoso y humano del protagonista, el cual obtuvo Salcedo mediante su investigación previa, la cual le dio material para lograr un retrato íntimo de este personaje.

A partir de lo anterior, podemos decir que el autor aborda la historia de Pintor desde su perspectiva y estilo, sin dejar de lado la veracidad de la información. Este proceso se produce a partir del tratamiento de los datos y testimonios recabados. De tal modo que, lo que podría ser una de las tantas notas y entrevistas escritas sobre el boxeador, se convierte en un retrato complejo y profundo, el cual se presenta con un matiz que permite una identificación del lector con los dilemas del protagonista; además de una empatía por la forma en que el escritor transmite la perspectiva del boxeo de Pintor, al establecer un paralelismo entre sus difíciles infancia y juventud y las dificultades que enfrentó en el ring, exaltando la lucha como factor determinante en ambos casos. Como se advierte en el fragmento que presentamos a continuación:

—Pero no lo único triste. Sé que en la infancia huyó de su casa y tuvo que vivir como indigente.

—Eso también fue terrible.

—¿Qué edad tenía?

—Ocho años.

—¿No le dio miedo enfrentarse a la calle?

—Era más cañón quedarme en la casa con ese padre agresivo. Me pegaba por cualquier bobada.

—¿Qué hacía en las calles?

—Pedía para sobrevivir. Nunca hice nada indebido.

—Tengo entendido que en la calle empezó a tirar trompadas para hacerse respetar.

—Así fue.

—También he leído que tener un nombre femenino determinó su destino, pues lo llevó a pelear más de una vez.

—Yo me iba a llamar José Guadalupe, pero a última hora como que se arrepintieron y me dejaron Guadalupe nada más.

—¿Le gusta su nombre?

—Es el de la virgencita.

—¿Y sí le trajo problemas?

—Se burlaban en mi cara los otros escuincles. El que lo hacía una vez no lo hacía dos. Yo no daba chance de que se amañaran.

—Tremendo usted.

—Nada más me hacía respetar. Yo aprendí a pelear para que no se burlaran de mi nombre.

—Me parece exagerado suponer que el nombre lo empujó hacia el ring. Si se llamara Pedro...

—También hubiera sido boxeador, así es. Entonces aclara que su historia no es la típica del chico pobre que se vuelve boxeador para conjurar el hambre. A él le gustó pelear desde siempre. En la infancia se soñaba dentro de un ring, cargado en hombros y con los puños en alto (Salcedo Ramos, 2015, pág. 110).

En conclusión, si bien la crónica es un género que exige precisión de los datos, asimismo está abierto al enfoque de las historias. Es allí donde Alberto Salcedo Ramos imprime su estilo, el cual le ha hecho merecedor de múltiples reconocimientos, pues en la forma de encarar las historias se plantea otorgar un acercamiento profundo y complejo a los personajes, anécdotas y testimonios a partir de las entrevistas y las escenas. Sin duda, para el escritor colombiano el manejo de la historia es fundamental para el desarrollo de una buena crónica.

4.3.1 Manejo de la crónica y sus componentes

Una vez planteada la rigurosidad con la que Salcedo aborda las historias, la cual cumple con el requerimiento del género, además de mostrar el compromiso del cronista con su trabajo, resulta necesario plantear las características de su estilo, que lo distingue de otros cronistas. Gran lector de narradores y cronistas como Gabriel García Márquez y Ernest Hemingway, de ellos extrajo varios recursos narrativos que aplicaría a sus textos, como la noción de ritmo, tono y el manejo de la trama. Dichos aspectos, muy valiosos en términos literarios, enriquecen el estilo del autor; no obstante, requerirían un estudio propio. Para la finalidad del presente, se proponen tres aspectos considerados fundamentales en la delimitación de su estilo, en especial porque, a partir de ellos, Salcedo configura una imagen de la violencia acontecida en Colombia: la historia, la escena y el protagonista. Es en el tratamiento de estos elementos donde radica gran parte de su estilo; sumado a que en estos tres factores se percibe el enfoque utilizado para cada historia.

a) Criterios para seleccionar y construir la historia

Sin duda, uno de los factores más relevantes para Alberto Salcedo Ramos es la construcción de la historia. Este proceso comprende desde la búsqueda de la misma hasta su tratamiento como materia prima de las crónicas. Lo anterior se deriva de su idea de ocuparse de historias relevantes para los lectores, historias “humanas”. Entonces, para Salcedo una de las características que debe cumplir una historia es la de resultar “interesante”. Quizá esto sea una determinación personal; no obstante, para él va más allá de una apreciación individual.

El autor señala que la historia debe cumplir con determinados criterios para poder abordarla y elaborarla. Uno de ellos es el interés y la pasión que despierte en el cronista; sin embargo, no es ajeno en su labor a la exigencia de actualidad que demandan ciertos medios. A partir de esos criterios, el escritor colombiano manifiesta que si la historia retrata un tema que le apasiona, como el boxeo, la abordará de inmediato y en la medida de sus posibilidades. Tras el criterio de interés se encuentra el de actualidad, asumido este por Salcedo bajo ciertas reservas. De modo que si la crónica responde a una necesidad de actualidad, derivada de una presión por parte del medio que la publica, propone la fórmula siguiente:

En este género el tema no debe provenir obligatoriamente de la realidad inmediata —la noticia— pero en la medida en que sea actual tiene mayores probabilidades de captar la atención de la gente. Los medios muy rara vez se aventuran a publicar una historia que no tenga un gancho de actualidad. En el momento en que la Organización Mundial de la Salud da a conocer un informe sobre la obesidad, podemos encontrar el pretexto ideal para trabajar una crónica sobre un gordo —anónimo o famoso— que le ponga rostro humano a las cifras (Salcedo Ramos, 2011, pág. 4).

De lo anterior se desprenden varios aspectos por destacar, pues se trata de un revés que se le puede dar a la coyuntura mediática; es decir, se puede considerar un tema que esté en el debate público, aunque sea generalizante, y desprender una historia que ilustre el asunto en cuestión, para abordarla cumpliendo a la vez con los requisitos de la crónica y la exigencia del medio.

Por otra parte, ese proceso permite que la historia tenga un acercamiento humano a un tema de actualidad. Al ejemplificar un problema universal como la obesidad a través de una historia particular —evidentemente con el tratamiento adecuado—, se puede persuadir al lector para que tome consciencia sobre el problema expuesto. Del mismo modo, este proceso también permite a lectores no devotos de la crónica acercarse a este género por la contemporaneidad del tema.

Si bien es cierto que para Salcedo esta situación de temporalidad es un condicionante para la escritura de una crónica en muchos casos, el interés hacia este género radica en otros factores. Uno de ellos es el del instinto periodístico, el cual se desarrolla con el trabajo permanente de la crónica. En este sentido, apunta:

Es importante desarrollar el instinto y confiar en él. [...] Siempre hay que preguntarse, de cualquier manera, si la historia que se tiene entre manos es verdaderamente interesante y, en caso de que la respuesta sea afirmativa, tratar de establecer hasta qué punto puede resultar atractiva. Si algo te conmueve profundamente o te hace reír o te hace enojar, es muy posible que produzca el mismo efecto en las demás personas. Pero después te tocará saber recrear la situación (Salcedo Ramos, 2011, pág. 7).

Aquí destaca el autor que su instinto periodístico nace de una empatía con su posible lector; es decir, él mismo se convierte en el primer filtro para saber si su historia tiene potencial como crónica, esto al intuir cómo podría reaccionar el lector. Ahora bien, asimismo destaca la relevancia que Salcedo les otorga a las emociones que la historia le produce en primera instancia, mismas que intentará recrear en el texto con la intención de provocar un efecto parecido en el lector.

De esta manera el periodista colombiano comienza a perfilar un abordaje humano en sus historias. Sin duda, se trata de provocar en el lector un sentimiento de empatía, ya sea con el personaje o con el conflicto que este vive, pero para ello, él mismo debió sentirlo. Para transmitir lo que vio, el autor se vale de diversos recursos narrativos y retóricos; sin embargo, en primera instancia debe valerse de su instinto para determinar las posibilidades de sus historias.

Uno de los factores destacados en las historias que este escritor convierte en crónica es que el tema sea lo más universal posible; como lo menciona, que afecte al mayor número de personas. Justamente, uno de los recursos que utiliza para influir en sus lectores es la identificación. Este aspecto se sustenta en gran medida en el personaje, pues para Salcedo sus personajes deben enfrentar obstáculos en el camino hacia sus metas, incluso si esta es la vida misma; en otras palabras, sus personajes enfrentan uno o varios conflictos. Lo anterior bajo el principio siguiente: “Una revisión cuidadosa nos muestra que la vida corriente está llena de conflictos” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 4). Más adelante se analizará con detenimiento este aspecto, por lo pronto sirve para establecer uno de los recursos más representativos del autor para lograr la identificación con el lector.

Otro criterio, que de igual manera emplea Salcedo bajo ciertas reservas, es la curiosidad que se pueda despertar en el cronista: “Un elemento que puede potenciar tu tema es la curiosidad” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 5). Sin embargo, la curiosidad como la entiende este periodista consiste en que la historia tenga un elemento novedoso; en otros términos, la curiosidad puede provenir de la historia misma o del tratamiento que el autor realice de esta:

No necesariamente se trata de buscar que sea el hombre el que muerda al perro, como propuso el periodista Charles Danah. También los ríos que no se desbordan, los choferes de bus que no se vuelan los semáforos, la gente que llega puntual a las citas, los políticos que no se roban ni un centavo y los partos normales, pueden ser excelente materia prima para un buen cronista. Simplemente, hay que saber aprovechar lo que cada uno ofrece, captando su esencia y narrando con fuerza y con encanto. Pero sin duda lo curioso funciona como un valor agregado (Salcedo Ramos, 2011, pág. 5).

Así, en palabras de este periodista, la “curiosidad” es un valor que el cronista sabe explotar en su obra, ya sea por la historia “peculiar” o por el tratamiento de la misma. De modo que la historia debe cumplir con los criterios antes mencionados para lograr el efecto de

“engancha” al lector, y al mismo tiempo lograr su identificación con el protagonista o el contexto descrito.

Es en esta identificación donde Salcedo busca generar en el lector las emociones. Como el mismo autor señala en sus principios para escribir una crónica con rostro humano: “Procura que haya espacio para las emociones” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 5). Lo anterior es, sin duda, uno de los recursos más persuasivos de los que echa mano en sus crónicas, pues apela al sentimiento de los lectores una vez que los tiene “enganchados”.

Ahora, conviene resaltar que su sólido trabajo narrativo permite a este cronista llevar más lejos la simple información codificada con datos y cifras, a fin de despertar emociones en el lector. En sus parámetros la crónica permite que esa información sea modelada de otra manera por el escritor; es la forma en que Salcedo le imprime a esta información un sello figurativo, vinculado a una reacción emocional del lector: “Un buen cronista sabe que las cifras más contundentes pueden resultar inocuas si no hay un rostro que las haga más humanas. Sin el ánimo de volverse melodramático, no hay que olvidar que escribimos para seres que tienen sentimientos” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 5). Evidentemente, a la vez mantiene un grado de distanciamiento frente al posible abuso de este recurso expresivo y se mantiene atento a la factura del “sentimentalismo”, pues muchas veces este es inocuo y no da paso al enfoque objetivo que exige un lector crítico.

Con frecuencia Salcedo piensa en el efecto que desea provocar en el lector, y eso rige su estilo. Al decir que escribe para “seres que tienen sentimientos” no deja de lado que el factor afectivo es relevante hasta donde la historia lo permita. Si bien aspectos como el tono y el ritmo juegan un papel fundamental en su obra, son el enfoque y el tratamiento de la información los que dan estructura a sus crónicas y dictan el curso de estas.

Un ejemplo de ese manejo de la historia se presenta en la crónica *El último gol de Darío Silva*, donde expone la vida del jugador uruguayo Darío Silva antes y después del fútbol. Nacido en 1972, el futbolista destacó en equipos de su país, como el Defensor Sporting y el Peñarol (donde fue campeón en 1994 y 1995), la selección uruguaya y los equipos españoles Málaga y Sevilla. Lamentablemente, en 2006 Silva sufrió un accidente automovilístico que le costó la amputación parcial de una pierna, lo que lo obligó a retirarse del fútbol.

De entrada, lo que podría percibirse como la peor tragedia que un futbolista puede enfrentar, Salcedo lo maneja de una forma que no apela al sentimentalismo. Sin duda, existía la posibilidad de que explorara la frustración del protagonista o se deleitara en la descripción del accidente y sus funestas consecuencias, para mostrar al exjugador como un discapacitado. Por el contrario, Salcedo presenta a un Silva cómodo con su prótesis: “Silva me muestra el pie derecho. Dice que desde el primer momento se sintió cómodo con la prótesis, sin duda porque fue amputado por debajo de la rodilla, así que conservó la flexibilidad” (Salcedo Ramos, 2015, pág. 94). Además de destacar que todavía mantiene su habilidad para el manejo del balón: “Si hay algo que me ha impresionado en los cuatro días que he pasado con Silva es su procacidad. También, la habilidad de su pie artificial” (Salcedo Ramos, 2015, págs. 92-93). De este modo el cronista colombiano muestra un retrato distinto de los antes hechos al futbolista, enfocados en su accidente y la consecuente pérdida de su pie.

Lo anterior ejemplifica aspectos importantes de los criterios de la historia manejados por Salcedo. De entrada, el enfoque es novedoso al no repetir las fórmulas ya aplicadas; por otro lado, el conflicto del personaje se centra en sobrellevar la situación que lo apremia: ser un futbolista con una carrera trunca, pues vive con esa sombra. La identificación es conseguida por el autor a partir de presentar el contexto del personaje, quien vive en una finca, como lo hacía de niño, por lo que su humanización radica en que ya no es un astro del fútbol, un entusiasta de los excesos como los habidos en su carrera deportiva:

Luego vuelve a hablar de su ética de trabajo como futbolista. Antes de hacer juicios hay que analizar muchas cosas, dice. Por ejemplo, él se mantuvo juicioso cuando jugó en el Cagliari, y sin embargo, solo marcó veinte veces en los cuatro años que duró el ciclo. En el Málaga, a pesar de que volvió a las juergas, duplicó sus goles. A él la disciplina excesiva le reseca el alma, advierte. Por eso rendía más cuando disfrutaba la noche, así durmiera poco. Nada lo motiva más que amanecer entre los brazos de una mina. Eso es como reabastecerse de energía: le dan ganas de entrar a la cancha silbando y jugar cinco partidos seguidos (Salcedo Ramos, 2015, pág. 94).

Actualmente la vida de Silva dejó de tener esa aura de excentricidad que tenía en sus días de gloria. Se convirtió en un ser humano corriente, y sus hazañas se encuentran en el pasado. La nostalgia por los años de triunfo es la emoción que emana a lo largo de la crónica.

En definitiva, el estilo de crónica que propone Salcedo busca enfatizar el lado humano tanto de los personajes como de sus contextos, a fin de despertar emociones en el lector, a quien siempre tiene en mente cuando escribe una crónica. Al desarrollarla, busca provocar un efecto

de identificación, pues, como él mismo menciona, todos los seres humanos tienen emociones. Del mismo modo, su enfoque novedoso atrapa en la lectura, demostrando así las posibilidades discursivas de este género periodístico.

b) La crónica por escenas

Para el escritor colombiano, la característica fundamental de la labor del cronista radica en que: “[...] narra con tal nivel de detalles que los lectores pueden imaginar y reconstruir en su mente lo que sucedió” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 2). Lo anterior lo consigue a través de varios recursos retóricos y narrativos; sin embargo, el autor destaca el uso de la *escena* como una forma en la que el lector puede recrear los acontecimientos descritos.

En su texto *Apuntes sobre el manejo de la escena*, Salcedo recupera este término de la teoría dramática clásica⁶⁵, pero en este caso aplicado a discursos contemporáneos, como el del cine o la crónica: “La dramaturgia es una forma de la literatura y del cine —aplicable también a los géneros narrativos del periodismo— que enfoca las acciones de los personajes en un tiempo y un espacio determinados” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 2). Como hemos visto, las crónicas del autor que nos ocupa tienen una materia prima (la historia real y perfectamente verificable), y es en el manejo de esos datos primarios donde echa mano de la dramaturgia, cuando así lo demande la historia, para lograr reconstruir —a partir del discurso— los acontecimientos en la mente del lector.

La dramaturgia se encuentra relacionada con la recreación, o imitación, de acontecimientos a partir de una estructura dramática relacionada con lo teatral; sin embargo, esto es solo una parte del estilo de Salcedo, quien además considera el contexto y los testimonios de los personajes. Ahora bien, conviene precisar que a partir de la dramaturgia el autor colombiano

⁶⁵ Salcedo no se refiere al género dramático completo, relacionado con el teatro y sus géneros, sino a una parte del mismo. Recupera la definición que hace Aristóteles de *drama* —que en otras traducciones aparece como *trama* o *acción*—, muy vinculada a la composición del texto dramático. Dicha concepción se fue construyendo a lo largo de mucho tiempo por pensadores como Boileau, Lessing, Marx y Hegel. Este último aludía a “[...] la plasmación de un movimiento total; es decir, una elaboración de un proceso vital, que queda concentrado en un núcleo vital llamado *drama*. A este concepto, Aristóteles le dio significado de acción y Hegel lo interpreta y amplía, definiéndolo como una consolidación de fuerzas que representan los afanes humanos, por un lado, y las circunstancias histórico-sociales por el otro. Así, podríamos decir que el drama es un fenómeno social complejo que incide individual y socialmente, pues el hombre es un ser social; pero también es un individuo” (Alatorre, 1986, pág. 14).

destaca a la escena: “La expresión mínima de la dramaturgia es la escena. La escena es una estructura narrativa compuesta por una unidad de tiempo, acción y lugar” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3). En contraste, de acuerdo con Pavis, la escena, en términos teatrales, se entiende de la manera siguiente: “El término escena, al igual que *theatron*, a través de la historia experimenta una constante amplificación de sentido: la decoración, luego la zona de representación, más tarde el lugar de la acción, el segmento temporal en el acto y finalmente el sentido metafórico de acontecimiento violento (‘hacerle una escena a alguien’)” (Pavis, 1984, pág. 151).

La definición de escena propuesta por el cronista fusiona el rigor periodístico con una propuesta estilística, pues el tiempo, la acción y el lugar se encuentran delimitados por la historia, es decir, por los datos duros verificables; este rigor hace de una crónica un texto periodístico. Considerando lo anterior, y ante la inminente amenaza de inexactitud, pecado capital de cualquier texto periodístico, Salcedo lanza una advertencia: “El recurso de las escenas es atinado cuando se ha sido testigo de las situaciones, cuando las acciones han ocurrido frente a nuestros ojos. Cuando no hemos sido testigos directos, puede resultar más conveniente apelar a los testimonios de los personajes” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 5). De esta manera el autor contempla la probable falta de rigor, derivada de un sentimiento de creación; como bien menciona, no se pueden sustituir los hechos con un mero ejercicio retórico. A partir de considerar esto, se sostiene el papel de autenticación de los testimonios de los protagonistas, que consiguen provocar en el lector la sensación ver lo que ellos vivieron; no obstante, esos testimonios requieren otro tratamiento, el cual será abordado más adelante.

Como se ha visto, para Alberto Salcedo Ramos el tiempo, las acciones, los lugares y el punto de vista —tanto del autor de la crónica como del protagonista de la misma— construyen las escenas. Lo anterior plantea, en parte, la forma en que el periodista colombiano maneja la información obtenida de la investigación previa (documentación, entrevistas, cuestionarios), dándole un enfoque más estético y persuasivo; es decir, comienza la estructuración del discurso cronístico a partir de su personal estilo. Solo resta revisar cómo entiende estos importantes conceptos.

Tiempo

En su origen, las crónicas tenían como rasgo definitorio la cronología de los hechos, pues eran informes o bitácoras de viaje. Sin embargo, el género ha ido evolucionando para permitir un manejo de la temporalidad en su escritura, mas no falsear el orden de los hechos. Así, considerando que en el periodismo la realidad puede fragmentarse en hechos, en la crónica estos pueden presentarse en una secuencia distinta, siempre dejando en claro su cronología.

El tiempo en la obra de Salcedo se estructura a partir de dos concepciones: el tiempo de la crónica o discurso y el tiempo de la escena. Ambos están presentes, pero en este caso se trata de un manejo temporal que responde a las necesidades narrativas de la historia. Señala el propio autor que el primero se refiere al manejo de los acontecimientos descritos; en otras palabras, al orden en que esos hechos son contados, pues responden a una historia verídica. Aunque esto tampoco es una limitante para abordarlo de forma creativa: “El manejo del tiempo no necesariamente debe ser lineal. El cronista tiene licencia para comenzar por la parte de la historia que estime más conveniente para sus necesidades narrativas” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 2). Del mismo modo, Salcedo señala que, por tratarse de un género periodístico, debe quedar claro el orden cronológico de los hechos: “En todo caso, aunque los acontecimientos no se narren en el mismo orden en que se presentaron, al lector le debe quedar claro qué fue primero y qué fue después” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 2). Lo anterior muestra la versatilidad de este periodista.

En cuanto a la noción de tiempo relacionada con la escena que refiere Salcedo, cabe destacar lo antes dicho por él: se trata de una unidad indivisible entre tiempo, espacio y acciones. Es decir, dentro de una crónica pueden coexistir varias escenas, incluso pueden presentarse de forma no lineal, pero al interior de la escena el tiempo debe ser cronológico. Así lo apunta en sus propuestas para escribir una crónica: “Toda escena contiene un tiempo (lo que dura)” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3). De este modo, el tiempo en la escena es fundamental para poder mostrar, a los ojos del lector, los acontecimientos tal cual sucedieron, a fin de lograr ese grado de intimidad deseado con el receptor de dicho discurso.

Por otro lado, reproducir en una escena los momentos de un hecho no significa que Salcedo realice una descripción hiperrealista de este, sino más bien de reproducirlo en su esencia, dejando de lado aspectos que puedan entorpecer el desarrollo de la misma:

Es posible que todas las acciones que un ser humano cualquiera realiza en su tiempo real, sean importantes para él. Pero no todas lo son dentro de la crónica que escribamos nosotros. El cronista puede saltarse el momento en que el personaje se cepilló los dientes e hizo la maleta, siempre y cuando considere que esas dos actividades no le aportan nada a su relato (Salcedo Ramos, 2011, pág. 3).

Con lo anterior se destaca que, además de la imposibilidad de reproducir un acontecimiento en toda su extensión, esto sería contraproducente para lograr un efecto en el lector. Sin duda, en la obra del escritor colombiano resulta esencial provocar un impacto en el lector, por lo que, en pos de una efectividad, el cronista busca ser selectivo al momento de contar las acciones dentro de una escena, intensificando las que sean más significativas.

Salcedo no trata de engañar al lector cuando entrega información seleccionada o en algún caso incompleta: lo que busca es desarrollar una historia con una economía de recursos suficiente para producir un efecto en el lector, sin perder de vista la información que desea transmitir. El cronista se vuelve entonces más pintor que fotógrafo:

La crónica no será jamás la tierra prometida de los notarios que simplemente se limitan a dar fe. Tal vez porque, como advierte Martín Vivaldi, “no es la cámara fotográfica que reproduce un paisaje sino el pincel del pintor que interpreta la naturaleza, prestándole un acusado matiz subjetivo” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 3).

Es así como el autor plantea la importancia del manejo temporal en la escena, puesto que una escena demasiado larga corre el riesgo de volverse tediosa y cansada para la lectura. Para esto, Salcedo recupera la importancia de la “inmersión” en las historias, con el propósito de lograr reproducir los hechos lo mejor posible, y de paso, saber seleccionar las acciones por relatar: “Para contar con escenas es clave la inmersión, pues es lo que permite estar frente al objeto de nuestra investigación el tiempo indispensable para que las acciones ocurran frente a nuestros ojos” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 9). De esta manera el periodista colombiano destaca la importancia de una buena investigación, así como de un acercamiento a profundidad en la historia, ya que es a partir de un conocimiento completo de los hechos como se estructura una buena escena.

Por último, el tiempo en la escena se encuentra estrechamente ligado a las acciones y al lugar. Derivado de esto, una escena, como unidad discursiva, responde a su propia naturaleza y sirve de enlace con el lector para darle una noción temporal de lo descrito, simultáneamente, ya que el tiempo de la narración y el del lector se conjuntan. De allí la importancia del tiempo dentro de la escena, aunque no se puede hablar de esta sin considerar otro de sus aspectos fundamentales: las acciones.

Acciones

Dentro de esta triada que conforma la escena, resulta esencial abordar las acciones, ya que “Toda escena contiene una acción (lo que pasa)” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3). Esta definición luce simplista de entrada, pero las acciones son fundamentales para entender la propuesta de Salcedo. La importancia de las acciones radica en que son estas las que dan sentido a la escena; es decir, a partir de ellas es que sucede algo a los ojos del lector. Si como dice este periodista: “Toda escena tiene un ritmo propio, que es lento o rápido” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3), esto se debe a lo que acontece en la misma, y de acuerdo con lo ocurrido se da la sensación de movimiento en la crónica: “Hay un ritmo interior que debe estar a tono con la historia, pero teniendo en cuenta que el éxito de los buenos relatos es que tengan acciones que avancen” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3). Como se puede notar, en las crónicas del autor que nos ocupa son de gran relevancia las acciones, ya que mucho de la valía de la crónica se encuentra en saber contar una buena historia a partir de las acciones de los protagonistas.

Ahora bien, para entender mejor cómo suceden las acciones en las escenas de la obra del escritor colombiano, se debe recurrir a una analogía propuesta por el mismo autor: las acciones son equivalentes a los verbos. Sin duda, esto luce más relacionado con la lingüística, en la medida en que está vinculado con los problemas que el lenguaje plantea como medio de relación social, así que el propio cronista detalla al respecto:

Lo que hace que ocurran los hechos son los verbos, es decir, las acciones. Por tanto, el sentido de la escena debe estar relacionado con ese criterio: no es la escena como decorado, como adorno, sino como elemento vivo que determina el curso de los acontecimientos (Salcedo Ramos, s.f., pág. 7).

Como se apunta, la importancia de los verbos radica en que dan curso a la historia, esto es, los hechos descritos van adquiriendo dirección, y del mismo modo los personajes van adquiriendo personalidad, con lo cual se construye la historia a plenitud.

Lo anterior encauzado a generar una historia y no un mero conjunto de retórica. Esto, que es fundamental en el periodismo, no se presenta en géneros discursivos como la poesía, donde el escritor se puede regodear en el paisaje y las descripciones, así como en el fluir psíquico de los personajes. Nos encontramos entonces con otro término que relaciona el quehacer cronístico de Salcedo con el teatro, es decir, la trama:

Ojo: en una historia debe haber una trama. De nada sirve amontonar una secuencia de frases bellas si no hay acciones que hagan avanzar el argumento. Pulitzer les decía a los reporteros: “a mí denme los verbos, que yo veré si les pongo adjetivos” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 7).

Esta cita puntualiza la valía de la trama, la cual se construye a partir de las acciones de los personajes. Quizá sea este un aspecto fundamental, no solo en la construcción de la escena, sino de la crónica misma.

De allí que, para la creación de la escena en las crónicas de Alberto Salcedo Ramos, la función de las acciones sea medular, puesto que una escena donde no pasa algo, donde no ocurre ninguna acción, simplemente no es una escena; asimismo, una crónica donde no haya acciones tampoco sería considerada como tal. Ahora bien, igual que ocurre con el tiempo en la escena, en la obra del escritor colombiano resulta fundamental una selección de las acciones por contar, ya que no se pueden reproducir todos los detalles del comportamiento del personaje, pues la escena es fundamental en el efecto que la crónica logre en el lector; es decir, una escena es crucial, y más si lo que se está describiendo es una decisión o acción de un personaje que dará cauce a su posterior evolución dentro de la historia.

Lugar

Para finalizar, abordaremos el aspecto del lugar o espacio. En la escena, el tiempo y las acciones suceden en determinado lugar; este es fundamental en la contextualización de las crónicas de Salcedo, ya que es allí, en sus condiciones y características, donde se ve al personaje moverse, siendo así como se puede establecer un punto de referencia para el lector. El lugar debe ser, al igual que el tiempo y las acciones, verificable, de otra manera pierde

todo matiz periodístico. En la literatura ficcional existen lugares memorables como Macondo o Comala, los cuales fueron creados para las necesidades narrativas de los escritores García Márquez y Juan Rulfo, además de estar inspirados en lugares que conocieron o de los cuales tuvieron referencia. En el caso de Salcedo, este autor no se puede dar el lujo de inventar un lugar, sino de aprovechar las posibilidades que el escenario dado por la historia le otorga.

Para el periodista colombiano: “Toda escena contiene un espacio (el lugar en el que ocurre)” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3). Sin embargo, esta afirmación es muy general, por lo que, para profundizar, resulta mejor hablar de Contexto, entendido como el conjunto de elementos que componen un entorno o, en otros términos, serían la escenografía del lugar. Así, Salcedo realiza el tratamiento de una escena a partir de su composición, acomodando sus distintos elementos con la finalidad de que cada uno de ellos abone a la significación de la escena.

Ahora bien, para establecer un símil de cómo Salcedo Ramos emplea el recurso del lugar en sus crónicas, habría que recurrir al de la Composición. Él mismo lo señala:

Si miramos la escena desde el punto de vista cinematográfico, tenemos que hablar de una “composición”: son los elementos que componen la escena, los que aparecen en el encuadre. Esa composición no sólo debe ser estética sino también funcional: no es el entorno como adorno sino como parte de la vida, de las cosas que ocurren. Si hay un jarrón no es sólo porque se ve bonito, sino porque está relacionado con lo que yo hago como personaje (Salcedo Ramos, s.f., pág. 3).

En ese orden de ideas, este autor elabora los espacios a partir de las necesidades dramáticas que requiera la escena descrita, ya que para él es fundamental dar un contexto al personaje, y a las acciones, a fin de poder acercarse al lector. Como se puede notar, este último siempre está presente en la mente del cronista, puesto que todos los elementos que acomoda en las escenas tienen una función descriptiva, y al mismo tiempo, la de mostrar el entorno y las características de los personajes.

Por otra parte, en la obra de Salcedo la escena tiene la función de poner ante los ojos del lector lo que sucedió en un espacio y tiempo diferentes del suyo, para lo cual es de suma importancia que el cronista haya estado presente en el momento de los hechos, para así cumplir con la labor fundamental de la crónica dentro de su naturaleza periodística, informar. En este sentido, la crónica en general, y la escena en particular, buscan crear una

representación de una realidad específica⁶⁶, ya que el periodismo selecciona, sintetiza y analiza la realidad misma. Por lo que resulta medular que la información, así sea bajo un tratamiento estético como en el caso de la escena, cumpla con el requisito de veracidad y comprobabilidad correspondientes.

Ante el posible dilema de ¿qué hacer en caso de que la información, o la anécdota, sean fundamentales para la crónica, pero el cronista no estuvo presente para corroborarlo?, el autor propone usar otro recurso dramático: la escenificación.

El concepto de “escenificación” procede de la literatura inglesa. Consiste en presentar los hechos ante el lector como si él los estuviera viendo con sus propios ojos. Dicho concepto está apoyado en la escena de las tragedias, donde los personajes, por medio de sus palabras y sus gestos, representan en el escenario una acción (Salcedo Ramos, s.f., pág. 4).

De lo anterior destacan varios factores importantes. De entrada, como puede advertirse, la escenificación se encuentra relacionada con el testimonio, fundamental en el periodismo. Siguiendo una línea muy emparentada con cronistas renombrados como Juan Villoro, en la obra de Salcedo el testimonio funciona como un préstamo de la voz, la historia y el contexto de la historia. Ahora bien, este tipo de escena tiene que ver con el personaje, el cual, a partir de las palabras y los gestos que emite, recrea los acontecimientos que vivió.

Así, en su obra el periodista colombiano pone énfasis en la descripción de la escena cuando asume el papel de testigo o protagonista, pero cuando se trata de un testimonio hace hincapié en el contexto donde se produce el encuentro entre el cronista y el protagonista, tratando de recrear, de la mejor forma, todos los gestos, acciones y circunstancias que rodean al testimonio, sin perder de vista lo que se le cuenta a través de este. Entonces, se puede hablar de una *metaescena*, o una escena dentro de otra, la cual debe funcionar de la misma manera que si se tratara de una escena directa.

En este sentido, como se señaló, la importancia de la escena radica en que es un recurso persuasivo importante para que un cronista como Salcedo pueda poner “ante los ojos del lector” un acontecimiento ajeno, y de este modo acercar al receptor a un nivel de lectura más profundo y empático. Así, Salcedo Ramos establece una diferencia entre narrar desde una perspectiva de cronista y la escenificación, o la escena: “Cuando simplemente se narra, se

⁶⁶ Lo mismo que ocurre, por ejemplo, con la noticia en cuanto género periodístico.

oye la voz del narrador. Cuando además se escenifica, se oye la voz del personaje y también se los ve actuando en un lugar determinado. La escena da a los hechos descritos un carácter único, representativo, decisivo (Salcedo Ramos, s.f., pág. 4). A partir de estos elementos la escena adquiere un valor fundamental en el impacto que el cronista tiene en sus lectores, pues estos asisten, en cierta medida, al hecho contado, lo viven como si estuvieran allí. Lo que genera empatía hacia lo descrito, misma que tiene un particular impacto en los textos cuyo tema central es la violencia, pues humaniza y les da rostro a testimonios y contextos violentos, más allá de las cifras oficiales. En suma, siguiendo posturas como la del cronista norteamericano Mark Kramer, este periodista desarrolla sus crónicas a partir de las reacciones del lector.

Para finalizar, el escritor colombiano señala que la importancia de la escena radica en perfilar a los personajes: “Narrar a través de escenas es una manera de hacer visibles a los personajes. De acercarlos a los lectores” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 4). Con esta afirmación destaca el valor de humanizar a los personajes, de buscar vincularlos con los lectores. La escena tiene su valor en que su función primordial es la de recrear los hechos o los contextos de los protagonistas, hacerlos vívidos para que los lectores los perciban de la misma forma en que el protagonista los vivió.

c) Sobre el protagonista: del tratamiento del conflicto y el manejo de su testimonio

En las crónicas de Alberto Salcedo Ramos el binomio personaje-escena es una parte medular de su estilo. Este “préstamo de voz” —como lo denomina Villoro— del personaje al construir una escena a partir de un testimonio, así como la función de la escena para describir al personaje, se encuentran enraizados en las crónicas del periodista colombiano. Para Salcedo, una de las funciones de la escena es la de presentar al personaje, humanizarlo al exponerlo en sus acciones y en su contexto.

Un ejemplo de lo anterior fue presentado por el autor en la conferencia *Periodismo Narrativo: escribir por escenas*, llevada a cabo en la facultad de Comunicación y Diseño

(Universidad ORT, Uruguay), el 4 de septiembre de 2018⁶⁷. En su disertación Salcedo partió de un fragmento de un discurso del autoritario Hugo Chávez donde describe una vez que tuvo diarrea⁶⁸. Destaca la forma en la que Chávez cuenta lo sucedido en mitad de un acto oficial, y concluye señalando que este incidente, a pesar de que se trata de un personaje en muchos aspectos detestable por sus acciones políticas y sociales, humaniza a Chávez, pues este bochornoso hecho le puede pasar a cualquiera.

En este punto destacaremos que el autor colombiano le da un particular énfasis al protagonista en sus crónicas. En gran parte de su trabajo, el personaje es el elemento donde descansa buena parte de la esencia de la historia. Para el periodista colombiano, el personaje es lo que mueve a la historia a partir de sus acciones: “Las historias son lo que le pasa (argumento) a alguien (personaje/s) en un momento y en un espacio concretos (tiempo y espacio)” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 8). Con base en estas consideraciones, este periodista presta especial atención a la manera en que aborda al personaje o protagonista.

Refiere Salcedo que esta forma de abordar al personaje es el enfoque, vinculado con la intencionalidad o el efecto que busca provocar en el lector:

El enfoque hace referencia a la ruta que vas a tomar para conducir al lector. Tu criterio y tu olfato deben indicarte qué rasgos o qué elementos resultan más atractivos para la gente. Con frecuencia hay que elegir un elemento novedoso que llame la atención y sirva como gancho para el resto de la historia (Salcedo Ramos, 2011, pág. 13).

Como menciona, el enfoque tiene una característica importante: debe ser novedoso. Lo último no es un mero azar o una singularidad ajena al propósito, sino que en esta cualidad del enfoque radica gran parte de su intención de volver la historia más “humana”.

Por consiguiente, el enfoque que se le otorga al personaje es fundamental para el impacto logrado en el lector. En uno de los talleres donde Salcedo aborda el tema de su quehacer cronístico, destaca: “Hay que procurar, en lo posible, elegir ángulos inexplorados y que te permitan mayor proximidad humana con los elementos de tu historia”. (Salcedo Ramos, 2011, pág. 15). Sin duda, al referirse a un enfoque novedoso del personaje, alude a que un

⁶⁷ La conferencia completa se encuentra disponible en el enlace siguiente: https://www.youtube.com/watch?v=eke7si96tZg&list=PLEUK6M9RI_2eovLdW4LghEUNXdmHbV7VR&index=3&t=121s

⁶⁸ El video está disponible en el enlace siguiente: <https://www.youtube.com/watch?v=tmZ8GWfX6DQ>

cronista debe tener en cuenta generar interés en el lector, ya sea por identificación, curiosidad, o por partir de un hecho que no sea conocido.

Dado lo anterior, Salcedo propone tres tipos de personajes: los “famosos”, los “anónimos” y los “curiosos”. Es a partir de esta clasificación que se origina el enfoque para abordarlos. Indudablemente, Salcedo tiene una particular tendencia a retratar a los personajes anónimos, aunque también aborda a los famosos y a los curiosos. Esta tendencia la manifestó en el encuentro que sostuvo con Germán Santamaría, un cronista colombiano que ha destacado por sus aproximaciones a la violencia en Colombia y por la manera en la que plasma a los personajes, tanto víctimas como victimarios. En dicha entrevista, que Salcedo utiliza en sus talleres de crónica, se lee lo siguiente:

A.S.: Parece que no tuviéramos interés por los anónimos normales sino por aquellos cuya vida puede ser una curiosidad de feria. Aquellos que, por ejemplo, tienen 13 mujeres, o que han sobrevivido a 19 atentados, o que se rellenan la barriga de trapos para simular un embarazo...

G.S.: Eso es verdad. Se impone un cierto sentido de la vida como espectáculo. Seguimos buscando que sea el hombre el que muerda al perro. Yo quiero insistir en que a los pocos cronistas que quedan en los periódicos, los está matando la falta de espacio (Salcedo Ramos, 2011, pág. 27).

Salcedo defiende a los personajes anónimos porque también tienen algo que ofrecer a los lectores, sobre todo en términos de identificación. Los personajes anónimos son los más cercanos a los lectores, debido a que se encuentran inmiscuidos en una realidad familiar para quien lee la crónica. Su nombre lo dice: son anónimos, y cualquiera puede ser o pudo haber sido, incluso el lector.

Ante esta inclinación de los periódicos, y otros medios de comunicación masiva, por los personajes curiosos o famosos, Salcedo apuesta por el talento del cronista para contar una historia:

No necesariamente se trata de buscar que sea el hombre el que muerda al perro, como propuso el periodista Charles Danah. También los ríos que no se desbordan, los choferes de bus que no se vuelan los semáforos, la gente que llega puntual a las citas, los políticos que no se roban ni un centavo y los partos normales, pueden ser excelente materia prima para un buen cronista. Simplemente, hay que saber aprovechar lo que cada uno ofrece, captando su esencia y narrando con fuerza y con encanto (Salcedo Ramos, 2011, pág. 5).

Desde esa perspectiva, los personajes que se pueden catalogar como “normales” también tienen un impacto en los lectores, pues, dentro de su normalidad, se encuentran en un sitio mucho más cercano a estos.

Para Salcedo, lo importante no es tanto la historia estrafalaria, sino el contexto y el actuar del personaje. En otras palabras, este autor se adentra en su circunstancia, en sus acciones y actitudes, a fin de establecer un modo más profundo y complejo de entender la información: “El oficio del cronista colombiano consiste en poner en segundo plano el hecho noticioso y husmear, en las historias particulares de los derrotados, temas más generales” (Mena Mena, 2018, pág. 18). Como señala Mena Mena, se trata de ir más allá de la información, y prácticamente inmiscuirse en la intimidad y el entorno social en el que se mueve el personaje.

En lo que respecta a los personajes famosos, Salcedo tiene un enfoque novedoso para él, el valor de la crónica sobre ese tipo de personajes es presentarlos desde una perspectiva diferente, de la que nadie ha hablado; piensa que esto es lo que los vuelve atractivos para los lectores: “Describir a gente famosa en espacios diferentes de los que se le conocen, tiene un encanto evidente. Por ejemplo, si tu personaje es una monja a la que le gusta el fútbol, es muy posible que te convenga enfocar más por el estadio que por el templo” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 14). De esta manera, Salcedo destaca que el hecho de abordar personajes como el exfutbolista argentino Diego Armando Maradona⁶⁹ o el exciclista colombiano Emilio Cochise Rodríguez⁷⁰ precisa de un enfoque diferente, es decir, novedoso, el cual muchas

⁶⁹ Salcedo apunta: “Si tu personaje es Maradona, por ejemplo, algunos de los temas podrían ser los siguientes: la infancia pobre en el barrio Villa Fiorito, la primera pelota que pateó, los amigos de adolescencia, el equipo que se arriesgó a contratarlo cuando no era nadie, el campeonato mundial de 1986, anécdotas conmovedoras o divertidas, el gol que anotó con la mano, el golazo que hizo driblando jugadores desde la mitad de la cancha, los títulos con el Nápoles y su caída en las drogas, entre otros” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 12).

⁷⁰ Alberto Salcedo Ramos recupera una crónica de Gonzalo Arango para ejemplificar el enfoque novedoso de este personaje: “Por ejemplo, Gonzalo Arango, para presentarnos al ciclista “Cochise” Rodríguez y definirlo de una vez por todas como una persona de supuesto mal gusto, empieza mostrándonos el corazón de Jesús que hay en su casa, al que se refiere como ‘el más feo del mundo’. ¿Qué habría pasado si principia por la última etapa que ganó “Cochise”, o por el número de trofeos de su carrera ciclística? Sencillamente, le habría salido la misma historia convencional que publican casi todos los redactores deportivos. En cambio, al elegir ese detalle marcó de inmediato el destino de su relato, que no fue otro que explorar la psiquis y los modales del personaje, para arrimarnos a una versión suya que estaba inédita hasta entonces” (Salcedo Ramos, 2011, págs. 13-14).

veces tiene que ver justamente con el lado humano de la figura, casi siempre poco conocido por el lector.

Así, cuando parece que ya todo se ha dicho de Maradona, Salcedo recupera una crónica de Alicia Dujovne, una cronista argentina, que planteó su enfoque desde el pie izquierdo del famoso personaje:

Volvamos un momento a Maradona. Una periodista y escritora argentina, Alicia Dujovne, escribió un perfil extraordinario sobre él, en el cual hay un capítulo enfocado en el pie izquierdo del futbolista. Ella nos habla del pie cuando era niño y no tenía zapatos, del pie caminando por entre montones de guijarros, del pie pateando una pelota construida con calcetines, del pie como instrumento de la genialidad, del pie como sinónimo de lo zurdo, de lo torcido, de la caída del personaje. Como en el caso de “Cochise”, si la autora hubiera decidido hablar del mismo Maradona que conocemos todos, su narración habría sido menos atractiva (Salcedo Ramos, 2011, pág. 14).

En esta cita destaca lo que el periodista colombiano menciona al final: si Alicia Dujovne se hubiera centrado en lo que ya se sabe acerca de Maradona, su crónica resultaría menos atractiva. Este es el enfoque novedoso: abordar a los personajes desde ángulos diferentes y nuevos. Desde esa perspectiva, en el texto de Dujovne resalta el hecho de que la identificación de los potenciales lectores vendría de que, igual que ocurre con Maradona, ellos también tienen un pie izquierdo. Conviene enfatizar en este punto que el interés por los personajes famosos obedece a una demanda de los editores⁷¹, no de los lectores. Los medios muchas veces buscan llamar la atención al destacar aspectos privados de la vida de las celebridades, lo cual genera un problema, ya que varios de estos personajes buscan mantener, o construir, una imagen, lo que puede atentar contra la naturalidad de estos⁷². En cambio,

⁷¹ Salcedo plantea esta incertidumbre a German Santamarina: “A.S.: Cuando usted dice que los anónimos despiertan menos interés, ¿se refiere a los editores o a los lectores? / G.S.: Básicamente me refiero a los editores. A los lectores les atraen esos personajes, porque se sienten representados en ellos. El soldado desconocido que logra tomarse la foto con Ronaldo, puede ser hijo de la señora que vende los tintos en la tienda de la esquina (Salcedo Ramos, 2011, pág. 28). Esto es fundamental, pues Salcedo y Germán Santamaría, al ser escritores de crónicas, piensan en los lectores en forma diferente que los editores.

⁷² Germán Santamaría, ante los postulados de Salcedo Ramos, apunta: “El encanto es saber cómo lo lograron, que tuvieron que hacer para llegar adonde están y qué tal se la pasan allí [...] El famoso está más pendiente de su propia imagen. En este caso es conveniente recordar la teoría de Hemingway sobre el iceberg: lo que está por debajo es siempre superior a lo que sobresale en el agua. Mi reto es averiguarle al famoso lo que tiene por debajo de lo que todo el mundo ve, y saberlo contar. Y es en este punto donde surge el problema: la gente conocida es muy celosa en el manejo de su imagen pública. A veces es gente que no lleva una vida sino una estrategia. Usted, como cronista, quiere meterse en un terreno que, a él, como personaje, no le interesa en lo más mínimo. Usted tiene el discurso romántico de la historia bonita y bien contada. A él de pronto no le sirve lo que usted le propone, porque no le da poder, ni prestigio, ni dinero, ni le permite mantener el mito alrededor de su figura. A mí me parece que los famosos o poderosos son buenos temas en

para Salcedo y Santamaría “El personaje anónimo es manejable y desprevenido” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 28). Quizá los personajes famosos requieran otros enfoques cronísticos, a diferencia de los anónimos, portadores de una naturalidad innata.

Creación del personaje

La manera en la que Salcedo construye a sus personajes se basa en dos aspectos: acciones y actitudes. Las primeras proporcionan el germen de los caracteres, pues resulta prácticamente imposible trasladar los pensamientos del personaje a la crónica; mencionar estos especulando cuáles serían conduce al plano de la ficción, salvo que sea el propio personaje quien lo diga, lo que en todo caso sería un testimonio. Un cronista que suponga y exponga lo que sus personajes piensan cae en la peor de las traiciones al género: el rigor periodístico, es decir, los hechos verificables. Así, Salcedo hace énfasis en las acciones del personaje, ya que es a través de ellas como el personaje puede revelar su visión de las cosas⁷³. Las acciones son fundamentales para el desarrollo de una historia, sin acciones no hay movimiento y la historia no tiene motor: Puntualiza este autor: “Lo importante de las acciones es que ayuden a revelar al personaje y hagan avanzar las historias” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 9).

Esa es la importancia de las acciones, y también de las actitudes. Al personaje no se le puede mostrar en su totalidad, pues, a pesar de que Salcedo le da un tratamiento hasta cierto punto literario, entiende los límites del género en términos periodísticos. Para lograr establecer retratos profundos de los personajes, como ya se dijo, se adentra en su contexto, se sumerge en la realidad de ellos para recrearla en su crónica. Remarca que por eso es tan importante la forma de acercarse al personaje: hay que saber escucharlo⁷⁴, seguirlo⁷⁵, e incluso mimetizarse

la medida en que nos dejen pasar por la puerta, pero no siempre es posible” (Salcedo Ramos, 2011, págs. 28-29).

⁷³ Salcedo recupera a un grande de la literatura para ejemplificarlo: “Scott Fitzgerald decía: ‘la acción es el personaje’” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 8).

⁷⁴ Señala el periodista colombiano: “También es imprescindible saber escuchar. Estar pendientes de todo lo que los personajes dicen” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 9).

⁷⁵ Puntualiza Salcedo: “La realidad no es sólo lo que oigo sino también lo que veo. Y en ese sentido, es deseable acompañar a nuestros personajes en los espacios por los cuales se mueven, pues no en todas partes se comportan de la misma manera” (Salcedo Ramos, La crónica: el rostro humano de la noticia, 2011, pág. 11) (Salcedo Ramos, 2011, pág. 11).

con el entorno⁷⁶. Son las formas que exige un rigor periodístico, pero también plantean la posibilidad de desarrollar un retrato completo del personaje.

Finalmente, en la obra de Salcedo sobresale el uso de testimonios externos o indirectos, de personas que conocieron al personaje. Esta técnica de elaboración la aprendió del llamado Nuevo Periodismo, y lo señala citando a uno de sus mayores representantes:

El periodista Gay Talese se dio el lujo de escribir un memorable y extenso perfil de Frank Sinatra sin hablar con él ni una sola vez. ¿Cómo lo logró? Conversando con muchas otras fuentes, claro, pero también viendo actuar al personaje, mostrando sus acciones, recreando sus atmósferas (Salcedo Ramos, s.f., pág. 2).

Como puede advertirse, el autor le concede importancia no solo a lo que personaje dice, sino también a lo que los demás conocen o dicen de él:

No sólo el protagonista de tu historia tiene algo que contar. Muchas personas que le conocen y que le han visto actuar en diferentes etapas de su vida, pueden aportarte información valiosa que el personaje ha omitido, bien sea por olvido o por cualquier otra razón. (Salcedo Ramos, 2011, pág. 11).

Este recurso permite un acercamiento panorámico del cronista hacia los personajes, con anécdotas que enriquecen sus actitudes y su perfil.

Otra manera en la que Salcedo construye a sus personajes es a partir de los diálogos cuyo tratamiento dramático no le permite falsear la realidad. De este modo, el cronista colombiano propone las normas siguientes para recrear un diálogo:

- Naturales. Si son recitados o parecen propios de la escritura, no se logra ese objetivo.
- Creíbles. Fluidos.
- Reveladores de la personalidad. O de las características relevantes de los personajes. Ejemplo: un matón diciéndole a un empleado que elimine a alguien, o una de las frases de Mae West.
- Fieles, pero no necesariamente literales.
- Algunos teóricos dicen que los diálogos captan la atención de manera más efectiva que las demás formas narrativas (Salcedo Ramos, 2011, pág. 15).

En suma, a través de las palabras los personajes van mostrando sus propias cualidades, pero sin caer en la transcripción exacta, ya que eso va en contra del ritmo de la crónica.

⁷⁶En este sentido, escribe: “Pero también cuando tienes paciencia y, a fuerza de perseverar en la interacción con tus personajes, ya no te ven como el periodista sino como parte del paisaje” (Salcedo Ramos, 2011, pág. 10).

Por último, la importancia de la construcción del personaje radica en que le resulte verosímil al lector: “Como lector, me resulta más creíble ver al personaje de la historia organizando las pastillas dentro del botiquín que recibir simplemente la información de que es un tipo hipocondríaco” (Salcedo Ramos, s.f., pág. 2). En el ejemplo citado resulta claro que si un cronista anticipa con información definida tal o cual característica del personaje, pierde por completo todo atisbo de asombro, novedad o curiosidad. En las crónicas de Salcedo los personajes hablan por sí mismos, y los lectores conocen a estos como a cualquier persona en su vida diaria, a partir de sus acciones. De esta manera, el acercamiento hacia los personajes, así como una identificación con el lector, es un efectivo recurso persuasivo para alcanzar una representación convincente de los personajes en la crónica.

4.2 Análisis de las crónicas

4.2 1 La violencia en primera persona: un análisis de “La víctima del paseo”

La violencia es un fenómeno universal que afecta a gran parte de los seres humanos. Dadas sus características, puede estar presente en cualquier contexto social. Todas las personas, en cierta medida, sufren violencia en cualquiera de sus tres variantes: la cultural, la estructural y la directa. Uno de los rasgos más peculiares de esta última, y a la vez estremecedor, es que le puede pasar a cualquiera. Nadie está exento de ser una potencial víctima. Sin duda, la ausencia de acciones eficaces por parte de las instituciones de seguridad pública aumenta la posibilidad de ser agraviado por actos criminales. Asimismo, la desigualdad económica, así como el resentimiento social derivada de ella de manera directa, agudizan, en muchas ocasiones, el grado de violencia ejercida por parte de quienes optan por realizar actos criminales. Así, en diversas regiones de muchos países existen zonas controladas por distintos grupos criminales, capaces de imponer reglas que condicionan la movilidad y la libertad de los ciudadanos. Esto representa una forma de violencia, sin duda alguna.

En su crónica “La víctima del paseo”, Alberto Salcedo Ramos narra en primera persona y como experiencia personal un secuestro extorsivo, en su variante “temporalmente en medio

de transporte”⁷⁷. De este modo, desde el testimonio personal, el cronista colombiano ofrece una detallada descripción de los momentos de horror que sufrió con tal acontecimiento, aunque, como señala en el relato, lo ocurrido a él puede sucederle a cualquier persona. Esto significa que no es un hecho excepcional en ningún sentido. Por otro lado, resulta conveniente destacar que se trata de una de las narraciones de este autor con matices y variaciones notables de tono, ya que intercala algunos pasajes humorísticos y elaborados a distancia para darle la vuelta al acontecimiento atroz, pues, si lo relatara de manera directa, la crudeza del drama le resultaría evidente, incluso insoportable. Esto lo puede hacer debido a que es el propio protagonista de la historia, lo que le permite o faculta para contar con una autoridad moral de manejo del relato en las lindes del periodismo.

Esta crónica apareció por primera vez en el libro *Ciudadanías del miedo*, coordinado por Susana Rotker⁷⁸, en el año 2000. Aunque el relato cobró relieve realmente cinco años después, al ser publicado el 1 de agosto de 2005 en la revista *Letralia* (número 127, año X), en Cagua, Venezuela⁷⁹. De acuerdo con Ana María Chehin, esta crónica, junto con otras del autor colombiano, buscan representar a Bogotá como una sociedad fragmentada en el terreno social:

Alberto Salcedo Ramos representa a Bogotá como una ciudad fragmentada, cuyo régimen territorial expone el mecanismo urbano de la división social. Los sujetos habitan una “ciudad minada “por la violencia, la muerte el dolor del cuerpo. La serie de crónicas "Cita a ciegas con la muerte" (2007), "Perravida y perra muerte" (2008) y "La fila del Hospital Messein" (2013), "La víctima del paseo" (2001) y "Seguimiento a unos dedos amputados" (2007) me permite pensar el modo en que esta ciudad se configura en la escritura (Chehin, 2018, pág. 67).

Desde esta perspectiva, la violencia representada en esta crónica tiene la finalidad de mostrar, entre otros factores, la descomposición social de Colombia. No se trata de una violencia

⁷⁷ El Código Penal colombiano señala en su artículo 169 lo siguiente: “Artículo 169. Secuestro extorsivo: ‘El que arrebate, sustraiga, retenga u oculte a una persona, con el propósito de exigir por su libertad un provecho o cualquier utilidad, o para que se haga u omita algo, o con fines publicitarios o de carácter político, incurrirá en prisión de trescientos veinte (320) a quinientos cuatro (504) meses y multa de dos mil seiscientos sesenta y seis punto sesenta y seis (2.666.66) a seis mil (6.000) salarios mínimos legales mensuales vigentes./ Igual pena se aplicará cuando la conducta se realice temporalmente en medio de transporte con el propósito de obtener provecho económico bajo amenaza’”.

Cfr. https://leyes.co/codigo_penal/169.htm

⁷⁸ Rotker, Susana (coord.), *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad, Buenos Aires. 2000.

⁷⁹ Es una revista literaria fundada en Cagua, Venezuela creada para la difusión de la literatura de habla hispana. El texto sólo se encuentra disponible en <https://letralia.com/127/articulo05.htm>. Todas las citas utilizadas en el presente documento provienen de esta edición.

suscitada en las zonas rurales y periféricas como El Salado, sino de una muestra de que la violencia también campea en las ciudades.

Si bien no hay un dato preciso de la fecha en que sucedió el incidente descrito en esta crónica, se puede intuir que pasó en la Colombia de inicios del nuevo siglo. Una Colombia que se encontraba en pleno proceso de “pacificación”, concebido como el combate sin cuartel a la guerrilla elaborado e implementado por el presidente Álvaro Uribe⁸⁰. A pesar de ser un país con varios recursos naturales, ha sufrido varias crisis económicas, y la violencia se ha recrudecido en el sector del robo y el secuestro. Es en este contexto donde surge una historia como la de “La víctima del paseo”.

La crónica que nos presenta el autor es un retrato crudo de una forma de violencia que afecta a los colombianos que habitan las urbes. Ante la pobreza económica, una de las respuestas constantes son los ataques delictivos a la población. No obstante, esto no disminuye el nivel de agresividad por parte de los que Salcedo Ramos llama “canallas”. Al narrar su historia, contada de manera bastante anecdótica, el autor expone varios niveles en los que la violencia se desarrolla, así como la dinámica mediante la cual se lleva a cabo.

El terror en primera persona

La crónica de Salcedo Ramos tiene el carácter de anécdota o caso personal. Cuenta que, luego de abordar un taxi en el centro de Bogotá, es víctima de un secuestro temporal, el cual le provoca suma angustia por la forma en que los secuestradores manejan la situación. El escritor colombiano asume el control del relato a través de la voz y la focalización como protagonista, y al reconstruir el acontecimiento maneja las otras voces, las de sus agresores, a partir de escenificaciones que recrean el momento del llamado en México secuestro *exprés*. Es de destacar que el cronista se desenvuelve, de manera discursiva, desde dos actitudes situadas en un proceso que dejan ver también posiciones narrativas:

⁸⁰ Este proceso se fundó en el acuerdo entre las Autodefensas Unidas de Colombia y el Estado colombiano. Su duración fue de 2002 a 2016, durante las presidencias de Álvaro Uribe Vélez (2002-2010) y de Juan Manuel Santos (2010-2018), quien cambió radicalmente su postura beligerante por la de conciliación política, lo cual condujo finalmente a un acuerdo de paz.

1. *Salcedo protagonista*. Es el protagonista de la crónica. El cronista se desdobra como personaje o protagonista de su relato. Al tratarse de una anécdota personal, no requiere investigación previa, sino la recreación, a partir del discurso cronístico, de las sensaciones, la reacción y las emociones del acontecimiento. Se trata de un Salcedo Ramos ingenuo, con una confianza desmedida en su actuar, que no detecta las anomalías del viaje. Aun cuando se presentan diversas irregularidades en el trayecto, el periodista no sospecha lo que está pasando hasta que ya es demasiado tarde:

Cuando le di el nombre del barrio al cual debía conducirme, el tipo me preguntó por dónde nos íbamos y yo le indiqué que por la carrera 30.

— ¿Por dónde quiere que cojamos la 30? —inquirió entonces, con un tono amable.

Le contesté que por la calle 26, y no me incomodó que hablara sin mirarme, ni que su carro estuviera tan destartado (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

En esta escenificación de lo sucedido destaca la manera en la que Salcedo Ramos inicia su narración desde el punto donde no tiene la menor sospecha de lo que pasa. Sin duda, este fragmento sirve para potencializar la tensión, pues poco a poco se van desarrollando los acontecimientos, y el lector tiene la sensación de estar en una situación similar.

2. *Salcedo narrador*. En esta dimensión narrativa, el mismo cronista critica su actuar imprudente. Desde una posición de cronista, de narrador de la historia y de periodista, marca una distancia prudente, y necesaria, para establecer una valoración de los acontecimientos, las circunstancias y la manera de actuar que tuvo, motivada por la tensión y la adrenalina, así como por el elemento azaroso que permea en esas situaciones. Bajo una especie de reclamo a sí mismo, derivado de no determinar correctamente la situación que se estaba presentando, plantea que existe una especie de Estado paralelo al oficial, una estructura social que se rige bajo las normas y los estatutos de los criminales: “Una excesiva confianza, sin duda un lastre de mi formación rural, ajena a las paranoias, no me permitió ver aquello como una imprudencia” (Salcedo Ramos, 2005, s/p). Se trata de un narrador que habla desde una perspectiva con toda la información, el cual interviene en la narración para establecer el contexto posterior, llegando incluso a cuestionar su proceder en ese momento.

Ambas voces se van entremezclando de manera paulatina a lo largo del texto. De este modo, también se plantean dos dimensiones espaciales:

Tiempo de la historia. Esta dimensión se presenta a partir de las escenificaciones que Salcedo Ramos va introduciendo a lo largo del texto:

—Entonces qué: ¿me devuelvo?

—No, siga derecho.

—Ah, yo pensé que tenía que devolverme (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Se trata de transcripciones propuestas como literales de las interacciones que tuvieron los secuestradores con Salcedo. En ellas sobresale el lenguaje oral, o los términos coloquiales con los que se comunican los agresores:

—Bueno, hijueputa —intervino el más rudo—: ahora quiero que cierre los ojos y como los abra, se muere.

—Es que estas gonorreas —dijo el gordo, con un tono de odio visceral— se meten a sapos y ni para eso sirven.

—Ni para eso sirven —repitió el chofer, como si estuviera aprobando la frase más genial que hubiera escuchado en su vida (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

El término “sapo” en una de sus acepciones es referido como: “Mirón, espía.” (RAE, 2001). El uso coloquial que de este término hacen los agresores establece que provienen de un extracto popular. Sin embargo, lo destacable es el manejo de estos términos a lo largo de la crónica para la recreación de lo acontecido, lo que genera la sensación vívida de estar presenciando la escena. Lo que el autor colombiano busca es establecer un estado paralelo con el lector, a fin de que, a partir del desarrollo de la crónica, éste sienta la misma angustia que padeció el autor. De antemano el lector sabe que las consecuencias del secuestro no fueron funestas, pues de lo contrario no habría relato; no obstante, bajo el curso de las acciones, Salcedo Ramos logra establecer una serie de momentos que ponen en duda el resultado satisfactorio de la historia. Así, el manejo de este tiempo de la historia resulta importante para lograr el efecto adecuado en el lector.

Tiempo de la narración. En esta dimensión, Salcedo Ramos interviene desde la posteridad de la escritura. Va intercalando comentarios sobre su accionar en ese momento: “Mientras

escribo, pienso que abordar un taxi de noche —o inclusive de día— en cualquier calle bogotana, nos convierte en jugadores de ruleta rusa: sólo nos queda el recurso defensivo de esperar, a veces con ingenuidad, a veces con soberbia, que no nos toque a nosotros, precisamente a nosotros, el tiro fatal” (Salcedo Ramos, 2005, s/p). En este caso se trata de reflexiones posteriores al hecho, las cuales, después de lo ocurrido, adquieren un matiz de aprendizaje o experiencia. Asimismo, esta dimensión también sirve para establecer un diálogo directo con el lector, a quien cuestiona por momentos sobre si éste hubiera actuado diferente en ese contexto:

Al cerrarnos los ojos, el verdugo nos arrebató la posibilidad de calibrar sus intenciones, de intentar manipularlo. Con las glándulas disminuidas y los brazos maniatados, te tienen a su merced. Sólo te dejan un par de orejas que, como podrás imaginarte, no son un arma contra ellos sino contra ti mismo, porque en las tinieblas magnifican el horror de cada palabra que escuchas. Queda todavía la opción de tu propia palabra para defenderte. A veces el instinto hablará por ti. A veces lo hará el cerebro. En todo caso, nunca sobra aclarar que no te interesa identificar ni delatar a nadie, ni impedir que te roben, sino apenas seguir vivo. Si eres un fiambre convincente, es posible que cuando despegues los párpados por simple pánico, sólo te quede un feo rayón sobre la ceja y no un ojo descuajado (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Aparte de estas estructuras complejas, la crónica “La víctima del paseo” es predominantemente cronológica bajo el recurso de la escenificación o teatralidad. La dimensión actoral y especial no son muy complejas, sin que esto pueda restarle crudeza al relato. Al contrario, al establecer un discurso tan directo el cronista colombiano provoca en el lector una sensación de estar viviendo lo mismo. Este *poner ante los ojos* del lector es un recurso que Salcedo obtiene al no caer en formulaciones complejas ni en estructuras enrevesadas, sino a través de descripciones puntales de los hechos. Así, la dimensión espacial se produce en el taxi: “Tomé el taxi en el centro, a las nueve de la noche” (Salcedo Ramos, 2005, s/p). De esta manera inicia la crónica, y también se establece el espacio. Si bien se puede intuir otro espacio, el de Salcedo Ramos escribiendo la historia: “Mientras escribo, pienso que abordar un taxi de noche” (Salcedo Ramos, 2005, s/p), donde el lugar puede ser su estudio o el discurso mismo; sin embargo, este espacio no es relevante, y considerarlo podría restar peso a la intención de la crónica en sí, la de poner en el lugar de los hechos al lector. Por otra parte, en cuanto a la dimensión actoral, sólo se puede señalar que los personajes son cuatro:

1. Chofer. Es quien maneja el taxi y se encuentra aliado con los otros dos malhechores: “El conductor sólo abría la boca para preguntar cosas puntuales relacionadas con la ruta: ‘¿A la izquierda o a la derecha?’. Cuando le respondía, lanzaba frases como ‘muy bien, señor’, o ‘estamos para servirle’” (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

2. Salcedo Ramos. Tanto el Salcedo protagonista, como el narrador. Se trata del cronista mismo como protagonista de la trama: “Lo único que importaba era que yo estaba allí, en aquel taxi ruinoso, con una pinta de animal presumido que no respeta las leyes de la selva” (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

3. Agresor 1 (el gordo). Así lo denomina el mismo Salcedo: “—Es que estas gonorreas — dijo el gordo, con un tono de odio visceral— se meten a sapos y ni para eso sirven” (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

4. Agresor 2 (el rudo). Del mismo modo, ante la falta de nombres, Salcedo opta por nombrarlos a partir de sus rasgos particulares dentro de su breve interacción: “—Bueno, hijueputa —intervino el más rudo—: ahora quiero que cierre los ojos y como los abra, se muere” (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Finalmente, cabe mencionar que el cronista colombiano, en su propuesta discursiva, no profundiza en estos personajes; es decir, cumplen con su rol dentro de la trama, mas no presentan características complejas o elaboradas líneas de acción, sino que, ante su anonimato, Salcedo Ramos busca establecer que son parte de una masa, de un sector cuyos ingresos dependen de este tipo de dinámicas. Asimismo, el anonimato puede ayudar a fijar la idea de que los agresores y su cómplice pueden ser cualquier persona, lo que abona a la denuncia de que nadie, en Bogotá, y quizás en gran parte de América Latina, está exento de ser víctima de un hecho como el aquí descrito.

Los dos Salcedos: aprendizaje a partir de la experiencia

Como se planteó con anterioridad, la crónica “La víctima del paseo” está narrada desde dos perspectivas del mismo narrador; es decir, el mismo Alberto Salcedo Ramos. Esto, además de ser un interesante juego narrativo, sirve para proponer una primera línea de lectura en

cuanto a violencia se refiere. Esta dinámica discursiva permite establecer dos posturas: la del periodista y la de la víctima. Si bien esta crónica no le demandó una investigación al periodista, sí le exigió un ejercicio de desdoblamiento frente a su propia experiencia. Una asimilación de la misma, para proponer una crítica al contexto en el que se dio, y otra para narrar lo acontecido con un estilo personal, con un enfoque que logre transmitir su angustia en ese momento.

El tipo de violencia descrita tiene su esencia y efectividad en el factor sorpresa, de modo que para evitarlo se deben conocer circunstancias similares, o haber experimentado situaciones parecidas. Sin duda, la violencia presentada en la crónica se enclava en su variante directa, la cual ya implica una acción contra la integridad física de la persona, en este caso el mismo Salcedo Ramos. Si bien la violencia directa es el resultado de ciertas ideas (cultural) o de la desigualdad en la estructura social (estructural), aquí destaca la violencia directa por la manera en la que se dieron los acontecimientos; es decir, el centro del relato es la forma violenta en que se desarrolla el secuestro del autor.

Ahora bien, por tratarse de una situación fortuita, ser víctima de este tipo de delitos es una posibilidad muy probable; sin embargo, Alberto Salcedo Ramos expone algunas de las circunstancias que, a su modo de ver, fueron las detonantes de este crudo momento. El periodista no propone una solución compleja relacionada con una reestructuración social, sino que plantea un contexto que supera las posibilidades de cambio, una adaptación de estas intrincadas dinámicas sociales. Quizá un lector de Salcedo Ramos pueda evitar caer en una anécdota de ese tipo, sin embargo, a través de esta crónica, el autor intercala comentarios sobre las distintas señales que, en un contexto *a posteriori*, pueden resultar evidentes:

—Entonces qué: ¿me devuelvo?

—No, siga derecho.

—Ah, yo pensé que tenía que devolverme.

Esta última frase fue aún más rara y sólo ahora percibo que fue pronunciada con ansiedad (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Una vez establecido el juego narrativo, vale la pena seguir el desarrollo de la narración, pues así se puede ver el efecto de los paralelismos presentados con el lector; es decir, transmitirle la angustia que vivió. En el fragmento anterior, el autor relata una de las primeras señales

que vaticinaban lo que sucedería posteriormente. En este momento, Salcedo Ramos destaca que el comportamiento del conductor era extraño, lo cual para él en ese instante fue raro, mas no alarmante. Sin embargo, cuando notó la situación real ya era demasiado tarde:

Siempre había visto severamente custodiada la calle en la que reside el militar. Pero esta vez estaba vacía. Al final de la cuadra, frente a un solar oscuro con pretensiones de parque, hay un reductor de velocidad, de esos que en Colombia llamamos policías acostados. Allí se detuvo el conductor, simulando que el carro se le había apagado. En ese instante vi con nitidez lo que se avecinaba. Pero ya era tarde (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

El periodista colombiano presenta en su anécdota una ingenuidad que quizás sirva para establecer la inocencia que tiene la víctima en un atraco como el contado en su crónica. Lo que destaca de este fragmento es el *modus operandi*, ya que el sistema de este tipo de criminales se sustenta en el factor sorpresa; sin embargo, previamente había habido algunas señales sumamente claras. Ahora bien, el relato de Salcedo Ramos busca asimismo provocar un efecto de atención del lector hacia diversas actitudes en los transportes públicos; en otras palabras, el autor busca señalar que este tipo de atracos tienen un sistema perfectamente diseñado, lo que vuelve vulnerable a cualquier persona envuelta en este tipo de situaciones: no hay manera de escapar una vez que alguien se encuentra en una de ellas. Más bien, se trata de aceptar esa dinámica y esperar no ser parte de la estadística funesta.

Aquí inicia la violencia cotidiana y propia del atraco, pero no del secuestro, pues, como señala el autor, éste inició al momento de subir al automóvil:

[...] pienso que abordar un taxi de noche —o inclusive de día— en cualquier calle bogotana, nos convierte en jugadores de ruleta rusa: sólo nos queda el recurso defensivo de esperar, a veces con ingenuidad, a veces con soberbia, que no nos toque a nosotros, precisamente a nosotros, el tiro fatal (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Estos argumentos los propone el cronista a partir de la voz *a posteriori* de los hechos. Como se mencionó, no propone una solución práctica a estas situaciones, sino que acepta que estos casos son comunes y que el factor azaroso los permea, no porque sea propio del ciudadano colombiano ser parte de esto, sino porque los grupos delictivos tienen controlados estos contextos. Salcedo Ramos plantea que la “víctima del paseo” puede ser cualquiera, ante la inactividad y la nula presencia de las autoridades. Si bien existen diversos mecanismos jurídicos que condenan este tipo de actos, lo cual resulta obvio por tratarse de un atentado

directo a la integridad física y psicológica de las personas, las instituciones destinadas a salvaguardar las garantías de la población no cumplen con dichos dictámenes. En este sentido, vale más considerar este tipo de realidad y buscar convivir con ella, antes de esperar un cambio de las estructuras sociales que se han establecido derivadas del control y el poder que han adquirido estas organizaciones criminales.

Ese conocimiento lo obtuvo el autor a partir de su propia experiencia. En este sentido, la interpretación al respecto recae en el hecho de que, más allá de que el texto tenga una ligera connotación de parábola —donde la historia, protagonizada por Salcedo Ramos, busca tener una moraleja o enseñanza relacionada con este tipo de situaciones—, es una realidad que cualquiera puede ser víctima de estos grupos criminales, y eso debe ser aceptado para, a partir de esa premisa, buscar evitar ciertas circunstancias, señales o factores que puedan resultar alarmantes. Aunque más bien la violencia de este tipo responde a un factor azaroso hasta cierto punto, se cuenta entre las posibilidades bastante cercanas a ocurrir. Sin duda, caer en este tipo de situaciones puede evitarse a partir de la experiencia misma; sin embargo, a pesar de que se tomen las precauciones necesarias, no se descarta ser víctima de actos de esta naturaleza, pues los mecanismos de estos grupos también se actualizan y se perfeccionan.

Por otro lado, cabe destacar que Salcedo Ramos toma una postura de culpa frente a lo ocurrido, pues la violencia es un hecho cotidiano, perfectamente posible en la situación que le tocó atravesar. Quizá sea un elemento para destacar aspectos de la división social y la falta de seguridad endémica en ciertos países; no obstante, también resulta estremecedor asumir una perspectiva de este tipo:

Comprendo muy bien lo que quisieron decirme al llamarme sapo: yo no sólo había desafiado su imperio al tomar un taxi en la calle un viernes por la noche, sino que además lo había hecho de la manera más ostentosa posible. Iba ataviado con una chaqueta de cuero que cualquier modisto de la alta costura habría descalificado de tajo, pero que ante los ojos de ellos debió de prestarme el semblante del heredero de un magnate que se hubiera extraviado de su escolta (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Aquí sobresale la descripción de cómo iba vestido el cronista, como si dicho atuendo fuera motivo suficiente para ser víctima de la violencia criminal. Lo importante a destacar es que, bajo una óptica de justicia general, la vestimenta no debería representar un motivo de ataque. No se puede justificar este tipo de actos a partir de la víctima, de una especie de provocación

por portar ciertos accesorios, pero como lo plantea el periodista colombiano, en estos contextos se responde a otro tipo de dinámica, de justicia, de igualdad.

Así, la culpa expresada por Salcedo Ramos no es otra que la de no ser cuidadoso, no ser anónimo, no pasar desapercibido. Tal parece que, ante este tipo de criminales, la provocación es motivo de ataque, como si la desigualdad estructural generara un rencor por parte de los criminales y justificara un atraco. Lo anterior no se puede entender si no se establece un Estado paralelo, donde las nociones sociales de crimen están más bien relacionadas con una especie de revancha sufrida por el simple hecho de tener acceso a mejores condiciones, donde los criminales dictan sentencia a la víctima por poseer más que ellos. Este recurso lo asienta posteriormente en su crónica, de manera literal:

La culpa, pues, era mía. ¿Acaso creía que podía engañarlos atribuyéndome el síndrome de la pobre viejecita? Lo único que importaba era que yo estaba allí, en aquel taxi ruinoso, con una pinta de animal presumido que no respeta las leyes de la selva. Si no era rico sino apenas un remedo de rico, peor para mí, no para ellos (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Haciendo una lectura entre líneas, lo que Salcedo propone es que existe una división social. Plantea que los criminales tienen el derecho de robar bajo estas circunstancias porque se lo han ganado; es decir, se han posicionado de tal forma que no se puede hablar de un verdadero Estado protector, que garantice la seguridad, sino que los bajos fondos establecieron un sistema de poder, ellos tienen el control, y quien no responda a esa dinámica debe ser castigado.

En este sentido, ante la ausencia de seguridad proporcionada por las instituciones estatales, se debe responder a las normas del hampa o pagar las consecuencias. Así, la postura de Salcedo Ramos es más bien de aceptación de una realidad que lo rebasa como ciudadano de a pie, y de la cual sólo le quedan la reseña y la reflexión a través de sus escritos. Sin duda, bajo esta perspectiva, la crónica del autor colombiano tiene un matiz de denuncia sobre una realidad de la cual no se habla en los discursos institucionales. Las instituciones de seguridad, en cualquier contexto, deben velar por la seguridad de los miembros de la sociedad, combatir el crimen y mantener un orden; no obstante, lo que la crónica demuestra es que esto es una falacia en un contexto real. No hay un control de las instituciones, no hay un orden social como lo demandan las estructuras sociales del Estado, sino que hay un orden alterno, que

responde a sus propios principios y motivaciones. Esto es lo que expone Salcedo Ramos: no se puede confiar en las instituciones, sino en la intuición, la precaución y, en cierto sentido, en la suerte.

Lo anterior desde la perspectiva de una víctima de secuestro; sin embargo, esto sería simplista y maniqueo. Según lo presentado por el cronista, tampoco se trata de “buenos” contra “malos”. De acuerdo con Galtung, es por simplificaciones así que la violencia sigue vigente. Porque incluso los criminales viven en un estado de violencia estructural, lo que muchas veces los obliga a actuar de determinada manera. Así, de modo indirecto y sutil, el cronista colombiano toma partido por el discurso de denuncia, pues representa un secuestro, aunque sin escándalos o estridencias emotivas de una víctima, sino mediante un testimonio reflexivo de una realidad dominada por otro orden, un sistema de antivalores propio del ejercicio violento del poder del crimen, mas no con el afán de enfrentarlo.

Teatralización del miedo

Para representar con sutileza y precisión el miedo que vivió en carne propia, Salcedo Ramos utiliza el recurso de la escenificación. Esta forma de contar ayuda a recrear cómo vivió su secuestro. Así, la crónica –salvo algunas intervenciones del autor en forma de contextualización y reflexión— tiene una estructura cronológica y casi dramática. Lo anterior con la intención de generar en el lector un efecto de estar allí, de vivir, a través del discurso, los momentos de angustia. Se trata de poner ante los ojos del lector lo que pasó en ese momento de tensión.

De esta forma inicia el relato: “Tomé el taxi en el centro, a las nueve de la noche” (Salcedo Ramos, 2005, s/p). Pareciera una simple contextualización, una situación normal. Cualquiera se ha visto en la necesidad de tomar un transporte a esa hora. Con sus palabras el escritor plantea una situación común, que muchos lectores habrán pasado.

Es a partir de esto que el autor establece el factor azaroso, pues el arranque de esta oscura anécdota es una situación sumamente cotidiana. Se trata de un contexto muy escueto, aunque también con varias formas de entenderlo: puede ser un taxi cualquiera, lo que da esa

sensación de alarma ante cualquier vehículo de este tipo en Bogotá. La hora es circunstancial. Posteriormente va incluyendo diálogos que en otro contexto pueden ser comunes:

Cuando le di el nombre del barrio al cual debía conducirme, el tipo me preguntó por dónde nos íbamos y yo le indiqué que por la carrera 30.
—¿Por dónde quiere que cojamos la 30? —inquirió entonces, con un tono amable.
Le contesté que por la calle 26, y no me incomodó que hablara sin mirarme, ni que su carro estuviera tan destartado (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Resulta relevante el recurso de la naturalidad de la situación, pues habla de una perfecta planeación del delito, lo que señala que el cronista no sería la primera víctima de este par de asaltantes. Asimismo, una vez que se conoce la anécdota, este tipo de diálogos adquieren un valor agregado, ya que aumentan la tensión del inminente robo. Dicha tensión es un recurso que genera en el lector una ansiedad por conocer el desenlace, y al mismo tiempo no poder evitarlo.

Por otro lado, cuando Salcedo Ramos describe el atraco con este mismo estilo, éste se torna crudo, pues se accede a la perspectiva de la víctima vulnerable en esos momentos:

—Bueno, hijueputa —intervino el más rudo—: ahora quiero que cierre los ojos y como los abra, se muere.

—Es que estas gonorreas —dijo el gordo, con un tono de odio visceral— se meten a sapos y ni para eso sirven.

—Ni para eso sirven —repitió el chofer, como si estuviera aprobando la frase más genial que hubiera escuchado en su vida (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Este cambio de tono en el discurso es fundamental para generar el efecto de angustia en el lector. Las expresiones empleadas por los agresores, sumadas a la situación de encierro en el automóvil, provocan una sensación claustrofóbica. Desde la perspectiva del propio periodista, en esos momentos se encuentra muy vulnerable. Su destino, su persona, su integridad, están en manos de los criminales; ellos tienen el control de la situación, de lo que sucede en el entorno. Más adelante se verá que simplemente es una forma de alarde que utilizan para evitar resistencia por parte de la víctima, pero como en este punto de la crónica no se ha mencionado esa circunstancia, se comparte una incertidumbre con el narrador y cronista. Dicha incertidumbre es una de las armas con las que estos grupos criminales coaccionan a las víctimas para cooperar en la dinámica del secuestro, pero eso no es gratuito.

No todos los secuestradores alardean, sino que varios de ellos llegan al límite. Así, el miedo del periodista colombiano está justificado por el hecho de que, en este contexto, donde el hampa dicta las reglas, un ataque real es perfectamente posible. De manera que el factor azaroso no sólo se encuentra en ser víctima de un secuestro, sino también en ser asesinado o mutilado, pues el sistema de valores de los grupos criminales no responde a una dinámica social de la preservación de la especie, sino a una ley del más fuerte.

De este modo, resulta constante la pulsión de muerte, ya que con frecuencia lo amenazan con matarlo. No hay garantías de seguridad más allá del grado de sadismo y violencia por parte de los asaltantes. Por lo que, en este momento de la narración, la vida del periodista corre peligro realmente, dado que resulta imposible saber cuáles son las intenciones de los asaltantes. Asimismo, estos diálogos, considerando el contexto antes expuesto de estar encerrado en un taxi, exponen la angustia vivida durante los acontecimientos relatados:

Cuando los otros dos empezaron a pasearme, vi con claridad que teniendo la tarjeta y la clave, mi vida ya no les importaría ni cinco. Si me dejaban vivo, pensé y lo dije en voz alta, sería un regalazo que Dios les iba a reconocer. Les pregunté que por qué, si el compañero ya se había bajado, seguían conmigo en el carro. “Porque no somos huevones⁸¹”, respondió el taxista. Lloré, dije que me quería morir y que si me salvaba de ese trance, quizás terminaría ahorcándome (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Aquí, Salcedo Ramos es llevado al límite. Para cualquier persona, una situación de este tipo es insoportable. Frente a un contexto de esas características, la desesperación puede llevar a tomar una postura totalmente irracional. El miedo expresado, la necesidad de control de su situación, le provoca este arranque de angustia y llanto, lo que, considerando el contexto, es justificable. Ante una falta completa de seguridad, una situación con alto grado de estrés y una incertidumbre del destino, un mecanismo de estabilidad puede ser entregarse a un destino catastrófico. Los malhechores lo orillan a este estado con un constante golpeteo a su moralidad y a su integridad.

⁸¹ La Real Academia Española señala que el término “huevo” tiene diferentes acepciones. La más cercana a lo aquí descrito es la que advierte una falta de inteligencia: “2. adj. despect. vulg. imbécil (|| tonto o falto de inteligencia)” s.” (RAE, 2001).

Finalmente, el periodista colombiano da un giro a su anécdota al final, cuando propone una especie de redención para sus asaltantes, cuando ellos exponen sus motivos. En un ejercicio de humor negro, da el comentario siguiente:

El taxista habló de nuevo:

—No, viejito, tampoco así. Ese es el problema de la gente como usted, que ni siquiera saben lo que es el maltrato y ya se están quejando. Usted no ha visto nada, mijo.

—Nosotros somos ladrones, papá, no asesinos —dijo el gordo, con un tono de dignidad ofendida—. Aquí los únicos que se mueren son los que no colaboran, y usted se ha portado bien.

—Ya estamos terminando —observó el taxista—. No se meta a bruto a última hora y verá que no le pasa nada.

—Pero si ustedes dicen que estamos terminando, ¿para dónde me llevan?

—Ay, hermano, ¿se va a poner cansón?

—Tenemos que dejarlo en la puta mierda. ¿Qué tal llevarlo a un barrio con gente y que usted se nos rebote o empiece a gritar? (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

Como si se tratara de un código de honor dentro del hampa, los ladrones dan una muestra de humanidad. En este sentido, Salcedo Ramos no toma una postura maniquea. Los criminales admiten que su situación los ha orillado a este tipo de acciones. Quizás encuentren cierto placer en la manera como tienen control sobre una persona, pero ellos también son víctimas de una violencia estructural. La desigualdad social los hace cometer este tipo de acciones, ya que, sin una posibilidad tangible de acceder a condiciones de vida digna dentro del sistema social establecido, deben buscar un orden alternativo donde tengan acceso a los recursos deseados, aunque esto represente dañar psicológicamente a una persona.

Cabe señalar que los asaltantes descritos en la crónica mantienen una postura un tanto moral en su actuar, pues su intención no era asesinar al periodista, aunque esto no es una norma. Es allí donde radica el miedo de Salcedo Ramos, pues sabe que existen criminales con la capacidad de asesinar por menos de lo que obtuvieron éstos. Tal vez por ese motivo les concede cierta redención, pues son asaltantes que ejercen una violencia psicológica, pero con un factor humano que les permite determinar el momento de detener el agobio de su víctima y tranquilizarla. Obtienen lo que quieren, y de este modo alcanzan otra connotación. Incluso justifican su actuar:

—¿Usted sabe por qué hacemos esto? —preguntó el chofer—. Porque hirieron a uno de los de la banda y necesitamos reunir tres millones de pesos esta misma noche.

—¡Somos una mano⁸² de desempleados! —dijo el otro (Salcedo Ramos, 2005, s/p).

De este modo, Salcedo Ramos plantea que los asaltantes no son el mal encarnado, sino parte de una dinámica de violencia que permea en la sociedad colombiana. Producto de la desigualdad, se crean Estados paralelos donde reinan códigos de conducta alternos; sin embargo, deben ser respetados, pues de lo contrario, la violencia puede ser desmedida.

Más allá de la denuncia de una situación que impera en la sociedad colombiana, donde cualquiera puede ser víctima de estos hechos delictivos, también existe una denuncia más universal, según la cual algunas personas, orilladas por las difíciles situaciones en las que se encuentran, se ven obligadas a cometer este tipo de acciones.

A partir de esto, el autor establece un dilema moral al respecto: ¿se puede juzgar a un criminal por este tipo de acciones? Los criminales que secuestraron al periodista colombiano no eran asesinos, sino que buscaban obtener recursos. Más bien, lo que Alberto Salcedo Ramos plantea es que, frente a una estructura social que permite la desigualdad marcada entre las clases sociales, surgen dinámicas violentas que encuentran un cauce, las cuales hay que aceptar y buscar convivir con ellas. No sólo el cronista colombiano sufrió violencia, sino que también los asaltantes son víctimas de otro tipo de violencia: una estructural, una permanente. Es así que la frase de uno de los criminales adquiere relevancia: “Ese es el problema de la gente como usted, que ni siquiera saben lo que es el maltrato y ya se están quejando. Usted no ha visto nada, mijo” (Salcedo Ramos, 2005, s/p). En suma, los grados de violencia son variados, así como su duración y efectos. Cualquiera puede ser víctima de un paseo, pero muchas personas más son víctimas de la desigualdad permanente.

⁸² De acuerdo con la RAE, la palabra mano, en una de sus acepciones del argot popular, la define como: “f. Número de personas unidas para un trabajo.” (RAE, 2001)

4.2 2 Masacre de El Salado: un análisis de “El pueblo que sobrevivió a la masacre con gaitas”

Los habitantes de estos sitios pobres y apartados solo son visibles cuando padecen una tragedia. Mueren, luego existen.
Alberto Salcedo Ramos

Sin duda, el periodismo es un discurso con una esencia social. Dentro de sus características se encuentra la denuncia de actos y hechos que denigran la dignidad de las personas. Si bien es cierto que su gama temática puede abarcar distintos tópicos, la denuncia es uno de sus principales pilares, ya que su función es informativa. Ahora bien, la crónica, uno de los géneros periodísticos más conocidos, también cumple con esta prerrogativa.

En la crónica que nos ocupa sobresale la presencia de una dinámica relacionada con la violencia. Se trata una representación discursiva de la violencia que padecieron, y en cierto sentido padecen, muchos colombianos. Alberto Salcedo Ramos toma un acontecimiento representativo de este grave problema, como lo fue la masacre de El Salado, donde un grupo de paramilitares agredió a los pobladores de una comunidad ubicada en esa población que pertenece al municipio de El Carmen de Bolívar, departamento de Bolívar, en Colombia.

Quizás esta sea la crónica que represente mejor el fenómeno de la violencia directa en la obra del periodista colombiano. Se trata de un retrato de los hechos que acontecieron, a lo largo de cinco días, en el poblado de El Salado durante febrero del año 2000. En 2009, Salcedo Ramos viajó a ese lugar para rescatar algunos de los testimonios de los pobladores que siguen viviendo allí. Y ese mismo año publica esta crónica en la revista *SoHo*⁸³. De este modo, y bajo un recuento de los acontecimientos sucedidos, el autor da una clara muestra de que la

⁸³ El nombre de la revista *SoHo* es un acrónimo de la expresión “Sólo Hombres”, lo cual da una pauta de los que su contenido es predominantemente erótico. Siguiendo la línea de presentar contenido dirigido a un público masculino, esta revista fue fundada en 1999 por Isaac Lee, Felipe Jaramillo y Eduardo Arias, entre otros. Ahora bien, la publicación también se ha caracterizado por darle cabida a textos cronísticos de gran calidad. Es decir, *SoHo* se convirtió en un espacio de difusión de este género, ya que dentro de sus páginas han circulado muchas de las mejores plumas cronísticas de Colombia y América Latina. Uno de sus fundadores, Eduardo Arias, a propósito de los 10 años de la revista, escribió: “En tiempos en que el periodismo escrito se ve cada vez más acorralado por la inmediatez de la radio y la televisión, e intenta competirles, en vano, con textos cortos, *SoHo* ha sido un escenario muy valioso para que en Colombia se recupere la crónica, el reportaje y también el humorismo escrito” (en <https://www.soho.co/entretenimiento/articulo/en-estos-diez-anos-columna-de-opinion/10777>). Sin duda, *Soho* ha sido un parteaguas de la crónica en Colombia, junto con otras publicaciones, como *Etiqueta negra* y *El malpensante*, por citar algunas.

violencia en Colombia no es un fenómeno esporádico sino permanente, con diferente intensidad según el periodo del que se hable.

Contexto de la tragedia

Los acontecimientos que sucedieron en febrero de 2000 representaron una forma de violencia resultado de un proceso de descomposición social gradual. Entre el 16 y el 22 de febrero del año 2000 se llevaron a cabo actos violentos en contra de la población del corregimiento⁸⁴ municipal de El Salado⁸⁵, ubicado en los Montes de María⁸⁶. Se trata de una zona que gozaba de una prosperidad derivada de la producción del tabaco. Dicha prosperidad volvió a El Salado uno de las comunidades más prósperas de esa zona⁸⁷. Lo anterior generó una importante unión en la comunidad, pues era tal su organización que nunca llegaron a solicitar protección del Estado, sólo mejora en infraestructura para desarrollar mejor su comercio⁸⁸.

En este sentido, la comunidad se creía autosuficiente, al grado de no requerir protección del gobierno; sin embargo, por ese entonces Colombia vivía la tercera etapa del conflicto interno,

² El término *corregimiento* se utiliza en [Colombia](#) para definir un tipo de división del [área rural](#) de los diferentes [municipios del país](#), el cual incluye un núcleo de población (centro poblado) alejado o no aglomerado de la [cabecera municipal](#). Según el artículo 117 de ley 136 de 1994,¹ un corregimiento es una parte interna de un [municipio](#) y se le da la facultad al concejo municipal para que mediante acuerdos establezca dicha división, con el fin de mejorar la prestación de servicios y asegurar la participación de la población en los asuntos públicos de carácter local. Consultado en https://recursos.mec.edu.py/kiwix/wikipedia_es_all_maxi/A/Corregimientos_de_Colombia

³ El Salado es un corregimiento del municipio de El Carmen de Bolívar, dentro de los Montes de María, ubicado hacia el sureste a una distancia de 18 km del casco urbano (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 35).

⁸⁶ La región de los Montes de María es una prolongación de la serranía de San Jerónimo de la Cordillera Occidental, en la parte central de los departamentos de Bolívar y Sucre, en la región Caribe (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 35).

⁸⁷En el reporte oficial se señala: “La prosperidad de El Salado lo llevó a contar con acueducto propio, energía eléctrica y alumbrado público, un centro de salud con instalaciones adecuadas, equipos óptimos, dotación de medicinas y personal; una escuela de primaria, un colegio de bachillerato y hogares comunitarios. Incluso contó con un puesto de policía hasta mediados de los años noventa, junto con bodegas tabacaleras de acopio, selección, prensa y empaçado, que funcionaban con base en el trabajo de las mujeres del corregimiento. Así, los recursos económicos derivados del tabaco garantizaron ingresos altos para ese medio rural, una cierta calidad de vida, actividad comercial y empleo productivo y comercial, hasta llegar a contar con 33 tiendas, almacenes, depósitos y una droguería” (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 37).

⁸⁸ En esa prosperidad jugó un papel muy importante la organización comunitaria (Junta de Acción Comunal), que contribuyó a que los habitantes de El Salado no reclamaran por la ausencia del Estado, salvo respecto del mejoramiento de la carretera que los comunicaba con El Carmen de Bolívar (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 37).

la cual implicaba el enraizamiento de los movimientos paramilitares, además de que el narcotráfico cobraba fuerza; así, el poblado era un objetivo atractivo por su riqueza y ubicación⁸⁹. Su aparente estabilidad resultó engañosa y, a la postre, trágica.

La masacre fue perpetrada por 450 paramilitares divididos en tres grupos⁹⁰. El grupo denominado Bloque Norte fue el responsable, específicamente los paramilitares Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar Pupo, alias “Jorge 40”, así como John Henao, alias “H2”, delegado de Carlos Castaño, líder del grupo⁹¹.

Independientemente de los motivos estratégicos, la violencia desmedida, así como el sadismo de los agresores, no tenía otra razón que provocar el mayor daño posible, así como generar un impacto contundente para mandar un mensaje a los grupos rivales. Esa violencia se pone de manifiesto con las descripciones de los acontecimientos que realiza Salcedo Ramos. Se trata de acciones inhumanas, descritas desde una perspectiva cruda y directa en la narración; es decir, el cronista ofrece un panorama completo del nivel de violencia acontecido, con la intención de exponer los hechos con la veracidad con la que sucedieron y dejar que la crudeza de las imágenes hable por sí misma.

Sobre la crónica “El pueblo que sobrevivió a la masacre con gaitas”

El relato empieza en el momento posterior a la masacre. Se trata de una narración construida a partir de los testimonios y la investigación previa por parte del cronista. Así, el planteamiento consiste en reconstruir la primera historia desde una perspectiva espacial⁹²,

⁸⁹ La región de los Montes de María fue uno de los principales escenarios de las luchas por la tierra de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC) en los años setenta, antecedente que necesariamente obliga a preguntarse por la relación entre el conflicto por la tierra y la dinámica del conflicto armado en que se inscribe la masacre de El Salado (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 102).

⁹⁰ El hecho fue perpetrado por 450 paramilitares divididos en tres grupos, el primero de los cuales incursionó por el municipio de San Pedro hacia los corregimientos Canutal, Canutalito y zonas rurales del corregimiento Flor de Monte que comunican con el casco urbano del corregimiento El Salado, comandado por John Jairo Esquivel, alias «El Tigre», comandante paramilitar del departamento del César que operaba bajo el mando de Rodrigo Tovar Pulpo, alias «Jorge 40» (Grupo de Memoria Histórica, 2009, págs. 38-39).

⁹¹ La masacre de El Salado fue planeada en la finca El Avión, jurisdicción del municipio de Sabanas de San Ángel en el departamento de Magdalena, por los jefes paramilitares del Bloque Norte. Salvatore Mancuso y Rodrigo Tovar Pupo, alias «Jorge 40», así como por John Henao, alias «H2», delegado de Carlos Castaño, quienes también la coordinaron (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 38).

⁹² Al ir al lugar de los hechos y desde su recorrido reconstruir la historia.

mas no cronológica; es decir, la estrategia que sigue el autor se fundamenta en ir a El Salado y recorrer los lugares donde sucedieron los trágicos acontecimientos, para con este recorrido construir su relato. En este sentido, la dimensión temporal de la narración se presenta a partir de dos tiempos. Mientras Salcedo recorre junto con un lugareño el escenario de los hechos, va reconstruyendo las imágenes violentas⁹³. Asimismo, también se presenta un panorama de cómo se encuentra actualmente la zona, dando a la vez un retrato del desamparo en el que se halla el lugar.

Lo anterior con la intención de poner en perspectiva la violencia y el abandono por parte del Estado que sufrió, y sigue padeciendo, la población de El Salado. Asimismo, algunos testimonios integrados al interior del texto funcionan como un elemento que le da veracidad, además de reforzar la intensidad con la que se plantean los acontecimientos. Esto en un ejercicio de denuncia sobre la poca, o nula, presencia de las autoridades antes, durante y después de la masacre⁹⁴.

El recurso de los testimonios funciona como una forma de darle veracidad a la crónica, y de dotar a los hechos descritos de una perspectiva cercana a las víctimas; de este modo, el lector puede reconstruir los acontecimientos desde un ángulo personal. La masacre de El Salado se ha analizado desde múltiples perspectivas, tanto sociológicas como culturales, sin olvidar las periodísticas⁹⁵; no obstante, dichos planteamientos son de corte científicista, es decir,

⁹³ Lo anterior considerando el tiempo presente de la crónica, es decir el tiempo en que se está escribiendo. Se trata del tiempo del relato, el cual varía del tiempo del lector por ser una crónica que busca la trascendencia de la noticia.

⁹⁴ La responsabilidad del Estado: La masacre de El Salado cuestiona no sólo la omisión sino la acción del Estado. Omisión hacia el desarrollo de los hechos, porque no se puede entender cómo la fuerza pública no pudo prevenir ni neutralizar la acción paramilitar. Una masacre que duró cinco días y que contó con la presencia de 450 paramilitares, de los cuales sólo fueron capturados 15, una semana después de que acabó. Más grave aún es que los paramilitares hayan asesinado todavía a cinco personas el 21 de febrero, cuando la Infantería de Marina hacía presencia en el pueblo desde el día 19 de ese mes. También debe interpelarse éticamente que un territorio haya quedado sin protección militar por un operativo para recuperar un ganado robado, hecho inadmisibles porque la Infantería de Marina no puede asumir una competencia policial en un contexto de guerra sin apoyo ni coordinación con la Policía Nacional (Grupo de Memoria Histórica, 2009, pág. 317).

⁹⁵ Entre las más relevantes se encuentran: Histórica, M. d. (2009). *La masacre de El Salado: esa guerra no era nuestra*. Bogotá: Centro de Memoria Histórica; Ríos Sierra, Jerónimo, "Dinámicas de la violencia guerrillera en Colombia", *Revista de Ciencias Sociales* (Ve), vol. XXII, núm. 3, julio-enero, 2016, pp. 84-103, Universidad del Zulia, Maracaibo, Venezuela; Prada-Sanmiguel, A. (2016). "Comprensión de la responsabilidad política de los actores armados en el conflicto interno colombiano: la masacre de El Salado 2000". *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 14 (2), pp. 1537-1548; Chaves, Diego, *La lógica de la violencia en las*

externo. Examinan esta masacre desde una perspectiva externa y distante, respondiendo a la necesidad de objetividad en el estudio.

Salcedo no podría exponer los acontecimientos como protagonista, ni hablar del nivel de violencia de manera directa porque no estuvo allí, lo que le da un enfoque alejado de un sentido humano. Así, para subsanar el problema de la legitimidad de las acciones narradas, además del factor ético que implica hablar a partir de lo que otros padecieron, el periodista colombiano incorpora a su crónica testimonios de personas que estuvieron presentes y vivieron –en cierta medida la viven todavía— la infamia de una violencia de esa magnitud. De este modo los testimonios funcionan en dos niveles: a) darle veracidad al relato y b) lograr un impacto en el lector por la transcripción de las palabras de los protagonistas.

Es en este sentido que la crónica se estructura en diferentes dimensiones de narración⁹⁶:

- 1) Dimensión narrativa: es la del discurso de Salcedo Ramos, tratada desde la perspectiva en la que se engloba toda la crónica: a partir del contexto de Salcedo, el de un cronista que va a visitar el lugar donde sucedieron los hechos, así como el de la investigación previa. En este nivel se engloba la estructura de la crónica, los distintos testimonios, así como la forma y el orden en que están presentados los acontecimientos:

José Manuel Montes, mi guía, un campesino rollizo y taciturno que se ha pasado la vida sembrando tabaco, asiente con la cabeza. Cae la tarde del sábado, empieza la sonata de las cigarras (Salcedo Ramos, 2015, pág. 199).

Es en este ejemplo donde se percibe la presencia del autor dentro de la crónica. Se plantea la diferencia con los protagonistas de la historia, pero su presencia dentro de la misma es necesaria, puesto que se tiene que dar cuenta de lo acontecido, así como configurar un hilo conductor a la anécdota. La voz de Salcedo es la que guía al lector, la que le presenta los personajes, los lugares, y también conduce la reconstrucción de

masacres paramilitares en Colombia: el caso de El Salado, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, Carrera de Ciencia Política, Bogotá, D.C. 2011; entre otras.

⁹⁶ Lo anterior bajo las categorías propuestas por Luisa Aurora Pimentel en Pimentel, L. A. (1998). *El relato en perspectiva*. México D. F. : Siglo XXI Editores/UNAM.

los acontecimientos pasados. Proporciona también una perspectiva ideológica, pues hay juicios de valor a través de los comentarios que emite.

- 2) Dimensión actoral: es aquí donde Salcedo Ramos presenta los testimonios de los protagonistas, los lugareños, mismos que intercala en su narración para darle un sentido humano y veraz a la historia:

—Casi toda la gente estaba sentada en ese costado —dice Montes, mientras señala un montículo de arena parda que se encuentra perpendicular a la iglesia, a unos veinte metros de distancia (Salcedo Ramos, 2015, pág. 200).

En este fragmento se percibe la forma en que el periodista colombiano, como parte de su estrategia discursivo-persuasiva, intercala los testimonios dentro de su voz discursiva. Del mismo modo, a partir de las descripciones que expone del lugar, da una dimensión espacial al lector de cómo se desarrollaron los acontecimientos. Este ejemplo se presenta a partir de la voz de su guía en el lugar, pero también presenta testimonios de personas que sobrevivieron a la masacre y regresaron a vivir al sitio, pues no tenían lugar dónde residir fuera de El Salado:

Hoy por la mañana, al despuntar el día, Édita Garrido me había mostrado esa misma lomita de tierra. Ella, una aldeana enjuta de tez cetrina, también sobrevivió para echar el cuento. Los paramilitares, dijo, llegaron al pueblo un poco antes de las nueve, disparando en ráfagas y profiriendo insultos. Debajo de su cama, en el piso, donde se hallaba escondida, Édita oyó la algarabía de los bárbaros:

—¡Partida de malparidos: párense firmes, que somos los paracos y vamos a acabar con este pueblo de mierda!

—¡Eso les pasa por ser sapos de la guerrilla! (Salcedo Ramos, 2015, pág. 200).

En este sentido, Édita Garrido da un testimonio mucho más relacionado con los acontecimientos, aportando crudeza al relato, pero dándole veracidad por tratarse de un testimonio de alguien que estuvo allí; asimismo, le da un enfoque de cercanía al lector, es decir, lo aproxima al contexto, al espacio. Con estas descripciones realizadas por los protagonistas, la escenificación tiene el valor agregado de darle rostro y voz a lo que pasó. Desde una perspectiva en primera persona, fundamental para el testimonio, se da un sentido especial, pues el lector, al ser consciente de que esto en

realidad sucedió⁹⁷, se vuelve testigo de la masacre desde la perspectiva de la víctima. Es de este modo que el periodista colombiano consigue transmitir de viva voz lo que padecieron los habitantes de El Salado, y no desde una perspectiva totalmente externa, como lo hicieron algunos estudios históricos al respecto.

- 3) La dimensión espacial: la consigue el autor a partir de su presencia en el lugar de los hechos, aunque no haya sido víctima o protagonista. Esto da un sentido de contexto para el lector, pero no un contexto general donde sólo se menciona la ubicación geográfica de los hechos, sino que el recorrido a pie que realiza Salcedo plantea dos posturas: a) Da un lugar a la historia, es decir, otorga un espacio real a los acontecimientos, esto bajo el estricto sentido de que este existe porque el cronista “está” allí. De tal forma que, más allá de una ubicación en el mapa, el cronista ofrece un testimonio personal de cómo se encuentra el lugar, las condiciones en las que está, la extrema pobreza que existe ahí, lo cual enmarca el relato de la masacre, y b) Aunado a lo anterior, el recorrido sirve como guía de reconstrucción de los hechos, revive la masacre (a partir del discurso) con base en los lugares que se visitan, lo que le da una dimensión especial al relato, ya que cada lugar se convierte en una memoria de lo que aconteció en ese momento histórico.

En los alrededores desolados de este campo de microfútbol apenas hay un par de burros lánguidos que se rascan entre sí las pulgas del espinazo. Sin embargo, es posible imaginar cómo se veían esos espacios aquella mañana del viernes 18 de febrero del año 2000, cuando los indefensos habitantes se encontraban apostados allí por orden de los verdugos (Salcedo Ramos, 2015, pág. 200).

La descripción de los cruentos hechos adquiere una fuerza discursiva especial por el hecho de que el cronista se encuentra en ese espacio. Aquí destaca el uso del verbo “imaginar”, pues es una de las herramientas que el cronista le tiende al lector para impulsar mejor la lectura de la crónica, y de esta manera generar un impacto más fuerte. Así, Salcedo utiliza la dimensión espacial para enfatizar ciertos aspectos de la historia y darle un contexto a la misma, pero con

⁹⁷ Esto considerando que el cronista ya dio un planteamiento histórico de lo sucedido, añadido al hecho de que se trata de un acontecimiento histórico sumamente famoso y estudiado, lo cual da por sentado que se trata de una historia verdadera.

el añadido de que, junto con el trayecto va construyendo su relato, y al mismo tiempo, reconstruyendo la historia de El Salado.

Finalmente, estas dimensiones narrativas van relacionadas con la intencionalidad del periodista colombiano de provocar en el lector una sensación de empatía con las víctimas. Esto sin caer en una descripción cronológica, o en narraciones llenas de aseveraciones por parte del autor que busquen determinar al lector, sino con el uso de un discurso articulado a partir de un recorrido por los lugares y testimonios, el cual logra impactar por la crudeza y lo directo de las descripciones de las acciones de los agresores, así como de las reacciones de las víctimas. En suma, el cronista pone ante los ojos del lector el terror que aconteció en ese lugar.

Una vez expuesta en términos generales la estructura de la crónica, ahora toca desmenuzar el desarrollo de algunos elementos discursivos dentro de la misma. Como se mencionó, la estructura del texto responde al objetivo de poner de manifiesto el terror que vivieron los pobladores de El Salado aquellos trágicos días del año 2000. En este sentido, la crónica abre con un Salcedo Ramos que se encuentra en el lugar de los acontecimientos, un lugar que guarda una memoria oscura.

Contar la masacre

Como se mencionó, la masacre de El Salado se volvió un hecho que trasciende el tiempo por razones que ninguna comunidad quisiera vivir. Para Salcedo Ramos, la masacre de El Salado adquirió relevancia por la sangre que tiñe su historia. Recorrer el Salado es revivir los hechos, es no olvidar que la historia de Colombia también se constituye por el dolor:

Sucede que los asesinos –advierto de pronto, mientras camino frente al árbol donde fue colgada una de las 66 víctimas— nos enseñan a punta de plomo el país que no conocemos ni en los libros de texto ni en los catálogos de turismo (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor*. Crónicas, 2015, pág. 199).

Desde su perspectiva de cronista, el autor cuestiona el discurso de la historia de Colombia. Lanza una interrogante acerca de cómo se conoce el entorno. Sin duda, de entrada, critica la manera que tienen los lectores de conocer el entorno: ¿cuántos lugares son conocidos o relevantes por ser espacios donde la barbarie, la crueldad, la ignominia tuvieron presencia?

La historia de un país, en muchos casos, no es la que plantean los libros de texto o las guías turísticas.

La masacre de El Salado es un ejemplo de que, bajo un discurso oficial, la historia de un país, en este caso Colombia, subyacen otras narrativas, las cuales no tienen mayor referencia que las voces de los testigos:

Porque, dígame usted, y perdone que sea tan crudo, si no fuera por esa masacre, ¿cuántos bogotanos o pastusos sabrían siquiera que en el departamento de Bolívar, en la Costa Caribe de Colombia, hay un pueblo llamado El Salado? Los habitantes de estos sitios pobres y apartados solo son visibles cuando padecen una tragedia. Mueren, luego existen (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 199).

La trascendencia de un lugar se puede alcanzar por los méritos de sus habitantes, por la presencia de personajes ilustres; no obstante, también se logra por ser escenario de las peores acciones que atentan contra el género humano. Aquí se plantea uno de los propósitos de la crónica: la denuncia de un acontecimiento simbólico (simbólico en la medida en que esta masacre es de sobra conocida), pero que, durante los fatídicos años en los que sucedió, no se puede considerar un hecho aislado. Por otro lado, Salcedo Ramos plantea la visibilidad de estos lugares y de sus habitantes, los cuales adquieren relevancia por ser protagonistas de una historia oscura de la Colombia del siglo XX.

Con estas enunciaciones, el autor, sin ser directo, pone en perspectiva la relevancia de recordar anécdotas de estas características: se trata de visibilizar la violencia que sucede en lugares que, por su ubicación geográfica, suelen ser desconocidos. Así, en este caso el discurso cronístico de Salcedo Ramos busca visibilizar, y al mismo tiempo exponer, una realidad alterna. Por medio de distintos recursos retóricos, como la recreación, los testimonios y las descripciones el periodista vuelve palpable un tiempo de crueldad, el cual se reproduce en otros sitios.

El cronista colombiano pone en perspectiva la situación real de El Salado: “No nos engañemos: El Salado es ‘el pueblo de la masacre’, así como San Jacinto es el de las hamacas, Tuchín el de los sombreros vueltiaos y Soledad el de las butifarras” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 203). Con esto, Salcedo Ramos plantea que la violencia es un factor identitario, a tal grado que el yugo de una masacre permanece atado a

un lugar y a sus pobladores. De este modo, las personas involucradas no sólo viven con el recuerdo de los hechos, sino que también cargan con un estigma social.

No obstante, dicho estigma es generalizante, pues no contempla a las víctimas. El anonimato al que son sometidos los afectados es un agregado. Es en este sentido que Salcedo Ramos busca, a partir de su discurso cronístico, darles nombre a algunas de los damnificados. Si bien no son todos, por la limitación de espacio que implica la crónica, al menos da cuenta de las víctimas cuyos casos destacan por la crueldad desmedida:

- 1) Eduardo Novoa Alvis. Se trata de la primera víctima. Destaca que los paramilitares llevaban una lista de nombres y el inicial era Novoa. Por considerarlo como un enemigo, ya que apoyaba al grupo rival, fue sujeto a vejaciones severas: “Le arrancaron las orejas con un cuchillo de carnicería y después le embutieron la cabeza en un costal” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 200).
- 2) Nayibis Osorio. Ella era una de los objetivos principales. Se rumoraba que tenía un romance con un miembro del grupo rival, por lo que también sufrió una violencia desmedida por parte de los paramilitares: “En la lista, después de Novoa Alvis, seguía Nayibis Osorio. La arrastraron prendida por el pelo desde su casa hasta el templo, acusada de ser amante de un comandante guerrillero. La sometieron al escarnio público, la fusilaron. Y a continuación, en el colmo de la sevicia, le clavaron en la vagina una de esas estacas filosas que utilizan los campesinos para ensartar las hojas de tabaco antes de extenderlas al sol” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 200).
- 3) Rosmira Torres Gamarra. Fue otra mujer que también sufrió un ataque cruel. Cabe destacar que los otros pobladores miraban mientras se realizaba esta dinámica de la lista, soportando la tortura psicológica de desconocer su contenido y su orden: “¿A quién le toca el turno?”, preguntó en tono burlón uno de los asesinos, mientras miraba a los aterrados espectadores. El compañero que manejaba la lista le entregó el dato solicitado: Rosmira Torres Gamarra. Separaron a la señora del grupo, le amarraron al cuello una soga y comenzaron a jalarla de un lado al otro, al tiempo que imitaban los gritos de monte característicos de la arriería de ganado en la región” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 201). En este fragmento sobresale

el grado de crueldad ejercido, pues se percibe una completa inhumanidad en los actos. La dignidad de las víctimas fue olvidada y únicamente se presentó una muestra de violencia directa.

- 4) Pedro Torres Montes, Marcos Caro Torres y José Urueta Guzmán. A partir de ellos, las ejecuciones fueron teatralizadas. Se limitaron a fusilar a las víctimas por grupos: “Luego ametrallaron, sucesivamente, a Pedro Torres Montes, a Marcos Caro Torres, a José Urueta Guzmán y a un burro vagabundo que tuvo la desgracia de asomar su hocico por aquel inesperado recodo del infierno” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 201). Para exponer la crueldad desmedida de los “verdugos”, como el autor colombiano los llama, incorpora a su crónica la imagen de la ejecución de un animal. Así, además de presentar la impiedad de los paramilitares hacia las personas, los expone en una inhumanidad de sus actos que abarca a un ser en absoluto involucrado con lo que estaba ocurriendo.
- 5) Hermides Cohen Redondo y Enrique Medina Rico. Una vez terminadas las ejecuciones a los mencionados en la lista, comenzaron las realizadas al azar, siendo los primeros Hermides y Enrique: “Entonces, como al parecer no quedaban más nombres pendientes en la lista, los paramilitares se inventaron un juego de azar perverso para prolongar la pesadilla: pusieron a los habitantes en fila para contarlos en voz alta. La persona a la cual le correspondiera el número 30 —advirtió uno de los verdugos— estiraría la pata. Así mataron a Hermides Cohen Redondo y a Enrique Medina Rico” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 201). En este cruento pasaje Salcedo Ramos vuelve a poner de relieve la crueldad de las acciones, la tortura psicológica hacia las víctimas y la magnitud de los hechos.

Ahora bien, como se mencionó, no se trata de todas las víctimas, pues en junio de 2008 la Fiscalía General de la Nación determinó que fueron más de 100⁹⁸; sin embargo, el cronista les concede un grado de dignidad al otorgarles nombres.

De acuerdo con L. M. Oliveira, la dignidad humana debe entenderse como “un umbral o rango mínimo de bienestar, de capacidades básicas, de bienes primarios” (Oliveira, 2016,

⁹⁸ Cfr. Grupo de Memoria Histórica, *La masacre de El Salado. Esa guerra no era nuestra*, Centro de Memoria Histórica/Taurus/Fundación Semana, Bogotá, 2009.

pág. 76). Así, cuando se deja de lado este rango se le quita la humanidad a una persona y se cae en la contraparte de la dignidad: la humillación, que Oliveira define como: “negar el igual estatus o rango humano de una persona, es excluirla de la humanidad” (Oliveira, 2016, pág. 85). Es en esta dinámica que radica el valor de nombrar a las víctimas.

Sin duda, por las descripciones que Salcedo Ramos realiza de las ejecuciones, se percibe un grado de humillación extremo por parte de los agresores, en el sentido de despojar a las personas de su humanidad. La forma en la que éstas fueron torturadas, tanto las que perdieron la vida como las sobrevivientes, expone de manera clara que los verdugos no los consideran “personas”, sino objetos. Aquí entra una de las funciones del discurso cronístico de Salcedo, la de darle un enfoque “humanizante” a los hechos. Lo anterior siguiendo su postura de ir más allá de las estadísticas. Las personas que perdieron la vida en la masacre corren el riesgo de caer en el olvido; no obstante, el cronista recupera sus identidades, quitándoles el anonimato de una ejecución en masa. De este modo, expone una realidad alterna, la de las víctimas.

Para Salcedo Ramos, lugar y masacre, una vez que sucede ésta, quedan unidos en la memoria. De este modo, durante el trayecto que realiza reviviendo los hechos destaca el monumento a las víctimas:

Hemos llegado por fin al monumento erigido en honor a las personas acribilladas. En el centro del redondel donde yacen las osamentas, se levanta una enorme cruz de cemento. La pusieron allí como el típico símbolo de la misericordia cristiana, pero en la práctica, como no hay a la entrada de El Salado ningún cartel de bienvenida, esta cruz es la señal que le indica al forastero dónde se encuentra el mojón que demarca el territorio del pueblo (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 203).

Sin duda, la manera en la que fueron asesinados los miembros de la comunidad de El Salado pone en duda la practicidad de un símbolo religioso; sin embargo, para efectos geográficos, éste sirve como demarcación del lugar. Salcedo hace hincapié en este aspecto para exponer la fuerte relación que guarda la masacre con la comunidad. Si bien puede ser un aspecto azaroso, dentro del discurso adquiere un valor simbólico, que sustenta la tesis planteada a lo largo del texto: los lugares son relevantes por las tragedias que vivieron.

El escritor mexicano Sergio González Rodríguez, en su ensayo *Campo de guerra*, plantea esto de la manera siguiente: “La dislocación territorial ha traído consigo otra cartografía movediza que poco tiene que ver con los mapas tradicionales” (González, 2014, pág. 15). Si bien González Rodríguez hace referencia a la situación que vive México, la teoría del “mapa posnacional” aplica también para Colombia, ya que la violencia en un fenómeno universal, y sus dinámicas se replican en distintos ámbitos⁹⁹. De hecho, el mismo Salcedo Ramos lo esboza:

Porque en muchas regiones olvidadas de Colombia, fíjese usted, los límites geográficos no son trazados por la cartografía sino por la barbarie. Al distinguir los nombres labrados en las lápidas con caligrafía primorosa, soy consciente de que camino por entre las tumbas de compatriotas a quienes ya no podré ver vivos. Habitantes de un país terriblemente injusto que solo reconoce a su gente humilde cuando está enterrada en una fosa (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 203).

Por lo anterior, el discurso de Salcedo Ramos adquiere otra cualidad: la de dar valor al lugar de los hechos, pues para los lugareños este sitio era su hogar. Después de la tragedia, se llevó a cabo un éxodo derivado del miedo; no obstante, varios habitantes de El Salado regresaron a poblar nuevamente el lugar, y a tratar de reconstruirlo lo más parecido posible a lo que era antes de la masacre. Evidentemente eso resulta imposible, sin embargo, es posible dimensionar el valor que para varios de los que regresaron tiene su tierra natal.

Finalmente, el cronista colombiano pone énfasis en reconocer tanto a las víctimas como a la población misma. Al visitar ese lugar y recorrer sus caminos, a la vez que recordar a las víctimas, lleva su discurso más allá de un efectismo sustentado en la descripción de imágenes violentas. Estos son dos de los valores que destacan en la propuesta discursiva del colombiano. Ahora bien, otro factor importante en el que se apoya es darle voz a los miembros de la comunidad.

⁹⁹ De hecho, González Rodríguez retoma esta idea de la escritora española Estrella de Diego. Así lo plantea este autor en una nota que incluye en su obra: “La objetivación-subjetivación del territorio y los mapas bajo escenarios bélicos evocan mapas subjetivos que ideó el pensamiento vanguardista a lo largo del siglo XX, del surrealismo al situacionismo. Cfr. Estrella de Diego, *Contra el mapa*, Madrid, Siruela, 2008, 103 pp.” (González Rodríguez, 2014, pág. 135).

Las voces del dolor

A la par que Alberto Salcedo Ramos utiliza los aspectos antes mencionados para configurar su propuesta discursiva, también se apoya en la voz de los testigos de la masacre. El testimonio es un recurso que el escritor colombiano usa para que la narración de los hechos tenga un elemento de veracidad, y también para reconstruir los hechos de forma mucho más directa. Como Salcedo Ramos no estuvo presente en la masacre, le es imposible contar los acontecimientos desde una perspectiva de testigo; no obstante, eso no representa una limitante para abordar la historia.

De este modo, el periodista utiliza testimonios en distintos puntos de la narración con el fin de que ésta tenga veracidad para el lector. Al inicio presenta a José Manuel Montes, un lugareño que lo acompaña durante el recorrido a manera de guía:

José Manuel Montes, mi guía, un campesino rollizo y taciturno que se ha pasado la vida sembrando tabaco, asiente con la cabeza. Cae la tarde del sábado, empieza la sonata de las cigarras. El sol ya se ocultó pero su fogaje permanece concentrado en el aire. Mi acompañante cuenta entonces que en este punto en el que estamos ahora, más o menos aquí, en la mitad de la cancha, los paramilitares torturaron a Eduardo Novoa Alvis, la primera de sus víctimas (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 199).

De José Manuel Montes no hay mucha información, en varios medios sólo se refieren a él como “un campesino de la región”¹⁰⁰. Se puede deducir, por el grado de detalle con el que describe los acontecimientos, que se trata de un sobreviviente de la masacre, aunque por la falta de referencias es imposible afirmarlo categóricamente. Montes es quien da fe de que Salcedo Ramos visitó el lugar de la masacre. Va señalando los lugares donde sucedieron los crueles actos, y reconstruyendo los hechos a partir de su voz:

—Casi toda la gente estaba sentada en ese costado —dice Montes, mientras señala un montículo de arena parda que se encuentra perpendicular a la iglesia, a unos veinte metros de distancia. [...] Ahora, José Manuel Montes me explica que la mortandad de la cancha era apenas una parte del desastre (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, págs. 201-202).

El cronista utiliza la voz de Montes para reedificar la masacre y, al mismo tiempo, para probar que estuvo en el lugar. El testimonio, en este caso, ayuda a sustentar su trayecto y a reforzar su enfoque humano. Asimismo, también sirve para fortalecer su tesis, pues en uno de sus diálogos sostiene que:

¹⁰⁰ Cfr. <https://www.mincultura.gov.co/prensa/noticias/Paginas/La-Universidad-de-Artes-de-Z%C3%BCrich-apuesta-por-los-Montes-de-Maria.aspx>

Le reitero a José Manuel Montes que mi visita se debe a la matazón cometida por los paramilitares. Si no se hubiese presentado ese hecho infame, seguramente yo andaría ahora perdiendo el tiempo frente a las vitrinas de un centro comercial en Bogotá, o extraviado en una siesta indolente (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 202).

De esta forma el escritor reitera que su presencia en El Salado responde a la masacre, pues, de lo contrario, jamás la hubiera llevado a cabo.

Por otro lado, al momento en que Salcedo reconstruye los acontecimientos de los días de la masacre, no sólo se apoya en Montes, sino que recupera la voz de Édita Garrido, una sobreviviente, quien se escondió en una cama y por eso sabe lo que pasó, pero no fue una víctima. La describe así: “Ella, una aldeana enjuta de tez cetrina, también sobrevivió para echar el cuento” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 200). “Echar el cuento” es una expresión coloquial para referir a que puede narrar los acontecimientos. Así, el testimonio de Édita Garrido es otro de los que Salcedo Ramos recupera para construir su crónica:

Los paramilitares, dijo, llegaron al pueblo un poco antes de las nueve, disparando en ráfagas y profiriendo insultos. Debajo de su cama, en el piso, donde se hallaba escondida, Édita oyó la algarabía de los bárbaros:

—¡Partida de malparidos: párense firmes, que somos los paracos y vamos a acabar con este pueblo de mierda!

—¡Eso les pasa por ser sapos de la guerrilla!

En seguida arrancaron a los pobladores de sus casas y los condujeron como borregos de sacrificio hacia la cancha (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 200).

El testimonio de la mujer es una referencia importante en la construcción discursiva de Salcedo. Gracias a sus palabras no sólo se establecen los hechos, sino que también se puede reconstruir el contexto. Se recuperan las expresiones de los paramilitares, así como el miedo que vivió en esos momentos. Apoyado por una escenificación, el testimonio de Édita, una de las que volvieron después de la masacre a El Salado, propone una perspectiva más profunda y detallada de lo ocurrido. No sólo de la masacre, sino después, ya que al parecer su esposo ayudó a los trabajos de limpieza de la zona: “—Mi marido —dijo Édita Garrido esta mañana— ayudó a cargar uno de esos cadáveres, y cuando terminó tenía las manos llenas de pellejo podrido” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 202).

Desde la focalización de Édita, la perspectiva de la crónica logra *poner ante los ojos* del lector lo sucedido en ese momento. Lo anterior sustentado en las expresiones que utiliza para

referir los hechos: “como borregos de sacrificio” o “tenía las manos llenas de pellejo podrido”. Por su crudeza, estas expresiones adquieren un valor simbólico dentro del discurso, pues son la manera en que las víctimas pueden transmitir lo que vivieron. Sin ser grandes figuras retóricas, estas declaraciones logran transmitir lo que sucedió en esos días aciagos, o por lo menos ofrecer una perspectiva al respecto. Salcedo las transcribe con la intención de darle al lector un panorama completo de los acontecimientos.

Édita Garrido regresó luego del éxodo obligado. Cuando el cronista colombiano cambia de perspectiva y muestra el panorama de El Salado en un contexto contemporáneo, la descripción comienza con la siguiente frase: “Édita Garrido pela yucas con un cuchillo de punta roma. Eusebia Castro machaca panela con un martillo” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 202). Para plantear lo que significó el regreso, Salcedo Ramos se apoya en el testimonio de Oswaldo Torres. Él fue un sobreviviente a la masacre, y uno de los que regresó a El Salado tiempo después. Salcedo Ramos platica con él sobre lo que significó volver ahí:

Torres recuerda que cuando ocurrió la masacre, en febrero de 2000, todos los habitantes se marcharon de El Salado. No se quedaron ni los perros, dice. Pues bien: él, Torres, fue una de las 120 personas —100 hombres y 20 mujeres— que encabezaron el retorno a su tierra, en noviembre del año 2002. Cuando llegaron —cuenta— El Salado se hallaba extraviado bajo un bosque de más de dos metros de alto (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 205).

Enfrentar las condiciones climáticas fue sólo una parte de su regreso. También debieron combatir la soledad, el miedo, el dolor, la ausencia. Así lo plantea el mismo Torres en este fragmento donde interviene la narración del autor:

Cualquier visitante desprevenido pensaría que se encuentra en un pueblo donde la gente vive su vida cotidiana de manera normal. Y hasta cierto punto es así. Sin embargo —me advierte Oswaldo Torres— tanto él como sus paisanos saben que, después de la masacre, nada ha vuelto a ser como en el pasado (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 205).

Es gracias al testimonio de Torres que se conocen todas las desavenencias que implica el retorno a un lugar como El Salado:

Dormían apretujados en cinco casas contiguas del Barrio Arriba, pues temían que los bárbaros regresaran. Reunidos —decían— serían menos vulnerables. Su consigna era que quien quisiera matarlos, tendría que matarlos juntos. Tan grande era el miedo en aquellos primeros días del retorno que algunos dormían con los zapatos puestos, listos para correr de madrugada en caso de que fuera necesario (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 206).

Salcedo Ramos pone un énfasis especial en estas narrativas. Para su propuesta discursiva, no sólo debe relatar lo que aconteció en esos fatídicos días de febrero, sino también exponer el regreso al lugar. Derivado de esto, su crónica va más allá de los muchos testimonios y reportes de la masacre, los cuales se limitan a contar cronológicamente lo que pasó. Sin duda, el enfoque otorgado al regreso de algunos habitantes del lugar y a la situación actual (de la escritura de la crónica en 2009) es uno de los principales aportes que hace el autor colombiano para abordar la historia de El Salado.

El cronista también propone la perspectiva de otro lugareño, Hugo Montes, cuyo testimonio, aunque breve y con frases veladas, abona a la perspectiva que el autor quiere mostrar, las causas que ocasionaron la masacre:

Hugo Montes, un campesino que ni siquiera terminó la educación primaria me explicó el asunto, anoche, con un brochazo del sentido común que les heredó a sus antepasados indígenas. —Es que donde hay tanta gente, nunca falta el que mete la pata. En seguida encogió los hombros, me miró a los ojos y me retó con una pregunta: —¿Y qué podíamos hacer los demás, compa, qué podíamos hacer? —Lo único que podíamos hacer —responde Torres ahora— era pagar los platos rotos. Su respiración es afanosa porque vamos subiendo una senda empinada. De pronto, mira hacia el cielo como si suplicara clemencia, pero en realidad —según me dice, jadeante— está inquieto por un nubarrón que parece a punto de romperse encima de nuestras cabezas (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, págs. 206-207).

De este fragmento sobresalen dos aspectos. De entrada, ante el cuestionamiento de Salcedo sobre si cree que alguien tiene contacto con paramilitares, Hugo Montes asume una postura de aceptación. Por otro lado, en un ejercicio estilístico de Salcedo, ante una pregunta que le hace Hugo Montes, ésta es respondida por el propio lugareño. Aquí, esta breve interrupción de la focalización del cronista permite un acercamiento a las propias voces de la gente de El Salado.

Finalmente, para exponer la situación de la región en el periodo de la visita de Salcedo —la cual no ha cambiado mucho de acuerdo con los reportes oficiales— se presenta el caso de Mayolis Mena Palencia, una joven de 23 años que sufrió un accidente y, ante la falta de servicios de salud, su situación no mejora:

Mayolis Mena Palencia tiene 23 años. Está sentada, adolorida, en un taburete de cuero. Ayer, después del tremendo aguacero que cayó en El Salado, resbaló en el patio fangoso de la casa y cayó de bruces contra un peñasco. Perdió el bebé de tres meses que tenía en el vientre. Y ahora dice que todavía sangra, pero que en el pueblo, desde los tiempos de la

masacre, no hay ni puesto de salud ni médico permanente (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 209).

Mayolis es la muestra evidente de que la situación en El Salado, lejos de mejorar, empeora. La mujer es víctima a la distancia, quizás no de una violencia directa como la que aconteció en el año 2000, pero sí de un abandono por parte del Estado, un abandono que daña a los pobladores del lugar, una violencia permanente a la que se enfrentan.

La violencia que nunca se fue

Según la propuesta de Salcedo Ramos, el fenómeno de la violencia en El Salado es permanente. Se trata de una masacre que incluso en tiempos recientes todavía tiene repercusión. A partir de las descripciones que hace el cronista colombiano, se logra vislumbrar de cierta forma el grado de crueldad del que fueron víctimas los habitantes: “Le arrancaron las orejas con un cuchillo de carnicería y después le embutieron la cabeza en un costal” (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 199). Esto en relación con las violentas ejecuciones, pero no se puede pasar por alto la tortura psicológica que sufrieron los testigos:

Uno de los paramilitares amenazó a la muchedumbre: el que lllore será desfigurado a tiros. Otro levantó su arma por el aire como una bandera y prometió que no se iría de El Salado sin volarle los sesos a alguien. “Díganme cuál es el que me toca a mí, díganme cuál es el que me toca a mí”, repetía, mientras caminaba por entre el gentío con las ínfulas de un guapetón de cine (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 201).

Las descripciones y los testimonios presentados por el autor funcionan de tal forma que se reconstruye la violencia vívidamente, de manera que el lector pueda vislumbrar el sufrimiento al que estuvieron expuestos los habitantes de El Salado esos infaustos días de febrero. Y no sólo ellos, sino también los lugareños de la periferia:

El país ha conocido después —gracias a los familiares de las víctimas, a las confesiones de los verdugos y al copioso archivo de la prensa— los pormenores de la masacre. Fue consumada por 300 hombres armados que portaban brazaletes de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Los paramilitares comenzaron a acordonar el área desde el miércoles 16 de febrero de 2000. Mientras estrechaban el cerco sobre El Salado, se dedicaron a asesinar a los campesinos que transitaban inermes por las veredas. No los mataban a bala sino a golpes de martillo en la cabeza, para evitar ruidos que alertaran a los desprevenidos

habitantes que se encontraban aún en el pueblo (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 202).

Estos acontecimientos son una muestra de los alcances a los que llegó la violencia en Colombia. Desde los años setenta, la violencia se recrudeció en ese país. Gracias al auge de los paramilitares y al inicio del narcotráfico a gran escala, buena parte de la población se vio afectada por actos de similar envergadura. La masacre en El Salado se volvió representativa de la falta de control por parte del Estado para atender estos hechos. Quizás, como apunta el mismo Salcedo Ramos, esta masacre haya adquirido relevancia por su grado de barbarie; sin embargo, no fue la única.

En referencia al caso mexicano —que por la similitud en algunos de sus procesos puede aplicar a lo ocurrido en Colombia, dada la condición universal de esta teoría—, Sergio González Rodríguez habla del “an-Estado”, es decir, una ausencia de Estado: “Teoría del an-Estado: [...] Un Estado que simula legalidad y legitimidad, al mismo tiempo construye un an-Estado (del prefijo “an” la privación y negación del mismo” (González Rodríguez, 2014, pág. 24). Básicamente el autor refiere a la ausencia de un Estado que proteja a la población. El Salado es un claro ejemplo de esto, pues durante la masacre no hubo apoyo gubernamental, de allí que el grado de crueldad creciera de modo exponencial, y del mismo modo, el abandono en el que se tiene a la población del lugar en tiempos recientes.

El caso de Mayolis Mena Palencia es simbólico. Demuestra que El Salado se encuentra en un permanente estado de abandono, y que garantías fundamentales como el derecho a la salud no existen ahí. A la par, la falta de educación, como lo muestra Hugo Montes en su momento, no hace sino mermar la calidad de vida de los pobladores. Así, un discurso como el de Alberto Salcedo Ramos, donde se denuncia la permanente violencia estructural, es fundamental para el acercamiento a estas historias, para que no pasen inadvertidas, para que no se pierdan en el olvido y quizá, a través de la memoria que da el testimonio, conduzcan a pensar en la profunda necesidad de paz.

4.2.3 Miradas de la violencia: Un análisis de “Un país de mutilados”

La violencia es un fenómeno universal. Todos la padecen y la ejercen en mayor o menor medida. En la dinámica en que se presenta se puede ser víctima, victimario o testigo, lo que en ocasiones pasa desapercibido por el grado de normalización de la misma. Así, ante hechos o situaciones que vulneren a una persona, o un sector de la población, la manera en la que se acerca a esta dinámica depende del grado de conocimiento, de la empatía que se haya adquirido y de profundidad en el análisis de la realidad social.

Lo anterior luce como una aseveración sobre un nivel de indiferencia por parte de una sociedad, sin embargo, se trata de una dinámica más compleja. Si se siguen las categorías de Galtung de la violencia, se percibe que la misma se manifiesta en formas que van de las más visibles (directa) hasta algunas de difícil percepción (cultural y estructural). Esto bajo la idea de que, para Galtung, la violencia se entiende como “[...] como afrontas evitables a las necesidades humanas básicas, y más globalmente contra la vida, que rebajan el nivel real de la satisfacción de las necesidades por debajo de lo que es potencialmente posible” (Galtung, *Violencia cultural*, 2003, pág. 9). De este modo, la violencia adquiere matices en su naturaleza que interfieren en un acercamiento completo al fenómeno. Asimismo, dicho proceso resta humanidad a las víctimas, pues varias de las formas en las que se presenta denigran a los afectados en distintas formas: por el contexto, la violencia directa (si la hay), el Estado o las instituciones (dependiendo de la legislación del país), entre otras.

Ante este panorama, ¿cuál es la manera de acercarse e interpretar esta realidad sin restar el factor humano a las víctimas? De esta manera surgen discursos como el periodismo y la literatura. Del primero, hay géneros que representan la realidad de manera inmediata como la noticia, el reportaje, pero sin profundizar en las historias ni en los protagonistas de las mismas. Por otro lado, el segundo, a pesar de que puede estar basada en hechos reales, tiene un componente ficcional que no se puede pasar por alto¹⁰¹; no obstante, dentro de sus características sí se puede hablar de una profundización en los personajes.

En este sentido, vale la pena pensar en un discurso que pueda comulgar ambas particularidades: la veracidad y la humanización. Frente a esta circunstancia, la crónica

¹⁰¹ Esto considerando géneros como el cuento, la novela o el teatro.

adquiere una relevancia fundamental para llenar este vacío. Se trata de un género híbrido, más próximo al periodismo, pero con un fuerte compromiso con la humanización y profundización de sus personajes y sus historias¹⁰². Representa la realidad desde una perspectiva comprometida con la veracidad que demanda el periodismo, lo que es una característica de la cuál no se puede desvincular; no obstante, con la posibilidad de enfocar la realidad descrita con un estilo estético, de desarrollar mejor la historia, y presentar a sus protagonistas más próxima, además de darles voz, nombre, en lugar de representarlos como estadísticas. Esto depende en gran medida del estilo del cronista; sin embargo, dichas particularidades se encuentran en el género.

Bajo esta tesitura, una crónica como “Un país de mutilados” del cronista colombiano Alberto Salcedo Ramos adquiere una relevancia fundamental ya que, dentro de su propuesta discursiva, propone diversas perspectivas de la violencia en Colombia, particularmente el caso de las minas antipersonales. Dicha crónica fue publicada en la revista *SoHo* en 2008; posteriormente, sería reconocida con el Premio nacional de Periodismo Simón Bolívar (Colombia, 2009) y el Premio a la excelencia de la sociedad Interamericana de Prensa, en la modalidad de cobertura noticiosa (2009). Sin duda, se trata de una de las crónicas donde Salcedo mejor expone la denuncia a las condiciones en las que viven diversos sectores rurales de la población, un tema recurrente en otras de sus crónicas.

A través de testimonios, recreaciones y algunos datos, Salcedo configura la imagen de las víctimas de las minas antipersonales en Colombia, las cuales son particularmente pobladores de zonas de la periferia, con condiciones relacionadas a la falta de recursos, así como un analfabetismo generalizado. Esto adquirirá dimensión cuando se contraste con los accidentes ocasionados por las minas. No obstante, Salcedo presenta otras perspectivas dentro de su relato. La primera tiene que ver con la mirada del cronista: ¿cómo se acerca a las historias?, ¿cómo interpreta los datos? Dentro de su propuesta, Salcedo va incorporando cifras y estadísticas sobre las minas, a las cuales también realiza una crítica por ser frías y no reflejar el dolor de las personas. Por otro lado, se puede distinguir otra perspectiva un poco más

¹⁰² Correa Soto menciona: “Los cronistas con estirpe tienen claro que su reto es presentar una imagen de su época y por eso buscan plasmar los acontecimientos y los actores de sus historias sin coartar ninguno de los recursos que la escritura creativa les pueda ofrecer” (Correa-Soto & Mondragón, 2015, pág. 187)

cercana al lector: la social. Esta última se expone en dos vertientes: la de la comunidad y la imagen de las instituciones y del Estado. Ambos sectores entran en la dinámica social y cultural sobre el trato que reciben las víctimas, así como la forma en la que ejercen la violencia en contra de los afectados.

La crónica cuenta la desventura que han sufrido, por los estragos de las minas, dos familias. Desde el martirio del acontecimiento, hasta el completo calvario que representó buscar justicia, y el desprecio de algunas personas por tener la condición de desplazados y/o mutilados en el medio de la ciudad. Del mismo modo, plantea el contexto en el que conviven habitantes de estas zonas con los artefactos explosivos, y describe el miedo constante de los lugareños a ser parte de una estadística. Así, Salcedo construye un relato donde se advierten distintas formas de violencia, entre otros aspectos de la realidad colombiana.

En el relato de “Un país de mutilados”, Alberto Salcedo Ramos describe un escenario abyecto que viven y padecen muchos colombianos, la forma en la que lo enfrentan, la percepción social y del Estado, y la perspectiva de un cronista que se interna en estos intrincados caminos para denunciar una realidad presente, pero que pasa inadvertida por ser un fenómeno que tiene sus raíces en la cultura.

La mirada del cronista

La crónica presenta diversas perspectivas del fenómeno de las minas antipersonales en Colombia. Se trata una situación que no solo afecta al país cafetalero, sino que afecta a nivel mundial.¹⁰³ Es una de las formas de estrategia militar más populares por su bajo costo,¹⁰⁴ no obstante, su poder destructivo, así como el daño que provocan son considerables. De este modo, las minas antipersonales, o “quiebrapatatas” como coloquialmente les dicen, se ha convertido en un problema mayúsculo en la sociedad colombiana. Asimismo, es un problema que destapa otros factores de las comunidades afectadas: analfabetismo, abandono de las

¹⁰³ En 2003, Gloria Isabel Hernández Díaz señaló lo siguiente: “[...] la UNICEF ha planteado que son 68 los países que se encuentran amenazados por el peligro inminente de las minas; uso que para el caso de Colombia ha aumentado significativamente por parte de los actores del Conflicto Armado” (Díaz & Isabel, 2003, pág. 2).

¹⁰⁴ Hernández Díaz apunta: “[...] se ha estimado que una mina de fabricación artesanal no sobrepasa los 3 dólares, en dinero colombiano los \$10.000, tanto así que ha sido considerada como el arma de los pobres, mientras que su desactivación exige que la cifra se supere en un 500%” (Díaz & Isabel, 2003, pág. 2)

autoridades y estigmas sociales son sólo algunos. Por ello, el relato de Salcedo se convierte en una muestra de diversas formas de la violencia, pues parte de una problemática visible para exponer otras circunstancias.

Estos artefactos poseen rasgos particulares respecto a otras formas de violencia en los conflictos armados. De acuerdo con Ruiz Romero y Castaño Zapata, las minas antipersonales presentan las siguientes:

Las minas antipersonal (MAP) como arma de guerra tienen tres particularidades fundamentales: la primera y más importante es que se trata de armas explosivas que son activadas por la propia víctima; la segunda, la diacronía existente entre su instalación y su activación, pues el tiempo que puede transcurrir entre el momento en que un perpetrador instala estos artefactos y el instante en que una persona la activa (convirtiéndose así en su víctima) puede ser incluso de años; la tercera —consecuencia de la anterior—, es su alto efecto indiscriminado (Ruiz Romero & Castaño Zapata, 2019, pág. 112).

Cómo se puede ver, estos explosivos son formas de la barbarie pues su violencia es indiscriminada por completo. Es su funcionamiento se percibe un comportamiento inhumano por parte de quienes las instalan, pues a todas luces se convierten en una amenaza permanente, hasta su activación, lo que no le garantiza que la víctima sea uno de los soldados o paramilitares (objetivo primordial), sino que apela a un factor azaroso en su ejecución.

En este sentido, las minas antipersonales tienen la característica del factor sorpresa, lo que puede ser una ventaja en un conflicto armado, pero con la crueldad de afectar a la población civil. Esto último las ha convertido en un problema de salud pública. Sin duda, cuando se presentan daños a civiles, no existe justificación alguna para su uso, además de contar, entre el número de víctimas, a un gran porcentaje de niños afectados. Hernández Díaz, en 2003, lo planteaba así:

[...] el 13 % de las víctimas corresponde a soldados, el resto a personal civil, especialmente campesinos, población humilde que se dedica a cultivar la tierra. Publicación que como otras también ha confirmado que siguen siendo los niños los más afectados (40%); quienes se acercan a los artefactos, movidos por su ingenuidad, utensilios atractivos para su mundo, quienes pensando que son un juguete se encuentran con una explosión que les genera secuelas físicas y emocionales de por vida (Díaz & Isabel, 2003, pág. 2).

Estas son cifras de la fecha en las que suceden las historias que Salcedo Ramos cuenta en su crónica; no obstante, para 2019, de acuerdo con Comité Internacional de la Cruz Roja, se

registraron 352 víctimas de estos artefactos explosivos entre las que se encuentran 159 civiles¹⁰⁵.

Ante un escenario tan brutal, con consecuencias permanentes que todavía, al momento en que esto se redacta, tienen presencia en la sociedad colombiana, surge la pregunta sobre cómo abordar estos casos sin caer en una frialdad de las cifras y estadísticas, en los análisis descriptivos, en las noticias que sólo dan cuenta del número de fallecidos, formas que condenan a la víctima al anonimato. Sin duda, esta es una empresa que exige empatía, respeto y un acercamiento a las víctimas más próximo.

Salcedo Ramos ha cimentado una carrera dentro del periodismo narrativo en Colombia y en el mundo. Gran parte de su reconocimiento se debe a la manera en la que aborda las historias, a la manera en la que describe a los protagonistas, y el acercamiento de los contextos. Bajo el principio de “Dar un rostro humano a la noticia”¹⁰⁶, el colombiano ha construido un estilo en la crónica el cual se encuentra alejado de la frialdad de las cifras y de lo generalizante de las notas de los diarios.

¿Cómo abordar estas historias?

Pues bien, la primera forma de abordar un tema tan delicado como este es desde una perspectiva de respeto a las víctimas. Lo anterior va desde no tomarlos como una especie de excentricidad de la naturaleza (por sus deformaciones), no lucrar con su situación, hasta darles nombre y voz (y no tomarlo como un número o una estadística), entre otras. Lo anterior luce como una situación básica de principio de convivencia y dignidad en una sociedad; no obstante, esto no sucede en todos los casos.

¹⁰⁵ Cfr con *Vivir sin miedo, una deuda pendiente para Colombia* en <https://www.icrc.org/es/document/vivir-sin-miedo-una-deuda-pendiente-para-colombia>. Asimismo, el periodista Richard Hernández, de Radio Nacional de Colombia, apunta que: “En el primer semestre de 2020, se registraron 181 víctimas de artefactos explosivos en el país, entre los que se encuentran: minas antipersonales, artefactos explosivos de detonación y artefactos explosivos lanzados, según reveló el Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR). De esta cifra, 27 personas fallecieron y 154 sobrevivieron. El organismo indicó que 126 de los afectados por este flagelo corresponden a civiles, lo que representa el 69 % del total, entre los que identificó a 17 menores de edad. Según el CICR, 55 víctimas eran combatientes: 45 miembros de la Fuerza Pública y 10 de grupos armados ilegales”, en “Víctimas de minas antipersonal en Colombia: ¿cuál es el panorama actual?” en <https://www.radionacional.co/noticia/actualidad/minas-antipersonal-2020>. Se tratan de las últimas cifras disponibles en este aspecto.

¹⁰⁶ Cfr. con (Salcedo Ramos, *La crónica: el rostro humano de la noticia*, 2011).

Si bien Salcedo Ramos se apoya del discurso de las estadísticas oficiales, elemento fundamental para una investigación objetiva, también ofrece una interpretación de las mismas al interior de la crónica:

En este sector principia el oriente de Antioquia, la región colombiana más vulnerada por las minas antipersonales. Desde 1990 hasta el primero de diciembre de 2007, se han presentado en el área 2.368 accidentes, que han dejado 1.520 víctimas —casi la cuarta parte del total registrado en el país—. 281 de ellas murieron en el momento de la explosión. Las otras personas, entre las cuales hay casi 200 niños, quedaron condenadas a soportar durante el resto de sus vidas los traumas físicos y psicológicos más crueles: órganos cercenados, parálisis, rostros deformados por las quemaduras, cicatrices atroces, ojos descuajados, pánico, depresión, irritabilidad, derrumbe de la autoestima. Algunos sobrevivientes somatizaron su angustia y se volvieron enfermizos: empezaron a padecer arritmia cardíaca, dolencias estomacales, alteraciones en la piel, náuseas. Otros se aislaron del mundo. Casi todos son campesinos humildes que, después del percance, abandonaron sus parcelas y emprendieron un éxodo doloroso en busca de auxilio. Se convirtieron así en parte de los tres millones de desplazados menesterosos que, según la Agencia de las Naciones Unidas Para los Refugiados —Acnur—, ha generado el conflicto en Colombia (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, págs. 215-216).

De esta forma, el colombiano establece un contexto para las historias que va a narrar más adelante; sin embargo, también plantea algunas de las consecuencias, tanto físicas como psicológicas, que sufren las víctimas de las minas antipersonales. Es aquí, aunque todavía de manera velada, que el autor pone un énfasis en el dolor que padecen, y no sólo en considerarlos dentro de la numeraria oficial.

Asimismo, el cronista ejerce una crítica a este discurso carente de humanidad, ya que las estadísticas pueden darnos una perspectiva del tamaño del problema, pero si no se interpretan, o al menos se establece un referente cercano, lo anterior no sucede. Esto es lo que justamente hace Salcedo:

¿Qué son 6.637¹⁰⁷ cristianos reducidos a un diagrama de barras? Un simple guarismo en una hoja de cálculo. Sin embargo, si apeláramos a ciertas comparaciones, los áridos números nos servirían para establecer la magnitud del problema. Con esos damnificados se podría fundar una villa casi tan habitada como el famoso balneario de Punta del Este y seis veces más poblada que Ciudad del Vaticano. También se podrían llenar hasta el tope 22 salas de cine con capacidad para 300 espectadores. Si viéramos a las víctimas en carne y hueso, juntas en un espacio único, advertiríamos que son una multitud. Y así, la cifra escueta que ahora tengo frente a mis ojos, resaltada con tinta verde, parecería más dramática. Si esa situación imaginaria se

¹⁰⁷ Este dato lo aclara Salcedo Ramos líneas antes: “Los municipios perjudicados son 679, que equivalen al 60 por ciento del territorio nacional. Desde el año 2005 se presentan, en promedio, tres víctimas diarias, entre muertos, heridos y mutilados. De 1990 a 2007 se han registrado, en total, 6.637 mártires. Esta última cifra posiblemente se queda corta, pues muchos casos no son reportados, a veces por negligencia o por ignorancia de los afectados, y a veces por el aislamiento de los lugares donde ocurren los accidentes” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 216).

materializara, si cerráramos los ojos durante un tiempo y al abrirlos nos encontráramos en un coliseo ocupado por 6.637 lisiados de guerra, lo que más nos impresionaría sería, justamente, la abultada cantidad. Luego nos asombraría lo insólito de la reunión (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 217).

De este modo, al establecer referentes como el Vaticano, se logra dimensionar el problema en toda su magnitud. Por otro lado, este ejercicio de imaginar a todas las personas afectadas por esta terrible situación, también se puede vislumbrar la cantidad de dolor junta. Esto último no se puede medir en las estadísticas, sino apelando a una humanidad del lector. Es así que Salcedo, con estos ejemplos, expone las diferencias entre la crónica y los reportes, ya que va más allá de los mismos.

Ahora bien, su profundización no se queda en criticar un discurso como el estadístico, sino que va más allá, pues, a través de los testimonios, se conoce las tragedias de Claudia Ocampo o de Manuel Ceballos, así como de sus familiares y amigos. Sin embargo, también se conoce más de ellos, desde el sueño de Claudia de convertirse en cantante, y la manera particular, a partir de refranes, de entender la vida de Ceballos; sirva esto para señalar que Alberto Salcedo Ramos lleva más allá de la información de la tragedia las historias de sus protagonistas.

En términos generales, el cronista colombiano, a lo largo de su relato, pone un énfasis al dolor de las víctimas, así como a las acciones de los agresores directos:

...pienso que es muy bellaco mimetizar una bomba entre matorrales o disfrazarla con tierra, y más cuando se trata de lugares por donde transitan civiles inocentes, incluidos menores de edad. El propósito, está claro, es evitar que los caminantes se prevengan, atacarlos por sorpresa. Acaso lo más execrable del método es, precisamente, su marrullería, porque asalta la confianza necesaria para la supervivencia de las comunidades. Es como una humillación que se le añade al dolor y lo recrudece, como un escupitajo en el ánimo de la gente. Con sus bombas, el agresor mutila físicamente a la víctima. Con su engaño, le quebranta la psiquis (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 219).

Aquí habla de dolor y la humillación que representa ser víctima de una mina. Más allá de los conflictos, lo que Ramos establece es que no hay, bajo ninguna forma de guerra o conflicto, alguna razón que justifique este tipo de ataques. Describiendo este actuar de los agresores prácticamente como terrorismo, sitúa también la perspectiva en la mentalidad de los agravados, situación que muchas veces pasa desapercibido por las instituciones.

De esta forma, resulta necesario que un discurso como el de la crónica sirva para exponer varias de las condiciones en las que viven las personas que padecen cualquier tipo de violencia. En este caso, al hablar de las minas antipersonales, destaca que exista un abandono por parte de las autoridades en estas terribles tragedias, lo que significa un tipo de violencia

en sí mismo. Parece que no sólo son afectados por las minas antipersonales, sino que también sufren violencia posterior. Viven con la secuelas físicas, emocionales y también estructurales. Así, la crónica además de servir como un escaparate para conocer las historias de estas víctimas de un conflicto en los que, en su mayoría, no participaron; humanizarlos en la medida de lo posible, pues después de pasar por este trauma, muchos de ellos pierden su condición ser humano al negarles un nombre y una historia, se vuelven parte de la estadística, la cual, dentro de su frialdad, lo deja fuera de una sociedad. Asimismo, varios, por las mutilaciones que sufren después de estos terribles accidentes, son vistos con ciertos recelos por parte de la sociedad colombiana, pues deben recurrir a la mendicidad, entre otras formas de vida, ya que no son considerados para trabajos formales.

Tal parece que, no suficiente con la tragedia que cargan, llevan a costas el estigma. Salcedo, así, presenta un panorama desolador en muchos sentidos. De entrada, se trata de una situación que, si se analiza en los términos humanistas, carece de empatía por parte de esos sectores. De este modo, puede lucir cruel exponer este tipo de formas de vida; sin embargo, el periodismo, como se ha mencionado, tiene un compromiso con la realidad, y no falsearla, así, cabría la reflexión de que esta realidad es cruel. La finalidad de la crónica, y la mirada del cronista, en este caso, es la de exponer dichos fenómenos, denunciarlos en la medida de lo posible, con la intención de generar un cambio, ya sea en las autoridades, ya sea en la sociedad, para las cuales, estas personas, y sus historias de vida, pasan desapercibidas.

La mirada social: sociedad y estado

Sin duda, la mirada del cronista es necesaria para acercarse y entender la realidad que viven las personas que padecen cualquier tipo de violencia. En el caso de la crónica “Un país de mutilados”, la violencia sistémica que padecen las víctimas de las minas antipersonales, lo que, como se mencionó, es un problema muy serio en Colombia. Este este sentido, no sólo se trata de buscar desactivar las minas, como se ha intentado hacer, sino de velar por la gente que ha sufrido de este tipo de situaciones. Dignificar a los afectados, y garantizarles una vida plena, ya que, posterior a los accidentes, deben vivir con las secuelas que ello implica, pues muchos, al perder extremidades, se ven impedidos para realizar trabajos físicos, además, por la peligrosidad de la zona en la que habitan, deben mudarse a la ciudad, abandonar su

realidad, su contexto, su vida y buscar incorporarse en una sociedad que los margina por su condición.

En este sentido, el título de la crónica se puede interpretar de muchas formas, como una manifestación de la condición de las víctimas; sin embargo, al ampliar el sentido, también esos mutilados pueden ser los miembros de esa sociedad que, si bien no les falta ninguna parte de su cuerpo, les falta esa parte de humanidad para acoger a estas personas. Sin duda, se trata de una mutilación quizá más metafísica, pero que, por lo expuesto por Salcedo, es una lectura posible.

Así, en este breve análisis, se busca exponer no sólo la condición de estas víctimas, sino, profundizar en la violencia de su contexto. Lo anterior puede tener muchas aristas, por lo que sólo se centrará en la mirada social, la cual comprende a los miembros de la sociedad que los rechaza, así como las autoridades, pues, a raíz de este problema, se promulgaron leyes que buscan proteger a los afectados, pero que las autoridades no han logrado aplicarlo a cabalidad.

¿Cómo ver a un mutilado?

Una de las características que sobresale del relato de Salcedo es la perspectiva social hacia estas personas. ¿Cómo los ve? La respuesta se da en varios sentidos. De entrada, hay que pensar que existe una indiferencia marcada en ese aspecto. Los colombianos son conscientes de que existen, pero le resulta lejano, quizá porque la mayor parte de las personas que sufren estas anomalías provienen de zonas rurales, lejanas, incluso inexistentes en los mapas que conoce. Así lo plantea Salcedo Ramos:

Cuando regrese a Bogotá y vea en perspectiva la ruta que deben transitar los afectados, me preguntaré si acaso antes y después de la explosión no habrá elementos tan crueles como la bomba misma. El abandono en que viven muchas regiones, por ejemplo. O la indiferencia de la mayoría de los colombianos frente a un problema que percibimos como lamentable, pero ajeno. Al final del viaje quedaré con la sensación de haber sobrepasado los límites del horror. Pero aun entonces oiré más declaraciones alarmantes (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, págs. 221-222).

El cronista colombiano propone esta indiferencia como un aspecto que puede resultar peor que la explosión misma, a saber, quizá, si se es víctima de estos “accidentes”, pero recibe la

atención, se reconoce su condición de persona y se busca dignificar su forma de vida, este trauma, esta condición sean más llevaderas.

Sin embargo, esto es ajeno a la realidad, ya que muchos son vilipendiados por estar mutilados, e incluso, deben vivir bajo el estigma de estar relacionado con las guerrillas y los paramilitares. Como si ser una víctima volviera a alguien en parte del problema. Así, las víctimas deben sobre llevar la exclusión social y cultural, no ser parte de la sociedad y vivir en el aislamiento obligado. Al respecto de lo que la exclusión puede significar para una víctima, se menciona lo siguiente:

Tener una identidad integrada ha mostrado ser una de las estrategias más exitosas para la adaptación psicológica y sociocultural. La identidad social parte del autoconcepto, y esta percepción de sí mismo se deriva del conocimiento valorativo y emocional asociado a la pertenencia a un grupo o varios grupos. Así, las percepciones que se construyen pueden repercutir tanto positiva como negativamente en la construcción de la identidad social (Vera-Márquez & et, 2015, pág. 169).

Su identidad social no encuentra cause, por lo que se torna en un contexto violento sobre las implicaciones de pertenencia. Baste considerar que estas personas provenían de comunidades rurales centralizadas, donde, a lo largo de su vida habían logrado obtener un lugar en su sociedad rural, pero ante estos percances, deben emigrar, y esa perspectiva dificulta su proceso de adaptación; razón por la cual varios de ellos deciden retornar pese a los peligros que ello acarrea, pues, y aquí radica un verdadero factor inhumano, prefieren estar en su lugar de origen, en su sociedad, pese a que corran el riesgo que volver a caer en una mina. La elección entre sufrir el desprecio y aislamiento, o morir en una explosión no debería existir.

Lo anterior Salcedo lo plantea con palabras más directas, dando voz a los protagonistas, a las víctimas de las minas antipersonales. Ante el cuestionamiento sobre cómo los perciben, la respuesta es abrumadora:

Cuando no conseguían trabajo ni hospedaje, se apostaban todos como pordioseros en cualquier bulevar, sentados en el suelo. Portaban esos carteles típicos de los desplazados, escritos a mano, en los cuales suplicaban ayuda e informaban que habían sido desterrados de su pueblo por la violencia. Algunos peatones se conmovían y les daban frazadas, comida o monedas, pero la mayoría los ignoraba. Muchos, incluso, los miraban con desconfianza o con repulsión (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 172).

¿Qué clase de vida les espera bajo estas circunstancias? Condenados a la mendicidad, a perder el origen, a incorporarse a una sociedad que los ve como desecho.

Quizá algunas personas se compadezcan, como lo señala, pero no es suficiente. Pues, a pesar de recibir dadas de distintos sectores, como Claudia Ocampo: “A sus once años, Claudia Ocampo tiene claro que, si no fuera porque a su padre lo despedazó una bomba, ella jamás habría conocido a su ídolo, el cantante Juanes” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 211), el problema está lejos de resolverse. Asimismo, las garantías y derechos que debería gozar también se ven mermados.

Abandono de las autoridades

Ante la estigmatización de la que son objetos, es labor del gobierno velar por la dignidad de estas personas, pero tampoco sucede así. Existe un abandono de las autoridades, pues, ante la difícil situación, deben sortear diversos obstáculos para recibir la ayuda que merecen. A lo largo de este estudio se ha mostrado que gran parte del trabajo cronístico de Alberto Salcedo Ramos se rige bajo la denuncia del abandono de las autoridades e instituciones en Colombia, para distintos tipos de violencia. En este caso no es la excepción.

Para las víctimas de minas antipersonales, la odisea empieza desde que deben abandonar su lugar de origen:

El mutilado renuncia a sus escasas pertenencias y abandona el terruño donde es productivo y conocido por su comunidad, para irse con su familia a cualquier sitio extraño, donde se convierte de inmediato en un ser ignorado, nulo, que habita casi siempre en tugurios de mala muerte y sobrevive gracias a actividades degradantes, como mendigar en los espacios públicos (Salcedo Ramos, *La víctima del paseo*, 2005, pág. 239).

Este exilio obligado viene cargado de humillaciones, cómo si no fuera suficiente el dejar su hogar, y lo que ello implica, ahora deben padecer la violencia de las autoridades, quienes no se preocupan por velar por la forma en la que se deben ayudar y dignificar a las víctimas:

Es cierto que le corresponde una indemnización y una ayuda humanitaria, de acuerdo con la gravedad del daño sufrido. Pero hasta este proceso de resarcimiento puede añadir mortificaciones. Hay que reunir documentación personal, corretear por dependencias oficiales, tramitar peticiones, autenticar papeles, someterse a antesalas exasperantes. Tales diligencias, aparte de ostentar un tinte burocrático abrumador, desbordan, a menudo, el exiguo nivel de educación de las personas accidentadas. (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 241)

Muchos de ellos no cuentan con documentos, pues en su lugar de origen no los necesitaban, por lo que esto debería ser considerado por las autoridades; sin embargo, tal parece que si no tiene un carnet de identificación, no son colombianos.

Por otro lado, la indemnización por ser víctima tiene periodo de caducidad para iniciar el trámite; lo cual ya es un problema y resulta humillante para alguien que padeció una invalidez permanente:

Sin embargo, la ley establece que si no solicitan su compensación en un plazo que oscila entre seis meses y un año, pierden el derecho a reclamar. Como si los perjuicios que ocasionan las bombas tuvieran fecha de vencimiento. O como si los lisiados hubiesen quedado así por su propio gusto. La insensatez de la legislación y la ignorancia de tantos pueblos olvidados, contribuyen a que haya muchas más víctimas desamparadas (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 223).

Aquí Salcedo destaca la condición de las víctimas. No solo implica ser afectado, sino también de dónde proviene. Así, la justicia no se aplica para todos, y las autoridades cometen una de las mayores violaciones a los derechos humanos: a una vida digna.

Tal motivo orilla a que muchos de ellos no reclamen su indemnización, y vivan bajo la miseria y el anonimato que esto implica:

Se estima que para saldarles la deuda a todas las que permanecen sin reportar, se requiere un monto de 142.000 millones de pesos, es decir, 70 millones de dólares. Además, las lesiones son evaluadas con un criterio avaro. Lo máximo que se reconoce por concepto de invalidez absoluta, sumando la indemnización y la ayuda humanitaria, son 24 millones de pesos —unos 12.000 dólares— (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 236).

Así, las autoridades comenten uno de los mayores actos de deshumanidad: ponerle precio a la tragedia.

De esta forma, la crónica se postula como un discurso de denuncia frente a lo que sucede. La realidad, por más cruel que sea, necesita ser contada, quizá así se logre un avance en la calidad de vida de las víctimas, las cuales debería ser dignificadas, puesto que son producto de un conflicto histórico que si bien les acontece, tampoco son responsables del mismo. Asimismo, se busca en los lectores despertar esa empatía con otro ser humano, por su tragedia. Tal vez la violencia en Colombia los dejó mutilados, pero es la sociedad la que termina por masacrarlos.

La mirada del mutilado

Así, finalmente, queda analizar la forma en la que se miran las víctimas. De acuerdo con el cronista y ensayista mexicano Sergio González Rodríguez, una víctima, para el Estado, no tiene forma, nombre hasta que se encuentra relacionada con un acto u hecho violento. En sus

palabras: “Para el sistema del derecho, la víctima suele ser uno de los agentes que está presentes o convergen en un acto violento. Su existencia está incluida en una trama policial-jurídica que la dirimirá como conflicto y medirá su daño” (González, 2014, pág. 63). De esta manera, la víctima no tendrá una existencia hasta que no se compruebe que existe.

Lo anterior conlleva varias lecturas, pues, bajo esta tesitura, si un afectado o afectada no denuncia el acto del que fue víctima. Así, varias de las personas que no expongan el delito, o falta, de la que fueron objeto, estarán condenadas al anonimato en términos de justicia y visibilidad. Existe en la medida de que una ofensa le ocurrió y decide hablar de ello. Sin duda, en ningún caso eso significa el acceso a justicia; no obstante, permite también pensar en cuántas víctimas se pierden en el anonimato.

Uno de los fenómenos a notar es el hecho de que estas personas sólo adquieren relevancia por estar relacionadas con la violencia, lo que significa que no serán relevantes en ningún sentido de no ser un número más en la estadística. Así, personas que habitan en las periferias de cualquier ciudad pasan su vida sin ser conocidas, salvo que alguien recupere su acontecer y lo transmita de alguna manera. Es aquí donde entra discursos como el de la crónica o el reportaje, entre otros, que recuperan muchas de esas historias y las cuentan en relatos que pueden ser leídos por varios.

Ahora bien, este estudio se centra en las víctimas de la violencia, y lo que implica esta dinámica. Como se ha mencionado a lo largo de estas líneas, la violencia no sólo se presenta como un golpe, asesinato, lo que se conoce como violencia directa, sino también en sus variantes cultural y estructural. Muchos habitantes de zonas conurbadas viven estos tipos de violencia, pues, al ser una dinámica en masa para estos sectores, resulta imposible narrar las desventuras de todos. Sin embargo, se pueden contar algunos casos representativos, y con ello buscar la concientización de este fenómeno colectivo.

Tal es el caso de la crónica “Un país de mutilados” de Alberto Salcedo Ramos. Si bien no retrata completamente a todas las víctimas de las minas antipersonales de Colombia por la magnitud del problema, como el mismo lo menciona, sí da cuenta de algunos casos representativos de los mismos: Claudia Ocampo y Manuel Ceballos. Dichas historias son simbólicas pues son el claro ejemplo de la realidad que viven las personas que perdieron

extremidades, e incluso familiares, amigos o seres queridos en manos de las minas antipersonales.

Dentro de todo lo expone Salcedo: las trabas burocráticas, la exclusión de la sociedad, la mendicidad, el anonimato, entre otras, resulta importante considerar como se perciben después de los accidentes, así el cómo su vida cambió. Así, quizá, se puede acercar al lector al drama que viven día con día. Salcedo, en su papel de cronista, recorrió lo que él denomina “la ruta de la infamia”, la zona de Antioquia donde se han reportado el mayor número de casos de explosiones. Allí conoció testimonios, historias, contextos, los cuales le permitieron ampliar más su perspectiva de lo que viven los afectados de esta circunstancia.

Así, de entrada, vemos a Claudia Ocampo, una joven que si bien no es una afectada fuertemente como otros; es decir, no perdió una extremidad física, su mayor mutilación es familiar. Ella representa a los familiares de los mutilados físicos, los cuales también son víctimas de esta dinámica. El relato inicia, como ya se mencionó, con su encuentro con Juanes, el cantante colombiano e ídolo de la joven de once años. Salcedo menciona que, si no fuera por la tragedia que vivió, perder a su padre, nunca lo hubiera conocido. Esto, sin duda, no es ningún aliciente o trato justo, pues una vida humana no equivale a ningún encuentro con celebridades.

Lo importante a destacar es que, a partir de la tragedia es que adquieren relevancia; es decir, si no fuera por lo que pasó, nadie sabría de su pobreza, de su situación. Adquiere forma a partir de que se encuentra relacionada con un acto de violencia. Su historia, como la de muchos otros empieza por un trayecto de que deben pasar. Salcedo lo menciona así:

El 22 de diciembre de 2002, Claudia y sus padres, Samuel Antonio Ocampo y Carmen Julia Gallego, regresaban a su casa, en la vereda Campo Alegre, a bordo de una de esas camionetas desvencijadas que se utilizan en los caseríos remotos del oriente de Antioquia para transportar los víveres. Se habían pasado el día en Cocorná comprando los aguinaldos de sus cinco hijas (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, págs. 212-213).

Lo anterior es trágico por el contexto en el que sucede, pues es en vísperas de noche buena, una celebración que sin duda tiene una connotación familiar muy fuerte; por otro lado, salieron a conseguir la cena y los regalos (aguinaldos) de sus hijas. La escena así se vuelve más desgarradora, pues Salcedo, a través de estos datos, transmite un elemento de crueldad, pues se torna representativo de una tragedia que remueve en las emociones al lector.

Posteriormente, destacando el factor fortuito, ya que un desajuste en el automóvil es un acontecimiento cotidiano, pero que en el marco del relato adquiere un matiz atroz:

De pronto, al subir una cuesta empinada, el conductor dio la voz de alarma: acababan de vararse. Los pasajeros se apearon para empujar el carro a pulso, pero el motor no respondió. Todos decidieron entonces quedarse allí, a la espera de que llegara algún vehículo y los sacara del apuro. La zona —advertía uno de los lugareños— estaba plagada de minas explosivas sembradas por la guerrilla. El chofer los alertó de nuevo: era posible que solo a la mañana siguiente apareciera otra camioneta por esos parajes. Samuel Antonio y Carmen Julia se impacientaron. Tenían a cuatro de sus niñas en el rancho —repetían una y otra vez— y por ninguna razón permitirían que durmieran solas. De modo que se irían a pie. Varios paisanos trataron, en vano, de disuadirlos (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 213).

Esto se vuelve un ejemplo de que este tipo de situaciones no son resultado de una afrenta, de un mal comportamiento, de un ajuste de cuentas. Ellos son víctimas de un conflicto que no iniciaron ni participaron en él.

De este modo, ya con el contexto establecido por el cronista, viene la tragedia. Durante el trayecto que buscan pasar se encuentran con el acontecimiento que marcará su destino:

De repente, una descarga que pareció surgir desde el fondo de la tierra los arrojó por el aire. Todavía hoy, Carmen Julia ignora cuánto tiempo duró inconsciente. Solo sabe que, cuando abrió de nuevo los ojos, el cielo se había encapotado y ella se sintió como la única sobreviviente de una catástrofe. Sin embargo, en la medida en que recuperaba plenamente el conocimiento, pensaba que también ella moriría. Le dolía la cabeza, le ardía el vientre. Palpando su propio cuerpo con espanto, descubrió, a través de su vestido hecho jirones, la masa de arena y sangre que le ensopaba los senos. Por un instante se preguntó quién era ella, de dónde venía, por qué andaba a gatas sobre aquellos rastros que le lastimaban las rodillas. Necesitó varios segundos para que sus oídos, aturdidos aún por el estampido, percibieran el llanto desgarrado de Claudia, que se encontraba, quizá, a unos cinco metros de distancia. De un solo golpe se le reveló, completo, el tamaño de su desgracia: su marido yacía en el suelo, destrozado. Entonces, Carmen Julia vio cómo la noche le caía encima y —según dice ahora, mientras zurce una enagua— desde ese día su vida se volvió oscura (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, págs. 213-214).

La descripción es atroz, por lo rápido que sucedieron los hechos y la manera en la que les afectó. La violencia con la que pasó, y la tragedia que representó perder a su padre en esa ocasión.

Ahora bien, después de semejante tragedia, cabe preguntar: ¿cuál es la situación actual en la que viven? ¿cómo sobre llevan la tragedia? Para responder, el mismo Salcedo expone la situación en la que se encuentran:

En principio, lo que más impresiona de Carmen Julia Gallego es que, a sus cincuenta años, tenga la espalda encorvada, el cuello arrugado y las piernas llenas de várices. En realidad no

parece la madre sino la abuela de Claudia. Camina con la parsimonia de las ancianas, y ostenta el aspecto fantasmal de esas viudas anticuadas que renuncian al mundo exterior, para encerrarse a solas con su luto perpetuo. Ciertamente —admite— el dolor sigue fresco, como si la tragedia hubiera ocurrido apenas ayer. Pero aclara que no solo se ha aislado por tristeza, sino también por falta de opciones (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 214).

Salcedo plantea el panorama que él ve al momento de entrevistarse con ellas, sin embargo, destaca la permanencia del dolor, el aislamiento, muchas veces obligado, al que se ven orillados. La frase “el dolor sigue fresco” es iluminadora. Ante la magnitud de estos hechos, una compensación del gobierno no es suficiente¹⁰⁸.

Sufrió la ya mencionada exclusión social, basada en el prejuicio¹⁰⁹; no obstante, cabe señalar que, frente a este panorama, guarda la esperanza: “Todas las noches —dice, con los ojos llorosos— le pide a Dios que le dé salud para terminar de levantar a las dos muchachitas que permanecen a su cargo” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 215). Abonando a ello Claudia, que, siendo una música por vocación, también está dispuesta a realizar un sacrificio por su familia:

En este punto, Claudia, que ha estado escuchando la conversación, le arroja a su madre el único salvavidas que tiene a la mano.

—No se preocupe, mami, que si usted se muere, yo vendo la guitarra y monto una tienda (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 215).

Lo anterior es un ejemplo de la manera en la que se perciben: cómo viven un abandono por parte de las autoridades y de la sociedad, sin demeritar el acto del cantante Juanes, se mantienen firmes en sobrevivir, en luchar contra un contexto completamente en contra, ya que, y así lo perciben, sólo se cuentan con ellos mismos.

Por otro lado, también vemos a Manuel Ceballos. Al igual que Claudia, es un hombre que vive en un permanente estado de afección por lo que le sucedió. Su historia no dista mucho, pues los hechos fortuitos son parte de estos casos. Su historia comienza en 2004, dos años después de Claudia, en la zona de donde era originario:

¹⁰⁸ El mismo Salcedo apunta: “La indemnización que le dio el Estado por la muerte de su esposo y por las lesiones de Claudia —12 millones de pesos, unos 6.000 dólares— se le ha ido en gastos, ya que le tocó volver a comprar los bártulos de la casa” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 215).

¹⁰⁹ “Las personas que le expresaban sus condolencias en público se negaban, en privado, a emplearla como doméstica, pues en el fondo desconfiaban de ella, debido a que procedía de una zona influenciada por la guerrilla” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 215).

A principios de 2004, la vereda La Iraca —donde nació Ceballos— se encontraba sitiada por campos minados. Cada semana se registraba, por lo menos, una tragedia en el área rural. Los habitantes, versados ya en el alfabeto de la barbarie, eran capaces de anticipar la desgracia hasta en los detalles más sutiles (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 223).

De entrada, su relato es una forma en la que los habitantes de esa zona han convivido con las minas¹¹⁰. Sus mecanismos de defensa, basados en el contexto, y la manera en la que ellos sobreviven, en la medida de lo posible, en una amenaza constante.

Ceballos tiene una interesante filosofía de lo que le pasó, pues ante todo suceso, acude a los refranes para explicarlo, razón por la cual, Salcedo se refiere a él como “el refranero”. Esta forma de ver la vida le ha ayudado a sobrellevar la carga de su tragedia:

Quando algunos paisanos lo culpan de su propia tragedia —y de la calamidad de su hija Nancy y de su nieta Luisa Fernanda—, debido a que eligió un camino peligroso, él responde que “en esta vida, el que no se cae de un empujón, se resbala solito”. Una desgracia, según él, puede sucederle hasta a la persona más buena, porque “siempre hay malos bajo las sombritas” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 224).

El fragmento anterior arroja varios puntos: de entrada, no se plantea un resentimiento hacia las guerrillas o paramilitares, responsables del gran número de minas en la zona; por otro lado, existe la noción de azar, pues son conscientes de que esto le puede pasar a cualquiera. Lo que significa que han mimetizado, por decirlo de alguna manera, el contexto, y viven sabiendo el peligro que enfrentan. Por vivir tanto tiempo la amenaza de las minas, han adquirido un lugar en la dinámica de la comunidad.

Al igual que Claudia, y muchos otros, también fue una tragedia que afectó a una familia. Situación que los obligó a emigrar a la ciudad, donde fueron víctimas del mismo rechazo y abandono¹¹¹. Esto los hizo sentirse humillados:

Manuel Ceballos se sentía humillado y por eso le proponía a su mujer que se devolvieran para La Iraca. Allí en su vereda, decía, por lo menos tenían una pequeña finca —llamada El Jardín— donde contaban con dos hectáreas de frijol, tres de maíz y una de café. El día que

¹¹⁰ “Sabían, por ejemplo, que cuando se oía a lo lejos el ladrido desesperado de los perros, y cuando, a continuación, las gallinas abandonaban sus nidos, cacareando azoradas como si las hubiese espantado el mismísimo demonio, era porque se acercaba una comitiva de paisanos que traían en andas a algún mutilado” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 223).

¹¹¹ “Manuel Ceballos, su esposa, María Jesús Valencia, y los siete hijos de ambos abandonaron la vereda a mediados de abril. Erraron por distintos lugares, ofreciéndose como jornaleros a destajo: él cortaba leña, cargaba bultos, podaba jardines y arreaba agua. Ella lavaba ropa y cocinaba a domicilio. Nancy y Henry, los muchachos mayores, también se fletaban para realizar oficios domésticos” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 225).

ellos emigraron forzosamente, la tierra se encontraba recién sembrada. Ceballos consideraba que ya había transcurrido el tiempo suficiente para que los cultivos estuviesen florecidos (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 226).

La humillación es una constante dentro de las víctimas. Se perciben a si mismos como seres que no encajan en la sociedad a la que se le obliga vivir. El rechazo social no es sólo por parte de los que excluyen, también las víctimas lo sienten y eso es lo que provoca los regresos con los peligros que conlleva.

Finalmente, las víctimas se perciben a si mismas como ajenas a la sociedad. Viven en su mundo y prefieren seguir en él pese a la muerte que le puede tocar:

En La Iraca quizá moriría reventado entre dos hileras de alambre de púas, claro, pero también podría ser otra vez un hombre productivo y autosuficiente, al que nadie abochornaría ni miraría con desconfianza. En cambio, en la ciudad ancha y ajena siempre sería maltratado y jamás tendría, como contraprestación, una esperanza mínima a la cual aferrarse (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 229).

Sin duda, se perciben como ajenos. Esto, evidentemente, en parte por la sociedad misma. Así lo plante el mis Salcedo:

Primero los dejamos a merced de los bárbaros. No les garantizamos el derecho a la tranquilidad, como tan fastuosamente promete la Constitución Nacional. Luego, cuando aparecieron frente a nosotros llorando por su tragedia, giramos los rostros hacia otro lado, distantes, insensibles. Les negamos una segunda oportunidad, los arrinconamos. De ese modo, los empujamos de vuelta hacia sus caseríos inseguros, y es posible que hayamos contribuido, además, a accionar la mecha explosiva de su desgracia. ¡Cuánta miseria, Dios mío, la del hombre que, por falta de opciones, elige el “mal camino” a sabiendas de que “no conducirá a buen sitio”! La conclusión es aún más punzante viendo ahora la prótesis lastimera de Ceballos —símbolo de la infamia— incrustada en un zapato descascarillado (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 230).

Estas palabras finales, a manera de conclusión que propone Salcedo Ramos, son el ejemplo de la realidad que viven las víctimas de las minas. Y dicha percepción influye en la manera en la que se ellos se ven dentro de una sociedad como la colombiana. Ante el abandono, se tienen ellos mismos, y ese sentido de colectividad y hermandad es lo que los mantiene la lucha contra un contexto que, más allá de las minas, los vulnera de forma permanente.

4.2.4 Un camino para la educación: un análisis de “La travesía de Wikdi”

Un niño, un profesor, un libro y una pluma pueden cambiar el mundo. La educación es la única solución.
Malala Yousafzai

Bajo el entendido de que la violencia es una afrenta contra las necesidades básicas, rebajar éstas hasta el punto de una completa falta de satisfacción de las mismas, y además con el impedimento de salir de esa posición, podemos decir que una de las formas de violencia es la falta de educación. Se trata de una necesidad básica para el desarrollo de cualquier individuo y comunidad. Esto aplica para toda sociedad que desee avanzar, pues el progreso va de la mano de una educación de calidad, accesible y gratuita. Sin embargo, este es un factor olvidado en gran parte de América Latina.

En el caso de Colombia, la educación es un derecho garantizado por la Constitución Política de Colombia de 1991.¹¹² Lo anterior se encuentra asentado en el artículo 65, que a la letra dice lo siguiente:

Artículo 67. La educación es un derecho de la persona y un servicio público que tiene una función social; con ella se busca el acceso al conocimiento, a la ciencia, a la técnica, y a los demás bienes y valores de la cultura. La educación formará al colombiano en el respeto a los derechos humanos, a la paz y a la democracia; y en la práctica del trabajo y la recreación, para el mejoramiento cultural, científico, tecnológico y para la protección del ambiente. El Estado, la sociedad y la familia son responsables de la educación, que será obligatoria entre los cinco y los quince años de edad y que comprenderá como mínimo, un año de preescolar y nueve de educación básica. La educación será gratuita en las instituciones del Estado, sin perjuicio del cobro de derechos académicos a quienes puedan sufragarlos. Corresponde al Estado regular y ejercer la suprema inspección y vigilancia de la educación con el fin de velar por su calidad, por el cumplimiento de sus fines y por la mejor formación moral, intelectual y física de los educandos; garantizar el adecuado cubrimiento del servicio y asegurar a los menores las condiciones necesarias para su acceso y permanencia en el sistema educativo. La Nación y las entidades territoriales participarán en la dirección, financiación y administración de los servicios educativos estatales, en los términos que señalen la Constitución y la ley (Corte Constitucional, 2016, pág. 29).

En el artículo constitucional citado destacan valoraciones como “derecho” y “servicio público”, así como la intención formativa de esta garantía individual; si bien no se trata de una norma novedosa, pues la educación es un derecho protegido en la gran mayoría de las

¹¹² Versión vigente en la actualidad.

naciones. Asimismo resaltan las obligaciones del Estado de velar por su acceso y calidad. Sin duda, se trata de un principio de acción básico, pero que en un contexto real no se concreta de forma plena. El Ministerio de Educación de Colombia, como lo han hecho otras instituciones equivalentes en varios países de América Latina, ha abandonado a muchos niños, particularmente de zonas rurales.

Ante la seria deficiencia en la pedagogía, la violencia directa puede tener mayor presencia en la dinámica social. Así, un desarrollo en materia de educación es fundamental para que una sociedad pueda establecer formas de convivencias más pacíficas. En este sentido, la educación como meta para el mejoramiento de los contextos sociales debería ser una directriz primaria para cualquier gobierno; no obstante, este aspecto destaca por ser uno a los que menos atención se pone. Sin duda, es un elemento que ha afectado el crecimiento en distintas regiones de América Latina.

En el caso de la sociedad colombiana, de acuerdo con el Índice de Desarrollo Humano (IDH), en 2013¹¹³ este país ocupaba el lugar 157 de la clasificación a nivel mundial¹¹⁴ en cuanto a calidad de vida. Dicha medición contempla tres aspectos fundamentales: vida larga y saludable, conocimientos y nivel de vida digno¹¹⁵. Para 2017, Colombia subió al lugar 90 de la mencionada clasificación, lo cual manifiesta una clara mejora en la calidad de vida, aunque con muchas aristas por optimizar. Ahora bien, al considerar los factores de medición del índice referido, son éstos los que más afectan a Wikdi, el niño protagonista de la crónica de Alberto Salcedo Ramos.

La crónica “La travesía de Wikdi” apareció en febrero de 2012 en la revista *SoHo*, como ha ocurrido con gran parte del trabajo del escritor colombiano. Asimismo, fue premiada en 2013 con el galardón Ortega y Gasset de Periodismo¹¹⁶ y el Premio a la Excelencia de la Sociedad

¹¹³ Año en el que aparece la crónica analizada

¹¹⁴ Esto de acuerdo con el sitio datosmacro.com, el cual se encarga de hacer análisis y comparación de datos de varios países en materia de desarrollo. La información puede consultarse en: <https://datosmacro.expansion.com/idh/colombia> (Consultado el 1 de diciembre de 2020).

¹¹⁵ Base de datos disponible en <https://datosmacro.expansion.com/idh/colombia> (Consultado el 1 de diciembre de 2020).

¹¹⁶ Los Premios Ortega y Gasset de Periodismo están organizados y gestionados por Ediciones EL PAÍS, S.L., empresa editora del periódico *El País*, con el fin de seleccionar los mejores trabajos periodísticos en lengua española cada año.

interamericana de Prensa¹¹⁷. Lo anterior derivado del impacto y la buena recepción que tuvo. Se trata de un retrato de la realidad de un sector de la infancia colombiana que apuesta por la educación como elemento transformador del contexto en que vive. Pese a que la garantía de la educación es un aspecto que le compete al Ministerio de Educación de Colombia, avalado por el Estado, la primicia de la historia destaca que Wikdi, niño de origen indígena, tiene un genuino deseo de desarrollo. De tal modo que la crónica se torna en una lucha en pos de la búsqueda de bienestar. Destaca el hecho de que Wikdi aspira a ser maestro para apoyar a su comunidad, lo que vuelve la anécdota tan encomiable para el lector.

Los obstáculos para el progreso

La crónica inicia con una descripción del contexto adverso al que Wikdi se enfrenta día a día para ir a la escuela: “En la áspera trocha¹¹⁸ de ocho kilómetros que separa a Wikdi de su escuela se han desnucado decenas de burros. Allí, además, los paramilitares han torturado y asesinado a muchas personas” (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 9). Así, desde el inicio se plantea, de forma velada, algunos de los aspectos que afectan a varias zonas rurales de Colombia, a saber, la falta de desarrollo urbano y el ya conocido problema de los paramilitares. Sin duda, desde su comienzo el relato de Salcedo Ramos se vuelve un retrato de cómo este tipo de violencias permean estas regiones, lo que contrasta con la actitud de Wikdi:

Prisciliano¹¹⁹ advierte que con el favor de Papatumadi¹²⁰ —es decir, Dios— Wikdi estudiará para convertirse en profesor una vez termine su ciclo de secundaria.
—Nunca le he insinuado que elija esa opción —aclara—. Él vio el ejemplo en casa porque yo soy profesor de la escuela de Arquía (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 11).

Lo anterior es uno de los aspectos que más sobresale de la historia: la apuesta por la educación y el desarrollo personal. Así, se establece un panorama de la situación en Colombia: ante las diversas formas de violencia estructural y cultural, existe una noción de crecimiento, el cual es buscado por los integrantes de la comunidad, y donde las instituciones, como se denuncia

¹¹⁷ Se trata de premios otorgados por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) a la Excelencia Periodística, de manera anual y en distintas categorías.

¹¹⁸ f. Vereda o camino angosto y escusado, o que sirve de atajo para ir a una parte (RAE, 2001).

¹¹⁹ Padre de Wikdi.

¹²⁰ Deidad de los kunas. Para esta población indígena: “Dios es conocido con muchos nombres, Papa sáhila, Diolele, Papatumadi” (Davis Villalba, 2009, pág. 219).

en varios de los textos de Salcedo Ramos, tienen en completo abandono a estas comunidades; asimismo, el impacto del paramilitarismo no sólo se observa en la violencia directa –como la de El Salado—, sino que afecta la movilidad de los habitantes, lo que a la postre retrasa el desarrollo de una comunidad. Finalmente, la falta de un desarrollo urbano, necesario para la movilidad, así como de la instalación de escuelas públicas en cada comunidad, impide un progreso significativo en el ámbito educativo.

Cabe señalar que, como se mencionó en el capítulo II, existe una fuerte relación entre la violencia y la falta de educación. Ante la ausencia de conocimientos académicos, así como del establecimiento de formas civilizatorias, aunado esto a la precarización de la vida, es sencillo que los jóvenes se unan a los paramilitares o al narcotráfico. Ello debido a que esos sectores les ofrecen oportunidades de crecimiento accesibles a su contexto. Por otro lado, al no contar con un sistema o formas de resolución de conflictos sustentados en una estructura de diálogo, la violencia puede desencadenarse desde el interior de la comunidad.

Quizás se puede plantear que el caso de Wikdi es extraordinario frente a una apatía y un conformismo que permean en los jóvenes marginados ante las pocas oportunidades educativas; es decir, que al presentarse distintas dificultades, la mayoría de los integrantes de este sector opte por desarrollarse dentro de las posibilidades que su sociedad ofrece. No obstante, el caso presentado por Salcedo Ramos sirve para representar las limitaciones, así como las carencias, de estas comunidades en materia de bienestar.

La mencionada crónica retrata el recorrido de Wikdi hasta su escuela, donde Salcedo Ramos lo acompaña. Desde su testimonio personal, el cronista colombiano da una clara descripción de lo que este trayecto significa para un habitante de la zona urbana, acostumbrado a un contexto más amigable para la movilidad entre diversos puntos:

Sin embargo, Wikdi no se detiene a pensar en lo peligrosa que es esa senda atestada de piedras, barro seco y maleza. Si lo hiciera, se moriría de susto y no podría estudiar. En la caminata de ida y vuelta entre su rancho, localizado en el resguardo indígena de Arquía, y su colegio, ubicado en el municipio de Unguía, emplea cinco horas diarias (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 9).

Este comentario del autor establece un contraste entre su perspectiva y la de Wikdi. Destaca este aspecto, pues es la base para la lectura de la crónica. En este sentido, Salcedo Ramos toma la postura del lector, ya que este último tiene un perfil ciudadano. Así, cuando se menciona

que el trayecto implica cinco horas diarias, ese lapso resulta escandaloso frente a una movilidad urbana, que busca economizar tiempo en su realización.

Del mismo modo, el enfrentamiento constante a un ambiente hostil genera en Salcedo Ramos un miedo, el cual busca transmitir al lector, y que para Wikdi ya es común: “Así que siempre afronta la travesía con el mismo aspecto tranquilo que exhibe ahora, mientras cierra la corredera de su morral” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 9). Se trata de una normalización de la situación; es decir, que por la costumbre, los usuarios llegan a aceptar estas condiciones y vivir en ellas. Así, el cronista colombiano presenta una normalización de la violencia estructural; es decir, una conformidad con la situación, aunque con un factor de esperanza en la educación como elemento de mejora. No obstante, una causa de esta normalización reside en la ignorancia respecto de la exigencia de los derechos básicos. Sin duda, es paradójico el hecho que la ausencia de educación sea motivo de su existencia.

Esto no resta impacto a la denuncia expuesta por el autor, pues el contraste entre las formas de vida citadina y rural más bien expone la precarización de las comunidades, lo que no hace sino mostrar el nulo interés del Estado hacia éstas. Sin duda, no sólo se trata de alabar el ímpetu de Wikdi por estudiar, que es de notar, sino también de analizar las condiciones en las que se desarrolla el niño.

El caso de Wikdi es excepcional por varias razones. De entrada, por tratarse de un niño kuna con un genuino sentido de progreso, lo que lo ha llevado a alcanzar grados de estudios superiores a la media en su población:

- El colegio está lejos —dice— pero no hay ninguno cerca. El que tenemos nosotros aquí en el resguardo solo llega hasta quinto grado, y Wikdi ya está en séptimo.
- La única opción es cursar el bachillerato en Unguía.
- Así es. Ahí me gradué yo también (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 11).

Lo anterior no hace más que abonar a la empatía que el lector puede sentir con el personaje, así como un rechazo a la naturaleza de su situación.

En este sentido —y tal vez uno de los aspectos que más impacto provoca en el lector— se presenta lo relacionado con algo tan elemental como la alimentación:

Wikdi calla, y así, en silencio, se adelanta un par de metros. Luego, sin mirarme, dice que lo que tiene es hambre porque hoy se vino sin desayunar.

—¿Cuántas veces vas a clases sin desayunar?

—Yo voy sin desayunar, pero en el colegio dan un refrigerio.

—Entonces comes cuando llegues.

—El año pasado era que daban refrigerio. Este año no dan nada (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 14).

Esto último representa una de las afrentas más importantes al desarrollo de cualquier ser humano. Un derecho universal es el acceso a la alimentación, y las condiciones que privan a las personas de esta necesidad básica deberían ser erradicadas¹²¹. Se trata de una de las formas de violencia estructural más claras, pues se trata del condicionamiento de las necesidades básicas para subsistir. Aquí, la denuncia de Salcedo Ramos adquiere singular relevancia, porque la falta de alimento, en cualquier contexto, es considerado un atentado a la supervivencia. Frente a la posición privilegiada del cronista, y del lector, esta descripción expone un grave problema de Estado.

En suma, todas estas características no hacen sino perfilar las diversas formas de violencia que sufren las zonas rurales en Colombia. Si bien es cierto que la empatía con la situación de Wikdi es innegable, su caso es un ejemplo del abandono absoluto por parte del Estado a quienes están en su misma situación. De esta forma, en la crónica subyace un discurso que expone una precarización de la vida, del bienestar de los pueblos.

Las marcas de identidad

Aunado a lo anterior, también se puede leer una concepción de la identidad bastante enraizada. De acuerdo con el escritor Leonardo Da Jandra, la identidad es “algo vivo, sagrado y va más allá del conjunto de relaciones jurídico-políticas que emanan del hecho de nacer y vivir dentro del mismo territorio” (Da Jandra, 2012, pág. 38); es decir, los factores que conforman la identidad, en este sentido, se encuentran más relacionados con un sentido de

¹²¹ Para los kunas, grupo indígena al que pertenece Wikdi: “El indicador de riesgo de desnutrición global (peso/edad) mostró, en 108 niños de 0 a 11.5 años cumplidos, que 10.2% tienen sobrepeso, 50% están en situación de normalidad y 39.8% tienen riesgo de desnutrición global, con notorias diferencias entre el grupo menor de 5 años y el de 5-11.5 años, debido a que en el primero se presentan una alta prevalencia de sobrepeso (22.9%) y una mayor prevalencia del riesgo de desnutrición global (41.7%)” (Carmona Fonseca, 2005, págs. 267-268).

pertenencia que con la nacionalidad. Frente a este postulado, si bien Wikdi y su comunidad son colombianos, y deberían tener acceso a todas las necesidades básicas proporcionadas por el Estado colombiano, también tienen un fuerte arraigo a su origen indígena.

Esto se presenta a partir de que se plantean varios elementos de la comunidad kuna, que habita entre Panamá y Colombia¹²². Más conocidos como *tules*, encuentran su hábitat en algunas regiones rurales de Colombia, siendo uno de ellos la zona de Arquía¹²³, lugar de origen de Wikdi: “Sobrevivir en la trocha de Arquía, después de todo, es un simple acto de fe. Y por eso, supongo, Wikdi permanece a salvo al final de cada caminata: él nunca teme lo peor” (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, págs. 14-15). Ahora bien, su sistema de creencias está relacionado con esta cultura y así lo exponen a lo largo de la crónica:

Los cuatro abuelos se plantaron alrededor de la cama, cada uno con un candil encendido entre las manos. Entonces fue como si de repente todos los kunas mayores, muertos o vivos, conocidos o desconocidos, hubieran convertido la noche en día solo para despejarle el horizonte al nuevo miembro de la familia. Por eso Prisciliano cree que a los seres de su raza siempre los recibe la aurora, así el mundo se encuentre sumergido en las tinieblas (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 10).

En este sentido, destaca que es Prisciliano, el padre de Wikdi, quien emite este testimonio. Como se dijo, él también tuvo una educación de bachillerato; no obstante, no perdió el apego a su cultura indígena. Asimismo, resalta la falta de seguridad social al momento de parir, así como el abandono constante en el que se tiene a los pueblos originarios en Colombia.

Por otro lado, también sobresale la manera en que los kunas perciben a quienes no pertenecen a su etnia. Si bien es cierto que Wikdi debe estudiar en otro contexto, sobresale que la aceptación del mismo no equivale a un abandono de sus creencias:

Prisciliano —treinta y ocho años, cuerpo menudo— espera que el sacrificio que está haciendo su hijo valga la pena. Él cree que en la Institución Educativa Agrícola de Unguía el niño desarrollará habilidades prácticas muy útiles para su comunidad, como aplicar

¹²² “Ocupan la región del Darién, en el Urabá antioqueño y chocoano. Se encuentran principalmente en las localidades de Arquía en el Chocó y la mayoría en Caimán Nuevo, Departamento de Antioquia. La mayor parte de la población tule vive en Panamá, en la comarca de San Blas y el bajo río Bayano”. Disponible en [https://www.ecured.cu/Kunas_\(etnia\)](https://www.ecured.cu/Kunas_(etnia)) (Consultado el 1 de diciembre de 2020).

¹²³ La zona de Arquía se encuentra junto a un río que lleva el mismo nombre, y forma parte del Eje Cafetero. Se trata de un río corto, localizado entre las subregiones del Suroeste antioqueño y el Norte caldense, que separa además a los departamentos de Antioquia y Caldas.

vacunas veterinarias o manejar fertilizantes. Además, al culminar el bachillerato en ese colegio de “libres” seguramente hablará mejor el idioma español. Para los indígenas kunas, “libres” son todas aquellas personas que no pertenecen a su etnia (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, págs. 10-11).

El sustantivo “libres” denota una postura de exclusión hacia ese sector. Aquí cabe pensar si el resto de los colombianos son libres por su acceso a la educación, o si esta expresión responde a otro sentido. Además, el idioma español¹²⁴ resulta ser para ellos una llave para poder acceder a otros conocimientos. Por último, el padre de Wikdi sentencia: “Prisciliano advierte que con el favor de Papatumadi —es decir, Dios— Wikdi estudiará para convertirse en profesor una vez termine su ciclo de secundaria” (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 11).

Como resultado, ante una nula atención por parte del Estado colombiano para velar por las necesidades básicas de las comunidades indígenas, su fuerte sentido de identidad se mantiene firme. Este abandono social representa un ejemplo de la difícil situación en la que se encuentran dichas comunidades, con un notorio rezago educativo y social, pero manteniendo su cultura pese a la adversidad. Finalmente, uno de los tópicos centrales de la crónica es la total convicción que manifiestan Wikdi y sus familiares de que el niño kuna, con la educación que alcanzará, establecerá vínculos con otras comunidades, y quizá recupere una parte de la historia de su pueblo:

Quizá se enriquecerá al asimilar ciertos códigos del mundo ilustrado, ese mundo que se encuentra más allá de la selva y el mar que aíslan a sus hermanos. Se acercará a la nación blanca y a la nación negra. De ese modo contribuirá a ensanchar los confines de su propia comarca. Se documentará sobre la historia de Colombia, y así podrá, al menos, averiguar en qué momento se obstruyeron los caminos que vinculaban a los kunas con el resto del país (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, págs. 11-12).

Sin duda, uno de los temas por destacar de la crónica de Alberto Salcedo Ramos es el sentido de identidad que conservan muchas comunidades indígenas de Colombia. Frente a una postura como la del cronista, la cual resulta más occidentalizada y urbana, contrasta este deseo de mejorar y estimular el desarrollo de su misma población. El deseo de crecimiento

¹²⁴ La lengua guna, hablada por los kunas, es una lengua indígena de la familia Chibcha y cuenta con una cifra de entre 50 000 y 70 000 hablantes. El nombre de la lengua en guna es *dulegaya*, que significa "lengua del pueblo guna".

manifestado por el niño y su familia se contraponen con la perspectiva desencantada de Salcedo Ramos respecto de la educación que recibe Wikdi.

El final de la travesía: la educación de Wikdi

Casi a la mitad del texto, el autor lanza una interrogante sobre el valor de la empresa que emprende día a día Wikdi para estudiar: “¿Podrá Wikdi abrirse paso en la vida con los conocimientos que adquiriera en el colegio de los ‘libres’?” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 11). Sin duda, resulta encomiable el esfuerzo del niño; no obstante, el cronista colombiano pone en perspectiva la calidad de la educación impartida en esos territorios:

La Institución Educativa Agrícola de Unguía, fundada en 1961, ha forjado ebanistas, costureras, microempresarios avícolas. Pero hoy el taller de carpintería se encuentra cerrado, no hay ni una sola máquina de modistería y tampoco sobrevive ningún pollo de engorde. Supuestamente, aquí enseñan a criar conejos; sin embargo, la última vez que los estudiantes vieron un conejo fue hace ocho años. Tampoco quedan cuyes ni patos. En los 18 salones de clases abundan las sillas inservibles: están desfondadas, o cojas, o sin brazos. La sección de informática causa tanto pesar como indignación: los computadores son prehistóricos, no tienen puerto de memoria USB sino ranuras para disquetes que ya desaparecieron del mercado. Apenas cinco funcionan a medias. Recorrer las instalaciones del colegio es hacer un inventario de desastres (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, págs. 16-17).

De esta manera, Salcedo Ramos expone la carencia de esta escuela, la cual no es ajena a muchos contextos de América Latina. Ante estas carencias, sumadas a la falta de maestros, es innegable que la educación que recibe Wikdi es insuficiente. Más allá de pensar en términos alentadores sobre el futuro de Wikdi, lo sobresaliente aquí es el contexto de esas escuelas. En este sentido, Benigno Murillo, el rector de esa institución, amplía el panorama:

—Este año no hemos podido darles a los estudiantes su refrigerio diario —dice Benigno Murillo, el rector—. El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, que es el que nos ayuda en ese campo, nos mandó un oficio informándonos que volverá a dar la merienda en marzo. Hemos tenido que reducir la duración de las clases y finalizar las jornadas más temprano. ¡Usted no se imagina la cantidad de muchachos que vienen sin desayunar! (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 17).

Lo anterior apunta a que el caso de Wikdi, si bien es extraordinario por el ímpetu de su esfuerzo, no es el único. Es así que se muestra cómo muchos jóvenes en las mismas

condiciones que Wikdi deben enfrentar contextos hostiles para acceder a un derecho básico: la educación. Asimismo, el abandono en este aspecto por parte del gobierno es innegable, lo que evidentemente queda de manifiesto al acercarse a historias de este tipo.

Finalmente, Salcedo establece una comparación entre la situación de Wikdi —así como la de varios niños y jóvenes de estas comunidades— y las posibilidades que existen en el contexto urbano:

La “aldea global” que los pontífices de la comunicación exaltan desde los tiempos de McLuhan, sigue teniendo más de aldea que de global. En el mundo civilizado vamos a remolque de la tecnología; en estos parajes atrasados la tecnología va a remolque de nosotros. Allá, en las grandes ciudades, al otro lado de la selva y el mar, el hombre acorta las distancias sin necesidad de moverse un milímetro (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 17).

La falta de comunicación, así como de acceso a la tecnología, precariza las condiciones de aprendizaje. De este modo, la adaptación es necesaria, pero insuficiente. Así, un concepto como la “aldea global”, expresado por el teórico McLuhan, no tiene relevancia aquí. En un contexto globalizado por el acceso a internet, resulta impensable vivir bajo estas condiciones. De manera que el rezago en estas comunidades abandonadas por el Estado se incrementa cada día, a la par con el avance de las telecomunicaciones que no están a su alcance. Salcedo Ramos ofrece algunas cifras al respecto:

¿Cómo se podría romper el círculo vicioso del atraso? En parte con educación, supongo. Pero entonces vuelvo al documento de las Naciones Unidas. Según el censo de 2005, Chocó tiene la segunda tasa de analfabetismo más alta en Colombia entre la población de 15 a 24 años: 9,47%. Un estudio de 2009 determinó que en el departamento uno de cada dos niños que terminan la educación primaria no continúa la secundaria (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 19).

Sin duda el panorama no luce alentador en cuanto al atraso educativo de la región, y el discurso cronístico del autor colombiano sirve de denuncia en ese aspecto. Por si eso fuera poco, el fantasma de los paramilitares permea a lo largo de esta comunidad:

¡Ah, si bastara con figurar en el Atlas Universal para ser tenido en cuenta! Estas lejuras de pobres nunca les han interesado a los indolentes gobernantes nuestros, y por eso los paramilitares están al mando. En la práctica ellos son los patronos y los legisladores reconocidos por la gente. ¿Cómo se podría romper el círculo vicioso del atraso? (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 18).

En suma, una difícil situación de la que Salcedo Ramos, a partir de la anécdota representativa de Wikdi, da parte. Abonada por el abandono de las instituciones y la presencia de los paramilitares. Ante la pregunta del cronista, la respuesta –dado el contexto— no es esperanzadora. Quizás la historia de Wikdi conmueva a personas con los recursos para apoyarlo, pero, por lo expuesto por Salcedo Ramos, el problema va más allá de Wikdi y los kunas.

En este sentido, el problema se traduce en una violencia sistémica y estructural. Ante la afrenta del derecho al acceso a una educación de calidad, dichos vacíos estructurales son subsidiados por los mismos afectados. Lo anterior debería percibirse como aberrante, pues esas comunidades tienden a un retraso permanente, sólo menguado por esfuerzos individuales como el de Wikdi. Asimismo, lo desalentador proviene de un examen realista del contexto, ya que a lo largo del relato de Salcedo Ramos no se perciben elementos para pensar en un cambio radical. Este cambio debería venir por parte de las instituciones; sin embargo, la situación se encuentra enraizada de tal manera que pensar en una transformación estructural de esa magnitud es prácticamente utópico.

De esta manera, en la crónica analizada el factor que sobresale es la actitud de Wikdi frente a la adversidad. Sin duda un ejemplo de lucha y esperanza, pero en términos estructurales, su labor resulta insuficiente para contrarrestar toda la compleja realidad de estas comunidades olvidadas. Ante la denuncia de la misma, Salcedo Ramos destaca que el afán de progreso se encuentra en los habitantes de estas sociedades, lo que puede representar una forma de violencia que sobresale por lo cruel: la de la afrenta a la esperanza. Wikdi parece no perderla, sin embargo, los lectores saben que las posibilidades realistas de estos sectores son escasas. La falta de oportunidades, sumada a la presencia de los paramilitares, son un reflejo de lo que ocurre realmente en muchas comunidades de la Colombia rural.

4.2.5 El regreso de un campeón: análisis de “El campeón que se volvió paramilitar”

Dentro de las historias presentadas por Alberto Salcedo Ramos se expone el fenómeno de la violencia de forma directa, o al menos distinguible, ya sea como una dinámica social, o como un contexto que agobia y afecta a los protagonistas de éstas. Suele darse a partir de un agresor: un ser humano, una organización, el Estado, o instituciones que abandonan sus deberes. Sin embargo, en la crónica “El campeón que se volvió paramilitar”¹²⁵ el agresor se presenta de forma velada, no por eso menos alarmante. Se trata de los estragos mentales que provoca un contexto como el de la violencia contemporánea en Colombia.

Sin duda, el contexto violento de ese país afecta a sus habitantes, ya sea de manera directa – ataques, invasiones a territorios, violaciones o ejecuciones, entre otras manifestaciones— o indirecta –miedo, pobreza, abandono, por citar algunos factores—. Sin embargo, un contexto violento repercute también en la forma de acercarse a los agresores, a sus ideas, a su realidad. Entre las posibilidades para afrontar el violento entorno cabe la de unirse a los atacantes y compartir su visión de la realidad. Las razones pueden ser variadas: porque estos grupos cumplen el sentido de pertenencia, la protección contra otros grupos rivales, o simplemente la posibilidad de obtener los recursos que no se adquirirían de forma legal. Tal es el caso del exboxeador Amancio Castro.

La crónica “El campeón que se volvió paramilitar” apareció por primera vez en la ya mencionada revista *SoHo*, en junio de 2013. Forma parte de la vasta producción de Alberto Salcedo Ramos dedicada al boxeo, entre la que destacan “Memorias del último valiente”, la celebrada “Los ángeles de Lupe Pintor” y “Retrato de un perdedor”, entre otras crónicas. Del mismo modo, también se incrusta en los textos del autor que abordan el tema de la violencia, el conflicto paramilitar y los contextos donde la supervivencia depende de factores relacionados con la dinámica de la violencia en sus distintas variantes.

El texto referido toma la conocida historia del boxeador Amancio Castro después de su carrera dentro del pugilismo. Castro no destacó mucho en el boxeo¹²⁶, situación que, como se verá, afectó en parte su condición psicológica. Para él, su carrera fue increíblemente

¹²⁵ Originalmente fue publicada con el título “El campeón que se volvió paraco”, esto es, paramilitar.

¹²⁶ El sitio *BoxerList* menciona que tuvo 42 combates, de los cuales ganó 22, perdió 16 y empató en 3 ocasiones. Véase <https://boxerlist.com/es/boxer/amancio-castro/3392/>.

exitosa. Sus afirmaciones rebasan lo posible, en oposición a lo que en realidad pasó. El mismo Salcedo Ramos lo plantea:

Le digo a Amancio que los colombianos nos olvidamos de él casi desde el momento mismo en que se retiró del boxeo, en 1994. Como no fue ningún Muhammad Alí ni ningún Sugar Ray Leonard, nadie tenía por qué recordarlo más allá del ring. Supimos, cuando tocaba saberlo, que fue reconocido como campeón mundial wélter júnior por una de esas entidades menores creadas en los años ochenta y noventa: el Consejo Internacional de Boxeo (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 182).

Desde la percepción de Amancio Castro, su carrera fue relevante y muy redituable, idea que no comparten ni su exmanejador ni el mismo Salcedo Ramos; más bien esa ilusión forma parte de una condición mental donde Amancio crea narrativas, las cuales refiere el cronista colombiano como alucinaciones, derivadas de una vida de excesos.

No obstante, la historia de Amancio Castro se tornó importante cuando ingresó a las filas de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), un grupo paramilitar que tuvo gran participación en el conflicto armado de Colombia:

Las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) agruparon en el momento de su fundación oficial a 9 organizaciones paramilitares de las existentes en el país, que a modo de degeneración de las tradicionales y atávicas Autodefensas, se convirtieron en una entidad armada paraestatal, vital en el extenso y multiactoral conflicto interno (García Pérez, 2016, pág. 231).

Está ampliamente documentado que las organizaciones paramilitares adquirieron relevancia en los años noventa, junto con los cárteles del narcotráfico, por la violencia que generaron en Colombia.

Este grupo paramilitar entregó sus armas en 2006. De hecho, el acto que representó uno de los intentos por pacificar al país contó con una enorme cobertura mediática, y fue allí donde la figura de Amancio Castro se hizo notoria:

En 2006 fue uno de los 2 500 hombres del Bloque Mineros que se desmovilizaron en Tarazá, municipio del Bajo Cauca antioqueño. La entrega de armas se llevó a cabo en la finca Ranchería ante un enjambre de reporteros. [...] El otro protagonista fue Amancio Castro. Cuando los periodistas lo descubrieron entre la tropa se le arrojaron encima. Una entrevista por aquí, una foto por allá. Amancio era pura sonrisa mientras los atendía a todos. Les contaba que su apodo de combatiente era el *Campeón*, les informaba que su oficio en el pelotón era cocinar, posaba frente a las cámaras con la guardia de sus mejores tiempos en el ring. Para los reporteros él representaba el toque de color en la barbarie de siempre. Lo inesperado, lo raro. Un exboxeador dicharachero con el fusil terciado al hombro venía ser

como el animal gracioso del circo, el chimpancé que salta con la lengua afuera en medio de las fieras (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 182).

Sin duda, la fama que Amancio Castro vivió esporádicamente como boxeador la recuperó cuando se descubrió su historia. Ahora bien, el periodista colombiano también hace hincapié en la sed de fama que mantenía el exboxeador. Sin duda, su caso era extraordinario por lo curioso y extravagante del mismo. En este sentido, dentro del contexto en el que se dio el caso, su historia abrió una brecha sobre los integrantes de dichos grupos, asimismo de las funciones que cumplían al interior de su círculo, considerando además la salud mental de las personas que ingresaban ahí.

El color de piel de Amancio Castro era otro factor interesante, pues al ser un afrodescendiente, esto le daba un toque más exótico a su presencia, ya que representaba la diversidad dentro de esa organización paramilitar. Si bien mediáticamente este personaje obtuvo atención por lo curioso de su caso, su condición es más compleja, y su perspectiva resulta más profunda de lo aparente.

Las realidades alternas del Campeón

Para efectos de esta crónica, Salcedo Ramos acude a la vivienda del hijo de Amancio Castro, donde éste vivía, en Medellín. Allí se entrevista con él mientras el antiguo boxeador le prepara un café y destaca su gusto por la cocina. Durante el diálogo que sostienen, desde la perspectiva del cronista colombiano Castro presenta evidentes problemas psicológicos:

Ese rasgo de Amancio salió a flote desde el primer instante en que nos encontramos. Como quizá supuso que lucía demasiado pobretón ante mis ojos advenedizos, se apresuró a aclarar que en su época de boxeador había sido un hombre platudo. Es más: todavía conserva ciertas propiedades, pero por mala suerte no puede sacarles provecho. En Colombia nadie sabe — prosiguió— que él es el dueño de los supermercados Carrefour. Los recibió como parte de pago en Francia, y luego se los traspasó en concesión temporal a la Alcaldía de Medellín. Su aspiración es recuperarlos en un plazo máximo de dos años (Salcedo Ramos, Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas, 2015, pág. 185) .

Como se mencionó, estas aseveraciones fuera de la realidad se encuentran enclavadas en el pensamiento del antiguo combatiente. No se trata de una mitomanía consciente, sino de una completa experiencia de falta de razón. Ello podría pasar como anecdótico para alguien que se dedicó al boxeo y se encuentra en pleno retiro; sin embargo, llama la atención que, frente

a la ausencia de un tratamiento mental oportuno y su posterior ingreso en el grupo paramilitar, es una persona que tuvo acceso a armas de fuego. Estos “delirios”, como en algún momento los nombra [“—¿Nunca le has oído a un médico la palabra ‘delirio’? / —Antes, sí. Yo llevo casi un año en tratamiento” (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 184)] se presentan en referencia a su fortuna, así como en sus habilidades para la guerra. Se trata de narrativas fuera de la realidad que afectan su percepción de la misma.

Así, el autor torna la salud mental del boxeador en un rasgo característico del relato, pues, por el grado de exageración de sus aseveraciones, resulta revelador. De acuerdo con el Ministerio de Salud de Colombia:

En Colombia, según el Estudio Nacional de Salud Mental 2003, el 40,1 % de la población colombiana entre 18 y 65 años ha sufrido o sufrirá alguna vez en la vida un trastorno mental. La Encuesta Nacional de Salud Mental publicada en 2015, reporta que 10 de cada 100 adultos de 18 a 44 años y 12 de cada 100 adolescentes tiene algún problema que sugiere la presencia de una enfermedad mental (Rojas Bernal, 2018, pág. 131).

Amancio Castro pertenece a este sector. Derivado de su vida de excesos, el exboxeador percibe una realidad diferente. Por lo exagerado de sus historias, parecería un mitómano; sin embargo, es la realidad que él percibe como verdadera. Así lo aclara Salcedo Ramos:

En realidad no creo que quiera mentirme, pero estoy enterado de su enfermedad mental. —El viejo tiene problemas neuropsicológicos—, me informó Amancio David al comenzar mi trabajo de campo—. Los psiquiatras dicen que no supo afrontar la vida sin fama que vino después del boxeo. Además malgastó todo el dinero en drogas y en malos negocios, y como quedó en la olla se la pasa delirando con la plata (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 184).

Lo anterior se vuelve estremecedor por la forma en que se desarrolló su historia. Pues la falta de tratamientos, así como de atención especializada, vuelve vulnerable a estas personas, y pueden llegar a integrarse en los grupos violentos, como fue el caso de Castro. Independientemente del origen de su enfermedad, conviene recordar que uno de los pilares fundamentales de cualquier sociedad es la salud, la cual también debe cubrir el aspecto mental.

La salud mental en América Latina es un tema abandonado por los gobiernos. El caso de Colombia no es la excepción, como lo señala un reporte de 2018:

Es clara la falta de centros especializados, personal suficiente y capacitado e infraestructura adecuada para el manejo psiquiátrico hospitalario, y de otro lado, los hospitales y clínicas psiquiátricas no están en capacidad de manejar pacientes especiales como ancianos, niños, adolescentes o con enfermedad física comórbida de alta complejidad. Igualmente, numerosos hospitales psiquiátricos del país enfrentan graves problemas económicos, por las deudas de las empresas de salud a quienes prestan servicios (Rojas Bernal, 2018, pág. 133).

Sin duda, dentro de cualquier estructura, es un atentado a la población que exista el abandono al mencionado sector. En este sentido, los delirios de Castro son amigables, pues ya no representan una amenaza seria; no obstante, durante su estadía en el grupo paramilitar pudo haberse tornarse peligroso.

Asimismo, dentro de sus fantasías Castro señala contar con habilidades especiales para el combate:

Las alucinaciones de Amancio en esa primera cita —y en las siguientes— han ido mucho más allá del dinero. Según dice, una pitonisa francesa le introdujo en el cerebro un chip que le confiere poderes especiales para la guerra. Por eso él puede dañar la pólvora del enemigo en un área de 2 700 metros a la redonda. Y si alguien, por casualidad, lograra dispararle, la bala se desviaría un kilómetro (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 185).

Dicha percepción pudo haber sido peligrosa durante su etapa como paramilitar, dado que en el escenario de un combate como los que tuvieron los integrantes del grupo al que pertenecía Amancio Castro con otras organizaciones de similar investidura, el antiguo pugilista podría haberse expuesto innecesariamente, arriesgando así su vida. Aunado a ello, también se exponía de algún modo a la sociedad civil, la cual pudo encontrarse en el fuego cruzado.

Así, Amancio ha sido víctima de ataques, los cuales exponen la fragilidad de su cuerpo frente a la resistencia que presume. De entrada, pierde los dientes en lo que él apunta es un trueque por las habilidades que dice poseer. Sin duda, se trata de uno de los factores destacables en la crónica que nos ocupa: la vulnerabilidad en la que se encuentra, lo que vuelve de cuidado las fantasías que tiene:

—¿Cómo perdiste los dientes?

—Los negocié, mi hermanito.

—¿Cómo?

—El brujo que me hizo el trabajo en Miami me dijo que para yo quedar siempre con el hierro bien firme, tenía que perder un órgano. Eche, y yo dije enseguida: ¡que se pierdan los dientes!

—Entiendo. ¿Y esa cicatriz del codo izquierdo? Está grandísima.

—Tú sabes, compa, cuando uno anda en la guachafita nunca faltan los problemas.

—Ahí sí te alcanzó el verdugo.
—¡Eso fue con un puñal!
—Ah, claro. El poder no te funciona con puñales.
—¡Sí me funciona! Pero la pitonisa me advirtió que había una puñalada que me iba a entrar
(Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 189).

Destaca en este fragmento que el cronista no es ajeno a la condición del exboxeador, y, en cierto sentido da pie a sus improperios para imprimir dinamismo al relato; sin embargo, cabe resaltar que este tipo de narrativas, como la expresada por Amancio Castro, son producto de un trastorno mental que debió ser tratado desde su aparición, y no exponerlo en esa circunstancia a ser parte de un movimiento paramilitar, pues el uso de armas, así como el desarrollo de combates, requiere una condición lo más estable posible. Esto no es más que un síntoma de la falta de filtros donde se considere la salud mental de los integrantes que ingresan a estos grupos, lo que desemboca en una desorganización en las operaciones militares que permeaba en esos sectores y de las manos en las que se encontraba la seguridad de muchos de los pobladores que estaban en medio del fuego cruzado.

Un campeón en las Autodefensas Unidas de Colombia

Ahora bien, una vez expuesto el riesgo de estar dentro de estos grupos paramilitares en condiciones como las que enfrentaba Amancio Castro, la pregunta que resta hacer es la siguiente: ¿qué lo orilló a ingresar a las filas de las Autodefensas Unidas de Colombia? La respuesta, de acuerdo con lo presentado en el relato de Salcedo Ramos, se centra en dos vertientes: la falta de trabajo y la inseguridad que se vivía entonces en Colombia.

De la primera vertiente se puede señalar que, después de perder todo lo que había ganado como boxeador, Amancio se quedó sin ingresos. Lo anterior es relevante, pues alguien en su condición debería haber tenido cuidados especializados por parte del Estado, pero, como se mencionó anteriormente, se trata de un sector olvidado:

Luego perdió la corona, abandonó los cuadriláteros y, por supuesto, desapareció del horizonte. Volvimos a verlo en los telenoticieros gracias a una de esas circunstancias insólitas que han signado su vida: años después de haber colgado los guantes, desesperado porque no conseguía trabajo, ingresó a las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC)
(Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 182).

El fragmento presentado revela una situación apremiante en ese país: muchos colombianos se unen a estos movimientos por la falta de oportunidades. Así, la crítica que se lee entre líneas es la facilidad con la que los integrantes de estos sectores pueden entrar en la dinámica de la violencia. Aquí se percibe otra de las constantes de las crónicas de Alberto Salcedo Ramos en relación con este sector: la ausencia del Estado frente a casos como el del exboxeador. Desde esa perspectiva, resulta mucho más atractivo enrolarse con los paramilitares que encontrar un trabajo redituable. Ante la ausencia del Estado, la violencia se perpetúa, por ser la única manera de sobrevivir en ese contexto.

Amancio Castro también refiere su incertidumbre sobre su propia seguridad. Resulta irónico que alguien que presume tener habilidades sobrehumanas tema por este aspecto:

A continuación señala que, justo cuando se encontraba en ese aprieto, surgió la alternativa de vincularse a las AUC. Allí podría desplegar sus saberes como cocinero y recibir un sueldo de 700 000 pesos mensuales. Aparte, claro está, de mantenerse a salvo de quienes querían pegarle con el dedo (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 189).

Lo dicho en este fragmento contrasta con lo que venía señalando el antiguo pugilista, pues, en un brote de lo que podría ser contradictorio en su conducta, se vislumbra gran parte de lo que se asemeja a la realidad de los colombianos. De hecho, Salcedo Ramos lo señala así:

La decisión de vincularse a las AUC —dice— se debió en parte a la necesidad de protegerse. Al andar indefenso por Montería corría el riesgo de morir acribillado en cualquier esquina; escondido en el monte sería más difícil que los verdugos se le arrimaran. Curiosamente, los mismos paramilitares que habrían podido matarlo en la calle le dieron cabida en sus filas. El eterno contrasentido de este país irracional: mucha gente desamparada resuelve hacer la guerra para resguardarse de la guerra (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 186).

La frase final de este fragmento expresa, dentro de su carácter simbólico, gran parte de la dinámica de la sociedad colombiana, particularmente los poblados de la periferia; es decir, de las zonas rurales, respecto de los grupos paramilitares. Parte de la población se une a ellos como escape del contexto que los mismos paramilitares provocan.

Finalmente, Amancio Castro es una víctima de este contexto, pues se vuelve parte de esta dinámica de violencia, mientras su futuro luce incierto, según lo plantea el cronista colombiano:

Cuando ya no pudo ganarse la vida tirando trompadas, se aferró a un fusil, y jamás supo por qué diablos peleaba. Ni quienes lo indujeron a combatir a golpes en el ring ni quienes lo llevaron a combatir armado en el monte se preocuparon por averiguar si él estaba preparado para librar esas luchas.

Mientras sube al autobús, me pregunto si a estas alturas de su vida encontrará una nueva opción para sobrevivir. De no ser así, más le vale que lo protejan todos esos poderes que dice tener (Salcedo Ramos, *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*, 2015, pág. 195).

Amancio Castro es, entonces, una víctima del contexto y de los propios generadores de éste; una vez cumplida su misión, fue desechado como lo son muchas personas con trastornos mentales. Pese a su efímera fama, vive en el anonimato que le aplica el Estado colombiano al invisibilizar a este sector de la población.

En este sentido, la historia de Amancio Castro es el ejemplo de una dinámica social desarrollada bajo la violencia constante. Su caso retrata la falta de tratamientos y el abandono de las personas con problemas psicológicos. Destaca la ausencia de las instituciones que deben velar por la salud de los colombianos en todas sus formas. Quizás por su vida llena de excesos esta condición se pueda interpretar como una especie de castigo; sin embargo, eso no es justificación para que exista este tipo de omisiones por parte de las instituciones. Asimismo, la pobreza —un tema recurrente en la obra de Salcedo Ramos donde se abordan diversas formas de violencia— se vuelve un factor determinante en el empoderamiento de estos grupos paramilitares. Sin duda, al responder a un problema de estructura social, el tipo de violencia presentado en esta crónica se enclava en esa categoría. Como lo menciona Galtung, son estas condiciones la raíz de la violencia directa, pues son el caldo de cultivo idóneo para que exista.

Por otro lado, resulta estremecedor que, ante la ausencia de filtros adecuados en los procesos de selección, incluso de organización, a las organizaciones paramilitares pudieron ingresar personas con una condición psicológica inestable. Seguramente el caso de Amancio Castro no era el único, pero resalta el hecho de que este tipo de personalidades tenían acceso a las armas de fuego. Esto comprometería gravemente la seguridad de las comunidades y sus habitantes, pues ¿en manos de quién estaba su suerte? No se trata de menospreciar a este tipo de personas, sino de señalar que las condiciones para una completa falta de garantías hacia la población civil era una realidad. Así, cuando los ausentes de razón no obtienen tratamiento,

pero sí armas, se presentan las condiciones para que ocurran tragedias como las que existieron durante la etapa de dominio de los diversos grupos paramilitares.

Pese a que la trayectoria de Amancio Castro puede interpretarse como una revancha de la fama que no obtuvo, y que el mismo Salcedo Ramos presenta como un caso curioso e interesante, incluso con un dejo de redención, sí debe ser una historia que invite a la reflexión acerca de las condiciones en las que se dieron los casos, las probables consecuencias, y asimismo de cómo las instituciones, con una ausencia de acción y fuertes carencias de trabajo, también forman parte del problema en Colombia.

En este sentido, la crónica “El campeón que se volvió paramilitar” es un ejemplo de cómo se relacionan los factores que originan la violencia, sin buscar una lectura maniquea de la realidad social. No se trata un enfrentamiento de buenos contra malos, sino de una relación en la que las condiciones son óptimas para una tragedia. Así, frente a poderes paralelos a los Estados (como los paramilitares o los cárteles de la droga), un aspecto importante por considerar es la salud mental, pues las personas con problemas de ese tipo pueden ser artífices de ataques desproporcionados.

Conclusiones

Después de analizar las crónicas del escritor colombiano Alberto Salcedo Ramos que abordan las diversas formas de violencia que vive su país, se considera que el autor propone un discurso periodístico que da rostro a las víctimas de la violencia, que habla de la situación concreta que éstas se ven obligadas a vivir.

El trabajo cronístico de Salcedo Ramos tiene como uno de sus temas importantes la violencia. Es la violencia que vive y ha vivido Colombia durante siglos, la cual va cediendo ante el empuje de los esfuerzos por alcanzar la paz. Es un asunto que ocupa y preocupa a los colombianos. En él intervienen diversos agentes violentos, como las diversas guerrillas, los militares, los paramilitares, los cárteles del narcotráfico y la delincuencia común desbocada. Salcedo Ramos pretende incidir en la comprensión de este fenómeno mostrando y representando, a través de sus relatos, las secuelas de la violencia en la sociedad colombiana.

En principio, su escritura indaga en las causas y los efectos de la violencia a ras de tierra, tratando de ahondar concretamente en la perspectiva de quienes la padecen. El cronista colombiano persigue dar nombre a las víctimas de la violencia y explorar su psique, y, por supuesto, intenta darles voz; porque las víctimas suelen ser invisibles para la sociedad que no comprende realmente lo que está sucediendo tras las cifras que aportan las noticias o las explicaciones de los escrupulosos estudios y sumas de expedientes.

Para este autor, de lo que se trata es de entender el drama de las víctimas, pero dando el peso merecido a su perspectiva de las cosas y remarcando su calidad de víctimas, ante todo, de lo que el autor noruego Johannes Galtung llama violencia estructural, la violencia inscrita en el sistema político-económico prevalente en Colombia. Es en este sentido que Salcedo Ramos concibe su escritura como “humanización”. Humanización que consiste en dar un rostro concreto a las víctimas. Para él no bastan, repito, los discursos materializados en estadísticas o la escueta fugacidad de las notas periodísticas. El propósito de la manera de acercarse a la realidad y de la estrategia de la escritura que desarrolla el cronista colombiano es finalmente provocar en el lector el sentimiento de empatía hacia las víctimas. Un sentimiento intenso que lo lleve a comprenderlas y a empatizar con ellas ante el fenómeno de la violencia en sus

diversas manifestaciones. Es una forma de crear conciencia sobre la situación de las víctimas y de las causas de la violencia.

Para dicho propósito persuasivo el autor se vale de los recursos y de los alcances expresivos y cognitivos de la crónica. Alejado de la fabulación basada en la realidad, como sería el caso de una novela o un cuento realista, este género periodístico hace uso de los recursos literarios para presentar un acontecimiento real de manera vívida, en particular de lo que la retórica llama *evidentia*; esto es, explican los retóricos, poner ante los ojos del receptor del mensaje los sucesos concretos para provocar en él efectos emotivos. También se vale de un uso importante y constante de la perspectiva que dan las voces en su carácter testimonial, que es la principal prueba para que el relato adquiera veracidad, y hasta un sentido de justicia que lleve a la voz a tener un significado de denuncia.

La crónica, en efecto, puede ser un discurso que da preponderancia al acontecimiento concreto, pero significativo, al tiempo que en este caso muestra desde otra faceta el cariz y las entrañas de la violencia. El fin informativo de la crónica periodística resulta primordial para el acercamiento del lector a contextos y situaciones que en principio le resultan distantes, e incluso ajenos. Y es que, considerando la naturaleza discursiva de los índices de violencia, los reportes, las noticias, entre otras formas de describir los fenómenos violentos desde una perspectiva real, la crónica, mediante los préstamos de voz, los testimonios y las descripciones que la conforman, se vuelve una manera particular de referir la lacra de la violencia. Es así que los textos estudiados de Salcedo Ramos asumen el propósito de mostrar, comprender y denunciar la violencia desde el lado concreto de las víctimas.

El cronista colombiano representa distintos tipos de violencia porque es un fenómeno complejo que se interrelaciona con la dinámica social, como lo expone Galtung, quien además señala la importancia de que el entendimiento y la concientización sobre la violencia representan el primer paso para alcanzar una paz duradera.

Galtung propone tres tipos de violencia: cultural, estructural y directa. La violencia cultural está relacionada con ideas y conceptos establecidos en una sociedad. Ideas relacionadas con racismo, clasismo, machismo, entre otros conceptos, son elementos que se instrumentan en una colectividad. Por otro lado, la violencia estructural se presenta en las relaciones de poder;

es decir, en las dinámicas sociales donde hay jerarquía de posiciones. Si para Galtung la violencia radica en la afrenta a las necesidades básicas, entonces la falta de empleo, de comida, de seguridad, derivará en violencia directa, como resultado del estrés y resentimiento al que se ven sometidos los integrantes de determinados grupos sociales.

La violencia directa, prosigue Galtung, es la más espectacular de todas, pues consiste en ataques directos entre individuos o colectividades y, para muchos, es la única que existe. Lo que plantea Galtung es el hecho de que la violencia directa es el resultado de las dinámicas violentas preexistentes; dicho de otra manera, la violencia estructural y la cultural son las causantes de una violencia directa. Al visibilizar los otros dos tipos, se infiere que la violencia directa no es un fenómeno espontáneo o instintivo, sino un constructo que se alimenta de otra clase de mecanismos.

Desde esta perspectiva, el autor noruego hace particular énfasis en una noción que luce polémica: la violencia no es una actitud natural del ser humano, más bien es el producto de múltiples factores, mayoritariamente contruidos por una sociedad. A diferencia del sexo o el hambre, la violencia es evitable. Con un optimismo esperanzador, este autor noruego propone un escenario donde la paz es posible, mas no es sencillo conseguirla.

Ahora bien, es a partir de diversas anécdotas que Salcedo Ramos ofrece agudos retratos de la Colombia contemporánea, la cual, en distintos sectores, presenta un abandono por parte del Estado. Esta dinámica se gestó desde los inicios de la historia de ese país, donde se consolidaron interacciones sociales y actitudes como el racismo, el clasismo y la desigualdad social, entre otros. Así, tanto el perpetuo conflicto ideológico entre liberales y conservadores como la desigualdad consolidada incubaron periodos oscuros de la historia de ese país, tal es el caso de la etapa denominada “la Violencia”. A raíz de que estos conflictos no alcanzaron una solución pacífica completa, pues persistían muchas de las causas estructurales que los originaron, encontraron su lugar como grupos de poder los paramilitares, las guerrillas y las propias fuerzas armadas, para con esto avivar el conflicto político y ahondar las causas estructurales de la violencia.

Resalta Salcedo Ramos que, independientemente de su legitimidad, gran parte del poder de estos grupos se sustentaba en la intimidación y el terrorismo, manifestaciones ambas de la

violencia más cruel. Su protagonismo público mostraba un alto nivel de brutalidad y salvajismo. Sin duda, han sido una de las maquinarias más grandes en cuanto a violencia efectiva se refiere. Sus tácticas y estrategias eran sofisticadas, lo que mantuvo a las guerrillas y a los grupos paramilitares activos hasta la pacificación.

Por otro lado, estos grupos también le deben su permanencia a otro fenómeno de la historia de Colombia: el narcotráfico. De este modo, a pesar de que se percibe una reducción en la violencia existente en Colombia, es innegable que muchos de sus rasgos siguen vigentes. Como señala Galtung, a pesar de que la violencia directa no está presente, eso no significa que se haya abolido. Es en este periodo de aparente calma donde se contextualiza gran parte de las crónicas de Alberto Salcedo Ramos.

Así, en la crónica “El pueblo que sobrevivió a una masacre amenizada con gaitas” (2009), la violencia directa que vivieron los habitantes de El Salado es un ejemplo de lo que sufrieron diversas poblaciones por el prolongado conflicto armado que se vivió en Colombia. Sin duda, es una muestra desgarradora de que la tragedia que les tocó vivir permanece en la memoria colectiva, pero a este trauma se suma la violencia estructural, pues el abandono de las autoridades a las víctimas no puede sino profundizar el profundo impacto emocional. No hay ayuda para ellas en realidad, fueron dejadas a su suerte para sobrellevar como pudieran el impacto psicológico, social y económico de la masacre.

Por otro lado, en “La víctima del paseo” (2005) se expone la violencia derivada de un Estado paralelo, donde la delincuencia tiene el control de ciertas zonas, y donde las autoridades no tienen mayor participación que la de mirar y esperar la denuncia. Dicha violencia sistémica sale a relucir de manera especial porque el protagonista es el mismo autor, quien, de primera mano, cuenta los minutos de terror que vivió en un secuestro exprés, situación que le puede ocurrir a cualquier colombiano. Mas no muestra acritud hacia sus asaltantes, a pesar del terror que padeció. Observa que tienen un código de ética. Pareciera referir que ellos, de alguna manera, son también víctimas de la violencia sistémica.

En “La travesía de Wikdi” (2012), el cronista colombiano destaca el valor de la educación como un posible factor de cambio social, o al menos la esperanza de éste. Wikdi, un niño kuna, tiene que transitar por caminos que aún son peligrosos para llegar a la escuela. Sin

embargo, la educación que recibe Wikdi es escasa e insuficiente, por lo que su posible desarrollo está en duda, ya que su escuela se encuentra en deplorables condiciones. Sobresale en este texto la violencia estructural del gobierno que, con la obligación de ayudar a estas comunidades, y garantizar el acceso a educación de calidad, con su omisión induce que sean los propios habitantes quienes busquen el desarrollo en ese sentido. Es la forma de violencia más sutil, pero persistente, y con graves consecuencias para las personas que la padecen.

En “El campeón que se volvió paramilitar” (2013), se conoce la historia de Amancio Castro, un exboxeador que luego de sus triunfos se degrada hasta convertirse en un cocinero de los paramilitares. Su salud mental está deteriorada. Frente a poderes paralelos al de los Estados (como los paramilitares o los cárteles de la droga), el relato plantea que un importante aspecto social por considerar es la salud mental, pues las personas que padecen desórdenes al respecto pueden llegar a ser artífices de ataques desproporcionados. En este orden de ideas, se plantea cómo las dinámicas de la violencia envuelven a un sector de la sociedad colombiana que sufrió la violencia directa relacionada con las guerrillas y los paramilitares; asimismo, por su carácter generalizante, las acciones de estos grupos también afectaron a esa parte de la población que sufre alguna deficiencia cognitiva. Paralelamente, se expone la facilidad con la que este tipo de personas eran reclutadas y accedían a las armas, lo que significaba un peligro para los pobladores por la impulsividad de sus acciones. Sin duda, esta crónica expone un caso particular de este conflicto general que significó la etapa de finales del siglo XX en Colombia.

Por último, “Un país de mutilados” (2009) trata el fenómeno de las minas antipersonales en Colombia, que aun en la actualidad cobra víctimas. Fiel a su estilo, Salcedo Ramos narra este fenómeno a partir de un caso concreto, con tintes de denuncia e indignación. La víctima es un civil inocente que pierde sus extremidades, y a raíz de eso su familia cae en la pobreza extrema. Esta situación es la que trata de visibilizar Salcedo Ramos: la revictimización. El conflicto armado dejó una alta cifra de mutilados, pero es la sociedad la que acaba por hundirlos, al volverlos abyectos, incluso indignos de compasión. Así, es la violencia estructural y cultural la que termina de hundir al personaje junto con su familia.

En este sentido, los relatos del cronista colombiano adquieren una postura de denuncia sobre la ausencia del Estado en diversos contextos, lo que genera una violencia más agresiva, la

del tipo directo. Desde esa perspectiva, las crónicas de Salcedo Ramos proponen un panorama de una Colombia lejos de los discursos turísticos y estadísticos, donde se presenta una realidad alterna y poco relacionada con las víctimas y sus historias; en sus textos es una constante colocar en primer plano la mirada y la narrativa tanto de él como de los protagonistas, relatando la manera en la que las instituciones abandonan a las víctimas, particularmente a las más vulnerables y de lugares apartados; a lo que, como se vislumbra en varios casos descritos por el autor, se abonan los prejuicios sobre estos sectores, manifestando así una violencia cultural. Y todo esto sucede pese a que en el Estado existen leyes que deberían velar por la seguridad y dignidad de los ciudadanos. Las instituciones no cumplen con este rol asignado, de modo que vulneran la condición de éstos, ejerciendo por omisión una forma de violencia estructural. Asimismo, por la violencia directa ejercida por parte del contexto, aunado al estigma que sufren las víctimas de la violencia en algunos casos, a través de las historias contadas por el periodista colombiano se expone la dinámica de la violencia, en este caso relacionando los tres tipos planteados por Galtung.

Mediante sus crónicas, Salcedo Ramos trata de recuperar un poco de humanidad, de que tengan voz los protagonistas, de que sus historias se conozcan, y no sean simplemente una cifra. Con ese objetivo el autor se apoya en las posibilidades de la crónica, como la profundización, el testimonio, la escenificación, el testimonio y el diálogo, entre otras. Para efectos del presente análisis, la teoría de Galtung sirve como una forma de contextualizar estos relatos, saber la forma en la que llegaron a suceder, pues, como lo menciona el autor noruego, un paso fundamental para llegar a un estado de paz duradera es conocer la dinámica en la que la violencia acontece en determinado contexto.

De esta manera, las tragedias adquieren rostro, se vislumbra el drama humano que sucede en regiones alejadas o en contextos donde la delincuencia se vuelve un Estado paralelo, ello con la finalidad de encontrar empatía en los lectores. Visto así, la crónica cumple un objetivo de denuncia de la violencia, y abona a una paz a través de la identificación y el conocimiento de estas situaciones.

Gracias a la crónica como género discursivo, Alberto Salcedo Ramos logró establecer un discurso paralelo, donde plantea una Colombia mermada por la violencia estructural, cultural y directa, muchas veces de formato político. Las crónicas de este autor pretenden mostrar el

olvido del Estado, escarbar en la violencia directa para encontrar el trasfondo: la violencia estructural y cultural. El lector, al mirar estos casos concretos, no las cifras, puede adquirir una perspectiva diferente: el acceso a realidades paralelas a la suya, quizá por el privilegio del que disfrute al no padecer ese tipo de situaciones, que lo ayuden a adquirir un cambio de actitud, una empatía hacia las víctimas, dejando atrás la indiferencia o la revictimización. No hacerlo, parece decir el cronista colombiano, es seguir la tónica de la violencia, aceptarla porque es ajena; ser indiferente a estos casos no hace más que sumar a la dinámica violenta, acrecentar los prejuicios, perpetuar la condición inhumana de las víctimas, donde una de las formas crueles de violencia es el anonimato.

En suma, el cronista colombiano dignifica a los afectados al darles voz y nombre en sus textos, pero sólo a través de la lectura de éstos se completa la tarea. De este modo, las crónicas de Alberto Salcedo Ramos, como las de otros reconocidos cronistas latinoamericanos, cumplen su función de discurso paralelo y dignificante frente a otros discursos que buscan ocultar la hiriente realidad de estas personas.

Bibliografía

- Alatorre, C. C. (1986). *Análisis del drama*. México D. F. : Gaceta.
- Angulo Salazar, R. C., Díaz Cuervo, Y., y Pardo Pinzón, R. (2011). Índice de Pobreza Multidimensional para Colombia. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación. Dirección de Estudios Económicos.
- Arciniegas, G. (1976). "Estudio preliminar". En G. Arciniegas, *Historiadores de Indias* (pág. XI). México, D.F.: Cumbre.
- Arciniegas, G. (1979). *Nuestra América es un ensayo. Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, 6.
- Arendt, H. (2015). *Eichmann y el Holocausto*. México D.F. : Taurus.
- Arias, R. (1998). "Los sucesos del 9 de abril de 1948 como legitimadores de la violencia oficial". *Historia Crítica*, 39-46. Obtenido el 20 de abril de 2020 de <https://doi.org/10.7440/histcrit17.1998.03>
- Arias, R. (2017). *Historia de Colombia contemporánea*. Bogotá: Ministerio de Cultura/ Biblioteca Nacional de Colombia.
- Bajtín, M. (1998). *Estética de la creación verbal*. México, D.F.: Siglo XXI Editores.
- Banco Mundial (12 de junio de 2020). [bancomundial.org](https://datos.bancomundial.org/indicador/VC.IHR.PSRC.P5?locations=CO). Obtenido de <https://datos.bancomundial.org/indicador/VC.IHR.PSRC.P5?locations=CO>
- Bello Montes, C. (2008). "La violencia en Colombia: Análisis histórico del homicidio en la segunda mitad del Siglo XX". *Criminalidad*, 73-84.
- Carmona Fonseca, J. (2005). "Población, alimentación y estado nutricional entre los tules (kunas) del resguardo Caimán Nuevo (Turbo y Necoclí; Antioquia, Colombia), 2003-2004". *Iatrea*, 259-278.
- Carrión, J. (ed.) (2012). *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares*. Barcelona: Anagrama.
- Carrión, J. (2012). Prólogo: "Mejor que real". En Carrión, J. (ed.), *Mejor que ficción* (págs. 13-43). Barcelona: Anagrama.
- Calderón Concha, P. (2009). "Teoría de conflictos de Johan Galtung". *Revista Paz y conflicto*, 60-81.
- Chehin, A. M. (2018). "Bogotá, ciudad minada. Crónica y violencia en la escritura de Alberto Salcedo Ramos". *Actas de "De crónicas y ciudades: la tibia garra testimonial"*, 67.
- Corominas, J. (1984). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico* (vol. II). Madrid: Gredos.

Correa Soto, C. M. y Mondragón, L. (2015). "Bajo el acecho de Cronos". *Palabra Clave*, 184-221.

Corte Constitucional [ed.] (2016). *Constitución Política de Colombia 1991. Actualizada con los Actos Legislativos a 2016*. Bogotá: Corte Constitucional/Consejo Superior de la Judicatura/Centro de Documentación Judicial/Biblioteca Enrique Low Murtra.

Countrymeters (20 de abril de 2020). *countrymeters.info*. Obtenido el 20 de abril de 2020 de countrymeters.info: <https://countrymeters.info/es/Colombia>

Cuervo Montoya, E. (2016). "Exploración del concepto de violencia y sus implicaciones en educación". *Política y Cultura*, 77-97.

Da Jandra, L. (2012). *La mexicanidad: fiesta y rito*. Oaxaca: Almadía.

Davis Villalba, E. (2009). *Kunas y emberá wounaan en la ciudad de Panamá. Entre la invisibilidad y la incorporación de la interculturalidad en la atención a su salud y a su calidad de vida*. Panamá: OPS-OMS.

Díaz, H., & Isabel, G. (2003). Minas antipersonales (M.A) en Colombia costo físico y emocional. *Umbral Científico*, 1-7.

DeChile.net. (10 de abril de 2020). Diccionario etimológico español en línea. Obtenido el 10 de abril de 2020 de <http://etimologias.dechile.net/?violencia>

De la Hoz Bohórquez, G. A., y Vélez Rodríguez, M. C. (2008). Homicidio. Colombia 2008. Bogotá: Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses .

EcuRed (24 de marzo de 2020). Teología de la Liberación. EcuRed. Enciclopedia Cubana. Obtenido de https://www.ecured.cu/Teolog%C3%ADa_de_la_Liberaci%C3%B3n

Elizondo, S. (1988). Cuaderno de escritura. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.

Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. Bizkaia: Gernika Gogoratz. Centro de Investigación por la Paz. Fundación Gernika Gogoratz.

Galtung, J. (15 de agosto de 2019). *Violencia, guerra y su impacto. Sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia*. Transcend: Peace and Development Network. Obtenido el 20 de abril de 2020 de: <http://www.transcend.org/TRRECBAS.HTM>

García Arenas, G. M. (2012). *Violentología. Un manual del conflicto colombiano*. Bogotá: Icono.

García Pérez, P. (2016). "La privatización de la violencia en Colombia y las AUC: de las autodefensas al paramilitarismo". *Izquierdas*, 230-255.

Gomis, L. (1991). *Teoría del periodismo. Cómo se forma el presente*. Barcelona: Paidós Ibérica.

González Manrique, E. (30 de junio de 2005). La violencia en América Latina. Letras Libres. Obtenido el 27 de abril de 2020 de <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/la-violencia-en-america-latina>

González Rodríguez, S. (2005). Huesos en el desierto. México D. F.: Anagrama.

González Rodríguez, S. (2014). Campo de guerra. Barcelona: Anagrama.

Jaramillo Agudelo, D. (2012). "Collage sobre la crónica latinoamericana del siglo veintiuno". En Jaramillo Agudelo, D. (ed.), *Antología de la crónica latinoamericana actual* (págs. 11-49). México D.F. : Alfaguara.

La Parra, D. y Tortosa, J. M. (2003). "Violencia estructural: una ilustración del concepto". *Documentación Social*, 57-72.

Larosa, M. J. y Mejía, R. (2014). *Historia concisa de Colombia (1810-2013)*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Leñero, V. y Marín, C. (1986). "Crónica". En Leñero, V. y Marín, C., *Manual de periodismo* (pág. 115). México D.F.: Grijalbo.

Marinkovich, J. (1998). El análisis del discurso y la intertextualidad. *Boletín de Filología*, 37(2), Pág. 729-742. Consultado de <https://revistaderechoeconomico.uchile.cl/index.php/BDF/article/view/21478/22776>

Martínez Pacheco, A. (2016). "La violencia. Conceptualización y elementos para su estudio". *Política y Cultura*, 7-31.

Martínez Pérez, B. (2017). Socioterapia de la violencia. La irenología en el pensamiento de Johan Vincent Galtung. Murcia: Universidad de Murcia.

Mena Mena, H. P. (2018). *Alberto Salcedo Ramos y Juan Villoro: un itinerario en la crónica*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.

Mignolo, W. (1982). *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista. Historia de la literatura hispanoamericana*, 57-116.

Monsiváis, C. (2006). *A ustedes les consta. Antología de la crónica en México*. México D. F. : Era .

Moreno Martín, F. (2009). "Violencia colectiva, violencia política, violencia social. Aproximaciones conceptuales". En Markez Alonso, I.; Fernández Liria, A. y Pérez-Sales, P. *Violencia y salud mental. salud mental y violencias institucional, estructural, social y colectiva* (págs. 20-35). Madrid: Asociación Española de Neuropsiquiatría.

Muñoz, B. (2003). *Ciudad, violencia y globalización en la crónica latinoamericana*. New Jersey: The State University of New Jersey.

Olave, G. (2013). El proceso de paz en Colombia según el Estado y las FARC-EP. *Discurso & Sociedad*, 338-363.

Orlando Melo, J. (2017). *Historia mínima de Colombia*. México, D.F: El Colegio de México, A. C.

Oliveira, L. M. (2016). *Árboles de largo invierno. Un ensayo sobre la humillación*. Ciudad de México: Almadía.

Pavis, P. (1984). *Diccionario del Teatro. Dramaturgia, Estética*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Real Academia Española (2001). *Diccionario de la lengua española* (vol. I). Madrid: Espasa Calpe.

Rojas Bernal, L. A. (2018). "Salud mental en Colombia. Un análisis crítico". *CES Medicina*, 129-140.

Rotker, S. (2005). *Bravo pueblo. Poder, utopía y violencia*. Caracas: Fondo Editorial La nave va .

Ruiz, M. (16 de febrero de 2020). "Fiesta de sangre: así fue la masacre de El Salado". *Semana*. Obtenido el 11 de mayo de 2020 de: <https://www.semana.com/nacion/articulo/masacre-de-el-salado-como-la-planearon-y-ejecutaron-los-paramilitares/557580>

Ruiz Romero, G. A., & Castaño Zapata, D. (2019). La expuesta vulnerabilidad del cuerpo. Registros de la victimización por minas antipersonal en Colombia. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 111-136.

Salama, P. (2008). "Informe sobre la violencia en América Latina". *Revista de economía institucional*, 81-102.

Salcedo Ramos, A. (2012). "Del periodismo narrativo". En Jaramillo Agudelo, D. (ed.), *Antología de la crónica latinoamericana actual* (págs. 632-634). México D.F. : Alfaguara.

Salcedo Ramos, A. (2011). "La crónica: el rostro humano de la noticia". En V. M. García P. y L. M. Gutiérrez C., *Manual de géneros periodísticos* (págs. 127-154). Bogotá: Ecoe Ediciones/Universidad de La Sabana.

Salcedo Ramos, A. (2012). "La roca de Flaubert". En Jaramillo Agudelo, D. (ed.), *Antología de la crónica latinoamericana actual* (págs. 632-634). México D.F.: Alfaguara.

Salcedo Ramos, A. (2015). *Los ángeles de Lupe Pintor. Crónicas*. México D.F: Almadía.

Salcedo Ramos, A. (s.f.). *Apuntes sobre el manejo de la escena*. Obtenido de <https://fundaciongabo.org/es>

Salcedo Ramos, A. (1 de agosto de 2005). "La víctima del paseo". Obtenido de *Letralia. Tierra de letras*: <https://letralia.com/127/articulo05.htm>

Saumeth Cadavid, E. (2016). "Historia de la guerrilla en Colombia". Universidade Federal de Juiz de Fora, 1-8.

Servín, J. M. (2010). *D.F. Confidencial. Crónicas de delincuentes, vagos y demás gente sin futuro*. Oaxaca de Juárez: Almadia.

Van Dijk, T. A. (2003). *Racismo y discurso en América Latina*. Barcelona: Gedisa.

Vinyamata, E. (2004). *Conflictología. Curso de resolución de conflictos*. Barcelona: Ariel.

Villanueva Chang, J. (2012). "El que enciende la luz. ¿Qué significa escribir crónica hoy?". En Jaramillo Agudelo, D. (ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (págs. 583-606). México D. F.: Alfaguara.

Villoro, J. (2012). "La crónica, el ornitorrinco de la prosa". En Jaramillo Agudelo, D. (ed.), *Antología de crónica latinoamericana actual* (págs. 577-582). México D.F: Alfaguara.